

PONTIFICIA COMISIÓN PARA AMÉRICA LATINA

DISCURSOS DEL SANTO PADRE

JUAN PABLO II

A LOS OBISPOS DE AMÉRICA LATINA
EN VISITA AD LIMINA APOSTOLORUM
PETRI ET PAULI

2001-2003

CIUDAD DEL VATICANO
2003

Pontificia Comisión para América Latina

	Dirección Postal
Oficinas:	Pontificia Comisión para América Latina
Palazzo San Paolo	V-00120 Città del Vaticano
Via della Conciliazione, 1	Tel: + [39-06]-698 83131
I-00193 Roma	Fax: + [39-06]-698 84260
	pcal@latinamer.va

© Copyright 2003

Libreria Editrice Vaticana – V – 00120 Città del Vaticano
Tel. 06.6988.5003 – Fax 06.6988.4716

ISBN 88-209-7448-7

www.libreriaeditricevaticana.com

PRESENTACIÓN

El Papa Juan Pablo II sigue siempre con especial solicitud eclesial y fina intuición pastoral la trayectoria de la **Iglesia en América Latina**, discerniendo los aspectos positivos de la situación, señalando pautas para una más incisiva acción pastoral y animando su marcha hacia los tiempos nuevos: los «*nuevos cielos y la nueva tierra*», de que nos habla la Sagrada Escritura (cf. *2 Pe* 3, 13).

En las «*reflexiones*», que el Santo Padre expuso el 15 de enero de este año al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede, inspirándose – como él mismo dice – «*en la actualidad del mundo y de la Iglesia*», se refirió a las «*convulsiones*» que perturban el orden en América Latina.

Sobre estas «convulsiones», «sobresaltos», o «desbarajustes», así como sobre los aspectos positivos a los que me he referido antes, Juan Pablo II habla, con amplitud y profundidad, en la serie de **discursos** que, en los años 2001, 2002 y 2003, ha dirigido a los diversos grupos de Obispos latinoamericanos que han venido a Roma para la *Visita ad Limina Apostolorum*.

El Santo Padre no sólo ha señalado esos fenómenos, sino que ha dado orientaciones muy certeras para abordar y tratar de solucionar los **problemas eclesiales, sociales y políticos** del Continente.

Con el fin de que todos puedan acceder más fácilmente a esas **riquezas doctrinales y pastorales que nos ha ofrecido el Papa** en ese reciente ciclo de Visitas Episcopales a la Sede Apostólica, la **Pontificia Comisión para América Latina** ha creído oportuno recoger esas alocuciones en un volumen. Quiere

así contribuir a su difusión y ofrecerlas a la consideración de los Obispos, sacerdotes, diáconos, religiosos o religiosas y laicos dedicados a la **Nueva Evangelización**, cuya «*animación y promoción*» la Pontificia Comisión para América Latina, siguiendo una consigna de Juan Pablo II, tiene como «*objetivo primordial*».

Este libro se publica precisamente con ocasión de la Reunión Plenaria – marzo 2003 – de dicho Organismo de la Santa Sede: asamblea dedicada a estudiar, en clave evangelizadora y a nivel continental, algunos problemas eclesiales de **América Latina**, con el fin de hacer realidad las enseñanzas y orientaciones del Papa para el «*Continente de la esperanza*».

Febrero 2003

✠ CIPRIANO CALDERÓN

Obispo Vicepresidente

A los Obispos de Panamá

3 de marzo de 2001

Queridos Hermanos en el Episcopado:

1. Con gusto os recibo hoy, Pastores de la Iglesia de Dios que peregrina en Panamá, venidos a Roma para la visita *ad Limina*. En estos días habéis tenido la oportunidad de renovar vuestra fe ante las tumbas de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, de expresar la plena comunión con el Obispo de Roma, al que os unen «lazos de unidad, de amor y de paz» (cf. *Lumen gentium*, 22), y de reavivar la solicitud pastoral por todas las Iglesias (cf. *Christus Dominus*, 6). Así mismo, los contactos con los diversos Dicasterios de la Curia Romana habrán servido para recibir su apoyo y orientación en la misión que os ha sido confiada.

Agradezco de corazón a Mons. José Luis Lacunza Maestrojuan, Obispo de David y Presidente de la Conferencia Episcopal, las amables palabras que me ha dirigido en nombre de todos, expresando vuestros sentimientos de afecto y los anhelos e inquietudes que os animan en el ejercicio de vuestro ministerio. Como Pastor de toda la Iglesia, aliento la solicitud que mostráis por el pueblo panameño, al que os ruego hagáis llegar el cariñoso saludo del Papa, que no olvida la intensa y memorable jornada vivida entre ellos el 5 de marzo de 1983.

2. En los últimos años, el Señor, que ha prometido su presencia hasta el fin de los tiempos (cf. *Mt* 28, 20), ha regalado a su Iglesia una singular experiencia de

sus dones. La Asamblea especial del Sínodo de los Obispos para América y la Exhortación apostólica *Ecclesia in America* han mostrado el nuevo contexto de la Evangelización, cada vez menos limitado por divisiones y barreras que parecían infranqueables, para hacer valer un sentido más amplio y universal de la comunión (cf. *Ecclesia in America*, 5).

A su vez, la celebración del Gran Jubileo ha sido una experiencia eclesial no sólo extraordinariamente rica en sí misma sino, también, un fuerte llamado a todas las comunidades eclesiales para que estén abiertas a lo que Dios espera de ellas al comenzar este nuevo siglo y este nuevo milenio. Como he dicho en la Carta apostólica *Novo millennio ineunte*, «es preciso ahora aprovechar el tesoro de la gracia recibida, traduciéndola en fervientes propósitos y en líneas de acción concretas» (n. 3). Os invito, pues, a que lo hagáis también en cada una de vuestras diócesis (cf. *ibíd.*, 29).

3. De entre las diversas tareas que os incumben como Pastores de las Iglesias particulares de Panamá, sabéis bien que la primacía de vuestra misión de cabezas y guías de la porción del Pueblo de Dios que se os ha confiado corresponde a la proclamación misma del Evangelio. En efecto, Jesucristo es «la respuesta definitiva a la pregunta sobre el sentido de la vida y a los interrogantes fundamentales que asedian también hoy a tantos hombres y mujeres del continente americano» (*Ecclesia in America*, 10). Jesús mismo lo dio a entender cuando envió a sus discípulos con la advertencia de que no llevaran nada para el camino en su misión de anunciar que el Reino de Dios está cerca (cf. *Mt* 10, 7-14). De este modo enseñaba que el apóstol ha de poner toda su confianza en el Señor

y su mensaje de salvación del que es portador, viviendo de él y para él, sin que otros apoyos, intereses o criterios humanos se interpongan en su cometido.

En este sentido, es importante que cada Obispo infunda este mismo espíritu en sus colaboradores, y muy especialmente en los sacerdotes. Ello requiere ciertamente estar cercano a ellos, a sus necesidades espirituales y materiales y a las condiciones, no siempre fáciles, en las que ejercen su ministerio. De este modo se reforzará en ellos el imprescindible vínculo de comunión con su Obispo, del que esperan recibir el aliento necesario para vivir y desempeñar generosamente su labor sacerdotal.

Esto contribuirá también de manera decisiva a otra de las prioridades más apremiantes en vuestras diócesis, como es el fomento de las vocaciones, lo cual exige un serio compromiso por parte de todos. En este campo, las diversas iniciativas han de ser respaldadas sobre todo por el testimonio de los sacerdotes y de las personas consagradas, en las cuales se ha de ver una entrega incondicional a la causa del Evangelio. Su misma vida, «su concordia fraterna y su celo por la evangelización del mundo, son el factor primero y más persuasivo de fecundidad vocacional» (*Pastores dabo vobis*, 41).

4. Conozco la preocupación por algunos aspectos de vuestro pueblo que parecen dificultar la penetración del Evangelio en su corazón. Muchas son las diferencias de una región a otra, a veces con marcada identidad étnica y cultural; muy rápidos algunos cambios sociales que desconciertan a muchas personas, especialmente a los jóvenes; y demasiado difusa la tentación de una vida trivial, de un consumismo egoísta, de una sexualidad irresponsable o, incluso, de un fácil recurso a la violencia.

Ante ello, y lejos de ceder a cualquier tentación de desánimo, no debe faltar una actitud de acercamiento y una palabra a los jóvenes, que los interpele directamente y sin subterfugios, los rescate de una vida superficial o carente de sentido, despierte en ellos el brío de la responsabilidad y los defienda del asedio de un mundo lleno de provocaciones engañosas. De muchos jóvenes de hoy puede decirse con San Agustín: «¿quién no aspira a la verdad y la vida? Pero no todos hallan el camino» (*Sermón* 142, 1).

Múltiples son los cauces a través de los cuales puede llegar a ellos el mensaje de Cristo. Lo que importa es que sea auténtico y transparente, que se afiance profundamente en su ser mediante una catequesis continuada y sistemática, llene de gozo el corazón y se celebre en la liturgia; se comparta en la comunidad y se descubra cada vez más en la intimidad de cada uno a través de la oración (cf. *Novo millennio ineunte*, 33).

5. En mi visita pastoral a Panamá tuve la oportunidad de hablar sobre el sentido cristiano de la familia, la cual no solamente es la célula fundamental de la sociedad, sino también lugar privilegiado donde se vive y se transmite la fe. Por eso ha de tener un lugar preeminente en los proyectos de evangelización, tanto para que responda al proyecto de Dios sobre el matrimonio, como para que sean los hogares mismos cauce de irradiación de los valores evangélicos. En aquella ocasión hice notar que «el matrimonio es una historia de amor mutuo, un camino de madurez humana y cristiana. Sólo en el progresivo revelarse de las personas se puede consolidar una relación de amor que envuelve la totalidad de la vida de los esposos» (*Homilía en la Misa para las familias*, Panamá, 5 de marzo 1983, 4).

Esta alta concepción del matrimonio y la familia sigue siendo uno de los retos para la Iglesia del tercer milenio que, también en vuestro País, constata la existencia de ciertas actitudes que dificultan en su raíz la plena realización de un proyecto familiar basado en el diseño divino. Me refiero, sobre todo, a la poca estima por la dignidad de la mujer y al frecuente abandono de los deberes conyugales y familiares. En efecto, es triste observar cómo, en ocasiones, «la mujer es todavía objeto de discriminaciones» (*Ecclesia in America*, 45). Por eso, la pastoral familiar debe ocuparse de subsanar estas carencias mediante una necesaria y adecuada preparación al matrimonio, una atención constante a la vida de los hogares, apelando también a la responsabilidad de las instancias públicas en lo que se refiere a los programas educativos y a la inserción de los jóvenes en la sociedad.

6. Por otra parte la celebración del Gran Jubileo ha hecho sentir la necesidad de que la Iglesia esté «más que nunca fija en el rostro del Señor» (*Novo millennio ineunte*, 16). Además, quienes han recibido la misión de guiar al pueblo de Dios, reciben de Cristo el ejemplo y las mejores indicaciones para una actuación pastoral abnegada y generosa hasta el sacrificio de sí mismos (cf. *Jn* 10, 11; *Lumen gentium*, 27). Las actuales circunstancias, que inducen cada vez más a la dispersión y el alejamiento, hacen particularmente urgente una figura de pastor que no sólo atiende a los fieles asiduos, sino que incansablemente va en busca de los desorientados y alejados (cf. *Lumen gentium*, 28).

La imagen evangélica de poner sobre los hombros a la oveja descarriada (cf. *Lc* 15, 4-5) sugiere la situación, cada vez más frecuente, de tantos cristianos que, aún deseando mantenerse firmes en la fe, o de volver a ella en el seno de la Iglesia, no se sienten con

fuerzas para retomar ellos solos el camino. Surge así la necesidad de una especial atención por el débil y por quien, no obstante su buena voluntad, tiene dificultades para vivir en plena coherencia su compromiso bautismal, para que no se apague la llama vacilante de su fe, sino que se avive hasta alcanzar su máximo fulgor.

7. En Panamá, la Iglesia y sus Pastores tienen una gran tradición de asistencia a los necesitados, de defensa de las minorías étnicas, de promoción humana y de fomento de la educación. Deseo animaros a proseguir por este camino, más aún, a promover con «mayor creatividad una nueva imaginación de la caridad (*Novo millennio ineunte*, 50) para hacer frente a la magnitud de algunos fenómenos de marginación social y cultural, así o como a las nuevas formas de pobreza, tanto material como espiritual, que se perfilan al comienzo del nuevo milenio».

En este sentido, es importante mantener la voz profética frente al perpetuarse de situaciones de discriminación, aún cuando éstas no parezcan provocar desestabilización social. Pero la creatividad de la caridad ha de orientarse sobre todo a la búsqueda de métodos y actividades por parte de todos y cada uno en la construcción de su propio porvenir y en el de la comunidad local y nacional. La Iglesia, que se esfuerza por promover el bien integral de cada persona, y, por tanto, de su dimensión social y comunitaria, no se conforma con que se alcance un simple bienestar o comodidad de vida. Ha de esforzarse en promover la verdadera dignidad de la persona, que implica, por un lado, el respeto de los derechos humanos fundamentales y, por otro, su sentido de responsabilidad, solidaridad y cooperación para construir un mundo mejor para todos.

Ésta es una misión específica de los fieles laicos, a los que se ha de prestar una atención pastoral privilegiada, para que tengan una recia formación cristiana y una gran fuerza de ánimo en su cometido social. De este modo sabrán impregnar con los valores evangélicos el mundo de la cultura, de la ciencia o de la política. Además, la esperanza incansable que proviene de la fe y con su ejemplo de vida, estimularán a otros en su compromiso de superar aquellas situaciones que producen degrado material y moral, que hace particularmente vulnerables a las mujeres, a los niños y a ciertos grupos sociales, o que provocan criminalidad y violencia.

8. Al terminar este encuentro, deseo unirme de corazón a todos vosotros en las esperanzas que os acommunan y os ayudan a trabajar cada vez más hermanados, reforzando la comunión eclesial a la que he invitado en la Carta apostólica *Novo millennio ineunte* (cf. 44-45). La imagen que tiene vuestro País en el mundo, como lugar crucial de paso y comunicación, es una invitación a que sus comunidades eclesiales sean modelo en su capacidad de aunar esfuerzos, de dialogar con todos y de construir indestructibles lazos de unidad, respetando al mismo tiempo la diversidad de cada cultura.

Mientras pido a la Virgen María que os acompañe en vuestro ministerio pastoral y proteja a los queridos hijos e hijas panameños, os imparto de corazón la Bendición Apostólica.

A los Obispos de Paraguay

7 de abril de 2001

Queridos Hermanos en el Episcopado:

1. Es para mí motivo de gran alegría recibirlos hoy, en este momento culminante de la visita *ad limina Apostolorum*, que manifiesta la comunión en la fe y en la caridad con el Sucesor de Pedro, por quien Jesús oró para que no desfalleciera en su fe y confirmara en ella a sus hermanos (cf. *Lc 22, 32*). Esta misma fe, que nos acomuna y congrega en torno a Cristo, el verdadero Maestro, impulsa también la «solicitud por todas las Iglesias» (*2 Co 11, 28*) que incumbe a los Apóstoles y a sus sucesores. Bienvenidos, pues, a este encuentro, sabiendo que en cada uno de vosotros acojo cordialmente a las Iglesias particulares del Paraguay, a sus sacerdotes, comunidades religiosas y pueblo fiel.

Agradezco las palabras de saludo de Monseñor Jorge Livieres Banks, Obispo de Encarnación y Presidente de la Conferencia Episcopal, en las que se ha hecho intérprete del afecto de todos vosotros por el Papa, así como de las principales esperanzas y preocupaciones en el ministerio pastoral que desempeñáis. Espero ardientemente que la experiencia de esta visita os conforte e ilumine en las adversidades y os aliente en los desvelos por edificar comunidades eclesiales cada vez más vigorosas, coherentes con el Evangelio y deseosas de vivir con gozo el mensaje salvador de Cristo.

2. La Iglesia en el Paraguay cuenta con una gloriosa tradición evangelizadora, que ha sabido conjugar sabiamente la santidad de vida con una prolija actividad misionera, como en el caso del primer santo paraguayo, el Padre Roque de Santa Cruz, al que tuve la dicha de canonizar, junto con sus dos compañeros mártires, durante mi inolvidable visita pastoral a esa querida tierra. En el alba del nuevo milenio, he querido subrayar precisamente este aspecto de la santidad de vida como la llave maestra de todo proyecto apostólico, que ha de tener su centro y su punto de partida en Cristo, «al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste» (*Novo millennio ineunte*, 29).

El Paraguay cuenta también con uno de los más conocidos y significativos testimonios de una iniciativa evangelizadora creativa y audaz, como fueron las reducciones franciscanas y jesuíticas. Su recuerdo sigue enseñando hoy que la «palabra de vida» (cf. *Jn* 6, 68) se acerca al ser humano con suavidad, lo libera de tantas opresiones, promueve el desarrollo integral de las personas y ennoblece la cultura de cada pueblo, purificando y llevando a plenitud sus valores peculiares. En efecto, «el Señor es el fin de la historia humana, el punto en que convergen los deseos de la historia y de la civilización, centro del género humano, gozo de todos los corazones y plenitud de sus aspiraciones» (*Gaudium et spes*, 45).

En todo ello late como una invitación a los Pastores de hoy a que no escatimen esfuerzos en proclamar constantemente el Evangelio y formar la conciencia cristiana mediante una catequesis, sistemática y continuada, que cale muy hondo en todos sus fieles. A este respecto, quiero recordar las palabras que dirigí en la memorable visita a vuestro País: «no basta

con dar la doctrina: hace falta conseguir que quienes reciben la instrucción religiosa se sientan impulsados a vivir lo que aprenden» (*A los Obispos del Paraguay*, Asunción, 16 mayo 1988, 3).

3. En este contexto, una mención especial merecen los sacerdotes, pues ellos son los principales colaboradores del Obispo en su misión pastoral, y en su nombre «reúnen a la familia de Dios» (*Lumen gentium*, 28). Sé de los esfuerzos notables realizados para mejorar el Seminario Nacional, y es consolador comprobar el aumento de seminaristas. Es importante que éstos reciban una sólida formación espiritual, humana e intelectual, que se prolongue también después del seminario en su vida sacerdotal, de tal manera que sean fieles, constantes y generosos dispensadores de los misterios de Dios.

La indudable necesidad de vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada en modo alguno debe llevar a exigir menos y contentarse con una formación y una espiritualidad mediocres. Por el contrario, las circunstancias actuales requieren, tal vez más aún que en otras épocas, un mayor cuidado en la selección y formación de quienes, además de ser competentes en su ministerio pastoral, han de corroborar con el ejemplo lo que predicán. En efecto, el evangelizador, viviendo «con sencillez según el modelo de Cristo, es un signo de Dios y de las realidades trascendentales» (*Redemptoris missio*, 42). Por eso se requiere un esfuerzo especial para que los sacerdotes, lejos de limitarse a cumplir rutinariamente determinadas funciones, se sientan enteramente impregnados de la caridad pastoral que apremia en todo momento al Apóstol (cf. *2 Co* 5, 14).

Estas consideraciones nos llevan a plantear la grave responsabilidad de los Obispos, no sólo de organizar bien la formación de su clero, sino también de atenderlo personalmente, « como hermanos y amigos » (cf. *Presbyterorum Ordinis*, 7). En este delicado y crucial cometido el Obispo ha de sentirse afectiva y efectivamente cercano a todos sus sacerdotes, preocupado por sus necesidades espirituales y materiales, e interesado por sus proyectos pastorales y actividades de cada día. No se ha de pasar por alto algo que he querido resaltar expresamente en mi *Carta a los sacerdotes para el Jueves Santo* de este año, al confesar « mi admiración por este ministerio discreto, tenaz y creativo, aunque marcado a veces por las lágrimas del alma que sólo Dios ve » (n. 3), porque « este empeño cotidiano es precioso a los ojos de Dios » (*ibid.*). En efecto, no faltan ocasiones en que la escasa estima por el ejercicio ordinario del ministerio provoca desaliento, especialmente en los sacerdotes más jóvenes, a los que se debe prestar una especial atención y premura.

4. En el Paraguay hay una presencia importante de personas consagradas, religiosas y religiosos, a los que la historia de ese País debe mucho, y que ahora siguen contribuyendo de manera decisiva a la evangelización, bien a través de una pastoral directa en parroquias o misiones, bien mediante múltiples obras de apostolado educativo o asistencial.

En este sentido, es particularmente digno de mención el papel que desempeña la mujer consagrada en tantos ámbitos de la vida eclesial, sobre todo por su sencillez, espíritu de sacrificio y cercanía al pueblo. Su aportación resulta sumamente valiosa, especialmente en aquellos ámbitos en que la dignidad de la mujer es ultrajada o insuficientemente reconocida, y

en los que se espera del «genio femenino» (cf. *Mulieris dignitatem*, 31) una colaboración específica para superar esta penosa discriminación que perdura en nuestro tiempo.

La Iglesia, aún apreciando en los religiosos y religiosas la disponibilidad, eficiencia y capacidad de responder con prontitud a las nuevas fronteras de la evangelización, no ha dejado de subrayar que «tienen en su vida consagrada un medio privilegiado de evangelización eficaz. A través de su ser más íntimo, se sitúan dentro del dinamismo de la Iglesia» (*Evangelii nuntiandi*, 69). Por eso les recuerda la necesidad de mantener siempre una «fidelidad creativa» al propio carisma (cf. *Vita consecrata*, 37). Asimismo, reitera la responsabilidad que tienen los Obispos de conservar y defender el rico patrimonio espiritual de cada Instituto (cf. *CIC* 586, 2), correspondiendo «al don de la vida consagrada que el Espíritu suscita en la Iglesia particular, acogiéndolo con generosidad y con sentimientos de gratitud al Señor» (*Vita consecrata*, 48). Se destaca así que, en la edificación de la Iglesia, más que los esfuerzos humanos «es Dios que hace crecer» (cf. *1 Co* 3, 7). Además, ante la difusa exigencia de espiritualidad, que se manifiesta como un «signo de los tiempos» en este comienzo de milenio (cf. *Novo millennio ineunte*, 33), cabe esperar de las personas consagradas, en virtud de su origen carismático, su testimonio de vida auténticamente evangélica y esa «especie de instinto sobrenatural» (*Vita consecrata*, 94) cultivado con esmero, que den una especial aportación en cada Iglesia particular, para que se mantenga vivo el sentido de la presencia de Dios y se suscite en todos los fieles «un verdadero anhelo de santidad, un fuerte deseo de conversión y de renovación personal en un clima de oración cada vez más intensa» (*Tertio millennio adveniente*, 42; *Vita consecrata*, 39).

5. Veo con satisfacción cómo los Obispos del Paraguay han acompañado y siguen acompañando a su pueblo en la búsqueda, no siempre fácil, de una convivencia armónica y pacífica, basada en los valores de la justicia, la solidaridad y la libertad. En este ámbito, la Iglesia, que no tiene afanes ajenos a su propia misión, busca la salvación del ser humano y anuncia el Evangelio, cuya luz, «en cuanto que sana y eleva la dignidad de la persona humana, fortalece la consistencia de la sociedad» (*Gaudium et spes*, 40). Por eso, cuando es necesario, no rehuye la denuncia de la injusticia y propone en su doctrina social los principios de carácter ético que han de orientar también la actuación en la vida civil.

Difundir la doctrina social de la Iglesia adquiere la dimensión de «una verdadera prioridad pastoral» (*Ecclesia in America*, 54), tanto para afrontar adecuadamente las diversas situaciones con una conciencia recta, iluminada por la fe, como para fomentar y orientar el compromiso de los laicos en la vida pública. En efecto, de poco servirían las denuncias, la proclamación teórica de los principios, si éstos no son firmemente interiorizados mediante una formación generalizada y sistemática. De este modo se abre un cauce de incidencia real y concreta de los valores inspirados por el Evangelio en el mundo de la cultura, de la tecnología, de la economía o de la política.

A esta formación, que debe acompañar el crecimiento en la fe de todo fiel cristiano, ha de añadirse un esfuerzo por evangelizar también a cuantos ya tienen responsabilidades en las diversas áreas de la administración pública. Puesto que el Evangelio tiene algo que decirles también a ellos, es necesario ayudarles a descubrir que el mensaje de Jesús es valioso y

pertinente, tanto para su vida personal y familiar como para la función que desempeñan (cf. *Ecclesia in America*, 67).

Un medio particularmente apto para que los fieles laicos colmen las grandes esperanzas que la Iglesia tiene puestas en ellos, en las tareas que les son propias, es el de una conveniente organización, que facilite la formación, la progresiva incorporación de las nuevas generaciones, la ayuda mutua y la acción apostólica coordinada. El surgir de diversos movimientos laicales puede ser, a este respecto, un fenómeno esperanzador que merece una especial atención por parte de los Obispos, llamados a que, como dice el apóstol San Pablo, «no extingan al Espíritu ni desprecien las profecías; sino que lo examinen todo y se queden con lo mejor» (*1 Ts* 5, 19-21). De esta manera, con la ayuda de sus Pastores y en perfecta comunión con ellos, se irá forjando un laicado vigoroso, firmemente comprometido en el camino de santidad personal, en la edificación de la Iglesia y en la construcción de una sociedad más justa.

6. No quiero terminar este encuentro sin hacer mención de una de las más preciadas herencias que enriquecen las comunidades eclesiales paraguayas, como es la religiosidad popular. En muchos casos es la manera en que el Evangelio ha echado raíces más profundas en el alma de tantos creyentes. Es necesario promover esta capacidad expresiva, que implica la totalidad de la persona e impregna la vida comunitaria, encauzándola hacia una progresiva profundización en la fe, que ilumine todos los aspectos de su vida. De este modo, serán cada día más conscientes de que han de crecer como piedras vivas que construyen un edificio espiritual (cf. *1 Pe* 2, 5), con la

fuerza que brota de las «obras maestras de Dios» que son los sacramentos (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1116).

7. Queridos hermanos en el Episcopado, encomiendo vuestras personas e intenciones pastorales a la Virgen María, nuestra Madre celestial, invocada con fervor por los fieles paraguayos bajo la advocación de la Pura y Limpia Concepción de Caacupé. Que Ella tienda su mano a los queridos hijos e hijas del Paraguay, a los que os ruego hagáis llegar el saludo y el cariño del Papa. Con estos deseos, que están acompañados de mi oración y afecto, os bendigo de todo corazón.

A los Obispos de Guatemala

29 de mayo de 2001

Queridos Hermanos en el Episcopado:

1. Con gusto os recibo, Pastores de la Iglesia de Dios en Guatemala, venidos a Roma para la visita *Ad limina*, durante la cual os encontraréis con el Sucesor de Pedro, mantenéis oportunos contactos con los diversos Dicasterios de la Curia Romana, rezáis ante las tumbas de los Bienaventurados Apóstoles Pedro y Pablo, columnas de la Iglesia, para proseguir así, fortalecidos, vuestra misión de cabezas y guías del Pueblo de Dios que peregrina en «el País de la eterna primavera».

Agradezco las amables palabras que me ha dirigido Mons. Víctor Hugo Martínez Contreras, Arzobispo de Los Altos-Quetzaltenango-Totonicapán y Presidente de la Conferencia Episcopal, manifestando vuestra comunión con el Obispo de Roma y los sentimientos que os animan en vuestra acción pastoral en favor del querido pueblo guatemalteco. De sus ricos valores fui testigo con ocasión de mis dos viajes apostólicos a vuestro País que tuvieron lugar en circunstancias bien diversas. En el primero, la Nación vivía bajo una cruel guerra interior, mientras que en el segundo se vislumbraban ya los horizontes de la paz, que quise alentar. Siempre tuve la satisfacción de encontrarme con una Iglesia viva, dinámica, cercana a todos y comprometida seriamente en el anuncio de Jesucristo y de su Buena Nueva.

2. Como Obispos tenéis la misión primordial de edificar vuestras comunidades sobre la roca que es Cristo (cf. *1 Co* 10, 4), mediante la predicación de la Palabra de Dios, la celebración de los Sacramentos y el fomento de la caridad. Alentados por las promesas del Señor y la fuerza que nos proporciona su Espíritu, estáis llamados a ser los primeros en llevar a cabo la misión que Él ha confiado a su Iglesia, aunque para ello haya que afrontar y aceptar la cruz, que en la sociedad contemporánea puede manifestarse de múltiples formas.

Tanto individual como colegialmente, por medio de la Conferencia Episcopal o de otras instancias eclesiales, participáis en el análisis de los logros y expectativas de la sociedad guatemalteca, tratando de interpretarlos a la luz del Evangelio para orientar a la misma sociedad, ayudándola a progresar en el campo de los valores morales y, muy particularmente, favoreciendo la reconciliación nacional, tan necesaria después de los cruentos años de la guerra civil.

Escuchando lo que «el Espíritu dice a las Iglesias» (*Ap* 2, 7), sentís también el deber de hacer un sereno discernimiento, abierto y comprensivo, de las diversas circunstancias y acontecimientos, iniciativas y proyectos, sin descuidar los graves problemas y las aspiraciones más profundas de la sociedad. Por eso, os animo a proseguir incansablemente y sin desaliento en el oficio de enseñar y anunciar a los hombres el Evangelio de Cristo (cf. *Christus Dominus*, 11), elaborando y llevando a la práctica los proyectos pastorales oportunos (cf. *Ecclesia in America*, 36). Aunque vuestras responsabilidades sean muy grandes, el Espíritu del Señor os iluminará y dará siempre las fuerzas necesarias.

3. Para colaborar en vuestra misión contáis, en primer lugar, con la ayuda de los sacerdotes. La sociedad actual, tan diversificada, exige que el sacerdote sea signo de unidad, ejerciendo su ministerio de forma humilde y con caridad pastoral, para conducir a los fieles al encuentro con Jesucristo (cf. *Ecclesia in America*, 39). Conociendo cómo llevan a cabo su ministerio, doy gracias a Dios por el espíritu de fraternidad y sacrificio, por el testimonio de austeridad y pobreza, y por la entrega generosa al servicio de los hermanos. Sé que en algunas zonas el trabajo pastoral reviste especial dificultad y esto requiere una disponibilidad muy exigente. Como decía en mi *Carta del Jueves Santo* de este año, se trata de «un trabajo a menudo escondido que, si bien no aparece en las primeras páginas, hace avanzar el Reino de Dios en las conciencias», por lo que les renuevo «mi admiración por este ministerio discreto, tenaz, creativo, aunque marcado a veces por las lágrimas del alma que sólo Dios ve» (n. 3).

Para que el servicio de los sacerdotes sea cada vez más eficaz ante los retos que el mundo contemporáneo plantea a la nueva evangelización, es menester que tengan una espiritualidad sólida, imiten a Cristo, Buen Pastor, y sigan una formación permanente que les haga cada día más idóneos para transmitir el mensaje evangélico. A este respecto, me complazco por la creación, dentro del Plan Global de la CEG, de la Comisión del Clero y Pastoral Sacerdotal, que ha publicado el Plan Nacional de Pastoral sacerdotal 2001-2006. Dentro de esa programación, velad por la situación particular de cada uno y ofrecedles toda la ayuda que necesiten, alentándoles a proseguir con ilusión y esperanza por el camino de la santidad sa-

cerdotal. ¡Que a ninguno de vuestros sacerdotes le falten los medios necesarios para vivir su sublime vocación y su ministerio!

4. En las Relaciones quinquenales subrayáis el aprecio y la gratitud por el don de la vida consagrada en vuestras Iglesias particulares. En efecto, en Guatemala hay una presencia importante de religiosas y religiosos que contribuyen a la evangelización, bien a través de una pastoral directa en las parroquias o misiones, bien mediante diversas obras de apostolado educativo o asistencial.

La Iglesia aprecia en los religiosos y religiosas la disponibilidad y capacidad de responder con prontitud a los retos de la difusión de la Buena Nueva, teniendo presente al mismo tiempo que su misma vida consagrada es un medio privilegiado de evangelización. Por eso les recuerdo la necesidad de mantener siempre una «fidelidad creativa» al propio carisma (cf. *Vita consecrata*, 37). También deseo subrayar la responsabilidad que tienen los Obispos en conservar y defender el rico patrimonio espiritual de cada Instituto (cf. *CIC* 586, 2), correspondiendo «al don de la vida consagrada que el Espíritu suscita en la Iglesia particular, acogiéndolo con generosidad y con sentimientos de gratitud al Señor» (*Vita consecrata*, 48). Además, ante la difusa exigencia de espiritualidad, que se puede considerar como un «signo de los tiempos» en este comienzo de milenio (cf. *Novo millennio ineunte*, 33), cabe esperar de las personas consagradas, de acuerdo con su carisma originario, un testimonio de vida auténticamente evangélica, lo cual enriquecerá ciertamente a cada Iglesia particular, ayudando a mantener vivo el sentido de la presencia de Dios y favoreciendo en todos los fieles «un verdadero anhelo de santidad, un fuerte deseo de conversión y de renova-

ción personal en un clima de oración cada vez más intensa» (*Tertio millennio adveniente*, 42; *Vita consecrata*, 39).

5. Aunque «la misión salvífica de la Iglesia en el mundo es llevada a cabo no sólo por los ministros en virtud del sacramento del Orden, sino también por todos los fieles laicos» (*Christifidelis laici*, 23), es indudable que los ministros ordenados tienen un papel fundamental en dicha misión. Por eso deseo compartir la preocupación por la promoción de las vocaciones al sacerdocio y por su formación como futuros pastores del Pueblo de Dios.

La importancia de este tema exige una reflexión continua y un nuevo y decidido empeño por parte de todas las comunidades cristianas bajo la guía de aquellos a quienes «el Espíritu Santo os ha encargado guardar, como pastores de la Iglesia de Dios» (*Hcb* 20, 28). La pastoral vocacional debe ser enfocada desde el llamado que el Señor efectúa de modo personal al seguimiento y al ministerio a través de la fecundidad de la Iglesia y de la profundidad de su vida, alimentada por la pureza de la fe, por la gracia de los Sacramentos, por el espíritu de conversión y por la oración ardiente de los miembros del Cuerpo Místico de Cristo. Todos, por tanto, han de participar de algún modo en la pastoral vocacional, confiando que Dios responderá proporcionando a su pueblo, si lo pide con perseverancia, los ministros necesarios.

Es también importante tener presente que la pastoral vocacional encuentra un ámbito privilegiado en la pastoral juvenil, orientada a la formación doctrinal, espiritual y apostólica de los jóvenes, tanto en las parroquias y colegios, como en las asociaciones apostólicas y movimientos. Es fundamental en este campo

una formación integral y coherente, basada en la intimidad con Cristo, que disponga, a los que sean elegidos, a recibir con gozo la gracia del don.

El testimonio de fidelidad de los sacerdotes, a cuyo ministerio se integrarán los nuevos ordenados, es también un factor importante para la formación de los seminaristas. Respondiendo con generosidad y con un amor indiviso a su «vocación en el sacerdocio», los presbíteros serán modelo de caridad pastoral, de oración y de sacrificada entrega para los jóvenes candidatos a las órdenes sagradas.

6. Veo con satisfacción cómo acompañáis a vuestro pueblo en la búsqueda de una convivencia armónica y pacífica, basada en los valores de la reconciliación, la justicia, la solidaridad y la libertad. Por eso, cuando sea necesario, no rehuyáis la denuncia de la injusticia y proponed los principios de carácter moral que han de orientar también la actuación en la vida civil.

La Iglesia en Guatemala ha sido testigo del derramamiento de la sangre de muchos de sus hijos. Además del esfuerzo legítimo por desvelar la verdad sobre esos crímenes execrables -entre los cuales está el de Mons. Juan Gerardi Conedera, Obispo auxiliar de Guatemala, asesinado hace ahora tres años- es urgente que se recupere su memoria como «ejemplos de entrega sin límites a la causa del Evangelio» (*Ecclesia in America*, 15). A este respecto, deseo recordar cuanto ya dije en vuestra tierra, el 6 de febrero de 1996 en el Campo Marte: «Quiero rendir ahora un caluroso y merecido homenaje a los centenares de catequistas que, junto con algunos sacerdotes, arriesgaron su vida e incluso la ofrecieron por el Evangelio. Con su sangre fecundaron para siempre la tierra bendita de Guatemala. Esa fecundidad debe fructificar en familias unidas y profundamente cristianas, en parro-

quias y comunidades evangelizadoras, en numerosas vocaciones sacerdotales, religiosas y misioneras. Ellos, imitando la valentía y entereza de María, “vencieron por medio de la sangre del Cordero y por el testimonio que dieron, sin que el amor a su vida les hiciera temer la muerte” (*Ap* 12, 11)» (n. 4).

7. Por otra parte, difundir la doctrina social de la Iglesia adquiere la dimensión de «una verdadera prioridad pastoral» (*Ecclesia in America*, 54), tanto para afrontar adecuadamente las diversas situaciones con una conciencia recta, iluminada por la fe, como para fomentar y orientar el compromiso de los laicos en la vida pública. En efecto, de poco servirían las denuncias, la proclamación teórica de los principios, si éstos no son firmemente interiorizados mediante una formación integral y sistemática. De este modo se abre un cauce de incidencia real y concreta de los valores inspirados por el Evangelio en el mundo de la cultura, de la tecnología, de la economía o de la política.

A esta formación, que debe acompañar el crecimiento en la fe de todo fiel cristiano, ha de añadirse un esfuerzo por evangelizar también a cuantos tienen responsabilidades en las diversas áreas de la administración pública. Puesto que el Evangelio tiene algo que decirles también a ellos, es necesario ayudarles a descubrir que el mensaje de Jesús es valioso y pertinente también para la función que desempeñan (cf. *Ecclesia in America*, 67).

8. Es sabido que en Guatemala la difusión de la Palabra de Vida en gran parte la llevan a cabo numerosos catequistas. He visto cómo en las Relaciones quinquenales alabáis la labor abnegada y sacrificada

que realizan. A ellos agradezco de corazón este servicio, que forma parte de su misión dentro de la Iglesia.

Un medio particularmente apto para que los fieles laicos colmen las grandes esperanzas que la Iglesia tiene puestas en ellos, en las tareas que les son propias, es el de una conveniente organización, que facilite la formación, la progresiva incorporación de las nuevas generaciones, la ayuda mutua y la acción apostólica coordinada. El surgir de diversos movimientos laicales puede ser, a este respecto, un fenómeno esperanzador que merece una especial atención por parte de los Obispos, llamados, como dice el apóstol San Pablo, a que «no extingan al Espíritu ni desprecien las profecías; sino que lo examinen todo y se queden con lo mejor» (1 Ts 5, 19-21). De esta manera, con la ayuda de sus Pastores y en perfecta comunión con ellos, se irá forjando un laicado vigoroso, firmemente comprometido en el camino de la santidad personal, en la edificación de la Iglesia y en la construcción de una sociedad más justa.

Esto, además, será un modo eficaz para superar la ignorancia religiosa y afianzar la fe, vivida a veces de manera rutinaria, haciendo así menos vulnerables a los bautizados ante los avances proselitistas de las sectas y otras ofertas supuestamente espirituales (cf. *Ecclesia in America*, 73).

9. Al concluir este encuentro deseo animaros a proseguir, con el dinamismo y el entusiasmo que os caracterizan, así como con renovada esperanza, en el ejercicio de la misión que el Señor os ha confiado. Os ruego que os hagáis intérpretes de mi afecto y cercanía espiritual a vuestros sacerdotes, a los religiosos y religiosas, y a todos los fieles guatemaltecos que caminan gozosos al encuentro del Señor. A este res-

pecto recuerdo que «los caminos por los que cada uno de nosotros y cada una de nuestras Iglesias camina son muchos, pero no hay distancias entre quienes están unidos por la única comunión, la comunión que cada día se nutre de la mesa del Pan eucarístico y de la Palabra de vida» (*Novo millennio ineunte*, 58).

Que la Virgen Santísima, Madre de la Iglesia, os acompañe en vuestro camino y os consuele siempre con su ternura materna. Que os sea de apoyo también la Bendición Apostólica que complacido os imparto y extendiendo a vuestras Iglesias particulares.

A los Obispos de Cuba

6 de julio de 2001

Queridos Hermanos en el Episcopado:

1. Con sumo gusto les recibo hoy, Pastores de la Iglesia de Dios peregrina en Cuba, que en estos días realizan la visita *ad Limina*, con la cual renuevan su comunión con el Sucesor de Pedro y veneran con devoción las tumbas de los Príncipes de los Apóstoles, columnas de la Iglesia y fieles a Cristo hasta derramar su sangre. Así mismo, han tenido importantes encuentros con los Dicasterios de la Curia Romana y, en un clima de oración y reflexión, han puesto de manifiesto los motivos de alegría y esperanza, de preocupación y pena, que vive la porción del Pueblo de Dios encomendada a su atención pastoral.

Agradezco de corazón las amables palabras que, en nombre de todos, me ha dirigido Mons. Adolfo Rodríguez Herrera, Arzobispo de Camagüey y Presidente de la Conferencia Episcopal, haciéndome patente la adhesión de Ustedes y la de sus comunidades eclesiales. En efecto, conozco bien su inquebrantable comunión con la Sede de Pedro, y pueden estar seguros de mi afecto y cercanía en todos los avatares de su labor pastoral.

2. Su presencia aquí me recuerda la visita pastoral a Cuba en 1998. Fueron unos días intensos en los que pude apreciar el calor y la acogida del pueblo cubano. En aquella memorable ocasión dejé un mensaje pastoral, el cual sigue ayudando para animar la vida de la

Iglesia y alentar a todos en la esperanza. Me complace saber que desde entonces han mejorado algunas cosas de particular valor para Ustedes como son, por ejemplo, la recuperación de la fiesta de la Navidad, la posibilidad de realizar algunas procesiones —que forman parte de la rica piedad popular—, una mayor participación de los católicos en la vida del País, la presencia de algunos jóvenes cubanos en la XV Jornada Mundial de la Juventud en Roma durante el pasado Año jubilar o un notable incremento de la participación de los fieles en la recepción de los Sacramentos. Hay, sin embargo, otros aspectos que aún no han obtenido un resultado satisfactorio, pero es de esperar que, con la buena voluntad de todos, se alcance la solución conveniente y justa.

3. Al clausurar el Gran Jubileo de la Encarnación, he invitado a toda la Iglesia a caminar desde Cristo, que «*es el mismo ayer, hoy y siempre*» (*Hb* 13, 8), acogiendo con renovado entusiasmo sus palabras: «*Duc in altum*» (*Lc* 5, 4) y abriéndose con confianza al futuro. Secundando mis palabras, Ustedes, queridos Obispos de Cuba, han aprobado el Plan Global de Pastoral 2001-2006 con un dinamismo misionero muy acorde con la sed de Dios de vuestro pueblo que, como os dije en La Habana, «*tiene un alma cristiana*» (*Homilía* 25.1.1998, 7). La fe y los valores que proclama el Evangelio son una riqueza que se debe preservar celosamente, porque está en la raíz de la identidad cultural nacional, amenazada hoy, como en otras partes, por una cultura masificada e informe, amparada en algunos aspectos del proceso de globalización.

Gracias a la puesta en práctica de ese Plan, se han abierto en muchos hogares centros de reunión de la comunidad católica, especialmente en barrios y po-

blados donde durante años no ha sido posible construir nuevos templos. Esto se ha revelado como un método evangelizador muy en consonancia con dicho Plan Pastoral, con familias que abren sus puertas y quieren ser comunidades vivas y dinámicas. El nombre de «Casas de Misión o de Oración» con que se designan está de acuerdo con el llamado a evangelizar todos los ambientes, pues han de ser verdaderas escuelas donde se transmita la fe e instruya en ella, a la vez que se la alimente con la plegaria. Les aliento, pues, a continuar con creatividad anunciando el Evangelio a todos los cubanos, y cuidando la debida formación de los animadores de dichos centros.

En el Mensaje jubilar Ustedes afirmaban que Cuba vive «*una hora histórica*». Por eso, como Pastores de todo el pueblo fiel deben seguir iluminando las conciencias de los cubanos, orientándolos hacia un diálogo perseverante y una reconciliación sincera. No hay que dejarse vencer por el desánimo ante esa ardua tarea, aún cuando su voz sea la única o sean «*signo de contradicción*» (cf. *Lc 2, 34*). Aunque no se desean enfrentamientos, la Iglesia es consciente de que los proyectos del Señor no siempre coinciden con los criterios del mundo sino que, a veces, incluso los contradicen.

Acogiendo con renovado vigor cada día las palabras del Señor «*Duc in altum*», dirijan con audacia los destinos de esa Iglesia tan ferviente y que tantas pruebas de fidelidad ha dado en el pasado. Animen a los sacerdotes, diáconos, religiosos y religiosas, seminaristas y seglares a «*remar mar adentro*» en su servicio a la Iglesia y al pueblo, siendo fieles a Cristo y a su Patria, que tanto les necesita. Que todos caminen sin desfallecer, más aún, avanzando siempre con nuevos proyectos que den sentido y esperanza a sus vidas.

4. Ustedes son bien conscientes de su responsabilidad de transmitir el mensaje de Cristo como «*verdaderos y auténticos maestros de la fe, pontífices y pastores*» (*Christus Dominus*, 2). Este mensaje ha de ser proclamado en toda su integridad y belleza, sin dejar de lado sus exigencias y teniendo presente que la cruz forma parte del camino de Cristo y del que recorren sus discípulos. Guiados por el único Maestro que tiene «*palabras de vida eterna*» (*Lc* 6, 68), los hombres y mujeres de Cuba han de saber encontrar un sentido renovado y trascendente para sus vidas, acogiendo el amor divino y viendo cómo se abren ante ellos tantas posibilidades de realización personal y social.

La fe en Jesucristo, lo saben bien, actúa en el ser humano de modo totalmente diferente a las ideologías, que son caducas y consumen las energías de los hombres y los pueblos con metas intramundanas, muchas de ellas, además, inalcanzables. Por eso, es cada vez más urgente presentar la riqueza insondable de la espiritualidad cristiana en estos comienzos del nuevo milenio, ante un mundo cansado de las viejas ideologías, las cuales al perder su atractivo inicial, han dejado en muchos un vacío profundo y una falta de sentido de la vida.

5. En el ejercicio del «*munus docendi*», la Iglesia, por medio de sus ministros, está llamada a iluminar también con la luz del Evangelio los asuntos temporales y sociales (cf. *Lumen gentium*, 31), procurando que sus miembros sean «*testigos y operadores de paz y justicia*» (*Sollicitudo rei socialis*, 47). Para ello, promueve una educación en los valores auténticos, que sea liberadora y participativa, como han indicado Ustedes en el Plan Global. A este respecto, ya señalé en Camagüey cómo «*la Iglesia tiene el deber de dar una formación moral, cívica y religiosa*» realizando con ello «*una siembra de*

virtud y espiritualidad para la Iglesia y la Nación» (Homilía 23.I.1998, 3). Los laicos, por su parte, al beneficiarse de esa actividad de la Iglesia, podrán perseverar en su noble empeño de proponer y fomentar nuevas iniciativas para la sociedad civil, no buscando la confrontación sino la justicia. Sus esfuerzos se verán alentados por el ejemplo del Siervo de Dios el P. Félix Varela, que se entregó sin medida a la formación de hombres de conciencia con dos preocupaciones principales: que la vida social y política se fundamentara en la ética y que la ética estuviera sustentada en la fe cristiana.

6. Como expuse en mi viaje pastoral a Cuba, la Iglesia debe presentar a los cristianos y a cuantos se interesan por el bien del pueblo cubano las enseñanzas de su Doctrina Social. Su propuesta de una ética social, enaltecedora de la dignidad del hombre, muestra las posibilidades y límites del ser humano, y también de las instituciones públicas o privadas, dentro de un proyecto de crecimiento y desarrollo orientado al bien común y al respeto de los derechos del hombre.

A este respecto, deseo recordar que tales derechos deben ser considerados integralmente, desde el derecho a la vida del niño aún no nacido, hasta la muerte natural, sin que pueda excluirse ningún derecho individual o social, ya sean los derechos a la alimentación, a la salud, a la educación, ya sean los derechos a ejercer las libertades de movimiento, de expresión o de asociación.

En todo el mundo los derechos humanos son un proyecto aún no perfectamente llevado a la práctica, pero no por eso se debe renunciar al propósito decidido y serio de respetarlos, pues provienen de la especial dignidad del hombre, como ser creado por

Dios a su imagen y semejanza (cf. *Gn* 1, 26). Cuando la Iglesia se ocupa de la dignidad de la persona y de sus derechos inalienables, no hace más que velar para que el hombre no sea dañado o degradado en ninguno de sus derechos por otros hombres, por sus autoridades o por autoridades ajenas. Así lo reclama la justicia que la Iglesia promueve en las relaciones entre los hombres y los pueblos. En nombre de esa justicia dije claramente en su País que las medidas económicas restrictivas impuestas desde el exterior eran «*injustas y éticamente inaceptables*» (*Discurso de despedida* 25.1.1998, 4). Y lo siguen siendo aún. Pero con esa misma claridad quiero recordar que el hombre ha sido creado libre y, al defender esa libertad, la Iglesia lo hace en nombre de Jesús, que vino a liberar la persona de toda clase de opresión.

Cuando Ustedes, como Obispos católicos de Cuba, reclaman justicia, libertad o mayor solidaridad, no pretenden desafiar a nadie, sino que cumplen su misión, propiciando para el pueblo cubano una vida sólidamente basada en la verdad sobre el hombre. Por ello, les animo a continuar en el trabajo paciente en favor de la justicia, de la verdadera libertad de los hijos de Dios y de la reconciliación entre todos los cubanos, los que viven en la Isla y los que se hallan en otras partes, no ahorrando esfuerzos conciliadores que permitan ampliar siempre el trabajo caritativo de la Iglesia en la promoción humana del pueblo.

7. Con Ustedes, y bajo su autoridad pastoral y guía, trabajan sacerdotes, religiosos y religiosas, por desgracia aún insuficientes para atender todas las necesidades. Pensando en ellos vienen espontáneas a la mente las palabras del Señor: «*La mies es mucha y los operarios pocos*» (*Mt* 9, 38). Pienso en ellos con frecuencia y les manifiesto mi agradecimiento por todo lo que hacen

por el crecimiento de la Iglesia y las necesidades del pueblo cubano. El espíritu misionero, tan vivo en muchos hijos de la Iglesia, hace desear que se agilice cada vez más la entrada de nuevos sacerdotes y religiosos para consagrarse a la misión en su hermosa Isla, lo cual ciertamente redundará en beneficio de todos.

Preocupados por el número de personal dedicado a la misión, Ustedes se esfuerzan en promover y seguir con atención una pastoral vocacional. Ésta ha de ir acompañada, en primer lugar, por una asidua oración, pues hay que pedir al Señor que mande nuevos operarios a su mies (cf. *Ibid.*). Por otra parte, los candidatos han de ser dirigidos con prudencia y competencia para que puedan recorrer todas las etapas que requiere el seguimiento del Señor en la vida sacerdotal o religiosa. Es motivo de esperanza el crecimiento sostenido de las vocaciones. A este respecto, y para facilitar ese proceso, debería pensarse, donde fuera posible, en la creación de Seminarios menores que acojan a los jóvenes antes de realizar los estudios filosófico-teológicos, de modo que se les ofrezca una formación integral a partir de los principios morales cristianos. La construcción, ya próxima del nuevo Seminario en la Capital —cuya primera piedra bendijeron— y los logros de los Seminarios propedéuticos y filosóficos existentes facilitarán una preparación espiritual e intelectual de los futuros sacerdotes nativos en mejores condiciones y que los seminaristas de todo el País puedan prepararse adecuadamente para servir a su pueblo.

8. En Cuba no faltan los seglares entregados, que se esfuerzan en su propio ambiente por llevar una vida coherente con la fe. Soy consciente de las dificultades de muchos de ellos por su condición de creyentes,

pues, como sucede en otras partes, los condicionamientos externos no facilitan la práctica de las enseñanzas de la Iglesia. Por eso, es un deber de Ustedes animarlos y ayudarlos a poner en práctica sus opciones cristianas.

Así pues, sigan proclamándoles con fuerza las enseñanzas sobre el matrimonio y la familia, la acogida de los hijos como don de Dios y primavera de la sociedad, animándolos a colaborar a todos, sin exclusión, para el bien común y el progreso de la Nación. Que tengan en mucha estima las palabras del Señor «*Ustedes son la sal de la tierra... Ustedes son la luz del mundo*» (Mt 5, 13.14) y, en consecuencia, que sigan siendo, según sus posibilidades, entusiastas misioneros, anunciadores y testigos de Cristo, muerto y resucitado, sabiendo que así contribuyen a la misión de la Iglesia y a la elevación moral de su pueblo, cada vez más sediento de espiritualidad y de los altos valores religiosos.

9. Queridos hermanos: he querido reflexionar con Ustedes sobre algunos aspectos de vuestra actividad pastoral. A mi regreso a Roma – después de mi viaje apostólico a su tierra – les decía que lo hacía «*con mucha esperanza en el futuro, viendo la vitalidad de esta Iglesia local. Soy consciente de la magnitud de los desafíos que tienen por delante, pero también del buen espíritu que les anima y de su capacidad para afrontarlos*» (Mensaje a los Obispos 25.1.1998, 7). Hoy les reafirmo estos sentimientos y les ruego además que hagan llegar mi saludo muy afectuoso a todos los sacerdotes, religiosos, religiosas, y fieles, así como a todo el pueblo cubano. De modo especial, transmitan mi cercanía y mi solicitud pastoral por todos los que sufren, por los ancianos y enfermos, por los presos, por las familias

divididas, por los que se sienten desanimados o faltos de esperanza. Cada uno de ellos tiene un lugar en el corazón y en la oración del Papa.

Dirigiéndome espiritualmente al Santuario del Cobre y postrado ante la imagen de la Virgen de la Caridad, Madre y Reina de Cuba, que tuve el gozo de coronar y cuyos «*nombre e imagen están esculpidos en la mente y en el corazón de todos los cubanos, dentro y fuera de la Patria, como signo de esperanza y centro de comunión fraterna*» (*Homilía en Santiago, 24.1.1998, 6*), les imparto de corazón, a Ustedes y a sus diocesanos, una especial Bendición Apostólica.

A los Obispos de Uruguay

6 de septiembre de 2001

Queridos Hermanos en el Episcopado:

1. Con gran afecto os doy la bienvenida con ocasión de la visita *ad limina Apostolorum*. Con ella deseáis renovar, como Pastores de la Iglesia que peregrina en el Uruguay, la comunión con el Sucesor de Pedro y compartir apostólicamente los motivos de alegría y esperanza, de preocupación y tristeza, que vive la tan querida porción del Pueblo de Dios encomendada a vuestro cuidado pastoral.

Deseo, ante todo, manifestar mi vivo agradecimiento a Mons. Carlos María Collazzi Irazábal, Obispo de Mercedes y Presidente de la Conferencia Episcopal, por las afectuosas palabras que ha tenido a bien dirigirme en nombre de todos. En ellas se ha referido además a la situación de vuestro País y a la acción de la Iglesia, que anima la vida de los fieles y su progreso en la fe al inicio del tercer milenio.

2. Conservo aún un grato recuerdo de la peregrinación nacional que vosotros y un gran número de católicos uruguayos realizasteis el año pasado a Roma como «un momento privilegiado del Gran Jubileo». Aquel encuentro jubilar coincidía, además, con el aniversario del fallecimiento de «Mons. Jacinto Vera, primer Obispo del Uruguay, que supo llevar, no sin dificultades, la presencia de la Iglesia a todos los rincones del País» (*Discurso*, 12.6.2000).

La gran herencia de este Jubileo la habéis desarrollado en vuestro documento colectivo *Orientaciones Pastorales 2001-2006*, centrándola «en la contemplación del rostro de Cristo: contemplado en sus coordenadas históricas y en su misterio, acogido en su múltiple presencia en la Iglesia y en el mundo, confesado como sentido de la historia y luz de nuestro camino» (*Novo millennio ineunte*, 15). Con ello queréis señalar una meta hacia la que todos deben avanzar: la santidad.

3. En el ejercicio de vuestro ministerio episcopal, como Maestros de la fe, afrontáis las diversas prioridades pastorales, siguiendo con fidelidad las enseñanzas del Concilio Vaticano II, el cual «nos ha ofrecido una brújula segura para orientarnos en el camino del siglo que comienza» (*ibíd.*, 57). Teniendo en cuenta las exigencias actuales de la nueva Evangelización, en perspectiva soteriológica, se debe presentar ante todo la persona y misión de Cristo.

En la Catedral Metropolitana de Montevideo, durante mi primera visita pastoral al Uruguay, decía: «Señor, (...) hemos de proclamar sin temor alguno la verdad completa y auténtica sobre tu persona, sobre la Iglesia que tú fundaste, sobre el hombre y sobre el mundo que tú has redimido con tu sangre, sin reduccionismos ni ambigüedades» (*Alocución*, 31-3-1987, 3). En efecto, no basta promover «los llamados “valores del Reino”, como son la paz, la justicia, la libertad, la fraternidad» (*Redemptoris missio*, 17), sino que se debe proclamar que «Cristo es el único mediador entre Dios y los hombres (...). Esta mediación suya única y universal, (...) es la vía establecida por Dios mismo» (*ibíd.*, 5).

El misterio de Cristo, además de ser el elemento central del anuncio, ayuda a esclarecer el misterio del hombre (cf. *Gaudium et spes*, 22). Testimonio y anuncio son, por tanto, realidades complementarias y profundamente ligadas entre sí, que, como programa de evangelización, deben mirar hacia «Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste» (*Novo millennio ineunte*, 29). La evangelización, pues, «constituye el primer servicio que la Iglesia puede prestar a cada hombre y a la humanidad entera en el mundo actual, el cual está conociendo grandes conquistas, pero parece haber perdido el sentido de las realidades últimas» (*Redemptoris missio*, 2).

4. Un acontecimiento importante de vuestra vida eclesial ha sido también la celebración, en Colonia del Sacramento, del *IV Congreso Eucarístico Nacional*, con el lema «Jesucristo, vida plena para el Uruguay». Éste ha sido un momento especial de gracia, que debe seguir animando a los fieles católicos a vivir más intensamente el misterio de la Eucaristía, participando activamente en la Misa dominical y acercándose a recibir la sagrada comunión en las debidas condiciones. Esto les ayudará a comprometerse más generosamente en el servicio de los hermanos, especialmente los más desfavorecidos.

A este Sacramento se ha de dar «su dimensión plena y su significado esencial. Es al mismo tiempo Sacramento-Sacrificio, Sacramento-Comunión, Sacramento-Presencia. Y aunque es verdad que la Eucaristía fue siempre y debe ser ahora la más profunda revelación y celebración de la fraternidad humana de los discípulos y confesores de Cristo, no puede ser tratada sólo como una “ocasión” para manifestar

esta fraternidad. Al celebrar el Sacramento del Cuerpo y de la Sangre del Señor, es necesario respetar la plena dimensión del misterio divino, el sentido pleno de este signo sacramental» (*Redemptor hominis*, 20).

5. Por lo que se refiere a los estudios teológicos y al mundo de la cultura, es de alabar la labor de la Facultad de Teología del Uruguay «Mons. Mariano Soler», creada recientemente en la Arquidiócesis de Montevideo, así como también el Centro Superior Teológico Pastoral y el Trienio de Teología para Laicos. Estos centros están dedicados a formar no sólo a los futuros sacerdotes, sino que ofrecen también formación filosófica y teológica a religiosas, religiosos y laicos.

De este modo se puede enriquecer la cultura uruguaya con la metodología de la primera evangelización, que no alteró el mensaje cristiano frente a las dificultades y el rechazo del ambiente al que iba dirigida, sino que con la palabra y el testimonio logró orientar y posibilitar el cambio de la cultura misma. La evangelización de la cultura nos exige, pues, que «todo lo bueno que hay sembrado en el corazón y en la inteligencia de los hombres, o en los ritos particulares, o en las culturas de estos pueblos, no sólo no se pierda, sino que mejore, se desarrolle y llegue a su perfección para gloria de Dios (...) y la felicidad del hombre» (*Lumen gentium*, 17).

En el cumplimiento de esta misión, la Iglesia en el Uruguay, a través de estos casi cinco siglos de presencia, ha dado un gran aporte a la construcción del País. En efecto, los cristianos han colaborado en tantos ámbitos de la vida nacional. En este substrato cultural católico se formaron los forjadores de la nueva nación, los cuales dieron bases firmes a la cultura

patria. Esto nos muestra como para la evangelización de la cultura tienen particular importancia las instituciones católicas, desde la escuela a la Universidad.

En su acción evangelizadora, la Iglesia no puede prescindir, además, de los medios de comunicación social para llegar a las personas de hoy, sobre todo los niños y los jóvenes, con lenguajes adecuados que transmitan fielmente el mensaje evangélico. «Ésta es, pues, la audacia, a la vez humilde y serena, que inspira la presencia cristiana en el diálogo público de los medios de comunicación» (*Mensaje pontificio para la XXIII Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales*, 7.5.1989, 5).

6. Por medio de vosotros deseo saludar también, con gran afecto y en espíritu de comunión, a todos los sacerdotes de vuestras Iglesias particulares. Ellos, de manera inmediata y a través de la predicación y de la vida sacramental, dirigen las comunidades eclesiales que constituyen la realidad diocesana. A cada uno de ellos debéis dedicar todas las atenciones y cuidados que Jesús daba a sus apóstoles.

Al mismo tiempo, teniendo en cuenta que su preparación intelectual no termina con el seminario, es necesario acompañarlos y facilitarles todo tipo de ayuda, entre ellas la formación permanente, como «un proceso de continua conversión» (*Pastores dabo vobis*, 70), la cual abarca la dimensión humana, espiritual, intelectual y pastoral del presbítero. De este modo serán capaces de orientar adecuadamente al Pueblo de Dios, sobre todo cuando se difunden de manera solapada modelos de vida y comportamientos que llevan a la confusión y al relativismo de los principios doctrinales y morales, como habéis puesto de relieve en las *Orientaciones Pastorales*.

Además, al presbiterio diocesano pertenecen también todos los sacerdotes de los Institutos de vida consagrada y de las Sociedades de vida apostólica, que colaboran en las Diócesis. Ellos han de vivir sus propios carismas en la unidad, en la comunión y en la misión de la Iglesia particular. Es necesario incrementar este espíritu de comunión entre el Obispo y todos los presbíteros, a fin de que sean, para el pueblo fiel, ejemplo de la unidad querida por Cristo (cf. *Jn* 17, 21). Al mismo tiempo, la acción pastoral se verá enriquecida por la participación fraterna en los diversos carismas.

7. Preocupados por el escaso número de personas dedicadas a la misión, vosotros os esforzáis en promover y seguir con atención una pastoral vocacional, que ha de ir acompañada ante todo por la oración (cf. *Mt* 9, 38). Los candidatos han de ser dirigidos con prudencia y competencia para que puedan recorrer todas las etapas que requiere el seguimiento del Señor en la vida sacerdotal o religiosa.

A este respecto, «es necesario, pues, que la Iglesia del tercer milenio impulse a todos los bautizados y confirmados a tomar conciencia de la propia responsabilidad activa en la vida eclesial. Junto con el ministerio ordenado, pueden florecer otros ministerios, instituidos o simplemente reconocidos, para el bien de toda la comunidad, atendiéndola en sus múltiples necesidades: de la catequesis a la animación litúrgica, de la educación de los jóvenes a las más diversas manifestaciones de la caridad» (*Novo millennio ineunte*, 46).

Todos tienen que sentirse interpelados a colaborar en este esfuerzo de promover vocaciones al sacerdocio y a la vida de especial consagración, aun en medio de ambientes poco propicios y de indiferencia religiosa. «Es necesario y urgente organizar una pas-

toral de las vocaciones amplia y capilar que llegue a las parroquias, a los centros educativos y familias, suscitando una reflexión atenta sobre los valores esenciales de la vida, los cuales se resumen claramente en la respuesta que cada uno está invitado a dar a la llamada de Dios, especialmente cuando pide la total entrega de sí y de las propias fuerzas para la causa del Reino» (*ibid.*).

8. En vuestras prioridades pastorales sentís también como deber apremiante ayudar a los padres a ser buenos pastores de la «iglesia doméstica». En efecto, cuando la familia participa en el ser y la misión de la Iglesia, no solamente se transforma en sacramento de salvación para sus miembros, sino que además realiza plenamente «su misión de custodiar, revelar y comunicar el amor y la vida» (*Familiaris consortio*, 17).

En las *Orientaciones Pastorales* habéis puesto también de relieve cómo en el mundo contemporáneo existe un deterioro generalizado del sentido natural y religioso del matrimonio, con consecuencias preocupantes tanto en la esfera personal como pública. Por eso se ha de prestar particular atención a todas las familias: no sólo a las que cumplen su misión al servicio de la vida desde la concepción hasta su ocaso natural, siempre desde el amor conyugal y familiar. También es necesario hacer un discernimiento pastoral sobre las formas alternativas de unión que hoy afectan a la institución de la familia en el Uruguay, especialmente aquéllas que consideran como realidad familiar las simples uniones de hecho, desconociendo el auténtico concepto de amor conyugal.

Sobre este aspecto hice presente que «toda ley que perjudique a la familia y atente contra su unidad e indisolubilidad, o bien otorgue validez legal a uniones entre personas, incluso del mismo sexo, que preten-

dan suplantarse, con los mismos derechos, a la familia basada en el matrimonio entre un hombre y una mujer (...), no es una ley conforme al designio divino» (*Discurso a los gobernantes, parlamentarios y políticos*, 4.11.2000, 4).

9. Ante los graves problemas tan comunes de orden social, la Iglesia, siguiendo su doctrina social, trata de dar respuesta y de buscar soluciones concretas. A través de la Pastoral Social trata de promover la cultura de la solidaridad, manteniendo la opción preferencial por los pobres con la práctica de un amor activo y concreto hacia cada ser humano, frente a toda tentación de indiferencia o inhibición. Éste es un ámbito que, «sin ceder nunca a la tentación de reducir las comunidades cristianas a agencias sociales» (*Novo millennio ineunte*, 52), caracteriza de manera decisiva la vida cristiana, el estilo eclesial y la programación pastoral.

Sé que la Iglesia en el Uruguay, a pesar de los limitados recursos materiales, está en primera fila en la atención a las personas y familias que viven en condiciones muy por debajo del mínimo requerido por la dignidad humana y en la lucha contra «las nuevas pobrezas». La Iglesia, por medio de los sacerdotes, religiosas y religiosos, personas consagradas y laicos comprometidos, se hace presente en los barrios marginados de las ciudades y en el campo, a través de escuelas y de tantas formas de ayuda a los más pobres y necesitados.

10. Al final de este encuentro fraterno, os ruego que invitéis a los sacerdotes y diáconos, a las religiosas y religiosos, a los seminaristas y laicos comprometidos

a «remar mar adentro» en su servicio a la Iglesia y al pueblo uruguayo, sin desfallecer y siendo fieles a Cristo y a sus hermanos.

Bajo la materna protección de la Virgen de los Treinta y Tres y Madre del Pueblo Oriental encomiendo todo lo que hemos compartido estos días. Dejaos guiar por María, Estrella de la Evangelización, que siempre señala el camino seguro. Al mismo tiempo, y como expresión de mi gran afecto en el Señor, os imparto la Bendición Apostólica, que hago extensiva a todos y cada uno de vuestros queridos fieles diocesanos.

A los Obispos de Haïti

14 de septiembre de 2001

Chers Frères dans l'épiscopat:

1. Je suis heureux de vous accueillir, Évêques de l'Église catholique en Haïti, au moment où vous accomplissez votre visite *ad limina*. Pleins de reconnaissance pour Jésus Christ qui vous donne la force et qui vous a fait confiance en vous chargeant du ministère (cf. *1 Tm* 1, 12), vous êtes venus affermir les liens de communion qui vous unissent au Successeur de Pierre. Je souhaite que ces moments de rencontre avec le Pape et ses collaborateurs, nourris par une intense prière d'action de grâce, consolident les liens d'unité au sein de votre Conférence épiscopale et vous confortent dans le don de vous-mêmes au service du peuple de Dieu. Que l'Esprit Saint rende fécond votre pèlerinage aux tombeaux des Apôtres Pierre et Paul, afin que vous soyez renouvelés dans votre élan missionnaire!

«Sans cesse, nous nous souvenons que votre foi est active, que votre charité se donne de la peine, que votre espérance tient bon en notre Seigneur Jésus Christ, en présence de Dieu notre Père» (*1 Th* 1, 3). Par cette salutation de l'Apôtre Paul, je veux faire écho aux aimables paroles que vient de m'adresser Mgr Hubert Constant, Évêque de Fort-Liberté et nouveau Président de votre Conférence épiscopale, me faisant partager vos joies et vos préoccupations. Lorsque vous retournerez en Haïti, faites savoir aux prêtres de vos diocèses, aux religieux, aux religieuses,

aux catéchistes, aux fidèles laïcs, spécialement aux jeunes, que le Pape prie pour eux, qu'il se tient à leurs côtés dans les durs combats qu'ils ont à mener pour annoncer l'Évangile et pour promouvoir une humanité renouvelée selon le cœur de Dieu! Que leur foi soit toujours plus enracinée dans la Parole du Christ, fortifiée par les sacrements de l'Église, soutenue par l'enseignement de leurs Pasteurs! Que leur espérance tienne bon, puisant dans le mystère pascal l'assurance que les forces de mort ne seront jamais le dernier mot de l'histoire!

2. Vos rapports quinquennaux font état de la situation politique et économique dramatique en Haïti. L'accroissement important de la population et la précarité de la conjoncture agricole et industrielle ont produit un chômage endémique, poussant de nombreux habitants des campagnes vers les villes. Cet exode détériore les équilibres écologiques et fragilise la famille, cellule vitale de la société. Dans ce contexte, les catholiques sont appelés à participer activement à la mise en place d'une politique de développement audacieuse dans le respect des droits fondamentaux de tous les Haïtiens; il reste aussi à espérer que la communauté internationale saura se montrer solidaire également en ce domaine, pour venir en aide aux populations touchées par la misère. Si le soulagement de la pauvreté représente en Haïti un défi majeur, il interroge aussi la manière dont l'Église elle-même entend proposer la foi et témoigner de l'espérance. En effet, le sentiment religieux des fidèles a sans cesse besoin d'être évangélisé, car le syncrétisme et l'ignorance des chrétiens fournissent un terrain favorable à la prolifération de groupes sectaires tentés d'exploiter la crédulité des plus pauvres.

Au long de ces années douloureuses, vous n'avez pas manqué de dénoncer tout ce qui avilit la dignité de l'homme dans sa légitime recherche d'amour, de justice, de vérité, de liberté, manifestant ainsi votre engagement persévérant et celui de vos communautés aux côtés du peuple souvent désemparé. Je vous invite à développer toujours plus fortement cette charité pastorale et cet esprit missionnaire qui vous animent. Par des prises de parole soutenues, par votre présence active dans vos diocèses, ayez toujours le souci de l'édification des communautés ecclésiales et du bien commun de la société!

3. Dans le contexte difficile que connaît le pays, les germes de division sont nombreux. C'est pourquoi il est essentiel de rendre la communion toujours plus forte et plus visible. Dans cette perspective, j'ai rappelé que ses expressions doivent être entretenues et étendues dans le tissu de la vie de chaque Église, en particulier dans les relations entre les Évêques, les prêtres et les diacres, entre les Pasteurs et le peuple de Dieu tout entier, entre le clergé diocésain et les religieux, entre les associations et les mouvements ecclésiaux (cf. *Novo millennio ineunte* n. 45). Je vous encourage à inventer des chemins nouveaux afin que l'Église en Haïti devienne une maison et une école de la communion.

Par une réflexion théologique et des propositions pastorales soutenues, il appartient à votre Conférence épiscopale de favoriser l'enracinement de cette spiritualité de communion dans votre culture, au service de l'édification de communautés chrétiennes vraiment missionnaires. Dans l'inculturation, l'Église devient « un signe plus compréhensible de ce qu'elle est et un instrument plus adapté à sa mission » (cf. *Redemptoris missio*, n. 52). Par des collaborations toujours

plus affirmées entre les divers acteurs ecclésiaux, donnez visage à cette charité pastorale qui vous anime, puisant la force apostolique à la source de l'amour trinitaire!

4. Dans cette perspective, je vous invite aujourd'hui à faire de la promotion du laïcat une de vos priorités pastorales. Pour cela, il est nécessaire qu'une solide formation spirituelle, intellectuelle et ecclésiale soit proposée aux laïcs, afin qu'ils soient capables d'agir dans la vie publique, l'orientant toujours vers le bien commun. Confirmez les fidèles laïcs dans leur vocation d'incarner les valeurs évangéliques dans les divers milieux de la vie familiale, sociale, professionnelle, culturelle et politique, pour qu'ils ne désertent pas les lieux où ils sont invités à témoigner de leur foi! Je rends grâce pour les nombreuses personnes qui s'investissent avec générosité et compétence dans les organismes caritatifs nationaux et internationaux. Elles témoignent avec zèle que l'Église désire s'engager toujours plus auprès des pauvres et elles rappellent que, « dans la personne des pauvres, il y a une présence spéciale du Fils de Dieu qui impose à l'Église une option préférentielle pour eux » (*Novo millennio ineunte*, n. 49).

Je salue affectueusement les catéchistes, collaborateurs précieux, les invitant à poursuivre sans se décourager leur mission irremplaçable de structuration de la foi des fidèles et de transmission des repères et des valeurs évangéliques, notamment chez les jeunes. Je souhaite vivement qu'ils puissent bénéficier d'une formation théologique consistante, pour répondre pleinement à leur vocation chrétienne d'annoncer la Vérité du Christ Sauveur. De même, par leur exemple de vie chrétienne inspirée par la charité du Christ, qu'ils soient de véritables témoins de l'Évangile, en-

racinant leur service ecclésial dans une méditation assidue de la Parole de Dieu et la fréquentation régulière des sacrements!

Vous insistez sur la nécessité de développer une pastorale familiale vigoureuse pour répondre aux défis nouveaux que doit affronter l'Église en Haïti. Aussi importe-t-il de susciter et d'animer une pastorale familiale de proximité qui aide les personnes à découvrir la beauté et la grandeur de la vocation à l'amour et au service de la vie. En centrant cette pastorale sur les valeurs essentielles de la famille et du mariage chrétien, soutenez les efforts des prêtres et des agents pastoraux, afin qu'ils éveillent les personnes au témoignage irremplaçable de la famille, école fondamentale de la vie sociale! Qu'ils encouragent en particulier les parents à éduquer leurs enfants au sens de la justice véritable et de l'amour authentique, qui est fait d'attention sincère et de service désintéressé à l'égard des autres, en particulier des plus nécessiteux (cf. *Familiaris consortio*, n. 37).

5. Dans une société marquée par l'égoïsme, les jeunes doivent demeurer l'objet de votre sollicitude permanente. Ils sont souvent tentés de répondre par la violence, par la marginalisation, par l'exil ou par la résignation aux criantes inégalités qui les privent de perspectives d'avenir et anéantissent leur espérance. Je souhaite que soient prises davantage en compte les interrogations légitimes des nouvelles générations, qui auront à assumer le patrimoine multiforme des valeurs, des devoirs, des aspirations de la nation à laquelle ils appartiennent.

Je vous invite à renforcer une pastorale des jeunes qui les aide à développer leur vie intérieure et ecclésiale, et à bâtir une société juste, réconciliée et solidaire. Transmettez aux Jeunes d'Haïti l'appel que

le Pape leur adresse par votre intermédiaire: «Chers jeunes, vous êtes le présent et l'avenir de la société et de l'Église en Haïti, qui comptent sur vous. Soyez le sel de la terre, donnez le goût de l'Évangile à votre pays meurtri par tant d'années de souffrances! Enracinés dans le Christ, qui indique le chemin de la vie donnée pour le salut de tous, vous témoignerez qu'un monde nouveau est possible. Soyez la lumière du monde, brillez au plus fort de la nuit, comme les sentinelles du matin qui guettent l'arrivée du jour, le Christ ressuscité (cf. *Message pour les XVIIes Journées mondiales de la Jeunesse*, n. 3)»!

L'Église a toujours considéré que l'éducation constituait un terreau irremplaçable pour la saine croissance des jeunes générations, contribuant à faire respecter leurs droits humains fondamentaux. En effet, «il ne sera jamais possible de libérer les indigents de leur pauvreté si on ne les libère pas d'abord de la misère due au fait qu'une éducation digne leur a fait défaut» (*Ecclesia in America*, n. 71). Pour combattre le fléau de l'analphabétisme et assurer aux jeunes une formation humaine, spirituelle et morale, les écoles catholiques, dans la riche diversité de leurs charismes et de leurs projets pédagogiques, rendent un service essentiel à la vie de l'Église et de la nation. Je remercie les communautés éducatives pour leur engagement au service du développement intégral des jeunes qui leur sont confiés. Je les encourage à poursuivre leur noble mission, souhaitant que l'éducation chrétienne qu'elles promeuvent fasse mûrir les fruits d'une culture faite de respect mutuel, de solidarité et de dialogue, pour réduire les fractures sociales qui freinent encore le plein épanouissement de tous les Haïtiens.

6. Chers Frères dans l'épiscopat, portez à tous les prêtres de vos diocèses la profonde gratitude du Pape pour leur dévouement dans leur ministère de pasteurs, d'évangélisateurs et d'animateurs de la communion ecclésiale. Je sais qu'ils sont attentifs aux problèmes et aux espérances de leur peuple. Je connais les conditions difficiles dans lesquelles ils ont à annoncer l'Évangile. Soutenez-les dans leur ministère, soyez proches d'eux, soucieux de leur vie spirituelle et matérielle, afin qu'ils s'acquittent avec zèle de leur tâche apostolique, par une présence active dans les paroisses et par leur vie simple!

J'encourage les prêtres à repartir sans cesse du Christ, pour trouver en lui la source de la fécondité missionnaire de leur ministère et pour répondre à la soif spirituelle des Haïtiens. Il est nécessaire que la prière personnelle et la méditation de la Parole de Dieu nourrissent quotidiennement leur apostolat. La célébration de l'Eucharistie doit être véritablement le cœur de leur ministère, leur rappelant aussi qu'ils sont ordonnés au service d'une unique mission, en communion avec leur évêque et dans l'unité du presbyterium. Il importe enfin qu'ils témoignent joyeusement de leur attachement toujours plus inconditionnel au Christ et à son Église, en respectant les exigences du célibat ecclésiastique qu'ils ont accepté librement.

7. Les communautés ecclésiales de base feront l'objet d'une attention renouvelée de la part des prêtres. En vivant vraiment dans l'unité de l'Église, elles sont «une authentique expression de communion et un moyen pour construire une communion plus profonde» (*Redemptoris missio*, n. 51). C'est pourquoi j'appelle les pasteurs à demeurer vigilants pour que ces communautés soient vraiment missionnaires, en évitant tout repli frileux et toute récupération identi-

taire ou partisane. En faisant preuve de discernement et d'esprit apostolique, ils auront ainsi le souci de construire le Corps du Christ et de donner une place à tous les dons de l'Esprit.

Chers Frères dans l'épiscopat, vous savez combien la sainteté de vie des prêtres, des consacrés et des laïcs est un puissant témoignage pour les jeunes qui veulent répondre à l'appel du Christ en se rendant disponibles pour servir l'Église comme prêtres, religieux ou religieuses. La générosité de ces jeunes constitue pour l'Église en Haïti un immense motif d'espérance et de joie. Comme premiers responsables de la formation sacerdotale, vous avez à veiller à l'accueil, à l'accompagnement et au discernement des vocations presbytérales. Il est donc nécessaire de choisir avec soin les formateurs et les directeurs spirituels du séminaire. En aidant les séminaristes à fonder leur vie sur le Christ, ils leur permettront de devenir d'authentiques serviteurs de la communion et de demeurer des instruments de la miséricorde du Seigneur auprès du peuple, pleinement conscients « qu'on ne peut jamais considérer la vie sacerdotale comme une promotion humaine, ni la mission du ministre comme un simple projet personnel » (*Pastores dabo vobis*, n. 36). Chers Frères dans l'épiscopat, soutenez par votre prière et par votre proximité affective la communauté du grand séminaire ! Ainsi, vous l'aidez non seulement à vivre son insertion dans l'Église particulière en communion avec vous, mais vous authentifiez et vous servez la finalité pastorale qui caractérise la formation des candidats au sacerdoce.

8. Je salue tout spécialement, par votre intermédiaire, les Congrégations et les Instituts de vie consacrée présents dans votre pays. Témoins et acteurs de

l'évangélisation en Haïti depuis de longues années, ils rendent le Christ présent dans les domaines les plus variés, notamment l'éducation, la santé et la promotion sociale. Il est nécessaire que se développent toujours davantage les liens de communion qui unissent la Conférence épiscopale aux instances diocésaines et nationales de la vie consacrée, en particulier avec la Conférence haïtienne des Religieux. Je vous invite aussi à réfléchir aux conditions concrètes de soutien spirituel et d'assistance matérielle des congrégations religieuses nées sur votre terre, dont les charismes correspondent à des besoins profonds de l'Église. En permettant que la vie consacrée soit estimée, promue et intégrée dans la pastorale de vos Églises diocésaines, vous aiderez les fidèles et les pasteurs à découvrir sa présence indispensable à la vitalité ecclésiale.

9. Chers Frères dans l'épiscopat, au terme de cette rencontre, je tiens à vous exprimer à nouveau ma proximité spirituelle avec l'Église en Haïti. Au début de ce troisième millénaire, l'heure est venue de témoigner avec audace de l'espérance qui est en vous, réalisant dans l'unité, par votre vie de sainteté et par vos initiatives pastorales, le lien étroit qui existe, dans le mystère pascal, entre l'annonce de l'Évangile et la promotion de l'homme. Alors que l'année 2004 marquera le bicentenaire de l'indépendance du pays, je veux m'adresser à toutes vos communautés: «Église d'Haïti, riche de la foi et du dynamisme de tes pasteurs et de tes communautés, courageuse dans les épreuves, renouvelle ta confiance au Christ Sauveur! Pour avancer au large, ouvre ton cœur à l'Esprit qui veut faire en toi toutes choses nouvelles!».

Confiant l'ensemble de vos diocèses à l'intercession de Notre-Dame du perpétuel Secours, je vous accorde de grand cœur une affectueuse Bénédiction apostolique, que j'étends à vos prêtres, aux religieux et aux religieuses, aux catéchistes et à tous les fidèles laïcs d'Haïti.

A los Obispos de Nicaragua

21 de septiembre de 2001

Amadísimos Hermanos en el Episcopado:

1. En este encuentro conclusivo de vuestra visita *ad limina Apostolorum* siento el gozo de compartir con vosotros la misma fe en Jesucristo resucitado, que acompaña nuestro caminar y que está vivo y presente en las comunidades confiadas a vuestro cuidado pastoral. A las Iglesias diocesanas, que presidís con tanta dedicación y generosidad, dirijo también mi afectuoso saludo.

Deseo expresar mi gratitud al Señor Cardenal Miguel Obando Bravo, Arzobispo de Managua y Presidente de la Conferencia Episcopal, por las amables palabras que me ha dirigido en nombre de todos. Al mismo tiempo, me uno a vuestras preocupaciones y anhelos, rogando a Dios, rico en misericordia, que esta visita a Roma sea fuente de bendiciones para todos los sacerdotes, religiosos, religiosas y agentes pastorales que colaboran abnegadamente con vosotros en el trabajo apostólico en medio del querido pueblo nicaragüense.

La reunión de hoy me hace recordar la segunda visita pastoral a Nicaragua en febrero de 1996, tan deseada por mí, al viajar a vuestra patria como apóstol del Evangelio y peregrino de esperanza. Fue la ocasión para un nuevo encuentro, más auténtico y libre, de los católicos nicaragüenses con el Papa.

2. Me complace conocer la proyección pastoral que se ha dado a los Sínodos diocesanos de Managua y de Estelí, y saber, además, que las otras diócesis se están preparando para iniciativas similares. La celebración de estas asambleas ayuda a cada Iglesia particular a tomar conciencia de que se encuentra en perenne estado de misión y ha de impulsar la nueva evangelización, incrementando la formación cristiana de todos sus miembros y atendiendo también a la promoción humana. En efecto, emprender una catequesis renovada e incisiva que ilumine la fe profesada, así como fomentar una liturgia más participada que ayude a vivirla y celebrarla de todo corazón, son retos ineludibles para que todos los creyentes caminen hacia la santidad y para acercar al Evangelio a aquéllos que se han alejado o se muestran indiferentes ante su mensaje de salvación.

La Iglesia se siente interpelada continuamente por el mandato de Jesús para anunciar el Evangelio a toda criatura (cf. *Mc* 16, 15), lo cual debe comprometer a las fuerzas vivas de cada Iglesia particular para que el anuncio llegue a todos los ámbitos de la vida humana. Para ello, el mensaje debe ser claro y preciso: el anuncio explícito y profético del Señor resucitado, realizado con la «parresía» apostólica (cf. *Hcb* 5, 28-29; *Redemptoris missio*, 45), de suerte que la palabra de vida se convierta en una adhesión personal a Jesús, Salvador del hombre y del mundo. En efecto, «urge recuperar y presentar una vez más el verdadero rostro de la fe cristiana, que no es simplemente un conjunto de proposiciones que se han de acoger y ratificar con la mente, sino un conocimiento de Cristo vivido personalmente, una memoria viva de sus mandamientos, una verdad que ha de hacerse vida» (*Veritatis splendor*, 88).

3. Vuestro ministerio pastoral ha de tener como objetivo primordial procurar que la verdad sobre Cristo y la verdad sobre el hombre penetren aún más profundamente en todos los estratos de la sociedad nicaragüense y la transformen, pues «no hay evangelización verdadera, mientras no se anuncia el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret, Hijo de Dios» (*Evangelii nuntiandi*, 22). Sólo así podrá llevarse a cabo una evangelización «en profundidad y hasta sus mismas raíces» (*ibíd.*, 20).

Esta labor, no exenta de dificultades, se desarrolla en medio de un pueblo de corazón noble, de espíritu abierto y acogedor de la Buena Nueva de las bienaventuranzas. Es cierto que en Nicaragua se dejan sentir también los síntomas de un proceso de secularización en el que, para muchos, Dios ya no representa el origen y la meta, ni el sentido último de la vida. Pero, en el fondo, este pueblo, como sabéis muy bien, tiene un alma profundamente cristiana. Prueba de ello son las comunidades eclesiales vivas y operantes, donde tantas personas, familias y grupos, a pesar de la escasez de sacerdotes, se esfuerzan por vivir y dar testimonio de su fe. En este sentido es digna de mencionar la labor incansable de los Delegados de la Palabra y de los Catequistas, los cuales han mantenido viva la fe del pueblo. Es necesario acompañarlos y ofrecerles una formación teológica y pastoral permanente. Esta prometedora realidad hace esperar que surjan nuevos apóstoles que respondan «con generosidad y santidad a las solicitudes y desafíos de nuestro tiempo» (*Redemptoris missio*, 92).

4. La nueva evangelización, con sus nuevos métodos y nuevas expresiones, tiene en la familia un objetivo primordial. En las *Conclusiones* de la Conferencia de Santo Domingo se afirmaba que «la Iglesia anuncia con alegría y convicción la buena nueva sobre la familia en la cual se fragua el futuro de la humanidad» (n. 210). La familia es la «iglesia doméstica», sobre todo cuando es fruto de las comunidades cristianas vivas, que hacen surgir jóvenes con verdadera vocación al sacramento del matrimonio. Las familias no están solas ante los grandes desafíos que deben afrontar; la comunidad eclesial les da apoyo, las anima en la fe y salvaguarda su perseverancia en un proyecto cristiano de vida sujeto frecuentemente a tantas vicisitudes y peligros.

La Iglesia facilita así que la familia sea un ámbito donde la persona nace, crece y se educa para la vida, y donde los padres, amando con ternura a sus hijos, los van preparando para unas sanas relaciones interpersonales que encarnen los valores morales y humanos en medio de una sociedad tan marcada por el hedonismo y la indiferencia religiosa.

Al mismo tiempo, la Comunidad eclesial, en colaboración con las instancias públicas de la Nación, velará por preservar la estabilidad de la familia y favorecer su progreso espiritual y material, lo cual redundará en una mejor formación de los hijos para la sociedad. Por ello, es de desear que las Autoridades de vuestro amado País cumplan cada vez más adecuadamente con sus apremiantes obligaciones en favor de las familias. Así lo puse de relieve en el *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz*, de 1994: «La familia tiene derecho a todo el apoyo del Estado para realizar plenamente su peculiar misión» (n. 5).

No ignoro las dificultades que la institución familiar encuentra también en Nicaragua, especialmente respecto al drama del divorcio y del aborto, así como a la existencia de uniones no acordes con el designio del Creador sobre el matrimonio. Esta realidad es un desafío que ha de estimular el celo apostólico de los Pastores y de cuantos colaboran con ellos en este campo.

5. Una de vuestras principales preocupaciones son las vocaciones sacerdotales, ya que el número de presbíteros es insuficiente para las necesidades de cada diócesis. Como señalé en la apertura de la *IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, «condición indispensable para la Nueva Evangelización es poder contar con evangelizadores numerosos y cualificados. Por ello, la promoción de las vocaciones sacerdotales y religiosas... ha de ser una prioridad de los Obispos y un compromiso de todo el Pueblo de Dios» (*Discurso inaugural*, Santo Domingo, 12.10.1992, n. 26).

Pido fervientemente al Dueño de la mies que a vuestros seminarios, que han de ser como el corazón de las diócesis (cf. *Optatam totius*, 5), acudan numerosos candidatos al sacerdocio que puedan un día servir a sus hermanos como «ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios» (*1 Co* 4, 1). Además de proporcionarles una formación integral, se requiere un profundo discernimiento sobre la idoneidad humana y cristiana de los seminaristas, para asegurar, del mejor modo posible, el digno desempeño de su futuro ministerio. Permitidme que, por vuestro medio, les envíe un afectuoso saludo. Decidles que el Papa espera mucho de ellos, confiando en su generosidad y fidelidad al llamado del Señor.

La escasez de personas comprometidas en el apostolado obliga a reforzar aún más los lazos de caridad entre el Obispo y sus sacerdotes, pues «la fisonomía del presbiterio es la de una verdadera familia» (*Pastores dabo vobis* 74). Se ha de hacer, pues, todo lo posible por organizar el presbiterio como «fraternidad sacramental» (*Presbyterorum Ordinis*, 8), que refleje la vida de los Apóstoles con Jesús, tanto en el seguimiento evangélico como en la misión. Si los jóvenes ven que los presbíteros, en torno a su Obispo, viven una verdadera espiritualidad de comunión, dando testimonio de unión y caridad entre sí, de generosidad evangélica y disponibilidad misionera, sentirán mayor atracción por la vocación sacerdotal. Por eso, es de suma importancia que el Obispo preste singular atención a sus principales colaboradores, especialmente los sacerdotes, siendo ecuánime en el trato con ellos, cercano a sus necesidades personales y pastorales, paternal en sus dificultades y animador constante de sus actividades y desvelos.

6. En vuestro ministerio episcopal muchos de estos retos pastorales están estrechamente relacionados con la evangelización de la cultura. Es importante favorecer un ambiente cultural propicio, que posibilite la promoción de los valores humanos y evangélicos en toda su integridad. Para ello hay que «transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la Palabra de Dios y con el designio de salvación» (*Evangelii nuntiandi*, 19).

El ámbito de la cultura es uno de los «areópagos modernos», en los que ha de hacerse presente el Evangelio con toda su fuerza (cf. *Redemptoris missio*,

37), y para ello no puede prescindirse de los medios de comunicación social. La radio, las producciones televisivas, los videos y las redes informáticas pueden ser de gran utilidad para una amplia difusión de los valores del Evangelio.

Por lo que se refiere a las escuelas y a la Universidad Católica, es necesario que estas instituciones mantengan bien definida su propia identidad, pues de ello depende, en gran medida, que la cultura de vuestra Nación esté vivificada por los valores evangélicos. A este propósito, es de desear que las instituciones de inspiración cristiana promuevan realmente la civilización del amor, sean factores de reconciliación y fomenten la solidaridad y el desarrollo, manifestando abiertamente la primacía de la belleza, del bien y de la verdad.

7. Esta tarea atañe especialmente a los laicos, ya que es propio de su misión «la instauración del orden temporal, y que actúen en él de una manera directa y concreta, guiados por la luz del Evangelio y el pensamiento de la Iglesia, y movidos por el amor cristiano» (*Apostolicam actuositatem*, 7). Por ello, es necesario proporcionarles una formación religiosa adecuada, que les capacite para afrontar los numerosos retos de la sociedad actual. A ellos corresponde promover los valores humanos y cristianos que iluminen la realidad política, económica y cultural del País, con el fin de instaurar un orden social más justo y equitativo, según la Doctrina Social de la Iglesia. Al mismo tiempo, en coherencia con las normas éticas y morales, han de dar ejemplo de honestidad y de transparencia en la gestión de sus actividades públicas, frente a la solapada y difundida lacra de la corrupción,

que a veces alcanza las áreas del poder político y económico, además de otros ámbitos públicos y sociales.

Los laicos, individualmente o legítimamente asociados, han de ser fermento en medio de la sociedad, actuando en la vida pública para iluminar con los valores del Evangelio los diversos ámbitos donde se fragua la identidad de un pueblo. Desde sus actividades diarias, han de «testificar cómo la fe cristiana... constituye la única respuesta plenamente válida a los problemas y expectativas que la vida plantea a cada hombre y a cada sociedad» (*Christifidelis laici*, 34). Su condición de ciudadanos, seguidores de Cristo, no ha de conducirlos a llevar como «dos vidas paralelas: por una parte, la denominada vida “espiritual”, con sus valores y exigencias; y por otra, la denominada vida “secular”, es decir, la vida de la familia, del trabajo, de las relaciones sociales, del compromiso político y de la cultura» (*ibid.*, 59). Al contrario, han de esforzarse para que la coherencia entre su vida y su fe sea un elocuente testimonio de la verdad del mensaje cristiano.

Esto adquiere ahora una particular atención ante las próximas elecciones generales en vuestro País. A este respecto, como Pastores de vuestras Comunidades eclesiales, habéis publicado la Exhortación «*Para la Libertad nos liberó Cristo Jesús*» (*Gal 5, 1*), en la cual invitáis a toda la población a ejercer sin ambages el derecho y el deber del voto, pensando en el bien de la Nación. Asimismo, les orientáis con gran acierto a elegir unas opciones democráticas que garanticen «la concepción cristiana del hombre y de la sociedad», la cual «pasa ineludiblemente por los derechos fundamentales de la persona» en todos sus aspectos (n. 8), frente a cualquier forma de «totalitarismo visible o encubierto» (n. 15). Espero vivamente que la

mencionada consulta popular se desarrolle en el respeto recíproco, con orden y tranquilidad, según los principios éticos de sana convivencia ciudadana.

8. Junto con vosotros, quiero encomendar todas estas propuestas y anhelos a la Purísima Concepción, advocación con la que honráis a vuestra Madre y Patrona de la Nación, para que siga acompañando vuestra labor pastoral. Bajo su intercesión confío mis plegarias, a la vez que os imparto mi Bendición Apostólica, que extiendo de corazón a vuestras Iglesias particulares, a sus sacerdotes, comunidades religiosas y personas consagradas, así como a los fieles católicos de Nicaragua.

A los Obispos de El Salvador

23 de noviembre de 2001

Queridos Hermanos en el Episcopado:

1. Siento una gran alegría al recibirlos esta mañana durante la visita *ad limina* con la que renováis los vínculos de comunión de vuestras Iglesias particulares con el Obispo de Roma. Os saludo a todos con mucho afecto y os pido que os hagáis intérpretes de mi estima y cercanía al querido pueblo salvadoreño, al que servís con amor, generosidad y entrega, teniendo presente el testimonio del apóstol Pablo en su servicio a la comunidad de Corinto: «*Me gastaré y desgastaré totalmente por vuestras almas*» (2 Co 12, 15).

Agradezco las palabras que me ha dirigido Mons. Fernando Sáenz Lacalle, Arzobispo de San Salvador y Presidente de la Conferencia Episcopal, para renovar-me vuestra adhesión y hacer presente el espíritu con el que ejercéis vuestro ministerio pastoral. Por mi parte, correspondo manifestándoos mi aprecio por la obra que, con la ayuda de Dios y la colaboración de tantos servidores del Evangelio, lleváis a cabo en vuestras diócesis.

2. En las Relaciones que habéis presentando y en los encuentros que he mantenido con cada uno de vosotros he visto el proceso que lleva a cabo la Iglesia en vuestra Nación. Al concluir mi segunda visita pastoral, os decía al despedirme: «*Me voy con una gran confianza en el futuro de esta amada tierra; vivid a la luz de la fe, con el vigor de la esperanza y la genero-*

sidad del amor fraterno» (*Discurso en el aeropuerto de San Salvador* 8.2.1996, 5). Tenía presentes las aspiraciones y esperanzas de ese querido pueblo al que pude conocer y apreciar más profundamente; un pueblo que había sufrido los duros años de una guerra fratricida, de la que felizmente había salido y que estaba asumiendo con decisión el camino del propio desarrollo, para construir un futuro sereno y solidario para sus hijos, que aman y desean la paz.

¡Seguid acompañando a vuestro pueblo como ministros de la reconciliación, para que la grey que os ha sido encomendada, superando las dificultades del pasado, avance por los caminos de la concordia y el amor sincero entre todos, sin excepción! Sabéis bien que el futuro del País se debe construir en la paz, cuyo fruto es la justicia (cf. *St* 3, 18). Siguiendo esa senda, no se desvanecerán tantos esfuerzos realizados tras la firma de los Acuerdos de Paz de 1992, con los que se puso fin a aquellos terribles años de guerra interna. Ayudad a construir una sociedad que favorezca la concordia, la armonía y el respeto por la persona y cada uno de sus derechos fundamentales. Con vuestra palabra, valiente y oportuna, y teniendo siempre presentes las exigencias del bien común debéis animar a todos, empezando por los responsables de la vida política, administrativa y judicial de la Nación, a promover mejores condiciones de vida, de trabajo o de vivienda.

3. Son bien conocidas la laboriosidad, la fuerza moral y el espíritu de sacrificio de los salvadoreños ante las adversidades. Lo han demostrado con ocasión del huracán Mitch y de los dos terremotos que, con el intervalo de un mes, han padecido al comienzo de este año. En dichas ocasiones me apresuré a manifestar mi cercanía, pidiendo solidaridad y ayuda para

los damnificados por esas terribles desgracias naturales que han reducido a condiciones precarias la existencia de muchos salvadoreños y han dañado tantas estructuras materiales.

Si bien es cierto que las ayudas externas son necesarias, dada la magnitud del fenómeno, se ha de tener presente que los mismos salvadoreños, con las ricas cualidades que les distinguen, han de ser los protagonistas y artífices principales de la reconstrucción del País, comprometiéndose, con su esfuerzo y su tesón a superar esa situación tan difícil, agravada, entre otras causas, por la pobreza extrema de muchos, el desempleo, o la falta de vivienda digna. En esta tarea, es de destacar la acción de Cáritas, que pretende dar una respuesta ante estas necesidades.

4. Como objetivo principal de vuestra labor pastoral os proponéis impulsar y vivificar la evangelización. En efecto, una de las funciones más importantes del Obispo es acrecentar la fe de los fieles, haciendo madurar en ellos las enseñanzas del Evangelio mediante la predicación íntegra del misterio de Cristo, para que puedan así glorificar a Dios y seguir la vía hacia la felicidad eterna (cf. *Christus Dominus*, 12).

En nuestro tiempo, en el que los medios modernos difunden continuamente noticias muy diversas y el corazón y la mente se sienten atraídos por tantas novedades, es menester dar a la Palabra de Dios y a su anuncio el lugar primordial y privilegiado que le corresponde. Cuando el creyente acoge a Jesucristo y su Palabra, poniéndola en práctica, es cuando de verdad alcanza su plenitud, como Pedro confiesa ante Jesús: «*Señor, ¿a dónde vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna*» (Jn 6, 68). Por eso, es de capital impor-

tancia que nunca decaiga el ministerio de la predicación, la catequesis y la enseñanza, para que todos los fieles «*tengan vida y la tengan en abundancia*» (Jn 10, 10).

El anuncio de la Palabra tiene un relieve especial cuando se proclama dentro de la liturgia, porque Cristo «*está presente en su palabra, pues es Él mismo el que habla cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura*» (*Sacrosanctum Concilium*, 7). No obstante, como la acción de la Iglesia no se agota en la liturgia, hay que anunciar la Palabra con perseverancia y por todos los medios para que el mensaje de salvación llegue tanto a los creyentes como a los no creyentes. Los medios de comunicación social de los que hoy se dispone para comunicar han de ser utilizados también para evangelizar y catequizar, con el fin de aprovechar su enorme potencial para cumplir mejor el mandato de Jesús de hacer llegar la Buena Nueva a todas las criaturas (cf. *Mc* 16, 15). Os animo, pues, a potenciar dichos medios a vuestra disposición y ponerlos al servicio de la difusión del Evangelio. Con ellos, el mensaje de salvación puede alcanzar a todos, en las más diversas circunstancias y en los lugares de más difícil acceso.

5. Colaboradores directos del Obispo son los presbíteros, que, en su nombre presiden las distintas comunidades de la Iglesia particular, las alimentan con el Pan de la Palabra y de la Eucaristía, celebran los Sacramentos y por su cercanía a todos han de ser imagen y expresión de la presencia viva de Jesucristo, Buen Pastor, en medio de su pueblo. Para poder vivir con alegría y serenidad el misterio que les fue confiado en la ordenación sacerdotal, han de custodiar con todo celo e intensidad la gracia que les fue concedida. Por ello, debéis animar siempre a vuestros sacerdotes a ser hombres de oración asidua y frecuente, pues «en la plegaria se desarrolla ese diálogo con Cristo,

que nos convierte en sus íntimos» (*Novo millennio ineunte*, 32), nos hace penetrar en el profundo misterio de Dios y llena de esperanza la existencia ante los retos del momento presente, que para el sacerdote revisten frecuentemente una especial intensidad.

El sacerdote debe estar disponible para todos, saber escuchar, acompañar el crecimiento en la fe de sus hermanos y ser fuente de consuelo para los atribulados y afligidos, siendo en todo momento testigo de los valores del Reino, pues ha de estar dispuesto a ofrecer muchas renunciaciones para que resalte lo esencial frente a lo efímero. En definitiva, ser y presentarse siempre como lo que es, ministro de Jesucristo y de su gracia.

El estrecho vínculo que une al sacerdote con su Obispo exige que estéis siempre cercanos y atentos a cada uno de ellos, para que os vean como verdaderos padres y maestros. Desde el carisma de vuestro ministerio episcopal ayudadlos en todas sus necesidades, animadlos a perseverar en el camino de la auténtica santidad sacerdotal y de la caridad pastoral. Ofrecedles los medios más adecuados para poder continuar su formación y desarrollar aquellas virtudes necesarias para su estado y para enfrentarse con serenidad y valentía a las dificultades que se les puedan presentar.

6. Preocupados por el número de personal dedicado a la misión, sé que os esforzáis en promover y seguir con atención la pastoral vocacional, tan necesaria para el desarrollo de la vida de la Iglesia. En este camino, lo primero es el recurso a la oración asidua, pues es el mismo Señor el que nos manda pedirle que envíe nuevos operarios a su mies (cf. *Mt* 9, 38). Además, es necesario organizar una efectiva pastoral de las vocaciones, amplia y capilar, en las parroquias, movimientos, colegios y familias, de modo que los

jóvenes conozcan los valores y exigencias del Reino de Dios y puedan responder cuando se les pide la total entrega de sí y de las propias fuerzas a la causa del Evangelio.

A este respecto, es también importante el testimonio de vida de los sacerdotes y de los consagrados, testimonio que ha de ser tan radical y elocuente que mueva a otros, jóvenes y menos jóvenes, a querer seguir ese camino, al estilo de lo que indicaba san Pablo: «*Sed mis imitatores, como yo lo soy de Cristo*» (1 Co 11, 1).

7. La celebración de la Eucaristía, en un mundo tantas veces aquejado por divisiones y desequilibrios, consolida la comunión y la esperanza, es fuente de armonía y paz, y hace que todos se sientan miembros de una misma familia donde a cada uno se le reconoce su dignidad. Por ello, se ha de promover la práctica dominical, pues en el proceso de fortalecimiento de la fe, la Eucaristía es el momento privilegiado para el encuentro con Jesucristo vivo. Teniendo presente que la Misa dominical debe ser compromiso y práctica constante de todos los fieles, no dejéis de empeñaros junto con vuestros sacerdotes en promover este aspecto tan importante de la vida eclesial, como recomendé en la Carta apostólica *Dies Domini* (cf. capítulo II). Más recientemente he señalado también que se ha de dar «un realce particular a la Eucaristía dominical y al domingo mismo, sentido como día especial de la fe, día del Señor resucitado y del don del Espíritu, verdadera Pascua de la semana» (*Novo millennio ineunte*, 35).

En la vida eclesial de vuestra nación, como ponéis de relieve en las Relaciones quinquenales, está muy extendida la devoción eucarística y señaláis cómo en casi todas las parroquias se celebra, particular-

mente el jueves, la adoración del Santísimo Sacramento. Me complace que se conserve esta práctica entre los fieles, pues de esta manera no sólo se proclama abiertamente la fe en la presencia real de Cristo en la Eucaristía sino que se incrementa la unión y la confianza en Aquél que prometió estar con los suyos «*todos los días hasta el fin del mundo*» (Mt 28, 20).

8. Una de las urgencias de nuestro tiempo, como he destacado en la Carta apostólica *Novo millennio ineunte*, es la atención a la familia, pues se constata una «crisis generalizada y radical de esta institución fundamental» (n. 47), a causa de las graves amenazas que hoy atentan contra ella: las rupturas matrimoniales, la plaga del aborto, la mentalidad anticoncepcional, la corrupción moral, las infidelidades y violencias domésticas, factores que ponen en peligro la familia, célula fundamental de la sociedad y de la Iglesia.

En el matrimonio, elevado por el Señor a la dignidad de Sacramento, no sólo se expresa el gran misterio del amor sponsal de Cristo a su Iglesia (cf. *Ef* 5, 32), sino que, según el plan de Dios, el hombre y la mujer realizan la vocación conyugal y colaboran con Él en la creación. Una sólida preparación de quienes se preparan a contraer matrimonio y un seguimiento de los hogares cristianos hará que se puedan ofrecer ejemplos convincentes de cómo debe ser la familia y su papel insustituible en la sociedad y en la Iglesia. Por ello, se ha de formar a los jóvenes llamados al matrimonio, así como a las familias ya constituidas, para que venzan las presiones de una cultura opuesta al matrimonio y a la institución familiar, de modo que vivan según el plan de Dios y las verdaderas y genuinas exigencias del hombre y de la mujer. La humanidad se juega mucho con la institución familiar, llegando hasta hipotecar su futuro si no se la defiende y

promueve adecuadamente. No se puede ceder ante modas y teorías que, bajo una apariencia de falsa modernidad y progreso, después se vuelven contra el hombre y crean tantas víctimas, empezando por los propios hijos o los mismos cónyuges abandonados.

9. Los laicos están llamados a desempeñar un papel de suma importancia ante los retos que plantean el presente y el futuro de El Salvador. En la medida en que los laicos cristianos vivan cada vez más abiertos a la presencia y a la gracia en lo profundo de su corazón serán más capaces de ofrecer a sus hermanos el testimonio de una vida renovada, tendrán la libertad y la fuerza de espíritu necesarias para transformar las relaciones sociales y la sociedad misma según los designios de Dios.

Para hacer presente en medio del mundo los valores del Evangelio, los cristianos necesitan estar firmemente enraizados en el amor de Dios y en la fidelidad a Cristo. Por ello, quiero exhortaros a intensificar los esfuerzos en la formación de un laicado adulto, que colabore activamente en la vida y misión de la Iglesia; en este sentido son útiles organismos, como el Instituto Superior de Catequesis, en San Salvador, para la preparación adecuada de los catequistas. En esta labor de formación, os animo igualmente a que prestéis una particular atención a los jóvenes que, por su situación, se encuentran expuestos más fácilmente a los peligros y a las seducciones de caminos fáciles e ilusorios. Presentadles en toda su autenticidad y riqueza los altos ideales de la vida y de la espiritualidad cristiana, para que aprendan los valores y pautas de comportamiento más aptos para afrontar los retos del presente.

10. Al concluir este encuentro deseo expresar mi gratitud por el trabajo incansable que desarrolláis en todos los ámbitos de la acción pastoral. Os aliento a continuar con renovada esperanza la tarea de conducir al Pueblo de Dios que tenéis confiado hacia la meta de la patria celestial mediante el ejercicio de vuestro ministerio apostólico, brindando también así un excelente servicio a toda la comunidad nacional. Transmitid también mi saludo afectuoso y mi bendición a todos vuestros sacerdotes, religiosos, religiosas y demás fieles, especialmente a los que colaboran con mayor dedicación en la obra de la evangelización y a quienes sufren por cualquier causa y que, por ello, ocupan un lugar particular en el corazón del Papa. En estos días se celebra la fiesta de Nuestra Señora Reina de la Paz, patrona de El Salvador. Al invocar su maternal protección, le pido que interceda por la santidad de todos los fieles, por el bienestar de las familias y la prosperidad de vuestro País en justicia y en paz, a la vez que imparto a todos de corazón la Bendición Apostólica.

A los Obispos de Costa Rica

30 de noviembre de 2001

Queridos Hermanos en el Episcopado:

1. Durante estos días de vuestra visita *ad Limina* habéis tenido la oportunidad de venerar las tumbas de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, renovando ante ellas la fidelidad a la fe recibida, y revitalizar el espíritu evangelizador, que hizo de estos grandes testigos de Cristo, junto con los demás Apóstoles, fundamento firme de la Iglesia de todos los tiempos (cf. *Ef 2, 20*). Es, pues, como un retorno a los orígenes mismos del ministerio apostólico que desempeñáis en las diversas Iglesias particulares de Costa Rica, plantando y regando la semilla del Evangelio, para que Dios la haga crecer abundantemente (cf. *1 Co 6-7*).

Con este espíritu os recibo hoy con gran gozo, para compartir vuestras preocupaciones pastorales, alentar los esfuerzos por enraizar cada día más el Evangelio en el corazón de los queridos hijos e hijas costarricenses, y cumplir con el encargo dado a Pedro por Jesús de confirmar en la fe a sus hermanos (cf. *Lc 22, 32*).

Agradezco cordialmente a Mons. Román Arrieta Villalobos, Arzobispo de San José y Presidente de la Conferencia Episcopal, las palabras que me ha dirigido en nombre de todos, expresando la cercanía y el espíritu de comunión con el Obispo de Roma, al que os unen lazos de unidad, de amor y de paz (cf. *Lumen gentium, 22*). En ellas siento también el palpitar de un pueblo «de fecunda historia y amante de la paz»

(*Saludo en el Aeropuerto de San José*, 2.3.1983, 1), del cual conservo tan grato recuerdo desde mi Visita Pastoral en 1983.

2. Me complace saber que, ante los desafíos del nuevo milenio, vuestro País está abierto a la esperanza, fundada sobre todo en la generosa entrega de los Pastores y sus colaboradores a la misión evangelizadora. Ésta se ve alentada este año por la conmemoración del centenario de un eximio predecesor vuestro, Mons. Bernardo Augusto Thiel, segundo Obispo de San José, que desarrolló una larga y prolífica actividad pastoral y supo difundir prontamente las primeras semillas de la doctrina social de la Iglesia. A ello se debe, en buena parte, la larga tradición democrática, de diálogo y tolerancia en Costa Rica, herencia preciosa que ha de llevaros a una renovada confianza en la fuerza pacificadora del Evangelio, en un momento histórico en que este valor, indispensable para las naciones y el conjunto del género humano, parece tan amenazado y casi imposible de alcanzar. Esta convicción ayudará también a enfocar con clarividencia cristiana los procesos actuales de convivencia social, uno de los cuales es la presencia en Costa Rica de numerosos emigrantes procedentes de países colindantes.

También es motivo de satisfacción vuestra sensibilidad por mantener e incrementar el espíritu de comunión, tanto en cada una de vuestras comunidades eclesiales como entre vosotros mismos y con las Iglesias hermanas de Centroamérica. Estas relaciones adquieren un gran valor, no solamente porque promueven con mayor eficacia determinados aspectos de la acción pastoral, sino porque hacen de la Iglesia «la

casa y la escuela de comunión», que es «el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza» (*Novo millennio ineunte*, 43).

3. La espiritualidad de comunión tiene un ámbito privilegiado de aplicación en las relaciones de los Obispos con sus sacerdotes, por la perfecta sintonía y concordia que ha de existir entre el Pastor y sus más inmediatos colaboradores en el impulso de la pastoral conjunta de toda la diócesis (cf. *Christus Dominus*, 16). En las Relaciones que habéis enviado se destaca la atención especial que prestáis a vuestro clero, relativamente numeroso en términos comparativos, y del que ahora os preocupa sobre todo su renovación espiritual y pastoral. Queréis que cada sacerdote viva «su encuentro personal con Jesucristo vivo, para ser agente cualificado de conversión, comunión y solidaridad, e impulsar así la Nueva Evangelización», como decís en el reciente mensaje que les habéis enviado (*El Sacerdote que queremos. Mensaje de los Obispos de Costa Rica a sus Sacerdotes*, 12.4.2001, IV).

Todo esto ha de traducirse en acciones concretas que lleven a un discernimiento más atento en la admisión de los aspirantes, a una intensificación de la formación específicamente espiritual de los seminaristas, acompañándoles y guiándoles «hacia una madurez afectiva que los haga aptos para abrazar el celibato sacerdotal y capaces de vivir en comunión con sus hermanos en la vocación sacerdotal» (*Ecclesia in America*, 40). Tampoco se han de olvidar los necesarios programas de formación permanente para todos los sacerdotes pues, si toda acción pastoral tiene como objetivo prioritario la santidad, los ministros del Evangelio han de ser los primeros en dar testimonio de este «compromiso que ha de dirigir toda la vida cristiana» (*Novo millennio ineunte*, 30). En este

aspecto, es insustituible el trato personal, amigable y cercano, del Obispo con sus sacerdotes, para alentarles en su vocación, orientarles en sus actividades, avivar en ellos el celo apostólico y, si fuera el caso, corregirles paternalmente, con bondad y prontitud.

4. En Costa Rica, como en otros países, el hombre está viviendo un momento dramático y, al mismo tiempo, fascinante. Por un lado parece difundirse por doquier un estilo de vida basado en criterios meramente materiales, que incitan al consumismo trivial, lo cual comporta tantas secuelas negativas para la dignidad de las personas y el bien común de la sociedad. Por otro, sin embargo, se aprecia un resurgir de un hondo espíritu religioso, bien arraigado en el pueblo costarricense, y la búsqueda de un profundo y consistente sentido de la vida. En este contexto cobra una actualidad aún mayor, si cabe, la urgencia de «recuperar y presentar una vez más el verdadero rostro de la fe cristiana, que no es simplemente un conjunto de proposiciones que se han de acoger y ratificar con la mente, sino un conocimiento de Cristo vivido personalmente, una memoria viva de sus mandamientos, una verdad que se ha de hacer vida» (*Veritatis splendor*, 88). En efecto, la Iglesia tiene la misión de llevar la luz del Evangelio a todos los ámbitos de la existencia humana, con el fin de que todos los hombres consigan la salvación (cf. *Lumen gentium*, 24) y se realice en cada uno la vocación universal a la santidad.

Por eso es de suma importancia emprender con decisión una acción evangelizadora que no solamente alcance a todos los sectores de la sociedad, sino que haga crecer en los fieles el gozo de creer y celebrar su fe, su responsabilidad de ser miembros del cuerpo de Cristo (cf. *1 Co* 12, 27) y su participación en la misión de proclamar la Buena Nueva a toda la creación (cf.

Mt 16, 15). Para ello es necesario un decisivo impulso de la catequesis, la cual, de manera paulatina, constante y bien articulada, proporcione una formación cada vez más consistente en la fe. De este modo se prepara a los cristianos de hoy a dar respuesta a quien pida razón de su esperanza (cf. *1 Pe* 3, 15) en medio de las tendencias secularistas. Al mismo tiempo, haciéndose eco fiel de la enseñanza de Jesús, que tanta maravilla suscitaba en la muchedumbre (cf. *Mt* 22, 22.33), se ofrece el verdadero sentido trascendente de la existencia, previniendo así los avances proselitistas de las sectas y de los nuevos grupos religiosos (cf. *Ecclesia in America*, 73).

5. Conozco vuestros esfuerzos por implicar a los laicos en esta tarea, como ya os indicaba en mi Visita a Costa Rica (cf. *A los Obispos de América Central*, 2.3. 1983, 3), y constato con satisfacción el aumento de catequistas en vuestras diócesis durante los últimos años. Ellos son muchas veces el cauce más cercano a través del cual el don de la fe crece en los niños e ilumina las diversas fases y situaciones de la vida, por lo que merecen una especial atención de los Pastores, de manera que no les falte la debida formación teológica y espiritual, sean con su vida testigos de lo que enseñan y tomen plena conciencia de lo trascendente de su misión en la Iglesia.

Los catequistas laicos, además, por su especial vinculación a la parroquia o a otras comunidades eclesiales, por su formación teológica y su familiaridad con la doctrina de la Iglesia, han de ser también cristianos comprometidos en los distintos ámbitos de la vida cotidiana. De este modo aúnan su colaboración con los Pastores en las tareas más directamente pastorales con su vocación específica, que les lleva a actuar en el orden temporal «*de una manera directa y*

concreta, guiados por la luz del Evangelio y el pensamiento de la Iglesia y movidos por el amor cristiano» (Apostolicam actuositatem, 7; cf. Novo millennio ineunte, 46).

Las grandes esperanzas que en Costa Rica, como en América y demás Iglesias del mundo, se tienen puestas en el laicado, es una llamada de atención a los Pastores para que sientan como una urgencia inaplazable atender con esmero a la sólida formación en la vida espiritual y en los criterios cristianos que los fieles laicos han de hacer operativos en el mundo de la familia, de la sociedad, de la política, del trabajo o de la cultura (cf. *Ecclesia in America*, 44). Para ello será de gran ayuda el seguimiento cercano y la promoción de movimientos o asociaciones específicas, que sirvan de cauce a un apoyo mutuo de sus miembros, a una más fácil incorporación de las nuevas generaciones y a una actuación más organizada y estable de sus cometidos.

6. También habéis manifestado vuestra preocupación por la situación de la familia en vuestro País, que no ha sido inmune a «la crisis generalizada y radical de esta institución fundamental» (*Novo millennio ineunte*, 47). Tal vez en algunas de vuestras diócesis este fenómeno puede haber causado un especial impacto, tanto por la rapidez con que se ha producido como por la gran estima que tradicionalmente se ha tenido de la familia, provocando un cierto desánimo ante un fenómeno inesperado y en apariencia inexorable. Por ello deseo recordaros las confortadoras palabras de Jesús cuando sus discípulos más cercanos titubeaban: «¡Animo!, que soy yo; no temáis» (*Mt* 14, 27). Con estas palabras en la mente y el corazón alejaremos la tentación de claudicar en el deber de velar por el gran tesoro de amor y de vida que Dios nos ha dado con la institución de la familia, fundada en el matrimonio indisoluble.

En efecto, la Iglesia no puede quedar impasible cuando se cuestiona del don y el derecho fundamental a la vida ya desde sus comienzos; o cuando se empobrece el amor de los esposos, se degrada el valor de la fidelidad mutua o se quebranta la natural relación del hombre y la mujer, que alcanza su auténtica plenitud en el matrimonio. Por fidelidad al Evangelio y aprecio radical a la dignidad de todo ser humano, no se puede ser neutrales ante fenómenos que denotan una cultura hedonista, de egoísmo y de muerte, por grandes que sean las dificultades y poderosas las influencias externas.

A este respecto, es necesario revitalizar constantemente una pastoral de la familia que prepare adecuadamente a los jóvenes para formar un nuevo hogar; que acompañe también a los esposos en las dificultades que puedan encontrar, ayudándoles a acoger gozosamente a los hijos, educarles con ternura y transmitirles la fe. También será preciso impulsar las condiciones sociales, económicas y legales que mejor salvaguarden la unidad y estabilidad de los hogares, invitando a las familias mismas a «hacerse promotores de una eficaz presencia eclesial y social para tutelar sus derechos» (*Novo millennio ineunte*, 47).

7. Deseo referirme también en este encuentro con vosotros a un sector tan decisivo para la Iglesia como es el de los Institutos religiosos y demás personas consagradas. Ellos han contribuido de manera determinante, no sólo a la evangelización de vuestras tierras, sino también a forjar en buena medida la misma identidad cultural de Costa Rica, potenciando muy significativamente en la actualidad la acción pastoral en diversos sectores.

La Iglesia da continuamente gracias al Espíritu por la vida consagrada que Él suscita en su seno, la cual «hunde sus raíces en el Evangelio y da frutos copiosos en cada época» (*Vita consecrata*, 5). Algunos de estos frutos son bien visibles a través de las numerosas obras e instituciones dedicadas a la educación, al apostolado juvenil, al cuidado de los enfermos o a la atención de las múltiples formas de pobreza y marginación. Pero, por encima de sus actividades concretas, la comunidad eclesial ha de apreciar que sea «una manifestación particularmente rica de los bienes evangélicos y una realización más completa del fin de la Iglesia» (*ibid.*, 32). El desarrollo de la vida consagrada en cada Iglesia particular denota en cierto modo su capacidad de presentar a Cristo con un vigor y atractivo tal que suscita en muchos de sus miembros los deseos de seguirle con total radicalidad evangélica.

Por eso incumbe a los Pastores el deber de promover las vocaciones también a la vida consagrada y velar para que sea respetada la identidad propia de cada Instituto (cf. *C.I.C.*, cc. 385. 586), para lo cual han de fomentar entre los fieles la estima de una vida totalmente consagrada a Dios y establecer formas de pastoral vocacional que manifiesten «el compromiso coral de toda la Iglesia» en este campo (cf. *Vita Consecrata*, 64).

8. Os aliento, pues, queridos Hermanos Obispos de Costa Rica, a seguir dando un nuevo impulso a las tareas de la evangelización, para colmar con el mensaje de Cristo los anhelos más profundos de todos los sectores del Pueblo de Dios: niños y jóvenes, enfermos y ancianos, mujeres y hombres, familias y pueblos, pobres y desamparados. Pongo bajo la protección de Nuestra Señora de los Angeles, Madre y

Abogada del pueblo costarricense, los propósitos pastorales que os animan y que, con la estrecha colaboración de los sacerdotes, personas consagradas y laicos comprometidos, han de revitalizar, en este comienzo de milenio, la firmeza de la fe en las Iglesias particulares que os han sido confiadas.

Mientras agradezco la generosidad con que desempeñáis vuestro ministerio, os ruego que transmitáis a las comunidades que os esperan, tras esta visita *ad Limina*, el saludo cordial y la cercanía afectuosa del Papa, junto con la Bendición Apostólica, que os imparto de corazón.

A los Obispos de Honduras

4 de diciembre de 2001

Queridos Hermanos en el Episcopado:

1. Me es grato recibirlos hoy, con ocasión de la visita *ad Limina*, en la cual habéis tenido ocasión, una vez más, de peregrinar a las tumbas de los apóstoles Pedro y Pablo, y renovar vuestros vínculos de comunión con el Obispo de Roma y con la Iglesia universal. Además, es una ayuda para vivir la misión de guiar a la comunidad eclesial de Honduras, que tuve el gozo de visitar en 1983.

Agradezco cordialmente al Señor Cardenal Óscar Andrés Rodríguez Maradiaga, Arzobispo de Tegucigalpa y Presidente de la Conferencia Episcopal, las amables palabras que me ha dirigido en nombre también de sus Hermanos Obispos, a los cuales saludo diciendo con el apóstol Pablo: «*A vosotros gracia y paz, de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo*» (*Rm* 1, 7). Asimismo, os ruego que transmitáis mi afectuoso saludo a los miembros de cada comunidad eclesial de vuestro amado País.

Me siento muy unido a vosotros para compartir «*el gozo y la esperanza, la tristeza y angustia*» (*Gaudium et spes*, 1) de los ciudadanos hondureños, teniendo presente aún el dolor y ansiedades ante la devastación causada por el huracán «Mitch» en octubre de 1998, y más recientemente la tormenta tropical «Michelle». Ante tales catástrofes tratasteis de aliviar los sufrimientos del pueblo, ya tan probado por la pobreza, y suscitar en él nuevas esperanzas. Espero, además,

que los nuevos líderes políticos, elegidos recientemente, puedan continuar los trabajos de verdadera reconstrucción nacional, llevando al País a un auténtico desarrollo, respetando debidamente la dignidad de la persona humana y sus derechos fundamentales.

2. Es también motivo de gozo y esperanza para la Iglesia en Honduras la próxima conmemoración de los 500 años de la Primera Misa celebrada en tierra firme del Continente. Esta efemérides ha de ser vivida como una oportunidad providencial para comenzar un nuevo camino lleno de iniciativas, recordando siempre las palabras del Señor: «*Yo estoy con vosotros todos los días*» (Mt 28, 20). En el pregón que habéis publicado para dicho acontecimiento, señaláis que «*con los gratos recuerdos y las impresiones todavía frescas de los grandes eventos de espiritualidad del Gran Jubileo del Año 2000, la Iglesia que peregrina en Honduras eleva su acción de gracias a Dios e invita con gran gozo a la Iglesia Universal a unirse con ella en las alabanzas al Dios Padre, que salva por la fe en su Hijo Jesucristo, constituido Señor de la Historia por el Espíritu Santo. A ello nos inspira y nos mueve la consideración de que nuestro territorio fuera escogido por Dios Providente para que el 14 de agosto del año 1502, el humilde fray Alejandro celebrara la Primera Misa en un lugar elevado y poblado de árboles que hoy conocemos con el nombre de Bahía de Trujillo*» (V Centenario de la Primera Misa en el Continente Americano, Tegucigalpa, 3.1.2001). Ésta es una ocasión propicia para analizar la historia de la evangelización de esa tierra, que forma parte de la historia de vuestra Nación, lo cual ayudará a comprender la acción providencial del Señor y a mirar esperanzados hacia el futuro, a fortalecer la fe y a dar nuevo impulso a la vida eclesial en todos sus aspectos.

3. Como Pastores os preocupa seriamente la situación de persistente pobreza en Honduras, a pesar de poseer un territorio fértil en el que no escasean los recursos materiales. Esto hace pensar en la necesidad de mejorar el orden social, promoviendo una mayor justicia y unas estructuras que favorezcan una más equitativa distribución de los bienes y, sobre todo, evitar que unos pocos ciudadanos detentan tantos recursos en detrimento de la gran mayoría. Cuando se producen fenómenos como éste, a la penuria económica se añade el aislamiento de los más pobres que, encerrados en su propio mundo, pierden la esperanza de una sociedad mejor. Por eso el País sufre cuando los campesinos se sienten marginados, las etnias indígenas olvidadas y abandonados a su suerte los ciudadanos más necesitados de protección, como son los niños y los jóvenes.

Es urgente, pues, promover la justicia verdadera, ya que «no atender a dicha exigencia podría favorecer el surgir de una tentación de respuesta violenta por parte de las víctimas de la injusticia», es decir, «las poblaciones excluidas de la distribución equitativa de los bienes, destinados en origen a todos» (*Sollicitudo rei socialis*, 10). Quiero recordar a este respecto lo que dije en la Exhortación apostólica postsinodal *Ecclesia in America*: «La Iglesia ha de estar atenta al clamor de los más necesitados. Escuchando su voz, la Iglesia debe vivir con los pobres y participar de sus dolores» (n. 58). A este respecto, se ha de promover la difusión del rico patrimonio de la Doctrina social de la Iglesia, con el cual los católicos pueden impulsar y favorecer iniciativas encaminadas a superar situaciones de pobreza y marginación que afectan a tantos. No se ha de olvidar que la preocupación por lo social forma parte de la misión evangelizadora de la Iglesia (cf. *Sollicitudo rei socialis*, 41) y que «la promoción humana forma

parte de la evangelización, pues ésta tiende a la liberación integral de la persona» (*Discurso inaugural de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, 12.10.1992, 13).

Sin olvidar la contribución importante de la Iglesia en este campo, os invito una vez más, queridos Hermanos, a insistir en una opción preferencial por los pobres, no exclusiva ni excluyente, programando también actividades pastorales en las aldeas y zonas rurales. La gente pobre y marginada tiene derecho a sentir la cercanía especial de sus Pastores, recordando lo que dice el Salmista: «*Dichoso el que cuida del débil y del pobre*» (*Sal 41/40*, 2).

4. Un fenómeno no menos preocupante en nuestros días, y que también se percibe en Honduras, es una cierta desintegración familiar. Como ponéis de relieve en las Relaciones Quinquenales, hay numerosas familias que no viven según las normas cristianas. Cualesquiera que sean las circunstancias que llevan a esta situación problemática no podemos permanecer inermes ante ella. A este respecto, en la encíclica *Evangelium vitae* escribí: «Si es cierto que el “futuro de la humanidad se fragua en la familia”, se debe reconocer que las actuales condiciones sociales, económicas y culturales hacen con frecuencia más ardua y difícil la misión de las familia al servicio de la vida. Para que pueda realizar su vocación de “santuario de la vida”, como célula de una sociedad que ama y acoge la vida, es necesario y urgente que la familia misma sea ayudada y apoyada. [...] Por su parte, la Iglesia debe promover incansablemente una pastoral familiar que ayude a cada familia a redescubrir y vivir con alegría y valor su misión en relación con el Evangelio de la vida» (n. 94). Además, cuando los hogares se destruyen, se producen otras situaciones dramáti-

cas como la de las madres solteras o abandonadas, que tienen que luchar por el sustento y educación de los hijos, y el problema de los niños solos en la calle, hechos ante los cuales la Iglesia y la sociedad no pueden permanecer insensibles.

Por todo ello, hay que sensibilizar todos los ámbitos disponibles, incluidos los medios de comunicación social, para fortalecer el matrimonio y la familia, y hacer frente a ciertas campañas o modas que atentan solapadamente contra la institución familiar y contra la vida misma.

5. De cara al futuro de la humanidad es de capital importancia atender a la educación apropiada para los niños y jóvenes. La sociedad hondureña ha de tener en cuenta que la educación, la cual es un derecho fundamental de cada persona, está en la base del desarrollo de los individuos y de la sociedad misma. Como ya escribí en el *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 1999*: «¿cómo no preocuparse al ver que en algunas regiones más pobres del mundo las oportunidades de formación, especialmente por lo que se refiere a la instrucción primaria, están disminuyendo? [...]. Cuando se limitan las oportunidades formativas [...], se predisponen estructuras de discriminación que pueden influir negativamente sobre el desarrollo integral de la sociedad» (8). En el campo de la educación todos están interesados y hace falta un esfuerzo común. La contribución de la Iglesia en Honduras no puede limitarse a unos pocos colegios. A las escuelas católicas ha de añadirse el testimonio de los profesores y maestros cristianos con el fin de asegurar una formación adecuada de las futuras generaciones.

6. La espiritualidad de comunión, que «encarna y manifiesta la esencia misma del misterio de la Iglesia» (*Novo millennio ineunte*, 42), y es un «gran desafío que

tenemos ante nosotros en el milenio que comienza» (*ibíd.*, 43), ha de aplicarse con premura en las Iglesias particulares, siendo responsabilidad de sus Pastores el promover la concordia entre todos y, de modo muy especial, la unión de los sacerdotes entre sí y en torno a su Obispo. Por eso os invito encarecidamente a prodigar vuestra atención a quienes son vuestros principales colaboradores, sin escatimar esfuerzos ni contentarse con una labor de gestión y organización del clero. Hace falta cercanía, trato personal asiduo, cordialidad y aliento en la misión confiada a cada uno, siguiendo el ejemplo del Buen Pastor que llama a sus ovejas «*una por una*» (*Jn* 10, 3). En Honduras donde los sacerdotes tienen frecuentemente a su cuidado un gran número de feligreses, a veces distribuidos en regiones de difícil acceso, y donde un número relevante de ellos han dejado su tierra de origen para servir a las comunidades eclesiales hondureñas, los Obispos han de extremar su disponibilidad para acogerles, «considerándolos sus hijos y sus amigos» (*Christus Dominus*, 16).

Estas consideraciones hacen resaltar lo acertado de la norma que prescribe la residencia personal del Obispo diocesano en su sede (cf. *C.I.C.*, c. 395), así como la urgencia de su estricto cumplimiento. De este modo, además, se dará ejemplo para que los párrocos y demás cooperadores en el ministerio pastoral se entreguen de todo corazón a la porción de fieles que se les confían, tratando de que «*florezca el sentido de comunidad parroquial, sobre todo en la celebración común de la misa dominical*» (*Sacrosanctum Concilium*, 42).

7. Otro ámbito en el que el espíritu de comunión ha de dar frutos abundantes en cada Iglesia particular es el de la Vida consagrada. Los diversos Institutos y Sociedades son portadores de sus propios carismas y

han de conservar fielmente su espíritu fundacional, pero teniendo en cuenta también que se trata de «una gracia que no concierne sólo a un Instituto, sino que incumbe y beneficia a toda la Iglesia» (*Vita consecrata*, 49). En vuestra patria, donde los consagrados y consagradas desempeñan un papel importante en las tareas evangelizadoras, es necesario que este tipo de vida «sea más estimada y promovida por Obispos, sacerdotes y comunidades cristianas» (*Ecclesia in America*, 43), integrándose a la vez plenamente en la Iglesia particular a la que pertenece (cf. *ibid.*). Por eso los Pastores, al coordinar los diversos esfuerzos e iniciativas, no solamente se han de proponer una mayor eficacia en la acción pastoral, sino un crecimiento más armónico de la comunidad eclesial, en la cual hay diversidad de carismas y ministerios, pero uno sólo es el Señor y «*es el mismo Dios que obra en todos*» (1 Co 12, 6).

8. Si bien se constata con esperanza un ligero incremento en el número de seminaristas en Honduras, sigue siendo urgente un generoso esfuerzo en la promoción de las vocaciones al sacerdocio y a la vida de especial consagración. Para ello, además de rogar con insistencia al Señor que «*envíe obreros a su mies*» (Mt 9, 38) y procurar que la vida ejemplar de sacerdotes y personas consagradas atraigan a las nuevas generaciones, es preciso intensificar una eficaz pastoral de las vocaciones (cf. *Novo millennio ineunte*, 46).

A la pastoral de las vocaciones le corresponde la apasionante tarea de suscitar inquietudes profundas en el corazón de los jóvenes y de prepararles a acoger con generosidad la invitación del Señor: «*ven, y sígueme*» (Mt 19, 21). No se debe eludir esta propuesta de manera explícita y directa. Pero no se ha de olvidar que la primera respuesta a la vocación es sólo el

comienzo de un camino. En efecto, cada vez se percibe mejor la importancia decisiva que tiene para la Iglesia un esmerado discernimiento de las vocaciones y una seria formación espiritual, humana, teológica y cultural de los candidatos al sacerdocio y a la vida consagrada. En ningún caso la escasez de vocaciones ha de llevar a un descuido en el examen de su idoneidad, la cual, dadas las circunstancias sociales y culturales de nuestro tiempo, ha de ser aún más exigente, si cabe, que en el pasado.

9. La participación de los laicos en la vida eclesial hondureña merece un reconocimiento especial. Estoy pensando en los numerosos agentes de pastoral y en los Delegados de la Palabra de Dios, escogidos y encargados para celebraciones apropiadas los domingos, en lugares en donde el sacerdote no puede hacerse presente para celebrar la Eucaristía. No se han de olvidar tampoco los diversos Movimientos eclesiales que con su carisma propio enriquecen la vida del Pueblo de Dios. Sin duda los servicios que los fieles laicos ofrecen a la Iglesia son muy valiosos. No obstante, se ha de evitar el error de pensar que pueden sustituir a los ministros ordenados cuando éstos faltan. A los mencionados agentes de pastoral se les ha de facilitar una sólida preparación teológica en la espiritualidad de la comunión, poniendo de relieve la diferencia entre el servicio eclesial de los fieles laicos y los ministerios propios y exclusivos del Orden sagrado (cf. *Lumen gentium*, 10; *Christifidelis laici*, 22).

A los laicos comprometidos se les ha de invitar a que colaboren de manera activa y responsable en la catequesis para la primera Comunión y para la Confirmación, así como también en la preparación de los novios para el sacramento del Matrimonio. Es primordial que las parroquias ofrezcan una educación

sistemática en la fe católica, que no se limite a una preparación superficial para recibir los sacramentos de la Iniciación cristiana. Todo fiel tiene derecho a recibir por parte de la Iglesia una formación profunda en la fe católica, apropiada a su edad y condición, para así crecer en la fe. Además, las carencias que se producen en este campo pueden ser una de las causas por la que muchos fieles se alejan y se pasan a las sectas.

10. Queridos Hermanos, como ya propuse en la Carta apostólica *Novo millennio ineunte*, caminemos de nuevo desde Cristo, contemplando siempre su rostro, haciéndonos testigos de su amor para remar mar adentro. En nuestro caminar esperanzado busquemos estar más y más con Él, para ser enviados de nuevo a anunciar su mensaje salvífico a todos nuestros hermanos y hermanas.

Sobre cada uno de vosotros imploro la constante protección de la Virgen de Suyapa, para que os acompañe en estos nuevos retos pastorales. Y también encomiendo a vuestros sacerdotes, a los consagrados y consagradas, así como a todos los hijos e hijas de Honduras, a la vez que os imparto de corazón mi Bendición Apostólica.

A los Obispos de Argentina

(primer grupo)

12 de febrero de 2002

Queridos Hermanos en el Episcopado:

1. Os recibo complacido, amados Obispos de la República Argentina que realizáis esta visita *ad Limina* con la cual fortalecéis los lazos de amor y comunión con el Sucesor de Pedro y con la Iglesia de Roma, «*en unión con la cual siempre por los fieles de todo el mundo se ha conservado la apostólica Tradición*» (San Ireneo, *Adv. Hæres, III, 3*). Os doy la bienvenida con las palabras del apóstol Pablo, deseando que os acompañen siempre «*la gracia, la misericordia y la paz que proceden de Dios Padre y de Cristo Jesús, nuestro Señor*» (1Tm 1, 2). Quiero que mi saludo llegue a todos los sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles de vuestras diócesis, a los que idealmente abrazo y a los que renuevo mi afecto en el Señor.

Agradezco de corazón las amables palabras que en nombre de todos me ha dirigido Mons. Eduardo Vicente Mirás, Arzobispo de Rosario, reafirmando vuestros sentimientos de adhesión al Papa y presentándome el camino que recorréis para el anuncio gozoso del Evangelio de Jesucristo, aún en medio de las dificultades. Correspondo expresándoos mi gratitud por el trabajo incansable que lleváis a cabo en todos los ámbitos y alentándoos a no sucumbir ante los desafíos de la hora presente, confiando y enseñando a confiar en la Providencia amorosa de Dios.

2. Siendo Sucesores de los Apóstoles, estáis al frente de vuestras Iglesias particulares como Pastores para actuar *in persona Christi Capitis* y haciendo las veces del mismo Cristo, Maestro, Pastor y Sacerdote (cf. *Lumen gentium*, 21). Consagráis vuestra existencia y actividad al servicio apostólico de transmitir la fe y fomentar la vida de caridad en el Pueblo de Dios. Como ministros del Evangelio, haciendo presente de manera visible y eminente al Señor, estáis llamados a ser testigos y servidores de la esperanza evangélica en el ejercicio del triple *munus* de santificar, enseñar y gobernar (cf. *Ibid.* 21). Os invito, pues, a seguir prestando a vuestros fieles y a todo el pueblo el hermoso servicio de mantener la esperanza auténtica que es Jesucristo resucitado, en un momento tan apremiante, sea a escala mundial como en la situación particular de la querida Nación Argentina.

3. Vuestro País atraviesa en estos momentos una profunda crisis social y económica que afecta a toda la sociedad y, además, pone en peligro la estabilidad democrática y la solidez de las instituciones públicas, con consecuencias que van más allá de las propias fronteras patrias. En muchos hogares falta hasta lo más básico e indispensable, poniendo a tantas personas ante un futuro lleno de riesgos e incertidumbres. La preocupación del momento presente debe llevar a un serio examen de conciencia sobre las responsabilidades de cada uno y las trágicas consecuencias del egoísmo insolidario, de las conductas corruptas que muchos denuncian, de la imprevisión y mala administración de los bienes de la Nación. Sobre todo ello habéis ofrecido a los fieles y a las personas de buena voluntad documentos de alerta y realismo, desde una marcada óptica evangélica. Ya en vuestra última visita *ad Limina*, en el año 1995, me refería a ello señalando

cómo «la corrupción y su impunidad corren el riesgo de generalizarse, con las lamentables secuelas de indiferencia social y escepticismo» (*Discurso*, 11.11.1995, 4). En la raíz de esa penosa situación hay una profunda crisis moral y por ello, como habéis señalado, el primer paso ha de ser «*el cultivo de los valores morales. En especial: la austeridad, el sentido de la equidad y de la justicia, la cultura del trabajo, el respeto de la ley y de la palabra dada*» (*Mensaje de la Comisión Permanente de la CEA*, 8.1.2002).

En este momento se requieren ciertamente oportunas medidas técnicas que levanten la economía y favorezcan que a cada argentino no le falten los bienes necesarios para desarrollarse como persona y como ciudadano. No le corresponde a la Iglesia en cuanto institución señalar cuáles son las más adecuadas, pues eso es tarea de los gobernantes y de los especialistas en las diversas ciencias sociales. Sin embargo, aun cuando la misión de la Iglesia es de orden puramente religioso, ello no impide que ofrezca su colaboración para favorecer un diálogo nacional entre todos los responsables a fin de que cada uno pueda cooperar activamente para la superación de la crisis. El diálogo excluye la violencia en sus diversas expresiones, como son muertes y saqueos, y ayuda a construir un futuro más humano con la colaboración de todos, evitando de ese modo un radical empobrecimiento de la sociedad. Es oportuno recordar que la situación social no mejora tan sólo aplicando medidas técnicas, sino también, y sobre todo, promoviendo reformas con una base humana y moral, que tengan presente una consideración ética de la persona, de la familia y de la sociedad.

Por ello, sólo una nueva propuesta de los valores morales fundamentales, como son la honestidad, la austeridad, la responsabilidad por el bien común, la

solidaridad, el espíritu de sacrificio y la cultura del trabajo, en una tierra como la vuestra que la Providencia ha creado fértil y fecunda, puede asegurar un mejor desarrollo integral para todos los miembros de la comunidad nacional.

4. La situación que se vive en Argentina puede ser también causa de división y fomentar odios y rencores entre quienes están llamados a ser los constructores cotidianos del País. Por ello, os invito a seguir acompañando a vuestro pueblo como ministros de la reconciliación, para que la grey que os ha sido encomendada, superando las dificultades del presente, avance por los caminos de la concordia y el amor sincero entre todos, sin excepción. Sabéis bien que el futuro del País se debe basar en la paz, que es fruto de la justicia (cf. *Sf* 3, 18). ¡Seguid esa senda, ayudad a construir una sociedad que favorezca la concordia, la armonía y el respeto por la persona y cada uno de sus derechos fundamentales! Con vuestra palabra valiente y oportuna, y teniendo siempre presentes las exigencias del bien común, debéis animar a todos, empezando por los responsables de la vida política, parlamentaria, administrativa y judicial de la Nación, a promover condiciones más justas de vida, de trabajo y de vivienda.

Si bien es cierto que la magnitud del fenómeno tiene también componentes externos y es necesario buscar apoyos fuera de las propias fronteras, se ha de tener presente que los argentinos mismos, con las ricas cualidades que les distinguen, han de ser los protagonistas y artífices principales de la reconstrucción del País, comprometiéndose, con su esfuerzo y su tesón a superar esa situación tan difícil.

5. Mientras se espera que las soluciones adoptadas den resultados positivos, es menester fomentar la acción caritativa y asistencial, tarea que la Iglesia siempre ha llevado a cabo, para hacer más llevaderas las condiciones de los menos favorecidos. Os preocupa, queridos Hermanos, la situación de aquellas personas que sufren y carecen de lo necesario. Pienso particularmente en los jubilados, en los desempleados, en los que lo han perdido todo en las revueltas. A este respecto, son consoladoras las diversas iniciativas tomadas en cada diócesis para responder adecuadamente a las necesidades de los pobres. Son de alabar las actividades de Cáritas, las de numerosas parroquias y congregaciones religiosas, así como la iniciativa ya consolidada de la Colecta «Más por menos» y otras similares. Con ellas se invita a los cristianos a privarse de algo necesario, y no sólo de lo superfluo, fomentando la actitud de compartir con los hermanos.

Esta preocupación «forma parte de la misión evangelizadora de la Iglesia» (*Sollicitudo rei socialis*, 41), en la que debe ocupar un lugar predominante la promoción humana. Por tanto, los Pastores deben orientar a sus fieles en este campo y todos ellos están llamados a colaborar activamente en este servicio de la caridad, impulsando y favoreciendo en esta hora crucial de la historia argentina convenientes iniciativas encaminadas a superar situaciones de pobreza y marginación, que afectan a tantos hermanos necesitados. La coordinación con las diversas instituciones, estatales y no gubernamentales propiciará una ayuda más eficaz al prójimo, ayudándole a que no se deje llevar por los espejismos del lucro o del consumismo, sino que se apoye en las mejores tradiciones de sobriedad, solidaridad y generosidad que anidan en el corazón de vuestro pueblo.

6. El examen de las Relaciones quinquenales y el coloquio personal con cada uno de vosotros ponen de relieve la vitalidad de la Iglesia en Argentina, con sus logros y avances, sus proyectos y esfuerzos, así como los límites humanos con los que inevitablemente hay que contar, en el marco del empeño constante de fidelidad a la misión que Cristo el Señor confió a su Iglesia de ser instrumento de salvación para todos, capaz de inspirar una acción de transformación de la sociedad.

En el ejercicio de vuestra misión de Pastores es necesario mantener siempre la comunión afectiva y efectiva con esta Sede de Pedro y entre vosotros mismos. El esmero por seguir conservando este espíritu, manifestado en vuestras asambleas o en otros tipos de encuentros para ofrecer ayuda mutua y complementar la visión sobre los variados aspectos de la realidad pastoral, es una gozosa experiencia eclesial y, a la vez, ha de ser un valioso ejemplo para los sacerdotes, para las comunidades y hasta para la sociedad civil misma, enfrentada a veces por diversos puntos de vista o por conflictos de intereses.

7. Para poder llevar adelante la tarea de la Iglesia en Argentina os invito a prestar atención a la exigencia de contar con evangelizadores suficientes, tanto en cantidad y calidad, ya sean sacerdotes y religiosos, religiosas y personas consagradas que hagan presente el anuncio del Evangelio a todas las gentes.

Ello implica una atención permanente al problema de las vocaciones de especial consagración. En este sentido es fundamental contar con familias sanas, estables, fundadas en los verdaderos valores domésticos en cuyo seno puedan brotar y crecer en un clima conveniente las semillas de la vocación; así mismo son importantes las organizaciones, de tipo parro-

quial, escolar o vinculadas a los nuevos movimientos apostólicos, como ambiente propicio para la inserción en un estilo de vida que muestre interés por los demás y ofrezcan una educación basada en la fe. La experiencia enseña que con frecuencia las vocaciones al sacerdocio y a la vida de especial consagración han surgido en esos ambientes y en los centros educativos de orientación cristiana, donde al objetivo de procurar la madurez humana y técnica se le añade el compromiso evangelizador.

Los jóvenes, y a veces personas ya maduras y formadas, deben ser recibidos, sentirse amados y ser convenientemente atendidos en los seminarios y casas de formación mediante un proceso que ayude a desarrollar la vocación y puedan ser un día servidores de Dios en beneficio de los fieles y de tantos hermanos necesitados en el mundo entero. Para colaborar en esta tarea importantísima no hay que dudar en elegir a las personas más capaces y de vida más íntegra, porque de ello depende en buena parte un futuro prometedor para la Iglesia.

Conozco la previsión de vuestra Conferencia Episcopal, donde se ha llevado a cabo un reciente estudio sobre la tendencia de las vocaciones en Argentina. Es consolador constatar que, en determinados aspectos, hay un incremento, pero el dato de que disminuyan en proporción al aumento de la población os debe estimular a redoblar los esfuerzos para preparar el porvenir eclesial de cada diócesis.

8. Queridos Hermanos: termino este encuentro esperando que os llevéis el aliento y el apoyo del Papa para continuar en la sacrificada y, a la vez, gozosa entrega a la Iglesia y a la sociedad donde ejercéis vuestro ministerio. Conozco las dificultades que vosotros y vuestros colaboradores afrontáis cada día.

Pero Cristo Jesús, modelo perfecto del Pastor, os dará la fuerza para el servicio fiel y la paz de la conciencia en la perseverancia, «*expectantes beatam spem et adventum Salvatoris nostri Jesu Christi*» (Ordinario de la misa, preparación a la comunión).

Os pido que llevéis a los sacerdotes, a los religiosos y religiosas, a los seminaristas, a los miembros de los movimientos eclesiales y laicos comprometidos en la misión de la Iglesia, así como a todo el pueblo fiel, el saludo del Papa y la seguridad de su oración por ellos, para que cada uno persevere en la fe y se afiance en el camino de la vida cristiana y en el propósito del amor solidario universal.

A todos vosotros, a todo el querido pueblo argentino, especialmente a quienes más sufren en este momento de dolorosa prueba, imparto con afecto la Bendición Apostólica.

A los Obispos de Argentina

(segundo grupo)

5 de marzo de 2002

Queridos Hermanos en el Episcopado:

1. Me complace dar mi cordial saludo de bienvenida a vosotros que formáis el segundo grupo de Obispos argentinos en visita *ad limina*. En vuestra peregrinación a las tumbas de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo y en los encuentros con el Obispo de Roma y sus colaboradores encontraréis un nuevo dinamismo para proseguir en vuestra misión episcopal, siendo conscientes de que Cristo no abandona nunca a su Iglesia (cf. *Mt* 28, 28) y la guía con la fuerza de su Espíritu, para que sea en medio del mundo signo de la salvación. Que Él, maestro de pastores, os colme de esperanza y os haga testigos de ella en vuestra vida (cf. *1 Pe* 3, 15), edificando así a todos los fieles confiados a vuestra atención pastoral.

Agradezco a Mons. Estanislao Karlic, Arzobispo de Paraná y Presidente de la Conferencia Episcopal Argentina, sus amables palabras renovándome la adhesión de cada uno de vosotros y de las comunidades eclesiales que presidís en nombre del Señor, presentándome al mismo tiempo las orientaciones pastorales que guían vuestro ministerio para que los hombres y mujeres de la querida Nación Argentina caminen hacia la comunión íntima con Dios, Uno y Trino. En estos momentos la Iglesia ha de avanzar con el extraordinario dinamismo de la efusión de gracia que

como «un río de agua viva» se deriva de la celebración, aún reciente, del Gran Jubileo (cf. *Novo millennio ineunte*, 1), y que ha de traducirse en fervientes propósitos y en líneas de acción concreta (cf. *Ibid.*, 3).

2. A este respecto, es de apreciar el esmero puesto por llevar a la práctica las orientaciones dadas en la Carta apostólica *Tertio millennio adveniente* para la preparación y celebración del Gran Jubileo. En Argentina, en este sentido se puede recordar el Encuentro Eucarístico Nacional del año 2000, que incluyó un serio examen de conciencia favoreciendo el espíritu de reconciliación. Así mismo, con ese espíritu habéis llevado a cabo una amplia y capilar consulta a las distintas Iglesias particulares y a diversas comunidades cristianas con vistas a actualizar las *Líneas pastorales para la Nueva Evangelización* aprobadas en 1990. Todo ello, completado con la acogida y reflexión basada en la Carta apostólica *Novo millennio ineunte*, adoptando los criterios pastorales de la misma para publicarlos próximamente con el sugestivo título de «*Navega mar adentro*».

Quiero alentaros en vuestras opciones por afrontar de manera eficaz la nueva evangelización, como son la perseverancia creativa de las cotidianas acciones de la pastoral ordinaria, la acogida cordial y la renovación en santidad por parte de las comunidades parroquiales, todo ello unido a la sólida formación cristiana que favorezca el compromiso misionero de los laicos.

Como he señalado en la Carta apostólica *Novo millennio ineunte* nos encontramos ahora ante «el mayor y no menos comprometedor horizonte de la pastoral ordinaria» (n. 29), que es siempre una tarea apasionante. Esta no significa que cada cual lleve a cabo su labor conforme a criterios individuales, sino,

por el contrario, que se ha de conformar con los criterios propios del proyecto pastoral de la respectiva diócesis, convergiendo después con las prioridades conjuntas y respondiendo a las necesidades de evangelización actuales de los argentinos.

No dudéis nunca en poner todo vuestro celo y empeño pastorales en los trabajos de la nueva evangelización, con la íntima convicción de que iluminará la acción de los laicos cristianos y podrá ser remedio eficaz y duradero para los duros y graves males que actualmente padecen muchos habitantes de vuestra Nación.

3. En vuestra acción pastoral contáis con la ayuda de los sacerdotes, unidos a su Obispo según la bella expresión de San Ignacio de Antioquía «*como las cuerdas a la lira*» (*Ad Efesios* 4,1). Ellos, en virtud de su ordenación han recibido una consagración peculiar que los destina para «*predicar el Evangelio a los fieles, para dirigirlos y para celebrar el culto divino*» (*Lumen Gentium*, 28), siendo signo y expresión de la caridad pastoral de Cristo en su función de enseñar, santificar y regir al pueblo que se les encomienda. Participan de la misión confiada por Cristo mismo y reconocida por la Iglesia, que no ha de ser vivida como simple ejercicio de una función humana y que ha de ser custodiada todos los días como un don precioso de Dios.

El sacerdote debe recordar que, antes de nada, es hombre de Dios y, por eso, nunca puede descuidar su vida espiritual. Toda su actividad «*debe comenzar efectivamente con la oración*» (San Alberto Magno, *Comentario de la teología mística*, 15). Entre las múltiples actividades que llenan la jornada de cada sacerdote, la primacía corresponde a la celebración de la Eucaristía, que lo conforma al Sumo y Eterno Sacerdote.

En la presencia de Dios encuentra la fuerza para vivir las exigencias del ministerio y la docilidad para cumplir la voluntad de Quien lo llamó y consagró, enviándolo para encomendarle una misión particular y necesaria. Por ello, la celebración devota de la Liturgia de las Horas, la oración personal, la meditación asidua de la Palabra de Dios, la devoción a la Madre del Señor y de la Iglesia y la veneración de los Santos, son instrumentos preciosos de los que no se puede prescindir para afirmar el esplendor de la propia identidad y asegurar el fructuoso ejercicio del ministerio sacerdotal.

Siendo una misión exigente y que las circunstancias actuales hacen difícil en muchas ocasiones, corresponde a vosotros, queridos Obispos, ayudarles, acompañarles y seguirles, preocupándoos de las necesidades de su vida y proporcionándoos los medios materiales, espirituales y formativos para vivir con gozo y dignidad su ministerio. ¡Qué sintiéndose acogidos por quienes sois como padres suyos, vayan al encuentro de los hombres para anunciarles con dinamismo el Evangelio y los hagan discípulos del Señor!

4. La vida parroquial es el medio ordinario con el que los fieles de toda clase y condición participan de la vida de la Iglesia y reciben la gracia de Dios. En la Carta apostólica *Dies Domini* escribí: «Entre las numerosas actividades que desarrolla una parroquia ninguna es tan vital o formativa para la comunidad como la celebración dominical del día del Señor y su Eucaristía» (n. 35), ya que en ella Cristo está presente en su Iglesia de manera más eminente como fuente y culmen de la vida eclesial. Por esa razón el Concilio Vaticano II recomienda que «*los párrocos han de procurar*

que la celebración de la Eucaristía sea el centro y la cumbre de toda la vida de la comunidad cristiana» (Christus Dominus, 30).

Como Pastores sabéis bien la importancia de la Santa Misa para la edificación, crecimiento y la revitalización de las comunidades cristianas. Nada podrá suplirla jamás, pues aunque la Celebración de la Palabra, cuando falta el presbítero, es conveniente para mantener viva la fe, la meta a la que se debe tender es la regular celebración eucarística.

La Santa Misa, con la doble mesa de la Palabra y de la Eucaristía, hace que los fieles tengan vida y la tengan en abundancia (cf. *Jn* 10, 10), recibéndola del mismo Cristo, que así modela y nutre a su Iglesia. A este respecto, el *Catecismo de la Iglesia Católica* recuerda que «*la celebración dominical del día y de la Eucaristía del Señor tiene un papel principalísimo en la vida de la Iglesia*» (n. 2177), ya que ella hace revivir a los cristianos «*la intensa experiencia que tuvieron los Apóstoles la tarde de Pascua, cuando el Señor Resucitado se les manifestó estando reunidos (cf. Jn 20, 19)*» (*Dies Domini*, 33).

Se debe incrementar, pues, una acción pastoral que favorezca una participación más asidua de los fieles en la Eucaristía dominical, la cual ha de ser vivida no sólo como un precepto sino como una exigencia inscrita profundamente en la existencia cristiana. Por ello escribí: «*Es de importancia capital que cada fiel esté convencido de que no puede vivir su fe, con la participación plena en la vida de la comunidad cristiana, sin tomar parte regularmente en la asamblea eucarística dominical*» (*Ibid.*, 81). Más recientemente he señalado también que se ha de dar «*un realce particular a la Eucaristía dominical y al domingo mis-*

mo, sentido como día especial de la fe, día del Señor resucitado y del don del Espíritu, verdadera Pascua de la semana» (*Novo millennio ineunte*, 35).

5. Otro campo de la acción pastoral que requiere especial atención es el de la promoción y defensa de la institución familiar, hoy tan atacada desde diversos frentes con múltiples y sutiles argumentos. Asistimos a una corriente, muy difundida en algunas partes, que tiende a debilitar su verdadera naturaleza. Los mismos fieles católicos, en ocasiones, por variados motivos, no recurren al Sacramento del matrimonio para dar comienzo a su unión en el amor. Es importante recordar que Cristo «*mediante el Sacramento del matrimonio, sale al encuentro de los esposos cristianos. Permanece, además con ellos para que, como Él mismo amó a la Iglesia y se entregó por ella, así también los cónyuges, con su entrega mutua, se amen con perpetua fidelidad*» (*Gaudium et spes*, 48).

Conozco el empeño que ponéis en defender y promover esta institución, que tiene su origen en Dios y en su plan de salvación (cf. *Familiaris consortio*, 49). La extensión de la crisis del matrimonio y de la familia no ha de llevar al abatimiento o a la dejadez, al contrario, nos ha de impulsar a proclamar, con firmeza pastoral, como un auténtico servicio a la familia y a la sociedad, la verdad sobre el matrimonio y la familia establecida por Dios. Dejar de hacerlo sería una grave omisión pastoral que induciría a los creyentes al error, así como también a quienes tienen la grave responsabilidad de tomar las decisiones sobre el bien común de la Nación. Esta verdad es válida no sólo para los católicos, sino para todos los hombres y mujeres sin distinción, pues el matrimonio y la familia

constituyen un bien insustituible de la sociedad, la cual no puede permanecer indiferente ante su degradación o la pérdida de su identidad.

A este respecto, los esposos comprometidos en la Iglesia deben, con la ayuda de los Pastores, esmerarse en profundizar en la teología del matrimonio, ayudar a las parejas jóvenes y a las familias en dificultad a reconocer mejor el valor de su compromiso sacramental y a acoger la gracia de la alianza que han sellado como bautizados. Las familias cristianas han de ser las primeras en testimoniar la grandeza de la vida conyugal y familiar, fundada en el amor mutuo y en la fidelidad. Gracias al sacramento, su amor humano adquiere un valor superior, porque los cónyuges manifiestan el amor de Cristo a su Iglesia, asumiendo al mismo tiempo una responsabilidad importante en el mundo: engendrar hijos llamados a convertirse en hijos de Dios, y ayudarlos en su crecimiento humano y sobrenatural.

Queridos hermanos: acompañad a las familias, alentad la pastoral familiar en vuestras diócesis y promoved los movimientos y asociaciones de espiritualidad matrimonial; despertad su celo apostólico para que hagan propia la tarea de la nueva evangelización, abran sus puertas a quienes viven en situaciones difíciles, y den testimonio de la gran dignidad de un amor desinteresado e incondicional.

No hay que olvidar, además, que para la defensa y promoción de la institución familiar es importante la adecuada preparación de quienes se disponen a contraer el sacramento del matrimonio (cf. cc. 1063-1064 *C.I.C.*). De este modo se promueve la formación de auténticas familias que vivan según el plan de Dios. En esta tarea no sólo se han de presentar a los futuros esposos los aspectos antropológicos del amor humano, sino también las bases para

una auténtica espiritualidad conyugal, entendiendo el matrimonio como una vocación que permite al bautizado encarnar la fe, la esperanza y la caridad dentro de su nueva situación personal, social y religiosa.

Completando esta preparación específica, se puede aprovechar también como una ocasión de reevangelización para los bautizados que se acercan a la Iglesia a pedir el sacramento del matrimonio. Aunque hoy, gracias a la generalización de la enseñanza, los jóvenes poseen con frecuencia una cultura superior a la de sus padres, en muchos casos esto no se corresponde con una mayor formación en la vida cristiana, pues se constata a veces no sólo una grave ignorancia religiosa en las jóvenes generaciones, sino, lo que es más triste, un cierto vacío moral y una acusada carencia del sentido trascendente de la vida.

6. Queridos Hermanos: con estas reflexiones sobre algunos temas quiero alentáros en vuestro servicio a la Iglesia de Dios que peregrina en la Nación Argentina. Dentro de unos días regresaréis a vuestro País para animar a los sacerdotes y fieles a vivir el camino cuaresmal y celebrar con renovado vigor las anuales fiestas pascuales, culmen del año litúrgico. Llevad mi saludo en primer lugar a los jóvenes, llamados a ser «centinelas de la aurora» de este nuevo milenio, esperanza de la Iglesia y de la Nación, en particular tengo presentes a los jóvenes argentinos que en los Seminarios y diversas y numerosas casas de formación se preparan al sacerdocio; a las familias, escuelas de rica humanidad y de virtudes cristianas; a los pobres y necesitados, que han de seguir siendo objeto de vuestros desvelos y atenciones; a los profesionales de los diversos campos de la actividad humana, que han de ser los constructores de la Patria y de la sociedad renovada en estos momentos tan particulares de

vuestra historia; a los enfermos y a los ancianos; a los sacerdotes y demás consagrados, testigos de lo trascendente en un mundo en el que todo cambia y parece arduo. Que sobre vosotros y vuestras comunidades cristianas descendan las bendiciones del Señor, por intercesión de la Virgen de Luján, Madre de todos los argentinos y en cuyo manto se reflejan los colores de la enseña patria. Como confirmación de estos deseos, os acompañe la Bendición Apostólica que complacido os imparto y extendo a todos los fieles argentinos.

A los Obispos de Bolivia

13 de abril de 2002

Queridos Hermanos en el Episcopado:

1. Me es grato recibirlos hoy, con ocasión de la visita *ad limina*, que, tras un largo recorrido, os ha traído a Roma para renovar vuestro compromiso pastoral ante las tumbas de los santos apóstoles Pedro y Pablo, y fortalecer los vínculos con esta Sede de Pedro y sus Sucesores, en los que reside «el principio y fundamento, perpetuo y visible, de la unidad de la fe y de la comunión» (*Lumen gentium*, 18).

Agradezco cordialmente al Señor Cardenal Julio Terrazas, Arzobispo de Santa Cruz y Presidente de la Conferencia Episcopal Boliviana, las amables palabras que me ha dirigido, expresándome con ellas vuestro afecto y adhesión, y haciéndome partícipe al mismo tiempo de las esperanzas e inquietudes propias de vuestra generosa entrega al ministerio pastoral.

Al encontrarme con sus Pastores, pienso con especial afecto en el querido pueblo boliviano, su grey, que ha tenido la gracia de acoger el mensaje de Cristo desde los primeros momentos de la Evangelización del Continente americano y que ahora se encuentra ante el apasionante desafío de transmitirlo, íntegro y fecundo, a las generaciones de un nuevo milenio.

2. En este sentido, me complace constatar cómo el Gran Jubileo del año 2000 ha marcado también profundamente la vida eclesial boliviana, con diversas

celebraciones diocesanas y nacionales que han contado con numerosa participación y han significado un especial impulso para el crecimiento de la vida cristiana. En esta ocasión, también la Iglesia boliviana «se ha convertido, más que nunca, en pueblo peregrino, guiado por Aquél que es “el gran Pastor de las ovejas” (Hb 13, 20)» (*Novo millennio ineunte*, 1). Por eso reitero a todos los Pastores, sacerdotes, religiosos y religiosas, catequistas y demás agentes de pastoral, lo que ya dije el año pasado a los sacerdotes: «hoy deseo agradecer a cada uno de vosotros todo lo que habéis hecho durante el Año Jubilar para que el pueblo confiado a vuestro cuidado experimentara de modo más intenso la presencia salvadora del Señor resucitado» (*Carta a los sacerdotes para el Jueves Santo de 2001*, 3).

La rica experiencia de un momento tan significativo para la historia de la Iglesia y la humanidad no ha de quedarse en meros recuerdos, sino que ha de ser escuela y aliciente para un nuevo dinamismo evangelizador, pues «en la causa del Reino, no hay tiempo para mirar para atrás, y menos aún para dejarse llevar por la pereza» (*Novo millennio ineunte*, 15). No faltan en vuestras comunidades eclesiales retos importantes a los que debéis hacer frente. Deseo alentaros de corazón en este cometido, tantas veces sembrado de dificultades en apariencia insolubles, recordando que Jesús mismo envió a los suyos a predicar sin llevar nada consigo (cf. *Mt* 10, 9-10) y que Pedro, tras fiarse plenamente de la palabra del Maestro, obtuvo una pesca tan abundante como insospechada (cf. *Lc* 5, 6).

3. Si bien no faltan indicios que alimentan la esperanza de un incremento de las vocaciones sacerdotales y religiosas, sé bien que éste es uno de los aspectos que más os apremian en el afán de hacer más

incisivo el anuncio del Evangelio, más completa y organizada la atención pastoral al Pueblo de Dios, más rica y floreciente la búsqueda de la santidad en todas las comunidades eclesiales. Por eso se ha de insistir incansablemente en la oración al «Dueño de la mies» (cf. *Mt* 9, 38) para que siga bendiciendo a Bolivia con el precioso don de las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada en sus diversas formas. El anuncio de Cristo ha de hacerse eco también de su invitación a seguirle en el camino específico de la vida sacerdotal o de especial consagración, y suscitar la experiencia de aquellos discípulos que «oyeron hablar así y siguieron a Jesús» (*Jn* 1, 37).

A ello se orienta la pastoral de las vocaciones, una de las grandes urgencias de nuestro tiempo, que ha de ser «amplia y capilar, que llegue a las parroquias, a los centros educativos y familias» (*Novo millennio ineunte*, 46). Nadie puede sentirse eximido de esta responsabilidad que «pertenece a todo el Pueblo de Dios» (*Ecclesia in America*, 40).

Como Pastores, conocéis bien lo delicado de esta labor que, si por un lado requiere la audacia de hacerse mediadores de la llamada del Maestro a través de una propuesta directa y personal, exige también un paciente acompañamiento espiritual y la indomable esperanza propia del sembrador, que continúa su tarea aun sabiendo lo incierto de la cosecha.

4. Ha de ponerse, además, un especial cuidado en la formación de los candidatos al sacerdocio y la vida consagrada, pues la penuria de los llamados a proclamar y dar testimonio del Evangelio nunca justifica que no se exija la debida idoneidad para esta crucial misión de la Iglesia. Por eso, se les debe brindar una sólida preparación teológica y una profunda espiritualidad, con el fin de que comprendan y acepten con

gozo las exigencias del ministerio y la consagración, dando prueba de que son capaces de «gastar» toda la vida por Cristo (cf. 2 Co 12, 15) y de poner los propios talentos al servicio de la Iglesia, lo cual da pleno sentido a la existencia personal y la colma en todos sus aspectos.

Os invito, pues, a seguir infundiendo aliento a vuestros seminaristas y sacerdotes, sin tener miedo a presentar y exigir enteramente los requisitos que la Iglesia, inspirada en el modelo del Buen Pastor, pide para sus ministros ordenados. Pienso en la necesaria fraternidad sacerdotal, sin forma alguna de animadversión, prejuicio o discriminación; en la indispensable obediencia y comunión, sin reticencias, con el propio Obispo, al que deben prestar con gozo y generosidad su entera disponibilidad; en el aprecio sincero y efectivo del celibato y en el desapego ante los bienes materiales (cf. *Presbyterorum Ordinis*, 14-17). Vuestra caridad pastoral sabrá encontrar el modo de que dichas exigencias, más que como simples y penosas renunciaciones, sean aceptadas y vividas con el corazón henchido de gozo de quien, «al encontrar una perla de gran valor, va, vende todo lo que tiene y la compra» (Mt 13, 46). También sabéis lo decisivo que puede resultar en muchos casos el trato individual, afable y paternal del Obispo con sus sacerdotes, interesándose también por los pormenores de la vida cotidiana que inciden en su ánimo personal y pastoral. Éste es precisamente uno de los ámbitos privilegiados para desarrollar el «espíritu de comunión» que ha de caracterizar la Iglesia del tercer milenio (cf. *Novo millennio ineunte*, 43).

5. No se ha de olvidar un aspecto tan importante para la mayoría de vuestras diócesis como es la presencia de numerosas personas consagradas, a las que

agradezco muy cordialmente su contribución al servicio del Reino de Dios en Bolivia. Lo hacen en múltiples campos, según el carisma del propio Instituto, desde el apostolado directo en parroquias y misiones, a las obras educativas, sanitarias, o de asistencia social y caritativa. No solamente merecen el reconocimiento de los Pastores, sino el aliento continuo para sostener e incrementar su generosidad y entrega, en plena sintonía con las directrices de cada Iglesia particular. Esto les ayudará, además, a tomar una conciencia cada vez más viva de que su aportación a la vida de la comunidad eclesial no se limita a la eficacia material de sus servicios, sino que la enriquecen sobre todo por su testimonio, personal y comunitario, del Evangelio de las bienaventuranzas, por la presencia del propio carisma, que recuerda a todos la inconmensurable acción del Espíritu, y por ese importantísimo cometido de contribuir de una manera muy peculiar a que las comunidades lleguen a ser «auténticas escuelas de oración» (*ibid.*, 33).

6. También es un signo de vitalidad en muchas de las Iglesias particulares que presidís la presencia de numerosos laicos comprometidos, que «realizan, según su condición, la misión de todo el pueblo cristiano en la Iglesia y en el mundo» (*Lumen gentium*, 31). Su papel adquiere una especial importancia en aquellos lugares donde resulta aún imposible contar con la presencia permanente de sacerdotes que presidan la comunidad. Su disponibilidad para promover la catequesis o animar encuentros de oración comunitaria y de lectura de la Palabra de Dios, merece el sincero reconocimiento de los Pastores que, a su vez, deberán esforzarse en dotarles de una formación teológica, litúrgica y espiritual, adecuada a los cometidos que les son asignados.

A este respecto, sin embargo, se debe procurar que el interés y dedicación a los servicios eclesiales no lleve, en ciertos casos, «a una práctica dejación de sus responsabilidades específicas en el mundo profesional, social, económico, cultural y político» (*Christifidelis laici*, 2). En efecto, esta vocación específica de los laicos tiene una importancia decisiva en la sociedad actual, en la que, como sucede también en Bolivia, se producen rápidas y profundas transformaciones que requieren el respeto de los principios éticos y la iluminación de los valores evangélicos para que las realidades temporales se ordenen según Dios (cf. *Lumen gentium*, 31). Por eso, en la formación específica de los laicos no se deben escatimar medios, porque ellos son los llamados en primer lugar a concretar y hacer efectiva la doctrina social de la Iglesia.

Es importante, pues, que cada Obispo ponga un especial empeño en cumplir, también en este campo, su responsabilidad de «reunir y formar a toda la familia de su grey, de tal manera que todos, conscientes de sus deberes, vivan y actúen en comunión de amor» (*Christus Dominus*, 16).

Las diversas formas de asociación son un cauce adecuado para realizar este cometido entre los laicos y, por eso, han de ser atendidas, promovidas y saludadas como una verdadera «primavera del Espíritu» para la Iglesia (cf. *Novo millennio ineunte*, 33). Como Pastores, sabéis de sobra el bien inestimable que las diversas asociaciones laicales, cuando siguen los «criterios de eclesialidad» (cf. *Christifidelis laici*, 30), pueden aportar tanto a la santificación de sus miembros como a la acción evangelizadora de la Iglesia.

7. Como en otras partes de Latinoamérica, en Bolivia sentís también preocupación por el avance proselitista de las sectas, que frecuentemente aprovechan

las mismas raíces religiosas sembradas por la Iglesia en las gentes para apartarlas de quien las sembró. Es un fenómeno doloroso que a veces hace revivir la experiencia de Jesús cuando decía: «Si digo la verdad, ¿por qué no me creéis?» (*Jn* 8, 46). Sin embargo, la firmeza de la fe y la plena confianza en la fuerza de la verdad misma para ganar los corazones es un precioso recurso para inspirar apropiadas acciones pastorales. Una de ellas es precisamente proclamar incesantemente el mensaje de Cristo de manera comprensible para todos, con «estilo llano, como conviene a la bondad de Dios» (S. Cipriano, *A Donato*, 2) y, al mismo tiempo, mostrando todo su vigor y atractivo. Hemos de aprender siempre de Jesús que, con su forma de actuar y su enseñanza, causaba el asombro de las gentes (cf. *Lc* 4, 32).

No faltan en la rica tradición boliviana medios expresivos adecuados, capaces de encauzar una vivencia profunda de fe, ni formas de piedad popular bien arraigadas que llegan al corazón del pueblo. La sencillez de estas manifestaciones no se ha de confundir con la superficialidad de la fe. Ésta sí que ha de ser motivo de grave preocupación, sobre todo cuando se debe a una escasa atención personal a los fieles, según su propia condición, o a un retraimiento de la acción evangelizadora ante las expectativas más profundas de quien ansía oír en lo más íntimo de su ser aquellas palabras de Jesús: «Hoy ha llegado la salvación a esta casa» (*Lc* 19, 9). En efecto, la experiencia demuestra que las sectas no prosperan donde la Iglesia vive intensamente la vida espiritual y se entrega al servicio de la caridad.

8. Queridos Hermanos, os ha tocado ejercer vuestro ministerio pastoral en unos momentos difíciles para el País, a causa de una situación social delicada,

con diversos conflictos y brotes de violencia. Habéis aceptado ser parte de las iniciativas pacificadoras, con el único fin de favorecer el acercamiento y el diálogo entre las partes en conflicto.

En efecto, ésta es sólo una forma temporal de ejercer una labor más amplia, que integra la acción evangelizadora y lleva a la promoción de la justicia y de la solidaridad fraterna entre todos los ciudadanos. Con vosotros hago un llamado a todos los creyentes bolivianos a que, fundándose en la fe que profesan y en la esperanza en Cristo que los anima, se hagan paladines de una sociedad ajena a todo partidismo egoísta, a cualquier forma de violencia o a la falta de respeto de los derechos de la persona humana, especialmente el derecho a la vida.

9. Al terminar este encuentro, invoco sobre vosotros y vuestros diocesanos la maternal protección de Nuestra Señora de Copacabana, pidiéndole que vele por todos los bolivianos. Llevad el saludo y el afecto del Papa a los hogares, a las comunidades y parroquias, animándolos a ser difusores de los grandes ideales del Evangelio. Repito hoy cuanto dije en el Aeropuerto de Santa Cruz al terminar mi Viaje pastoral a vuestra Patria en 1988: «A todos os llevo en mi corazón y de todos guardaré un recuerdo imborrable» (*Discurso*, 14.5.1988, 2).

Con tales sentimientos os imparto de corazón la Bendición Apostólica, que complacido extendo a todos los hijos e hijas de Bolivia.

A los Obispos de las Antillas

7 de mayo de 2002

Dear Brother Bishops:

1. «Peace to the brethren, and love with faith, from God the Father and the Lord Jesus Christ» (*Eph* 6:23). With the words of the Apostle Paul and in the joy of Easter, I welcome you, the Bishops of the Antilles, on the occasion of your visit *ad Limina Apostolorum*. Through you, I greet all the faithful of Christ entrusted to your care. May the peace of the Risen Lord reign in every heart and every home throughout the Caribbean region!

I thank Archbishop Clarke for his gracious words expressing *that spirituality of communion which is the very heart of the Church* (cf. *Novo Millennio Ineunte*, 43-45). It is this communion which draws you to Rome, on pilgrimage to the tombs of the Apostles, where you renew your fidelity to the apostolic tradition, the roots of which reach back to the Lord's commission (cf. *Mt* 28:19-20) and ultimately touch the inner life of the Trinity, the ground of all reality.

You come as Pastors who have been called to share in the fullness of Christ's eternal priesthood. First and foremost, you are priests: not corporate executives, business managers, finance officers or bureaucrats, but priests. This means above all that you have been set apart to offer sacrifice, since this is the essence of priesthood, and the core of the Christian priesthood is the offering of the sacrifice of Christ. That is why the Eucharist is the very essence of what

we are as priests; it is why there is nothing more important that we do than offer the Eucharistic Sacrifice; and it is why our celebration of the Eucharist together lies at the heart of your *ad Limina* visit. We can never forget that the tombs of the Apostles which we venerate in Rome are the tombs of martyrs, whose life and death was drawn more and more into the depths of Christ's own sacrifice, until they could say: «I have been crucified with Christ; it is no longer I who live, but Christ who lives in me» (*Gal 2:20*). That was the womb of their extraordinary missionary work, which we as their Successors must emulate in our own times if we are to be faithful to the new evangelization for which the Second Vatican Council providentially prepared the Church.

2. Le Concile fut «la grande grâce dont l'Église a bénéficié au vingtième siècle» (*Novo millennio ineunte*, n. 57). Bien que les décennies qui nous en séparent n'aient pas été exemptes de difficultés – on a connu des périodes au cours desquelles des éléments importants de la vie chrétienne semblaient même en péril –, de nombreux signes indiquent maintenant ce nouveau printemps de l'esprit dont le grand Jubilé de l'an 2000 a fait apparaître de manière évidente le caractère prophétique. Dans les années qui suivirent le Concile, l'apparition de nouvelles aspirations spirituelles et de nouvelles énergies apostoliques parmi les fidèles de l'Église fut sans conteste l'un des fruits de l'Esprit. Les laïques vivent la grâce de leur Baptême sous des formes qui font apparaître de manière plus resplendissante le riche éventail des charismes dans l'Église; et pour cela nous ne cessons de rendre grâce à Dieu.

Il est également vrai que le réveil des fidèles laïques dans l'Église a vu apparaître en même temps, dans vos pays aussi, des problèmes relatifs à l'appel

au sacerdoce, s'accompagnant de faibles entrées au séminaire dans les Églises dont vous avez la charge. En tant que Pasteurs, vous êtes vivement préoccupés car, comme vous le savez bien, l'Église catholique ne peut pas exister sans le ministère sacerdotal que le Christ lui-même désire pour elle.

Des personnes, on le sait, affirment que la diminution du nombre de prêtres est l'œuvre de l'Esprit Saint et que Dieu lui-même conduirait l'Église, faisant en sorte que le gouvernement des fidèles laïques se substitue au gouvernement des prêtres. Une telle affirmation ne rend certainement pas compte de ce que les Pères conciliaires ont exprimé lorsqu'ils ont cherché à promouvoir une implication plus grande des fidèles laïques dans l'Église. Dans leur enseignement, les Pères conciliaires ont tout simplement mis en évidence la profonde complémentarité entre les prêtres et les laïques qu'implique la nature symphonique de l'Église. Une mauvaise compréhension de cette complémentarité a parfois conduit à une crise d'identité et de confiance chez les prêtres, et aussi à des formes d'engagement laïque trop cléricales ou trop politisées.

L'engagement des laïcs devient une forme de cléralisme quand les rôles sacramentels ou liturgiques qui reviennent au prêtre sont assumés par des fidèles laïques ou bien lorsque ceux-ci se mettent à accomplir des tâches qui relèvent du gouvernement pastoral propre au prêtre. Dans de telles situations, ce que le Concile a enseigné sur le caractère essentiellement séculier de la vocation laïque est le plus souvent négligé (cf. *Lumen gentium*, n. 31). C'est le prêtre, en tant que ministre ordonné, qui, au nom du Christ, préside la communauté chrétienne, sur les plans liturgique et pastoral. Les laïques l'assistent de bien des manières dans cette tâche. Mais le lieu premier de

l'exercice de la vocation laïque est le monde des réalités économiques, sociales, politiques et culturelles. C'est dans ce monde que les laïcs sont invités à vivre leur vocation baptismale, non pas comme des consommateurs passifs, mais en tant que membres actifs de la grande œuvre qui exprime le caractère chrétien. Il revient au prêtre de présider la communauté chrétienne afin de permettre aux laïques de remplir la tâche ecclésiale et missionnaire qui leur est propre. En un temps de sécularisation insidieuse, il peut paraître étrange que l'Église insiste autant sur la vocation séculière des laïques. Or c'est précisément le témoignage évangélique des fidèles dans le monde qui est le cœur de la réponse de l'Église au malaise de la sécularisation (cf. *Ecclesia in America*, n. 44).

L'engagement des laïques est politisé lorsque le laïcat est absorbé par l'exercice du « pouvoir » à l'intérieur de l'Église. Cela arrive lorsque l'Église n'est vue en terme de « mystère » de grâce qui la caractérise, mais en termes sociologiques ou même politiques, souvent sur la base d'une compréhension erronée de la notion de « peuple de Dieu », une notion qui a de profondes et riches bases bibliques et qui est si heureusement utilisée par le Concile Vatican II. Lorsque ce n'est pas le service mais le pouvoir qui modèle toute forme de gouvernement dans l'Église, que ce soit dans le clergé ou dans le laïcat, les intérêts opposés commencent à se faire sentir. Le cléricalisme est pour les prêtres cette forme de gouvernement qui relève plus du pouvoir que du service, et qui engendre toujours des antagonismes entre les prêtres et le peuple; ce cléricalisme se retrouve dans des formes de leadership laïque qui ne tiennent pas suffisamment compte de la nature transcendante et sacramentelle de l'Église, ainsi que de son rôle dans le monde. Ces deux attitudes sont nocives. À l'inverse, ce dont

l'Église a besoin, c'est d'un sens de la complémentarité entre la vocation du prêtre et celle des laïcs qui soit plus profond et plus créatif. Sans cela, nous ne pouvons pas espérer être fidèles aux enseignements du Concile ni sortir des difficultés habituelles concernant l'identité du prêtre, la confiance en lui et l'appel au sacerdoce.

3. Yet we must also look far beyond the bounds of the Church, for the Council was essentially concerned to foster new energies for her mission to the world. You are well aware that an essential part of her evangelizing mission is the inculturation of the Gospel, and I know that there has been much attention in your region to the need to develop Caribbean forms of Catholic worship and life. In the Encyclical *Fides et Ratio*, I stressed that «the Gospel is not opposed to any culture, as if in engaging a culture the Gospel would seek to strip it of its native riches and force it to adopt forms which are alien to it» (n. 71). I went on to point out that cultures are not only not diminished by the encounter with the Gospel, but are «prompted to open themselves to the newness of the Gospel's truth and to be stirred by this truth to develop in new ways» (*ibid.*; cf. Post-Synodal Apostolic Exhortation *Ecclesia in America*, 70).

To this end, it is important to keep in mind the three criteria for discerning whether or not our attempts to inculturate the Gospel are soundly based. The first of these is the universality of the human spirit, whose basic needs are no different even in vastly different cultures. Therefore, no culture can ever be made absolute in a way that denies that the human spirit is, at the deepest level, the same in every time, place and culture. The second criterion is that, in engaging newer cultures, the Church cannot aban-

don the precious heritage drawn from her initial engagement with Greco-Latin culture, for to do this would be «to deny the providential plan of God who guides his Church down the paths of time and history» (*Fides et Ratio*, 72). It is not a question, then, of rejecting the Greco-Latin heritage in order to allow the Gospel to take new flesh in Caribbean culture. The challenge rather is to bring the cultural heritage of the Church into deep and mutually enriching dialogue with Caribbean culture. The third criterion is that a culture must not become enclosed in its difference, in a flight into isolation and opposition to other cultures and traditions. That would be to deny not only the universality of the human spirit but also the universality of the Gospel, which is alien to no culture and seeks to take root in all.

4. In *Ecclesia in America* I noted that «it is more necessary than ever for all the faithful to move from a faith of habit... to a faith which is conscious and personally lived. The renewal of faith will always be the best way to lead others to the Truth that is Christ» (No. 73). That is why it is essential in your particular Churches to develop a new apologetic for your people, so that they may understand what the Church teaches and thus be able to give reason for their hope (cf. *1 Pt* 3:15). For in a world where people are continuously subjected to the cultural and ideological pressure of the media and the aggressively anti-Catholic attitude of many sects, it is essential for Catholics to know what the Church teaches, to understand that teaching, and to experience its liberating power. A lack of understanding leads to a lack of the spiritual energy needed for Christian living and the work of evangelization.

The Church is called to proclaim an absolute and universal truth to the world at a time when in many cultures there is deep uncertainty as to whether such a truth could possibly exist. Therefore, the Church must speak in ways which carry the force of genuine witness. In considering what this entails, Pope Paul VI identified four qualities, which he called *perspicuitas*, *lenitas*, *fiducia*, *prudentia* – clarity, humanity, confidence and prudence (cf. Encyclical Letter *Ecclesiam Suam*, 81).

To speak with clarity means that we need to explain comprehensibly the truth of Revelation and the Church's teachings which stem from it. What we teach is not always immediately or easily accessible to people today. For this reason there is a need not simply to repeat but to explain. That is what I meant when I said that we need a new apologetic, geared to the needs of today, which keeps in mind that our task is not to win arguments but to win souls, to engage not in ideological bickering but a kind of spiritual warfare, concerned not to vindicate or promote ourselves but to vindicate and promote the Gospel.

Such an apologetic will need to breathe a spirit of humanity, that humility and compassion which understand the anxieties and questions of people and, at the same time, do not yield to a sentimentalized sense of the love and compassion of Christ sundered from the truth. We know that the love of Christ can make great demands, precisely because they are tied not to sentimentality but to the truth which alone sets us free (cf. *Jn* 8:32).

To speak with confidence will mean that we never lose sight of the absolute and universal truth revealed in Christ, and never lose sight of the fact

that this is the truth for which all people long, no matter how uninterested, resistant or hostile they may seem.

To speak with that practical wisdom and good sense which Paul VI calls prudence and which Gregory the Great considers a virtue of the brave (*Moralia*, 22, 1) will mean that we give a clear answer to people who ask: «What must we do?» (*Lk* 3:10, 12, 14). In this, the heavy responsibility of our episcopal ministry appears in all its demanding challenge. We must daily pray for the light of the Holy Spirit, that we may speak the wisdom of God, not the wisdom of the world, «lest the cross of Christ be emptied of its power» (*1 Cor* 1:17).

Pope Paul VI concluded by claiming that to speak with *perspicuitas*, *lenitas*, *fiducia* and *prudentia* «will make us wise; it will make us teachers» (*Ecclesiam Suam*, 83); and that is what we are called to be above all – teachers of the truth, who never cease to beg «the grace to see life whole and the power to speak effectively of it» (Gregory the Great, *On Ezekiel*, I, 11, 6).

5. I am convinced, dear Brothers, that many of the problems facing your ministry – including the need for more priestly and religious vocations – will be solved by daring to give ourselves with still greater generosity to the missionary task. That was an important goal of the Council, and if there have been internal problems in the Church since then it has been in part perhaps because the Catholic community has been less missionary than the Lord Jesus and the Council intended.

Dear Brother Bishops, your particular Churches too must be missionary – in the sense of going out boldly into every corner of Caribbean society, even

the darkest of them, armed with the light of the Gospel and the love which knows no bounds. It is time to cast your nets where there may seem to be no fish (cf. *Lk* 5:4-5): *Duc in altum!* In your planning for this mission, it is vital to keep in mind that we must «stake everything on charity» (*Novo Millennio Ineunte*, 49), for «the century and millennium now beginning will need to see, and hopefully with still greater clarity, to what length of dedication the Christian community can go in charity towards the poorest» (*ibid.*). But it is even more vital that you keep your gaze firmly fixed on Jesus (cf. *Heb* 12:2), never losing sight of him who is the beginning and the end of all Christian mission.

Invoking upon you in this Easter season a fresh outpouring of the gifts of the Holy Spirit, and entrusting your beloved communities, those «holy seeds of heaven» (Saint Augustine, *Sermon* 34, 5), to the unfailing protection of Mary, Mother of the Redeemer, I impart my Apostolic Blessing to you, the priests, the men and women religious and all the lay faithful of the Caribbean as a pledge of grace and peace in Jesus Christ, the firstborn from the dead.

A los Obispos de Ecuador

20 de mayo de 2002

Queridos Hermanos en el Episcopado:

1. Me complace recibirlos hoy, Pastores y guías de las Iglesias particulares del Ecuador, durante la visita *ad limina* que realizáis para renovar los vínculos de unidad con el Sucesor de Pedro, «principio y fundamento, perpetuo y visible, de la unidad de la fe y de la comunión» (*Lumen gentium*, 18). Ante los sepulcros de los Apóstoles Pedro y Pablo habéis tenido ocasión de profundizar en lo más íntimo de vuestra misión apostólica: ser testigos de Cristo y anunciadores incansables de su mensaje al Pueblo de Dios y a todos los hombres. Además, el contacto con los diversos Dicasterios de la Curia Romana no solamente os ha brindado la oportunidad de tratar los asuntos que interesan directamente a las comunidades cristianas que presidís, sino también tomar conciencia más clara de la dimensión universal que atañe a todos los sucesores de los Apóstoles, dando así nuevo impulso a la solicitud por «las actividades comunes a toda la Iglesia, sobre todo para que la fe se extienda y brille para todos la luz de la verdad plena» (*Lumen gentium*, 23).

Agradezco de corazón las palabras que me ha dirigido en nombre de los demás Mons. Vicente Cisneros, Arzobispo de Cuenca y Presidente de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana, con las que ha expre-

sado vuestros sentimientos de cercanía y adhesión, a la vez que me ha hecho partícipe de tantos anhelos pastorales que os animan.

Ante los desafíos que os preocupan, deseo reiteraros mi aliento con las palabras que pronuncié en mi inolvidable visita a vuestro País: iluminados por tantos ejemplos de historia gloriosa y fortalecidos por el Espíritu Santo, «continúad vuestra labor pastoral, y tratad de buscar respuesta a las necesidades y problemas que la Iglesia experimenta hoy en el Ecuador» (*Alocución en la Catedral metropolitana, Quito, 29.1.1985, n. 2*).

2. Constató con satisfacción cómo los Pastores en el Ecuador habéis acogido aquella invitación, que recientemente he reiterado a toda la Iglesia, al proponer que se hagan indicaciones programáticas concretas para cumplir con la exigencia de que «el anuncio de Cristo llegue a las personas, modele las comunidades e incida profundamente mediante el testimonio de los valores evangélicos en la sociedad y en la cultura», como exhorté al término del gran acontecimiento espiritual y eclesial del Gran Jubileo (*Novo millennio ineunte, 29*). En sintonía con este criterio se ha elaborado el «Plan global pastoral de la Iglesia en el Ecuador 2001-2010», el cual ha de poner en marcha actividades efectivas, continuadas y coordinadas que dinamicen la pastoral ordinaria en este primer decenio del nuevo milenio.

En este sentido, os recuerdo que cualquier plan pastoral ha de tener como meta última e irrenunciable la santidad de todo cristiano, el cual no puede «contentarse con una vida mediocre, vivida según una ética minimalista y una religiosidad superficial» (*ibíd.*, 31). Por eso, no han de escatimarse esfuerzos para promover aquellos recursos más fundamentales de la

acción evangelizadora, sin los cuales se comprometería seriamente el éxito de cualquier programación. Entre ellos se ha de incluir sin duda una pastoral vocacional capilar y organizada, que tenga en cuenta los ambientes del mundo indígena con sus peculiaridades, pero sin crear separaciones ni, tanto menos, discriminaciones. En efecto, quien es llamado a ser apóstol de Cristo, ha de proclamar y dar a todos sin distinción testimonio del Evangelio.

Se ha de poner gran esmero también en la formación permanente de los sacerdotes, que contemple, además de la debida actualización teológica, un constante impulso a su vida espiritual, que contribuya a afianzar la fidelidad a los compromisos adquiridos con la ordenación y dinamice desde la propia vivencia de fe en Cristo toda su labor pastoral.

Una particular atención se ha de prestar a la formación de los laicos y a su papel y misión en la Iglesia. En muchos casos, su colaboración en las tareas más directamente eclesiales, como la catequesis, las actividades caritativas o la animación de grupos y comunidades, es una preciosa aportación a la acción de la Iglesia y, precisamente por ello, se ha de evitar cualquier forma de actuación que no se integre plenamente en la vida parroquial o en los programas diocesanos.

Los fieles laicos tienen, además, un propio cometido específico, como es el testimonio de una vida intachable en el mundo, la búsqueda de la santidad en la familia, en el trabajo y en la vida social, así como el compromiso de impregnar «con espíritu cristiano el pensamiento y las costumbres, las leyes y las estructuras de la comunidad en la que cada uno vive» (*Apostolicam actuositatem*, 13). Por eso, se ha de pedir a todos los bautizados que no sólo manifiesten su identidad cristiana, sino que sean artífices efectivos, den-

tro de su ámbito de competencias, de un orden social inspirado cada vez más en la justicia y menos condicionado por la corrupción, por el antagonismo desleal o la falta de solidaridad. Sería un contrasentido invocar los principios éticos, denunciando algunas situaciones moralmente deplorables, y no exigir a quienes se mueven en el ámbito de la economía, la política o la administración pública que pongan en práctica los valores proclamados con tanta insistencia por la Iglesia y sus Pastores.

3. La Iglesia comienza el nuevo milenio con la firme convicción de que «la propuesta de Cristo se ha de hacer a todos con confianza» (*Novo millennio ineunte*, 40), fiel al mandato del Señor de hacer «discípulos a todas las gentes» (*Mt* 18, 19). Esta exigencia incluye también a los niños y los jóvenes en las diversas fases de su educación, en las que el desarrollo integral de la persona requiere la dimensión trascendente y religiosa. Por ello, la misión de la Iglesia en dicho campo se corresponde con el derecho fundamental de las familias a educar a sus hijos según su propia fe.

Los Pastores no pueden permanecer impassibles ante el hecho de que una parte de las nuevas generaciones, sobre todo las menos dotadas de medios económicos, se vea privada de la apertura a un sentido de la vida y de una formación religiosa que será crucial en toda su existencia. Es de esperar que, con la colaboración franca entre cuantos tienen responsabilidades en este campo, se encuentren las fórmulas adecuadas para que el derecho a la libertad de educación sea pronto una realidad más plena y efectiva para todos.

También se ha de proponer el mensaje de Cristo con confianza a los diversos grupos culturales y étnicos, de los cuales el Ecuador, por naturaleza e histo-

ria, es particularmente rico. En esta tarea apasionante son iluminadoras las palabras de San Pablo que, por un lado, se hace «todo a todos para salvar a algunos» (1 Co 9, 22) y, por otro, insiste en que, con la revelación definitiva de Dios en Cristo, «ya no hay judío ni griego; [...] ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús» (Ga 3, 28), por más que para unos pueda ser escándalo y para otros necesidad (cf. 1 Co 1, 23).

En efecto, la Iglesia, arraigada firmemente en la fe en Cristo, único salvador de todo el género humano, considera una gran riqueza la multiplicidad de formas, provenientes de sensibilidades y tradiciones diversas, en que se puede expresar el único mensaje evangélico y eclesial. Se destaca así el respeto por cada cultura y, al mismo tiempo, su capacidad de ser transformada y purificada para llegar a ser una forma entrañable en que cualquier persona o grupo puede encontrarse con el único Dios, plena y definitivamente revelado en Cristo. Precisamente esta convergencia fundamental en una misma fe servirá de fermento para que las diversas lenguas y sensibilidades encuentren fórmulas de expresión religiosa y litúrgica que destaquen la íntima comunión con la Iglesia universal y eviten cuidadosamente que, en las comunidades cristianas, haya «extraños ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y familiares de Dios» (Ef 2, 19).

En efecto, una actitud que se ocupara exclusivamente de mantener intactos todos los componentes tradicionales de un grupo humano, no solamente comprometería el anuncio auténtico de la Buena Nueva del Evangelio, que es también fermento en las diversas culturas y promotora de nuevas civilizaciones, sino que, paradójicamente, favorecería su ais-

lamiento respecto a otras comunidades y, sobre todo, respecto a la gran familia del Pueblo de Dios extendido por todo el orbe.

4. En vuestro País, especialmente en algunos territorios, es muy relevante la labor evangelizadora que llevan a cabo numerosos misioneros, sacerdotes, religiosos y religiosas, tantas veces lejos de su patria de origen, a los que se ha de agradecer de corazón su entrega generosa. Con su entrega desinteresada nos recuerdan que la evangelización no conoce fronteras y que también las comunidades eclesiales ecuatorianas han de poner su atención pastoral más allá de los propios confines. A este respecto, es alentador que el crecimiento de vocaciones a la vida contemplativa haya permitido en los últimos años acudir en ayuda de Monasterios en otros países. Es un signo del impulso misionero que nunca debe faltar en toda comunidad cristiana, y es de esperar que se siga promoviendo con decisión y amplitud de miras.

Hay también otros muchos ecuatorianos que, especialmente en los últimos años, han dejado su tierra en busca de mejores condiciones de vida, afrontando frecuentemente enormes dificultades de carácter material y espiritual. Con la actitud del Buen Pastor, os invito ardientemente a interesaros eficazmente por esta parte de la grey, planteando una pastoral de la emigración que ayude a las familias disgregadas a no perder el contacto con quienes están fuera y que establezca los cauces necesarios con las diócesis de destino para asegurarles la asistencia religiosa necesaria, de modo que no se ofusquen sus raíces y tradiciones cristianas. Aunque muchos de ellos no podrán volver, al menos a corto plazo, ha de hacerse todo lo posible para que los núcleos familiares se puedan recomponer y para que, en todos aquellos que ya

sufrieron por tener que abandonar su tierra patria, no sientan también el abandono de sus Pastores y de la comunidad eclesial que les hizo nacer a la fe.

5. Soy consciente, queridos Hermanos, de las muchas preocupaciones que acompañan vuestro ministerio pastoral, como son la inestabilidad de numerosas familias, la desorientación en buena parte de la juventud, la influencia de mentalidades laicistas en la sociedad, una cierta superficialidad en la práctica religiosa o la acechanza de las sectas y grupos pseudo-religiosos. También sufrís con vuestros fieles la zozobra de una situación social y económica llena de incertidumbres.

Ante todas estas realidades, que harían pensar en un horizonte sombrío para vuestras comunidades cristianas, deseo alentaros a no desfallecer e invitaros «a tener el mismo entusiasmo de los cristianos de los primeros tiempos» (*Novo millennio ineunte*, 58). La magnífica experiencia eclesial del Gran Jubileo del 2000 sigue siendo aleccionadora, pues ha puesto de relieve la inagotable capacidad del mensaje de Cristo para llegar al corazón de los hombres de hoy y la inconmensurable fuerza transformadora del Espíritu, fuente de una esperanza «que no defrauda» (*Rm* 5, 5). También hoy hemos de escuchar las palabras que Jesús dirigió a sus discípulos amedrentados: «Os he dicho estas cosas para que tengáis paz en mí. En el mundo tendréis tribulación. Pero ¡ánimo!: yo he vencido al mundo» (*Jn* 16, 33).

6. Pido a nuestra Madre del Cielo, a la que invocáis como Nuestra Señora de la Presentación del Quince, que os guíe en el ministerio pastoral que se os ha confiado y que proteja a todos los queridos hijos e hijas ecuatorianos. Os ruego que les llevéis un afec-

tuoso saludo del Papa, siempre muy cercano a todos sus anhelos y preocupaciones. Haced presente también el sincero agradecimiento de la Iglesia a vuestros sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos comprometidos, por su generosa entrega a la causa del Evangelio. Tengo a todos muy presentes en mis oraciones y les imparto de corazón, como a vosotros ahora, la Bendición Apostólica.

A los Obispos de Venezuela

11 de junio de 2002

Queridos Hermanos en el Episcopado:

1. Al término de mi primer viaje a vuestra Patria, me despedía con la esperanza de que «la Iglesia en Venezuela dará verdadero testimonio de la presencia de Jesucristo y podrá afrontar con valentía los desafíos del milenio que se aproxima» (*Discurso de despedida*, 29.1.1985). Ahora, cuando el nuevo milenio ha comenzado y no se han hecho esperar los desafíos, a veces arduos e inesperados, os recibo con afecto en esta visita *ad limina* para continuar alentando vuestro ministerio de pastores, guías y maestros del Pueblo de Dios que peregrina en esa querida Nación.

Agradezco cordialmente las amables palabras que me ha dirigido Mons. Baltazar Porras, Arzobispo de Mérida y Presidente de la Conferencia Episcopal, con las cuales ha expresado vuestra firme voluntad de plena comunión con el Sucesor de Pedro, quien recibió la misión de confirmar en la fe a sus hermanos (cf. *Lc* 22, 32) y es «principio y fundamento, perpetuo y visible, de la unidad de la fe y de la comunión» (*Lumen gentium*, 18). Tengo muy presentes los anhelos y preocupaciones de vuestro ministerio apostólico, que habéis expuesto en las Relaciones quinquenales y de las que habéis tenido oportunidad de dialogar en los diversos encuentros con los responsables de los Dicasterios de la Curia Romana. Sabéis que en el misterio de la Iglesia «si sufre un miembro, todos los demás sufren con él. Si un miembro es honrado,

todos los demás toman parte en su gozo» (1 Co 12, 26) y, por eso, en vuestro generoso esfuerzo, podréis sentir la fuerza que nace de la comunión con toda la Iglesia, así como la cercanía y solícitud de quien apacienta el Pueblo de Dios como un *amoris officium* (cf. S. Agustín, *In Io. Ev.*, 123, 5).

2. Me complace saber que está en curso la celebración del I Concilio Plenario de Venezuela, convocado con el fin de unir «fuerzas y voluntades para promover el bien común del conjunto de las Iglesias y de cada una de ellas» (*Christus Dominus*, 36), impulsando así una acción evangelizadora de largo alcance, que sea al mismo tiempo expresión de un esfuerzo unánime «para que la fe se extienda y brille para todos la luz de la verdad plena» (*Lumen gentium*, 23).

A este respecto, tras la espléndida experiencia del Gran Jubileo, he indicado que uno de los retos decisivos del nuevo milenio es precisamente hacer de la Iglesia «la casa y la escuela de la comunión», mediante un camino espiritual profundo, sin el cual «de poco servirían los instrumentos externos de comunión. Se convertirían en medios sin alma» (*Novo millennio ineunte*, 43). Por eso, un Concilio particular, acontecimiento de tanta raigambre eclesial, ha de ser vivido y llevado a cabo como una auténtica experiencia especial del Espíritu, que guía a su Iglesia y la mantiene en la unidad de la fe y de la caridad. Su primer fruto es la comunión entre los Pastores que, a su vez, son principio de unidad en las Iglesias particulares que presiden.

Os invito, pues, a fomentar en todas las etapas de ese Concilio el espíritu de diálogo, concordia fraterna y colaboración sincera, evitando cualquier tipo de disensiones que pudieran provocar desorientación

en los fieles o ser pretexto para insidias por parte de quienes buscan otros intereses ajenos al bien de la Iglesia.

3. Por la cercanía a vuestro pueblo y la cotidiana labor pastoral que desempeñáis, sois muy concientes de las profundas y rápidas transformaciones sociales que condicionan la gran tarea de la evangelización y que exigen hoy «afrontar con valentía una situación que cada vez es más variada y comprometida» (*ibíd.*, 40). En este contexto cobra una importancia particular la renovación de la catequesis, mediante la cual la Iglesia cumple con el deber de «mostrar serenamente la fuerza y la belleza de la doctrina de la fe» (Const. ap. *Fidei depositum*, 1). En efecto la cultura laicista, el clima de indiferencia religiosa o la fragilidad de ciertas instituciones tradicionalmente sólidas, como la familia misma, los centros educativos e incluso algunas instituciones eclesiales, pueden hacer mella en los cauces a través de los cuales se transmite la fe y se promueve la educación cristiana de las nuevas generaciones.

En esta situación, conviene recordar que «en la causa del Reino no hay tiempo para mirar atrás, y menos para dejarse llevar por la pereza» (*Novo millennio inenunte*, 15). Por el contrario, es necesario infundir nuevo ardor en los pastores y catequistas para que, con el propio testimonio y la creatividad que tantas veces les caracteriza, encuentren las fórmulas más adecuadas de hacer llegar la luz de Cristo al corazón de cada venezolano, suscitando siempre la sorpresa gozosa de su mensaje y su presencia. A este respecto, el *Catecismo de la Iglesia Católica* servirá de guía e inspiración para una catequesis renovada y adecuada a los diversos sectores de vuestros fieles.

4. Con el espíritu del Buen Pastor, comprobáis a menudo que «la mies es mucha y los obreros pocos» (*Mt* 9, 37), y es consolador que el Señor haya bendecido vuestro País con un cierto aumento de nuevas vocaciones, a lo que se une la presencia generosa de personas venidas de otras latitudes, tantas veces ejemplo de espíritu de servicio abnegado al Evangelio y de cercanía a la sensibilidad y las necesidades de las gentes. Sabéis bien la importancia que tiene para todos ellos el aliento y la estima de sus Pastores, que no han de escatimar esfuerzos para fomentar un clima de fraternidad entre sus principales colaboradores, los sacerdotes, y de autenticidad en los diversos carismas que enriquecen cada una de las Iglesias particulares.

Además de las oportunas directrices que, como guías, os corresponde establecer, nunca dejéis de alentar la vida espiritual y el auténtico anhelo de santidad en cuantos colaboran en vuestra misión apostólica, que es la fuente más profunda de la que mana el compromiso pastoral, desarrollado en los más diversos campos. Precisamente porque tantas veces han de realizar su misión en condiciones difíciles, han de fundar el gozo de su entrega, más que en éxitos efímeros, en la aspiración de que sus «nombres estén escritos en los cielos» (*Lc* 10, 20), anunciando a los demás lo que ellos mismos han visto y oído del Señor (cf. *Hcb* 4, 20; 22, 15).

5. Vuestro País, que cuenta con abundantes recursos naturales y humanos, ha experimentado especialmente en los últimos años un lacerante crecimiento de la pobreza, a veces extrema, de numerosas personas y familias. El rostro de Cristo sufriente se hace concreto en tantos campesinos, indígenas, marginados urbanos, niños abandonados, ancianos desatendidos, mujeres maltratadas o jóvenes desocupados. Sé

que todo esto interpela apremiantemente vuestra solicitud pastoral, pues no se puede pasar de largo ante el prójimo desventurado (cf. *Lc* 10, 33-35), que tantas veces requiere una atención inmediata, antes incluso de analizar las causas de su desgracia.

La Iglesia, tanto mediante la abnegada entrega de muchas personas como de la acción constante de tantas instituciones, siempre ha dado y continua dando testimonio de la misericordia divina con su dedicación generosa e incondicional a los más necesitados, que ha de convertirse cada vez más en actitud generalizada de toda comunidad cristiana, con la colaboración activa de sus miembros y la promoción incansable del espíritu de solidaridad en el conjunto del pueblo venezolano.

Junto a estas urgencias que no admiten demoras, sentís también la necesidad de contribuir a la construcción de un orden social más justo, pacífico y provechoso para todos. En efecto, sin entrar en concurrencia con todo aquello que compete a las autoridades públicas, la Iglesia se sentirá llamada unas veces a dar voz a los que nadie parece escuchar, otras a «discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos que comparte con sus contemporáneos, cuáles son los signos verdaderos de la presencia o del designio de Dios» (*Gaudium et spes*, 11), y otras, en fin, a buscar formas de colaboración leal en aquellas iniciativas que persiguen el bien integral de la persona y que, por ello, atañen tanto a la misión propia de la Iglesia como a la finalidad específica de las organizaciones sociales. Éstas, en efecto, no pueden desentenderse, ni menos aún ignorar, la considerable aportación de la Iglesia a muchos aspectos que pertenecen al bien común.

Sé muy bien que esta faceta de vuestro ministerio no siempre es fácil, y que no faltan malentendidos, intentos de tergiversación o propósitos más o menos declaradamente partidistas. Pero no es éste el terreno en que se mueve la Iglesia, la cual desea promover precisamente un clima de diálogo abierto y constructivo, paciente y desinteresado, entre todos aquellos que tienen en sus manos responsabilidades públicas, con el fin de hacer valer la dignidad y los derechos inalienables de la persona en cualquier proyecto de sociedad, de manera que «nuestra tierra sea más fraterna y más solidaria, para que se pueda vivir bien en ella y que la indiferencia, la injusticia y el odio no tengan jamás la última palabra» (*Al Cuerpo diplomático*, 10.1.2002, 2).

6. Confío vuestro ministerio pastoral a la Santísima Virgen María, tan querida en vuestra patria bajo la advocación de Nuestra Señora de Coromoto. Ante ella me postré en mi último viaje a Venezuela para implorar su protección sobre el pueblo venezolano, y hoy le sigo pidiendo que los católicos de ese querido País sean «sal y luz para los demás, como auténticos testigos de Cristo» (*Homilía en el Santuario de la Virgen de Coromoto*, 10.2.1996, 6).

Mientras os ruego que transmitáis a vuestros fieles el saludo del Papa, que no les olvida, su especial gratitud a los sacerdotes, comunidades religiosas y cuantos colaboran más directamente en la apasionante tarea de la evangelización, os reitero mi exhortación a trabajar en comunión mutua y con la Sede de Pedro en favor de la causa del Evangelio, a la vez que os imparto de corazón la Bendición Apostólica.

A los Obispos del Perú

2 de julio de 2002

Queridos Hermanos en el Episcopado:

1. Me es grato daros la bienvenida a este encuentro con vosotros, Pastores de la Iglesia de Cristo en el Perú, que realizáis la visita *ad limina* a la sede de Pedro, el Apóstol que recibió el mandato de «*confirmar en la fe a sus hermanos*» (cf. *Lc* 22, 32) y que en Roma culminó su testimonio de amor y fidelidad al Señor derramando su sangre por Él.

Agradezco las amables palabras que me ha dirigido Mons. Luis Armando Bambarén Gasteluzmendi, Obispo de Chimbote y Presidente de la Conferencia Episcopal, en las que ha destacado los «*lazos de unidad, de amor y de paz*» que os unen al Obispo de Roma (*Lumen gentium*, 22), así como los principales anhelos que animan vuestra misión apostólica en las diversas Iglesias particulares que os han sido confiadas. Movidado por la solicitud de Pastor de la Iglesia universal me siento unido a vuestras preocupaciones y os animo a proseguir con generosidad y grandeza de espíritu vuestra entrega, impulsando la apasionante tarea de renovación pastoral en este comienzo del nuevo milenio.

2. Uno de los retos cruciales de nuestro tiempo, como he señalado en la Carta apostólica *Novo millennio ineunte*, es precisamente el espíritu de comunión que ha de reinar en la Iglesia y presidir todos los aspectos y sectores de la acción pastoral (cf. nn. 43-45). En

efecto, la comunión como espiritualidad radicada en la Trinidad, como principio educativo y actitud cristiana de la que se debe dar abierto testimonio, además de ser una exigencia imperiosa del mensaje de Cristo (cf. *Ecclesia in America*, 33), es también una respuesta «a las esperanzas profundas del mundo» (*Novo millennio ineunte*, 43).

Por vuestra amplia experiencia pastoral conocéis bien la paradoja de un momento histórico en que la capacidad casi inconmensurable de interrelación convive con un frecuente sentimiento de aislamiento, que causa fragmentación e incluso conflictos en diversos ámbitos de la familia humana. Ante ello, la Iglesia ha de recordar y revivir continuamente la incomparable experiencia de Pentecostés, cuando «*todos a una, los discípulos alababan a Dios en todas las lenguas, al reducir el Espíritu a la unidad los pueblos distantes y ofrecer al Padre las primicias de todas las naciones*» (S. Ireneo, *Adv. haer.*, 3,17,2). Así pues, vosotros, Hermanos en el Episcopado, estáis llamados a ser ejemplo de comunión en el afecto colegial, sin perjuicio de la responsabilidad que cada uno tiene en su propia Iglesia local, en la que, a su vez, «*es principio y fundamento visible de la unidad*» (*Lumen gentium*, 23).

3. Si la escasez de medios, las incomprensiones, la diversidad de pareceres o de origen en vuestro pueblo u otras dificultades aún, pueden inducir al desánimo, Jesús nos conforta siempre al hacernos ver que «*hasta los vientos y el mar le obedecen*» (*Mt* 8, 27). Por ello es preciso afianzarse en Él, haciendo crecer en todos los creyentes un verdadero deseo de santidad, a la que todos estamos llamados y en la que culminan las más profundas aspiraciones del ser humano.

El Perú, que ha sido bendecido por Dios con numerosos frutos de santidad, tiene sobrados ejemplos que pueden iluminar y abrir grandes perspectivas a las generaciones actuales. No se deben olvidar figuras de la talla de Santo Toribio de Mogrovejo, Santa Rosa de Lima, San Martín de Porres, San Francisco Solano o San Juan Macías, entre otros. Son modelo para los Pastores, que han de identificarse con el estilo personal de Jesucristo, hecho de sencillez, pobreza, cercanía, renuncia a ventajas personales y confianza plena en la fuerza del Espíritu por encima de los medios humanos (cf. *Ecclesia in America*, 28). Lo son también para los demás creyentes, que en los santos tienen la prueba viviente de las maravillas de Dios en el corazón bien dispuesto, cualquiera que sea la condición social o la situación de vida en que acogen su gracia.

Vuestra Nación misma ha de sentirse privilegiada por tantos frutos de santidad, pues resaltan sobremedida la profunda raigambre cristiana de su pueblo, la cual ha contribuido decisivamente a fraguar su propia identidad y que, lejos de ignorarse, debe ser salvaguardada por ser un valor irrenunciable.

4. En este contexto, es de particular importancia suscitar, especialmente entre los jóvenes, la pasión por los grandes ideales del Evangelio, de tal manera que un creciente número de ellos se sienta atraído a consagrar por entero su vida a proclamar y dar testimonio de que « *donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad* » (2 Co 3, 17). De este modo, la evangelización de las nuevas generaciones ha de ir acompañada, casi de manera espontánea, con una pastoral vocacional, cada día más urgente, que abra nuevos horizontes de esperanza en las Iglesias locales.

Es importante también una esmerada atención a la formación impartida en los seminarios. Además de cultivar la madurez humana de los candidatos para que se pongan totalmente a disposición de Dios y de la Iglesia con plena conciencia y responsabilidad, se les ha de guiar sabiamente hacia una profunda vida espiritual que les haga idóneos para asumir efectiva y afectivamente el futuro ministerio con todas sus exigencias. Es preciso presentar y afrontar de manera clara y completa los requisitos de un seguimiento incondicional a Jesús en el ministerio o en la vida consagrada, pues quien lo ama de verdad, repetirá en su corazón ante cualquier dificultad aquellas palabras de Pedro: «*Señor, ¿donde quién vamos a ir? Sólo Tú tienes palabras de vida eterna*» (Jn 6, 68).

Vuestro País necesita sacerdotes y evangelizadores, santos, doctos y fieles a su vocación, a lo que no se puede renunciar por su escaso número o por otras circunstancias sociales y culturales. Ésta es una tarea en la que el Obispo ha de mostrar una particular cercanía de padre y maestro a sus seminaristas, contando con la incondicional y transparente cooperación de los formadores. Se ha de subrayar también el espíritu de colaboración entre diversas Diócesis para proporcionar mejores medios personales y materiales a los propios candidatos al sacerdocio, que tan buenos resultados puede dar y que manifiesta una solidaridad concreta con las Iglesias particulares más precarias de recursos.

5. También habéis manifestado vuestra preocupación por los problemas que afectan al matrimonio y a la familia, bien a causa de ciertos factores culturales, bien por un determinado ambiente a veces «militante» contra el significado genuino de tales instituciones (cf. *Novo millennio ineunte*, 47). En este sentido, es im-

portante que el proyecto cristiano de santidad impregne también el amor humano y la convivencia familiar, pues se ha de respetar íntegramente el designio de Dios para todo el género humano y su excelsa dignidad de ser signo del amor que une a Cristo con su Iglesia (cf. *Ef* 5, 32).

La complejidad de los aspectos implicados en este campo requiere también una acción pastoral multidisciplinar, en la que la iniciativa catequética de los pastores se integre con la acción educativa de otros fieles laicos, la ayuda mutua entre las mismas familias y la promoción de aquellas condiciones que favorecen el crecimiento del amor de los esposos y la estabilidad familiar. En efecto, es imprescindible que los jóvenes conozcan la verdadera belleza del amor, «*ya que el amor es de Dios*» (*1 Jn* 4, 7), que maduren en él en actitud de entrega y no de egoísmo, que se inicien en la convivencia con espíritu limpio y puro, incluyendo en ella también la riqueza de la experiencia de fe compartida, y que afronten su futuro como una verdadera vocación a la que Dios les llama para colaborar en la inefable tarea de ser dador de vida.

La pastoral familiar ha de contemplar también aquellos aspectos que pueden condicionar el digno desarrollo de los deberes propios de esta institución fundamental, promoviendo un mejor sustento económico a los nuevos hogares que se van formando, mayores posibilidades de obtener viviendas decorosas que eviten el deterioro familiar y facilidad efectiva de ejercer el derecho de educar a los hijos según la propia fe y sentido ético de la vida. Por eso, los Pastores han de hacer oír su voz para resaltar la importancia de la familia como célula primigenia y fundamental de la sociedad, y su insustituible contribución al bien común de todos los ciudadanos. Esto es particularmente urgente cuando, por razones más o menos oportu-

tunistas, se plantean proyectos políticos antinatalistas, se sofocan los deseos de fidelidad matrimonial o se dificulta de otros modos el normal desarrollo de la vida familiar.

6. Compruebo con satisfacción el vigor y la creatividad de la acción que la Iglesia en el Perú desarrolla en favor de los más desfavorecidos, más necesaria aún en unos momentos en que la difícil situación económica en la región hace emerger con mayor virulencia las múltiples formas, antiguas y nuevas, de pobreza. Cuando son tantos los hijos de Dios que viven en condiciones infrahumanas, hay que impulsar una pastoral social concreta, tangible y organizada, que socorra con prontitud las necesidades más perentorias y ponga los fundamentos de un desarrollo armónico y duradero basado en el espíritu de solidaridad fraterna.

En este sentido, expreso mi más sincero agradecimiento a las numerosas instituciones eclesiales que, con gran dinamismo y entrega, hacen llegar la luz del Evangelio y la ayuda fraterna a los lugares más recónditos de las tierras peruanas, tanto de la selva amazónica, de las alturas andinas o de los llanos de la costa. Es hermoso contemplar cómo en este campo se aúnan los esfuerzos, se disipan las diferencias y se traspasan las fronteras. En ello se distinguen los Institutos de vida consagrada, que pueden ser considerados « como una exégesis viviente de la palabra de Jesús: “Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis” (Mt 25, 40) » (*Vita consecrata*, 82). Corresponde a los Pastores hacer de tantas iniciativas un signo claro de la solicitud de la Iglesia, pues ninguno de sus miembros, Pastores o fieles, ha de permanecer indiferente ante la necesidad espiritual y material, sea

ésta el sustento cotidiano, la dignidad personal o la oportunidad efectiva de participar en el bien común de su pueblo.

7. Al término de este encuentro fraterno, os reitero mi aliento a proseguir la labor de dirigir e iluminar la vida de vuestras Iglesias particulares, encomendándola a la dulce protección de la Santísima Virgen María, Estrella de la Nueva Evangelización. Os ruego que llevéis el saludo y el afecto del Papa a vuestros sacerdotes y seminaristas, a los misioneros, comunidades religiosas, catequistas, educadores y laicos comprometidos, así como a los ancianos y enfermos, que os acompañan y ayudan en la apasionante tarea de sembrar el Evangelio en el corazón de los peruanos, que es fuente de esperanza y de paz.

Mientras os acompaño siempre con mis plegarias y afecto, os imparto de corazón la Bendición Apostólica.

Aos Bispos do Brasil (I)

(Regional Sul II)

31 agosto 2002

Veneráveis Irmãos no Episcopado:

1. É com grande alegria que vos dou as boas-vindas, Bispos do Regional Sul-2 do Brasil, ao vos reunir em Roma para a visita *ad Limina Apostolorum*. Ela está destinada a expressar o vínculo de comunhão que une cada um de vós e as vossas comunidades locais ao Sucessor de Pedro, chamado a confirmar os seus irmãos e irmãs na fé (cf. *Lc* 22, 32). É com afeto fraterno que vos saúdo com as palavras do Apóstolo: A graça e paz da parte de Deus, nosso Pai, e do Senhor Jesus Cristo estejam convosco (cf. *Rm* 1, 7). Através de vós dirijo esta mesma saudação aos sacerdotes, religiosos e fiéis leigos das Igrejas particulares do Paraná, sobre os quais presidis na caridade.

2. Agradeço as amáveis palavras do senhor Arcebispo de Cascavel, D. Lúcio Ignácio Baumgaertner, que em representação do vosso Regional, quis dirigir-Me, pois bem exprimem os sentimentos de fraterna união de todos os Bispos com o Sucessor de Pedro e com a Igreja que, dos quatro pontos cardeais, está unida a esta Sé Apostólica. Não foi este, por ventura, o cerne de uma das conclusões que o Sínodo dos Bispos do ano passado quis manifestar?

«Somente se for claramente perceptível – dizia Eu na solene concelebração Eucarística de encerramento – uma profunda e convicta unidade dos Pas-

tores entre si e com o Sucessor de Pedro, assim como dos Bispos com os seus sacerdotes, poderá dar-se uma resposta credível aos desafios que provêm do atual contexto cultural» (*Homília*, n. 4).

A Igreja que está no Paraná enfrenta certamente as perspectivas lançadas pelas Diretrizes Gerais da Ação Evangelizadora do Brasil, como fruto da *Tertio Millennio Adveniente*. Ao ler os vossos relatórios quinquenais, pude constatar evidentes progressos na organização das dioceses e no desenvolvimento de numerosas pastorais, que cada Ordinário local, junto com os seus agentes de pastoral, vem assumindo com coragem e determinação, para fazer frente às exigências da nova evangelização. Disto quero referir-me sem dúvida, mas a premissa básica estará sempre naquela *eclesiologia de comunhão* preconizada insistentemente no último Sínodo. A Igreja universal quer recomeçar, neste início de milênio, unida com o Sucessor de Pedro e com os Bispos entre si.

3. Unidos para a missão!

Em diversas ocasiões ao longo do Pontificado, quis referir as duas grandes colunas das exigências de comunhão: «conservar o depósito da fé na sua pureza e integridade», bem como a «unidade de todo o Colégio dos Bispos sob a autoridade do Sucessor de Pedro» (cf. Exor. ap. pós-sinodal *Ecclesia in America*, 33), visto que o pleno exercício do Primado de Pedro é fundamental para a identidade e a vitalidade da Igreja.

De resto, é próprio da Conferência Nacional dos Bispos do Brasil, manifestar a solicitude para com a Igreja e sua missão universal, por meio da comunhão e colaboração com a Sé Apostólica e pela atividade missionária, principalmente *ad gentes*. Por isso, cada Bispo deverá urgir que os evangelizadores da sua

diocese, e sobretudo ele mesmo, sejam plenamente fiéis à doutrina católica, comprovando constantemente se a explicação da Palavra é conforme com a Revelação confiada pelo divino Mestre ao Magistério eclesiástico. Acrescente-se que tal identidade supõe uma clara sintonia disciplinar e doutrinal com o Episcopado mundial, para assim manter, junto com este, o vínculo essencial com o Papa.

No marco dos projetos pastorais que poderão ser alinhavados nestes próximos anos decorrentes deste nosso encontro fraterno, e em consideração do Projeto de Evangelização da Igreja no Brasil, subordinado ao tema «*Ser Igreja no novo milênio*», aprovado pela CNBB em 2000, faço votos de que possa haver esse «caminho comum da Igreja inteira» que o episcopado brasileiro subscreveu.

4. «No alvorecer do terceiro milênio, a figura ideal do Bispo, com que a Igreja continua a contar, é a de Pastor que, configurado com Cristo na santidade da vida, se dedica generosamente em favor da Igreja que lhe foi confiada tendo no coração, ao mesmo tempo, a solicitude por todas as Igrejas espalhadas pela terra (cf. 2 Cor 11, 28)» (*Homília no encerramento do Sínodo dos Bispos*, 27.10.2001, *L'Osservatore Romano*, n. 44, 3).

Desta afirmação surge o fundamento e a esperança daquilo que o Sínodo, rompendo as barreiras de uma formulação circunscrita a uma simples diocese ou a um país, quis propor a todos os Bispos, Sucessores do Apóstolos. *Duc in altum*, remai mar adentro! Lançai-vos a empresas corajosas, ousai grandes metas, certos de que Deus não perde batalhas! Mas, por sua vez, aspirai a carismas melhores; e qual não será o melhor dos carismas, senão o da santidade pessoal?

Retorna aqui a imagem do Bom Pastor, que dá a vida pelas suas ovelhas (Jo 10, 15). O Bom Pastor, não é só o eficiente e organizado condutor das ovelhas, embora sejam estes elementos necessários em todo trabalho humano, e muito mais quando se trata de dirigir almas. Mas ele deve ser sobretudo *bom*. Todo e qualquer programa pastoral, a catequese em todos os níveis, a *cura animarum* em geral de todo o povo fiel, haurindo sua santidade em Jesus, supremo Pastor, deve ter na vida e testemunho do seu Bispo e do clero o seu estímulo imediato, seu modelo orientador. Sem isto, todo trabalho será vão. Só Deus é bom (Mc 10, 9) diz o Senhor, mas por Ele, com Ele e nEle participamos da graça que nos foi dada, para fazê-la frutificar, não como propriedade mas como dom a administrar. Toda a bondade e todo o bem vem do Altíssimo, doador de todos os bens (cf. Tg 1, 17).

Com razão, o Bispo de Hipona, notava a insistência do Senhor com Pedro ao perguntar: *amas-Me? Apascenta as minhas ovelhas*, pois constitui uma séria advertência, para todos os que têm responsabilidade de pastorear uma grei. «Quer dizer: se Me amas, não penses em apascentar-te a ti mesmo, mas sim as minhas ovelhas: apascenta-as como minhas, não como tuas; procura nelas a minha glória e não a tua; a minha propriedade e não a tua; os meus interesses e não os teus; não sejas daqueles que nos tempos de perigo só se amam a si mesmos e tudo o que deriva deste principio, que é a raiz de todo mal. Os que apascentam as ovelhas de Cristo não se amem a si mesmos; não as apascentem como próprias, mas como de Cristo». (*Tratado sobre o Ev. de S. João*. 123, 5; CCL 36, 678-680). Daí, a grande responsabilidade de saber como são administrados os bens que lhes forem entregues.

A cada quinquênio os Bispos vêm a Roma, não por mera questão de rotina administrativa a fim de apresentar um relatório sobre o estado da própria Diocese. O que está ali, por detrás, é o estado da própria alma e, conseqüentemente, da santidade pessoal e, conseqüentemente, do seu rebanho. Não pode um Bispo esquivar-se daquela exigência divina «redde rationem villicationis tuae»: presta conta do teu ministério e das almas que te foram confiadas (cf. *Lc* 16, 2). Por isso, a fidelidade ao seu compromisso, os propósitos de ação, as experiências hauridas aqui na Sé Apostólica, hão de ser confiados ao divino Consolador, para que no futuro fortaleçam a alma de toda a Diocese, levando-a a aproximar-se, sempre mais, da Pátria celestial.

5. Com estas premissas, volto a repetir-vos: *Duc in altum!* O amor de Deus nos urge! «A vossa luz brilhe diante dos homens, para que vejam vossas boas obras e glorifiquem vosso Pai que está nos céus» (*Mt* 5, 16).

Ao longo destes anos, muitas vezes tenho repetido o apelo à *Nova Evangelização*. E faço-o agora uma vez mais para inculcar sobretudo que é preciso reacender o zelo apostólico em todas as camadas da sociedade paranaense e de todo o Brasil, exortando indivíduos e comunidades a um compromisso diário de empenho missionário. A proposta seja feita – como já o dizia – «aos adultos, às famílias, aos jovens, às crianças, sem nunca esconder as exigências radicais da mensagem evangélica» (*Novo Millennio Inuente*, 40).

Conheço bem o esforço deste Regional no *serviço* destinado a todos os homens e mulheres, particularmente aos pobres e marginalizados; no *diálogo* dirigido aos cristãos não católicos e aos de religiões e culturas diferentes; no verdadeiro e próprio *anúncio*, que tem

como destinatários os católicos afastados; e no *testemunho de comunhão* eclesial, a ser vivido pelos que participam da vida da Igreja.

Assim mesmo, nos diversos planos de ação pastoral pude constatar os destaques dados à juventude, à família, à catequese, às vocações e aos meios de comunicação social. Faço votos também que se prosiga no esforço por um adequado acompanhamento da Pastoral da Criança.

Por outro lado, dentro do quadro do Regional Sul II, o episcopado paranaense tem-se distinguido na preparação dos planos e na sua execução, com boa organização, dinamismo, equilíbrio e afeto colegial, demonstrado nas assembléias, no trabalho conjunto, nas comemorações diocesanas, destacando-se a promoção vocacional e dos seminários. O Paraná está bem servido de clero, contribuindo, inclusive, para a distribuição dos novos presbíteros para além das suas fronteiras estaduais, e no assessoramento e intercâmbio com as comunidades nipo-brasileiras, tanto do Brasil como do Japão.

Na linha desta ação, cabe também prosseguir no empenho pela Catequese a todos os níveis, de modo especial na vivência dos sacramentos. Sei que em algumas dioceses os fiéis preferem praticar as formas de religiosidade popular (procissões, novenas, etc...), custando-lhes mais participar ativamente da liturgia. Por isso, renovo o apelo de que sejam postos todos os meios para que o povo possa aceder aos sacramentos, especialmente da Penitência e da Eucaristia, quando devidamente preparados. A presença de Movimentos apostólicos, numerosos e dinâmicos, quando atuam «em plena sintonia eclesial e obediência às diretrizes autorizadas dos Pastores» (*Novo Millennium Inuente*, 46), tem dado particular ajuda à Pastoral diocesana; sua ação pode ser, em muitos casos, determi-

nante para contribuir a este processo permanente de conversão, que é próprio da evangelização e conseguir assim uma sociedade mais justa e reconciliada com Deus. Por isso, o apostolado dos leigos vem assumindo uma importância determinante para aproximar a Deus tantos homens e mulheres, pois é no ambiente que lhes é familiar – no trabalho, no lar e na sociedade em geral – onde o papel do leigo se torna imprescindível e, muitas vezes, insubstituível.

Tenham em conta, também, que o fenômeno da imigração, certamente não desconhecido há diversas gerações, recebe hoje o influxo crescente e fronteiriço de populações latino-americanas em busca do melhor teor de vida do vosso país. Dou graças a Deus, pela vossa constante preocupação em manter intercâmbios com as Conferências episcopais dos países vizinhos, a fim de harmonizar gradualmente as diversas pastorais e para uma acolhida generosa e digna dos mais carentes. À ação dos Pastores e presbíteros confio também a missão de vigiar contra toda influência deletéria das seitas, de um lado e de outro da fronteira. A índole boa e acolhedora da vossa gente, não pode deixar-se arrastar por uma visão conformista e utilitarista de soluções a curto prazo. Nunca é demais reiterar aqui que «é necessário fazer uma revisão dos métodos pastorais adotados, para que cada Igreja particular preste aos fiéis uma assistência religiosa mais personalizada, reforce as estruturas de comunhão e missão, e aproveite as possibilidades evangelizadoras que oferece uma religiosidade popular purificada, tornando assim mais viva a fé de todos os católicos em Jesus Cristo» (*Ecclesia in America*, 73).

Neste mesmo espírito de comunhão que deve nortear a vida pastoral de cada Diocese, destacam-se as numerosas congregações religiosas que, mormente no campo educacional, têm dado uma funda-

mental contribuição na formação da juventude e, entre outras, na Pastoral vocacional. Conheço o esforço empregado pelos religiosos neste sentido, e particularmente na missão *ad gentes*. O Brasil poderá certamente ser o berço de generosas vocações missionárias para a África e a Ásia. E se, às vezes, o Senhor permite que irriguem com o seu sangue aquelas terras, saiba toda a Igreja que o martírio, singular comunhão com Cristo Redentor, é fonte de inauditas graças para o Povo de Deus.

6. Queridos Irmãos, estas são as breves reflexões que hoje compartilho convosco, procurando oferecer-vos todo encorajamento no Senhor e animar-vos no vosso ministério em prol do Seu povo.

Tudo o que nestes anos realizastes é precioso aos olhos de Deus. A ocasião, porém, deste nosso encontro constitui uma ocasião providencial para dar impulso ao vosso empenho pastoral. Oro com muito fervor para que obtenhais bom êxito nesta importante tarefa pastoral, de maneira que a Igreja que está no Paraná resplandeça com toda a sua glória, como Esposa de Cristo, que Ele escolheu com amor infinito. Ao confiar a vossa missão apostólica à intercessão da Virgem Maria, que em todas as épocas é a esplendente Estrela da Evangelização, concedo de coração a todos vós, aos sacerdotes, aos religiosos e aos fiéis leigos das vossas Dioceses, a minha Bênção Apostólica.

Aos Bispos do Brasil (II)

(Regional Leste/I)

5 setembro 2002

Caros Irmãos no Episcopado:

1. Neste tempo forte do vosso ministério episcopal que é a visita *ad Limina*, é para mim uma grande alegria acolher a vós que tendes o encargo pastoral da Igreja na *Região Leste-1* do Brasil, da qual fazem parte as Dioceses do *Estado do Rio de Janeiro* e a «União São João Maria Vianney» que quis constituir em Campos como Administração Apostólica Pessoal. Viestes recolher-vos junto do túmulo dos Apóstolos Pedro e Paulo, para fazerdes crescer em vós o impulso apostólico que os animava e os conduziu até aqui para serem as testemunhas do Evangelho de Cristo, aceitando para isto fazer o dom total da sua vida. Ao encontrardes o Bispo de Roma e os seus colaboradores, quereis também manifestar a vossa comunhão com o Sucessor de Pedro e a Igreja universal. O Senhor abençoe a vossa iniciativa e seja o vosso apoio no serviço ao povo que vos foi confiado.

Ao agradecer o Cardeal Eugênio Sales pelas palavras que me foram dirigidas, para exprimir sentimentos de afeto e de devoção, saúdo a todos vós aqui presentes e, por vosso intermédio, dirijo meu pensamento aos sacerdotes, os religiosos, as religiosas, os catequistas e demais leigos das vossas Dioceses. O Senhor lhes dê força e audácia para serem, em todas as circunstâncias, vigilantes testemunhas do amor de Deus no meio dos seus irmãos!

2. Tanto a Arquidiocese de Niterói quanto a do Rio de Janeiro possuem uma rica e dinâmica tradição. Nesta última, desde a aurora da história do Brasil, quando meu venerável predecessor, o Papa Gregório III, criou em 19 de Julho de 1575 a Prelazia de São Sebastião, até hoje, a Igreja católica incentivou numerosas iniciativas pastorais, graças à generosa dedicação de eminentes figuras como as dos Cardeais Arcoverde, Sebastião Leme, Jaime de Barros Câmara e Eugênio Sales, por não citar a todos. Esta Sé de Pedro quer prestar homenagem a todos, prelados, Bispos e Arcebispos de ambas Arquidioceses, que serviram à causa do Reino de Deus entre o povo desta grande Nação, fazendo crescer as sementes do Verbo, até se transformar em árvore frondosa (cf. *Mt* 13, 31-32). Na esteira desta tradição, faço votos de que este Regional continue exercendo seu influxo positivo sobre toda a Igreja no Brasil, fomentando um intenso espírito de comunhão com o episcopado nacional e com a Santa Sé. A ocasião me é propícia para estender também os meus votos de felicidades ao Senhor Arcebispo do Rio de Janeiro, D. Eusébio Oscar Scheid, agora que está a iniciar sua missão como novo Pastor da Arquidiocese.

3. É dentro do marco destes auspícios, que desejaria tecer algumas considerações a respeito dos Seminários na formação dos futuros presbíteros no Brasil, como absoluta prioridade para uma pastoral renovada e missionária.

Ainda permanece viva na memória o grande encontro de 1992 em Santo Domingo, com o Episcopado Latino-americano. Os temas abordados naquela ocasião abrangiam circunstâncias e situações da Igreja, que superavam os estreitos limites de uma ou poucas nações. Neles retomava um dos principais

motivos que exigiram aquela grande assembléia. Dizia naquela ocasião que era «condição indispensável para a nova evangelização, poder contar com evangelizadores numerosos e qualificados. Por isso, a promoção das vocações sacerdotais e religiosas, bem como de outros agentes de pastoral, há de ser uma prioridade dos Bispos e um compromisso de todo o povo de Deus» (*Discurso inaugural*, 26).

Passados já quase dez anos, não há dúvida de que muito tem sido feito neste sentido, especialmente na vossa terra, onde o crescimento populacional segue em ritmo acelerado, e as exigências de delimitar as novas fronteiras eclesiais têm procurado acompanhar, às duras penas, tal evolução. Pensando na imensidade do território brasileiro e na carência de sacerdotes, imediatos colaboradores no ministério profético, sacerdotal e real, quero compartilhar convosco, como quem deve confirmar na fé os seus irmãos, este problema que é da Igreja universal. Nossos sentimentos devem ser os mesmos do Senhor que «vendo a multidão, comoveu-se de compaixão» e disse: «A messe é grande, mas os operários são poucos. Pedi, pois, ao Senhor da messe que envie operários» (*Mt* 9, 37-38). A fraqueza humana, pela oração, se transforma em potência divina, pois tudo podemos naquele que nos dá força (*Flp* 4, 13).

Na força de Deus e no trabalho humano, feito com sabedoria, está o segredo para se obter bons resultados. São sábios os pastores que unem suas forças, ou através de seminários diocesanos abertos a alunos de outras dioceses, ou através de seminários interdiocesanos, desde que tenham uma orientação de clara e bem definida comunhão com as normas da Igreja universal. São sábios os Pastores que não hesitam em colocar na «sementeira de sacerdotes» seus melhores «agricultores» preparados intelectual, espi-

ritual e pastoralmente, a fim de constituírem a equipe de formadores de que a Igreja necessita, em número adequado a cada seminário. É sabedoria *potenciar os centros de formação*, e louvável prudência não se descuidar da *qualidade da formação* ao buscar o aumento da quantidade, mesmo considerando a imensidade da messe.

4. Houve, sem dúvida, uma constante preocupação desta Sé Apostólica, em sintonia com os Pastores e a Conferência Nacional dos Bispos do Brasil, para fazer frente às exigências de criação ou de revitalização de seminários em diversas Províncias Eclesiásticas. De fato, é na região norte-oriental do País, devido à precária situação econômica dos territórios e, como conseqüência, à dificuldade real dos Bispos de assegurar uma adequada e eficiente atividade e funcionalidade dos seminários, onde estão sendo concentrados os esforços mais prementes. Neste contexto, são certamente dignos de louvor o empenho em poder dispor de estruturas, pelo menos, mínimas, para o recrutamento, seleção e formação das vocações sacerdotais das quais teriam urgente necessidade. Por isso, tenho acompanhado a evolução do que poderia vir a ser uma verdadeira «campanha» em prol do Seminário no Brasil.

5. Na realidade, este problema não é totalmente alheio às regiões onde existem melhores estruturas não só formativas, mas, também materiais. Não basta, como dizia antes, potenciar os centros de formação, se não se procura insistir tanto no espírito eclesial que deve reger o seminário, como também na *qualidade do ensino*; a carência de meios econômicos foi sempre suprida, com o esforço e a boa vontade de todos, inclusive das forças vivas de cada Diocese; por isso,

peço a Deus que queira recompensar a todos quantos não se pouparam, e não se poupam, por ajudar os seminários, que serão sempre deficitários em suas gestões.

Cabe, porém, fixar um olhar de fé sobre a situação das vocações sacerdotais. Por um lado, nos encontramos perante a confortadora realidade do aumento, em número e qualidade, de vocações sacerdotais. Existem muitas e válidas experiências novas, como jornadas vocacionais, discernimentos vocacionais, acompanhamento dos possíveis candidatos antes da sua entrada no seminário, e outras. Há também a consoladora experiência do aumento de vocações nas Dioceses, cujos seminários procuram seguir com rigor a orientação do Concílio Vaticano II e da Santa Sé, e de modo especial na aplicação da Exortação apostólica *Pastores dabo vobis*, que insiste no cultivo das dimensões humano-afetiva, espiritual, intelectual e pastoral; as mesmas Diretrizes Básicas da CNBB (n. 55), tem proporcionado válidos subsídios a tal fim.

Mas, por outro lado, o impacto que o mundo moderno, com sua tendência secularista e hedonista, exerce sobre os cristãos, mormente sobre os jovens, deverá ser enfrentado com maior decisão para evocar e cultivar nos vocacionados o profundo amor a Cristo e ao seu Reino. É fundamental uma sólida formação para a vida de oração e para a Liturgia pela qual, desde já, a Igreja participa da Liturgia na Glória do Céu.

Neste sentido, a fidelidade à doutrina sobre o celibato sacerdotal pelo Reino dos Céus deve ser encarada «com grande estima pela Igreja, especialmente na vida sacerdotal» (cf. *Presbyterorum ordinis*, 16), quando se trata de discernir nos candidatos ao sacerdócio a chamada a uma entrega incondicionada

e plena. É necessário lembrar-lhes que o celibato não é um elemento extrínseco e inútil – uma *superestrutura* – ao seu sacerdócio, mas uma conveniência íntima à participação na dignidade de Cristo e no serviço da nova humanidade que nEle e por Ele dá origem e conduz à plenitude.

É meu dever, portanto, encarecer uma renovada atenção na seleção das vocações para o Seminário, pondo todos os meios a disposição para um adequado conhecimento dos candidatos, mormente sob o ponto de vista moral e afetivo. Que nenhum Bispo se sinta excluído desse dever de consciência, do qual deverá prestar conta diretamente a Deus; seria lamentável que, por uma tolerância mal entendida, chegassem a ser ordenados jovens imaturos, ou com evidentes sinais de desvios afetivos, que, como é tristemente conhecido, poderiam causar graves anomalias nas consciências do povo fiel, com evidente dano para toda a Igreja.

A existência, em algumas escolas teológicas ou até seminários, de professores pouco preparados, inclusive vivendo em desacordo com a Igreja, causa profunda tristeza e preocupação. Confiamos na misericórdia de Deus que dirige as consciências dos jovens generosos, mas não é possível concordar que os formandos sejam expostos a desvios de formadores e professores sem explícita comunhão eclesial, e sem um testemunho claro de busca da santidade. As mesmas visitas apostólicas aos seminários ficariam sem efeito significativo e duradouro, se os Bispos não assumissem decididamente a imediata introdução das mudanças solicitadas pelo Visitador. Convém, enfim, que os Bispos que enviam seminaristas em seminários de outra Diocese ou Província conheçam bem o espírito do seminário, e o apóiem integralmente.

6. Nunca é demais repetir aqui que através da «teologia, o futuro sacerdote adere à Palavra de Deus, cresce na vida espiritual e dispõe-se a desempenhar o seu ministério sacerdotal» (*Pastores dabo Vobis*, 51). Daí a importância de que haja um acompanhamento atento e vigilante de toda a vida do seminarista, mas especialmente dos estudos teológicos, pois cabe ao Bispo zelar pela boa doutrina proporcionada no Seminário.

De modo especial, juntamente com a cristologia, a eclesiologia é hoje a pedra de toque duma formação sadia dos candidatos ao sacerdócio. O estudo e o ensino da teologia têm exigências hauridas da sua mesma natureza; uma delas, sem dúvida imprescindível, é que a teologia deve conservar na Igreja sua própria identidade, que não depende intrinsecamente do momento histórico que está a atravessar.

Os esforços, certamente legítimos e necessários, de unir a mensagem cristã à mentalidade e à sensibilidade do homem moderno, e de expor a verdade da fé com instrumentos extraídos da filosofia moderna, das ciências positivas, ou partindo da situação do homem e da sociedade contemporânea, podem, se não forem devidamente controlados, comprometer a mesma natureza da teologia, e até mesmo o conteúdo da fé. É necessário que a razão, movida pela Palavra de Deus e pelo seu maior conhecimento, seja conduzida a fim de evitar «percursos que poderiam conduzi-la fora da Verdade revelada» (Carta enc. *Fides et Ratio*, 73).

Em algumas partes do mundo, e parece também no Brasil, em algumas Faculdades ou Institutos de Teologia foi defendida uma visão mutilada da Igreja, segundo determinadas ideologias reinantes, esquecendo-se o essencial: *que a Igreja é participação no mistério de*

Cristo encarnado. Eis porque urge insistir na necessidade de a teologia conservar, na Igreja, a própria identidade.

Assumiu, portanto, verdadeiro profetismo o princípio alcançado na Assembléia conciliar segundo o qual o *mistério de Cristo e a história da salvação* devem constituir o centro de convergência das várias disciplinas teológicas (cf. *Optatam totius*, 16). O tema da Igreja, como mistério divino, não é apenas o primeiro capítulo da *Lumen gentium*, mas é o que permeia todo o documento. Cabe aos Bispos uma atitude de vigilância, para que as aulas de teologia não se reduzam a uma visão humana da Igreja no meio dos homens.

Isto não impede de confirmar a *finalidade pastoral* dos estudos teológicos, a fim de que « todos os aspectos da formação espiritual, intelectual e disciplinar, sejam ordenados de forma harmônica para este fim pastoral, e todos os Superiores e professores, fielmente obedientes à autoridade do Bispo, se dêem à consecução deste fim, numa ação diligente e concorde » (*ib.*, 4).

Isto leva, em última análise, ao elemento formal, que está no mesmo âmago da teologia, o da *missionariedade*. O Concílio foi muito explícito a este respeito, quando no Decreto *ad Gentes* sobre a atividade missionária, exortou os professores de Seminários e Universidades a pôr sempre em evidência, de modo especial nas disciplinas dogmáticas, bíblicas, morais e históricas, « aqueles aspectos missionários nelas contidos, para desse modo se ir formando a consciência missionária dos futuros sacerdotes » (n. 39). A adequada formação nos seminários será de grande benefício para a Igreja tanto para a ação evangelizadora, como para uma autêntica promoção humana.

7. Caros Irmãos no Episcopado, no final do nosso encontro, dirijo-me ainda para o vosso país bem amado e, de modo especial, para os filhos dessa terra do Estado do Rio e da sua capital, cada um no nível de responsabilidade que lhe é próprio, a empenhar-se com resolução a edificar o Reino de Deus neste mundo.

Neste início de milênio, desejo para todos um tempo de graça que está a anunciar uma nova primavera de vida cristã e lhes permita responder com audácia os apelos do Espírito. Confio à Virgem Maria, Mãe do Redentor, o vosso ministério e a vida das vossas comunidades eclesiais, a fim de que guie vossos passos para o seu Filho, Jesus. Do íntimo do coração, dou-vos a Bênção Apostólica, que faço extensiva aos sacerdotes e seminaristas, religiosos, religiosas, catequistas e todos os fiéis diocesanos.

Aos Bispos do Brasil (III)

(Regionais Norte I e Noroeste)

14 setembro 2002

Queridos Irmãos no Episcopado:

1. Com prazer vos recebo hoje, Pastores da Igreja que está no Brasil, em representação dos Regionais Norte-1 e Noroeste da Conferência Nacional dos Bispos do Brasil. A visita *ad Limina* oferece a ocasião para vos encontrardes com o Sucessor de Pedro e os seus colaboradores, e receberdes deles o apoio necessário para a vossa ação pastoral.

De todo o coração agradeço a *D. Luiz Soares Vieira*, Arcebispo de Manaus, as amáveis palavras que me dirigiu em nome de todos, para renovar as vossas expressões de afeto e estima e me fazer partícipe das preocupações e esperanças da Igreja que pastoreia naquela região. Por meio de vós, saúdo igualmente os sacerdotes, as religiosas, os religiosos e os fiéis das vossas Dioceses. Levai-lhes a recordação cheia de afeto do Papa, que os tem presentes na sua oração para que cresçam na fé em Cristo e na caridade com o próximo.

2. A nota distintiva da vossa missão de Pastores do povo que vos foi confiado é a de ser, antes de tudo, promotores e *modelos de comunhão*. Assim como a Igreja é una, assim também o episcopado é um só e, como afirma o Concílio Vaticano II, o Papa constitui «o princípio e fundamento perpétuo e visível da uni-

dade, não só dos Bispos mas também da multidão dos fiéis» (*Lumen Gentium*, 23). Por isso, a união colegial do episcopado entre si é um dos elementos constitutivos da unidade da Igreja.

Esta união entre os Bispos é particularmente necessária nos nossos dias, uma vez que as iniciativas pastorais têm múltiplas formas e transcendem os limites da própria Diocese. A comunhão deve concretizar-se, além disso, numa cooperação pastoral em programas e projetos comuns «em temas de maior relevo, sobretudo naqueles que se referem aos pobres» (*Ecclesia in America*, 37). A região amazônica é sem dúvida sensível aos problemas de desenvolvimento ligado ao aproveitamento das riquezas do seu subsolo, e é também conhecida como o celeiro da biodiversidade. Por isso, há um conjunto de fatores ligados ao homem e ao seu *habitat* que requerem a devida atenção, para proporcionar o justo amparo de boa parte da sua gente, inclusive daquela que vive nos limites ínfimos da pobreza.

Por outro lado, as comunidades eclesiais necessitam de pastores que sejam homens de fé e estejam unidos entre si, capazes de enfrentar os desafios de uma sociedade cada vez mais propensa à secularização e ao consumismo. Com efeito, ainda que boa parte do povo tenha recebido o batismo na Igreja católica e pratique uma variada religiosidade popular, carece, às vezes, de uma fé sólida e esclarecida. Neste sentido, a falta de um vigor vivencial e eclesial da fé e a indiferença frente aos valores religiosos e aos princípios éticos são um forte obstáculo para a evangelização. Tudo isto se torna ainda mais difícil pela presença de seitas e de novos grupos pseudo-religiosos, cuja expansão tem lugar também em ambientes tradicionalmente católicos. Este fenômeno exige um

profundo estudo «para se descobrir os motivos porque bastantes católicos abandonam a Igreja» (*Ecclesia in America*, 73).

Como mestres da sã doutrina, chamados a indicar o caminho seguro que leva ao Pai, e como servidores da luz que é Cristo, «imagem de Deus invisível» (*Col 1,15*), não deixeis de oferecer unidos, como sucessores dos Apóstolos, o ensinamento do Magistério eclesial.

3. «O cálice de bênção que benzemos não é ele a comunhão do sangue de Cristo? E o pão que partimos não é ele a comunhão do corpo de Cristo? Porque somos um só pão e um só corpo apesar de muitos, pois todos participamos desse único pão» (*1 Cor 10, 16-17*). Esta afirmação do Apóstolo das Gentes, mesmo dirigida a todo o Povo de Deus, cobra maior relevo quando se trata de referir àquela *espiritualidade da comunhão* entre os bispos chamados a viver, com especial empenho, a colegialidade (cf. *Novo Millennio Ineunte*, 44).

A Igreja é Una como o Corpo de Cristo é Uno. A unidade da Igreja não é só uma «nota» para ser reconhecida no mundo, mas «sua mesma natureza». Desta forma ela é o início da sua existência, seu fundamento e meta, dom original e tarefa para realizar e resolver. Os fiéis, «alimentados pelo Corpo de Cristo na Eucaristia, manifestam visivelmente a unidade do Povo de Deus, que neste augustíssimo sacramento é perfeitamente significada e admiravelmente realizada» (*Lumen gentium*, 11). Não é só a comunidade local dos fiéis quem se reúne diante do altar, mas verdadeiramente a Igreja Católica, toda inteira e no seu conjunto, que faz-se presente em cada celebração do sacramento da unidade.

Unindo mais estreitamente os homens a Cristo, a Eucaristia faz deles um só Corpo, o Corpo Místico de Cristo, que é a Igreja, a ponto de poder chamar a Eucaristia, *sacramentum unitatis* (cf. S. Tomás de Aquino, *Supplementum*, q. 71, a. 9). Recolhendo o ensinamento bíblico-patristico, meu predecessor S. Pio X afirmará com vigor que a «Eucaristia é símbolo, princípio e raiz da unidade católica, fator de concórdia entre os espíritos» (*Constitutio Apostolica de SS. Eucharistia promiscuo sumenda*: AAS 1912, 675). O mesmo Concílio Vaticano II ressaltou, como sabemos, que ela é «sinal de unidade e vínculo de caridade» (*Sacrosanctum Concilium*, 47).

Estas conclusões, que certamente não vos escapam, quis recordá-las, pensando precisamente naquelas imensas regiões que vos são bem familiares e que, por obra e graça do Espírito Consolador, foram confiadas ao vosso zelo pastoral. Não deveis sentir-vos distantes uns dos outros, apesar da vastíssima superfície que frequentemente deveis cobrir, não só para atingir as zonas mais remotas do Estado, mas para manter esse contato necessário, aliás indispensável, no exercício do múnus episcopal. Desejo manifestar aqui meu sincero apreço pelo grande esforço missionário realizado por vós e por tantos presbíteros, religiosos, religiosas e leigos nessas regiões do norte brasileiro. Que Deus vos recompense, com abundantes frutos de alegria e de paz.

4. Diz o Profeta Isaías, «*non est abbreviata manus Domini*» (*Is* 59, 1), não se tornou mais curta a mão de Deus. Ele não é hoje menos poderoso do que em outras épocas, nem é menos verdadeiro seu amor pelos homens. Sua ação, também hoje, é uma reali-

dade que o fiel sabe reconhecer à luz dos sinais dos tempos, e à qual ele procura corresponder com júbilo e gratidão.

Cristo deu à sua Igreja a segurança da doutrina, cuidou que houvesse pessoas que orientassem com sua luz, que conduzissem e trouxessem constantemente à memória o caminho por Ele traçado. Dispostos de um tesouro infinito de ciência: a Palavra de Deus, conservada pela Igreja; a graça de Cristo, confiada a seus pastores, através da administração dos Sacramentos. E, como não recordar o testemunho e o exemplo dos que vivem com retidão ao nosso lado, e que souberam construir com suas vidas um caminho de fidelidade a Deus?

Esta é a Igreja de Cristo, veneráveis Irmãos no Episcopado, que nos gerou e que agora nos acompanha, perdoando nossos pecados e animando-nos a uma vida nova, confiantes naquele que «ressuscitou verdadeiramente» (Mt 28, 6).

A esta Igreja é inevitável demonstrar-lhe nosso amor e nossa veneração. É a atitude natural de filhos pela própria mãe. Aos seus pastores cabe um amor de predileção, uma dedicação sem limites, um serviço abnegado, sentido-se capazes de renunciar a qualquer interesse pessoal para viver a mesma obediência com que Cristo padeceu do alto da Cruz.

5. Além desta dimensão da *koinonía* eclesial afetiva, cumpre também recordar a *dimensão efetiva* pois, como sabemos, existe uma única Igreja, que subsiste na Igreja Católica, governada pelo sucessor de Pedro e pelos Bispos em comunhão com ele.

Retorna aqui, veneráveis Irmãos no Episcopado, a servir-nos de luz para este nosso encontro fraterno, a eclesiologia eucarística, de inegável transcendência,

quando se trata de ressaltar que na unidade da Igreja está também radicada a unidade no Episcopado.

Ao aprovar a Carta que dirige ao episcopado mundial precisamente sobre este tema, fazia minha a afirmação na qual «unidade da Eucaristia e unidade do Episcopado *com Pedro e sob Pedro* não são raízes independentes da unidade da Igreja, porque Cristo instituiu a Eucaristia e o Episcopado como realidades essencialmente vinculadas. O Episcopado é *um* só assim como *uma* só é a Eucaristia: o único Sacrifício do único Cristo morto e ressuscitado» (Congr. para a Doutrina da Fé: *Carta aos Bispos da Igreja Católica sobre alguns aspectos da Igreja entendida como comunhão*, 14). E mais adiante, concluía-se, «toda celebração válida da Eucaristia exprime esta comunhão *com Pedro* e com toda a Igreja...» (*ibid.*).

Com patente objetividade S. Cipriano alertava: «devemos manter e defender com toda energia esta unidade, especialmente os bispos, que fomos colocados à frente da Igreja, para provar que o mesmo Episcopado é uno e indivisível» (*Sobre a unidade da Igreja católica*, 4-6). Por isso, esse vosso esforço em deslocar-vos a Roma, para, «*em obediência à fé*» (*Rom* 1, 5), *ir a Pedro* e viver, no vosso ministério, *sob Pedro*, só poderá traduzir-se naquela unidade de espírito e de ação, que se convertirá em obras, para a maior edificação do Reino de Deus neste mundo.

6. Ao longo deste Pontificado, o Senhor permitiu-me, na esteira dos meus imediatos predecessores na Sé de Pedro, avaliar com maior profundidade aquelas verdades que sempre estiveram implícitas na consciência eclesial, como o papel dos leigos na Igreja, a origem sacramental da potestade de jurisdição dos bispos, a necessidade de uma cristianização das estruturas terrestres e de uma positivação das diretrizes

sobre os direitos do homem, da família, o respeito à vida, a relevância extraordinária de todas as sinceras manifestações da liberdade, etc...

Poder-se-á dizer que são muitos os documentos publicados por esta Sé Apostólica, e, ante a urgência dos trabalhos pastorais, não há tempo para aprofundá-los, como seria de se esperar. Como já tive ocasião de dizer, «o Pontífice Romano cumpre a sua missão universal ajudado pelos organismos da Cúria Romana e em particular pela Congregação para a Doutrina da Fé, no que se refere à doutrina sobre a Fé e a Moral» (cf. Cons. ap. *Pastor bonus*, 28.6.1988, 48-55). Assim, compete aos Bispos explicitar autorizadamente, em próprio ou através dos presbíteros e da catequese, essa missão intransferível de ensinar a Verdade evangélica.

A ocasião me é propícia para recordar então a importância da prioridade na formação das vocações, através de uma adequada formação dos candidatos ao sacerdócio (cf. *Ecclesia in America*, 40). Ao mesmo tempo, convém empenhar-se no acompanhamento dos presbíteros nas suas funções ministeriais, com uma apropriada *formação permanente* humana, espiritual, intelectual e pastoral, dentro dos limites das possibilidades de cada Diocese, ou com iniciativas a caráter regional ou nacional.

Enfim, às vezes, ouve-se dizer que o papa desconhece a realidade local, ou aquela mais ampla do continente Latino-americano. Ele, porém, procura pôr a máxima atenção naquilo que os seus irmãos bispos lhe dizem periodicamente nas visitas *ad Limina*. Além disso, as numerosas ocasiões em que, com a graça de Deus, foi-lhe possível visitar a América Latina, e manter contacto direto com as populações daquela terra rica de promessas evangelizadoras, asseguraram uma vez mais a confiança que o Sucessor

de Pedro deposita na vossa missão de Pastores. Faço votos, portanto, que as mensagens que vos são dirigidas possam colaborar na orientação dos fiéis daquele que é considerado o Continente da esperança.

7. Caros Irmãos no Episcopado, somos chamados a ouvir como um discípulo o que o Espírito está a dizer às Igrejas (*Ap* 2, 7), a fim de falarmos como mestres em nome de Cristo, declarando repletos de alegria, como o fez S. João Damasceno: «E vós, nobre vértice da mais íntegra pureza, ilustre assembléia da Igreja, que esperais a ajuda de Deus, vós, em quem Deus habita, recebeis das nossas mãos a doutrina da fé, que fortifica a Igreja, tal como no-la transmitiram os nossos pais» (*Exposição sobre a fé*, 1). Peço a Deus que tenhais sucesso nesta importante tarefa pastoral, para que a Igreja no Brasil, e mais particularmente do Amazonas, resplandeça com toda a sua glória, como Esposa de Cristo, que Ele escolheu com amor infinito. Ao confiar vossa missão apostólica à intercessão da Virgem Maria, que em todas as épocas é a esplendente Estrela da Evangelização, concedo de coração a minha Bênção Apostólica a vós, aos sacerdotes, religiosos, religiosos e leigos das Dioceses.

Aos Bispos do Brasil (IV)

(Regionais Oeste I e II)

21 setembro 2002

Queridos Irmãos no Episcopado:

1. É para mim motivo de alegria receber-vos hoje, Arcebispos e Bispos das Províncias eclesiais dos Regionais Oeste 1 e 2, correspondentes respectivamente ao Mato Grosso do Sul e ao Mato Grosso, que viestes a Roma para renovar vossa fé diante do túmulo dos Apóstolos. Esta é a primeira vez que a Diocese de Juína e a Prelazia de Paranatinga, erigidas no último quinquênio, efetuam a Visita *ad Limina*, com a qual todos os Bispos reafirmam o seu vínculo de comunhão com o Sucessor de Pedro. Agradeço de coração a *D. Bonifácio Piccinini*, Arcebispo de Cuiabá, a saudação que me dirigiu em nome de todos e, a cada um de vós, agradeço também a oportunidade que me foi proporcionada, nas entrevistas particulares, de conhecer o sentir das Comunidades a quem servis como Pastores, participando assim no anelo de que vosso rebanho cresça «em todas as coisas [...] Aquele que é a Cabeça, o Cristo» (Ef 4, 15).

Com o objetivo de encorajar a vossa solicitude pastoral desejo agora compartilhar convosco algumas reflexões, sugeridas pela situação concreta em que exercéis o ministério de dar a conhecer e «anunciar o Mistério de Cristo» (Col 4, 3).

2. A visita *ad Limina* dos sucessivos e numerosos grupos de Pastores que formam o Episcopado do Brasil vai marcando caminho e realizando uma forte

experiência de comunhão, afetiva e efetiva, através de tantos e enriquecedores diálogos, que quis ressaltar no precedente encontro com o grupo amazonense. Constatado com satisfação o esforço que estais realizando, tanto de maneira conjunta como nas diversas dioceses, por forjar uma comunidade eclesial repleta de vitalidade e evangelizadora, que vive uma profunda experiência cristã alimentada pela palavra de Deus, pela oração e pelos sacramentos, coerente com os valores evangélicos na sua existência pessoal, familiar e social.

Dentro da vasta e empolgante responsabilidade que vos é própria, quero deter-me hoje sobretudo na *colaboração dos fiéis leigos na vida diocesana, mas sobretudo no sagrado ministério dos sacerdotes*. Não é novidade de que vosso País conta o maior número de batizados na Igreja católica em todo o mundo. Na esteira do Concílio Vaticano II, do Sínodo dos Bispos de 1987 e da Exortação Apostólica *Christifidelis laici*, que é o seu fruto, houve um destaque a propósito da identidade dos leigos fundada na « radical novidade que promana do Batismo » (n. 10). A chamada feita a todos os membros do Corpo Místico de Cristo, a participar ativamente na edificação do Povo de Deus, ressoa continuamente nos documentos do Magistério (cf. *Lumen gentium*, 3; *Apostolicam actuositatem*, 24).

3. Em 1997 voltou à luz este princípio no qual se reafirmou a identidade própria, na dignidade comum e na diversidade de funções, dos fiéis leigos, dos ministros sagrados e dos consagrados (cf. Instr. sobre a colaboração dos fiéis leigos no sagrado ministério dos sacerdotes, *Premissa*). É importante refletir sobre esta participação, para realizá-la na maneira mais oportuna, especialmente nas comunidades que normalmente constituem a vida das dioceses e, em torno

as quais, seus membros colaboram ativamente. A Igreja nasce da «disposição totalmente livre e misteriosa da sabedoria e bondade do Pai» (*Lumen gentium*, 2) de salvar todos os homens através do seu Filho e no Espírito Santo. «*De unitate Patris et Filii et Spiritus Sancti plebs adunata*»: assim descreve a Igreja o Bispo e mártir S. Cipriano (*De Orat. dom.* 23; PL 4, 553). Cristo, ao fundar a sua Igreja, o faz não como uma simples instituição que se auto-sustentaria juridicamente e na qual se inseririam os homens para alcançar a salvação. Ela é bem mais do que isto. O Pai chamou homens e mulheres, para que constituíssem um Povo de filhos no Filho, em Cristo, mediante a carne imolada do seu Filho feito homem; dito de outro modo, para que fossem Corpo de Cristo.

O Concílio abriu-se a uma visão positiva da índole peculiar dos fiéis leigos, a qual tem como específico «procurar o Reino de Deus tratando das coisas temporais e ordenando-as segundo Deus» (*Lumen gentium*, 31). Os que vivem no mundo, e dele haurem sua matéria-prima de santificação, procuram transformar as realidades humanas a fim de favorecer o bem comum familiar, social e político, mas sobretudo para elevá-las a Deus, glorificando o Criador e vivendo cristãmente entre os seus semelhantes.

Alguns dos senhores bispos aqui presentes recordarão que, por ocasião do meu *Encontro com o Laicato católico* de Campo Grande, em 1991, quis recordar as «diversas formas de participação orgânica dos leigos na única missão da Igreja-comunhão», justamente na situação, no lugar que Deus dispôs que estes ocupassem no mundo (n. 1).

A Igreja tem a finalidade de continuar no mundo a missão salvífica de Cristo. Ao longo da história, ela se compromete realizar este mandato com a luz do

Espírito Santo mediante a ação dos seus membros, nos limites da função própria que cada qual exerce dentro do Corpo Místico de Cristo.

4. Entre os objetivos da reforma litúrgica, estabelecida pelo Concílio Vaticano II, estava a necessidade de levar «todos os fiéis àquela participação nas cerimônias litúrgicas, que exige a mesma natureza da liturgia, e à qual o povo cristão “linhagem escolhida, sacerdócio real, gente santa, povo de conquista” (1 *Pdr* 2, 9) tem direito e obrigação em virtude do Batismo» (*Sacrosanctum Concilium*, 14).

Na prática, porém, nos anos posteriores ao Concílio, a fim de dar cumprimento a tal desejo, foi-se estendendo arbitrariamente «a confusão de funções naquilo que se refere ao ministério sacerdotal e à função dos leigos: a recitação indiscriminada e comum da oração eucarística, homilias pronunciadas por leigos, distribuição da Comunhão por parte dos leigos, enquanto que os sacerdotes se eximem» (Instr. *Inestimabile donum* 3.04.1980, *Premissa*).

Tais graves abusos práticos tiveram com frequência sua origem nos erros doutrinários, sobretudo quanto à natureza da Liturgia, do sacerdócio comum dos cristãos, da vocação e missão dos leigos e quanto ao ministério ordenado dos sacerdotes.

Veneráveis Irmãos no Episcopado, o Concílio, como sabem, «considerou a Liturgia como exercício da função sacerdotal de Cristo. Nela, os sinais sensíveis significam e, cada um à sua maneira, realizam a santificação dos homens; nela, o Corpo Místico de Jesus Cristo, Cabeça e membros, presta a Deus o culto público integral» (*Sacrosanctum Concilium*, 7).

A Redenção é totalmente realizada por Cristo. No entanto, nesta obra tão grande, pela qual Deus é perfeitamente glorificado e os homens santificados,

nosso Salvador associa sempre consigo sua Esposa amadíssima, a Igreja (cf. *Sacrosanctum Concilium*, 7). Através da Liturgia, o Senhor «continua na sua Igreja, com ela e por ela, a obra da nossa redenção» (*Catecismo da Igreja Católica*, 1069).

A Liturgia é ação de todo o Corpo Místico de Cristo, Cabeça e membros (*ibid.*, 1071). É ação de todos os fiéis, porque todos participam do sacerdócio de Cristo (*ibid.*, 1141 e 1273). Mas nem todos têm a mesma função, porque nem todos participam do mesmo modo no sacerdócio de Cristo. Pelo Batismo, todos os fiéis participam do sacerdócio de Cristo; é o que veio a chamar-se de «sacerdócio comum dos fiéis». Além deste sacerdócio, e para servi-lo, existe outra participação na missão de Cristo: a do ministério conferido pela Sacramento da Ordem (*ibid.*, 1591), ou seja o «*sacerdócio ministerial*». «O sacerdócio comum dos fiéis e o sacerdócio ministerial, embora se diferenciem essencialmente e não apenas em grau, ordenam-se mutuamente um ao outro; pois um e outro participam, a seu modo do único sacerdócio de Cristo. Com efeito, o sacerdócio ministerial pelo seu poder sagrado, forma e conduz o povo sacerdotal, realiza o sacrifício eucarístico fazendo as vezes de Cristo e oferece-o a Deus em nome de todo o povo; os fiéis, por sua parte, concorrem para a oblação da Eucaristia em virtude do seu sacerdócio real, que eles exercem na recepção dos sacramentos, na oração e na ação de graças, no testemunho da santidade de vida, na abnegação e na caridade» (*Lumen gentium*, 10).

5. O prescindir-se desta diferença essencial, e da mútua ordenação entre sacerdócio ministerial e sacerdócio comum dos fiéis, teve repercussões imediatas nas celebrações litúrgicas – ações da Igreja organicamente estruturada.

Quis recordar aquelas declarações do Magistério da Igreja, na certeza de que, mesmo conhecendo-as, possam tornar a expô-las com simplicidade para que os leigos evitem de realizar na liturgia as funções que são de exclusiva competência do sacerdócio ministerial, pois só este age especificamente *in persona Christi capitis*.

Já tive ocasião de referir-me à confusão e, às vezes, à equiparação entre sacerdócio comum e sacerdócio ministerial; à escassa observância de certas leis e normas eclesiais, à interpretação arbitrária do conceito de «suplência»; à tendência da «clericalização» de fiéis leigos, etc..., assinalando a necessidade de que os pastores estejam vigilantes para que se evite um fácil e abusivo recurso a supostas «situações de emergência» ou de «necessária suplência», ali onde não se verificam objetivamente ou onde é possível solucionar com um programa pastoral mais racional (*Christifidelis laici*, 23).

Desejo recordar aqui, que os fiéis não-ordenados podem exercer certas tarefas ou funções de colaboração no serviço pastoral, quando são expressamente habilitados para tanto pelos seus respectivos Pastores sagrados (...) e de acordo com as prescrições do direito (*C.I.C.*, cân. 228,1). Igualmente, não gozam de direito a voz ativa ou passiva no conselho presbiteral os diáconos, os fiéis não ordenados, bem como os presbíteros que tenham perdido o estado clerical ou que, de algum modo, tiverem abandonado o ministério sagrado (*Instr. sobre a colaboração dos fiéis leigos no sagrado ministério dos sacerdotes*, Art. 5).

Enfim, lembro ainda que os componentes do Conselho Pastoral diocesano ou paroquial gozam exclusivamente de *voto consultivo*, não podendo, por isso, tornar-se deliberativo (*ibid.*). O Bispo ouvirá os fiéis, clérigos e leigos, para formar-se uma opinião, embora

estes não possam formular o juízo definitivo da Igreja, que cabe ao Bispo discernir e pronunciar, não por mera questão de consciência, mas como Mestre da Fé (C.I.C., cân. 212 e 512,2). Deste modo, se evitará que o Conselho Pastoral possa entender-se de modo impositivo como órgão representativo ou porta-voz dos fiéis da Diocese.

6. Dentro de um contexto mais amplo, mas sem querer afastar-me destas considerações que vos venho fazendo, desejo também referir-me ao tema da restauração do Diaconado-permanente para homens casados, que constituiu um importante enriquecimento para a missão da Igreja após o Concílio.

De fato, o Catecismo da Igreja Católica considera sua conveniência «na vida litúrgica e pastoral, e nas obras sociais e caritativas» (*Catecismo da Igreja Católica* 1571). A colaboração que o diácono-permanente presta à Igreja, de modo especial onde há falta de presbíteros é, sem dúvida, de grande benefício na vida eclesial. Existe no Brasil a *Comissão Nacional dos Diáconos*, que tem a função de zelar a fim de que a índole do seu serviço possa atuar, sob a autoridade dos bispos, onde for requerido para o bem do povo fiel. Certamente o serviço do diácono-permanente é e será sempre limitado às prescrições do direito, pois cabe aos presbíteros exercer a plena potestade ministerial; evita-se, desta forma, o risco da ambigüidade que pode confundir os fiéis, sobretudo nas celebrações litúrgicas.

Os pastores devem, porém, sentir a necessidade de estimular a pastoral vocacional de jovens que, por amor a Deus e à sua Igreja, queiram entregar-se no *celibato apostólico* real e definitivo – com retidão moral e autêntica liberdade espiritual – à causa de Deus.

A proposta do celibato sacerdotal por parte da Igreja é clara nas suas exigências: abraça a perfeita continência pelo Reino dos Céus.

7. Ao terminar este encontro, peço-vos encarecidamente que sejais portadores da minha cordial lembrança aos vossos diocesanos matogrossenses. Tenho especialmente presente os jovens no início da sua caminhada eclesial. Tornai-vos participantes da experiência daquelas comunidades diocesanas mais antigas e animai-vos a viver com alegria a fé em Cristo, nosso Salvador.

Confio vossos propósitos e projetos pastorais à proteção materna da Virgem Maria, que com tanto fervor é sempre invocada no Brasil como a Senhora Aparecida. Aproveito também para saudar, por vosso intermédio, os presbíteros e todos os ministros da Igreja, os diáconos-permanentes, as comunidades de consagrados, as paróquias, as Associações cristãs, as famílias, os anciãos e os que sofrem todo tipo de penas físicas ou morais; lembro também com alegria dos jovens e das crianças, objeto das minhas grandes esperanças; enfim, a todos os queridos diocesanos do Mato Grosso e do Mato Grosso do Sul, desejo que levem a certeza do meu afeto e o meu encorajamento a viverem a própria vocação cristã em união com Deus Nosso Senhor e com o Sucessor de Pedro, com a ampla Bênção Apostólica que lhes dou de todo o coração.

Aos Bispos do Brasil (V)

(Regional Nordeste II)

28 setembro 2002

Queridos Irmãos no Episcopado:

1. Com alegria vos recebo hoje, Pastores da Igreja de Deus no Brasil, vindos das sedes metropolitanas de Olinda-Recife, Paraíba, Maceió e Natal, e das Dioceses sufragâneas. São Igrejas que carregam uma rica tradição espiritual e missionária – uma delas santificada pelo martírio de sacerdotes, religiosos e leigos –, e enriquecidas com as sólidas virtudes de numerosas famílias cristãs que sedimentaram a fé do vosso solo pátrio. Vindes a Roma para realizar esta visita *ad Limina*, venerável instituição que contribui para manter vivos os estreitos vínculos de comunhão que unem cada Bispo com o Sucessor de Pedro. A vossa presença aqui faz-me sentir também próximos os sacerdotes, religiosos e fiéis das Igrejas particulares a que presidis.

Agradeço o Senhor Bispo *D. Fernando Antônio Saburido*, Presidente do Regional Nordeste-2, pelas amáveis palavras que me foram dirigidas, em nome de todos, renovando expressões de afeto e estima e fazendo-me participar das vossas preocupações e projetos pastorais. A ocasião me é propícia para recordar a *D. Antônio Soares Costa*, vosso predecessor à frente deste Regional que, por um misterioso desígnio da Providência, veio a faltar na metade deste ano; que Deus o tenha na sua glória! Peço ao Senhor cheio de misericórdia que, nas vossas dioceses e em

todo o Brasil, progredam sempre a mesma fé, a esperança, a caridade e o *corajoso testemunho de todos os cristãos, de conformidade com a herança recebida pela Igreja desde os tempos dos Apóstolos.*

2. Inicialmente, desejo fazer constar minha profunda gratidão pelo zelo com que desempenhastes a missão que vos tem sido confiada, frequentemente em circunstâncias difíceis para pastorear vosso rebanho. Muitas vezes o Pastor deve tomar decisões, «graviter onerata conscientia», sobre assuntos que dizem respeito não só a uma pessoa, mas também a uma comunidade ou a instituições da sua Diocese. «Deus, a Quem presto culto no meu espírito, ao serviço do Evangelho de Seu Filho, me é testemunha de como, constantemente, me recordo de vós» (*Rom 1, 9*). A Ele peço ardentemente que vos mantenhais firmes na fé e corajosos na esperança que vos foi dada, «pois nem a morte, nem a vida, (...), nem o presente, nem o futuro, nem as potestades, nem a altura, nem a profundidade, nem qualquer outra criatura poderá separar-nos do amor de Deus, que está em Cristo Jesus, Nosso Senhor» (*Rom 8, 38-39*).

Conheço a dinâmica das vossas Assembléias e o esforço por definir os diversos planos pastorais, que dão prioridade à formação do clero e dos agentes da pastoral. Alguns dentre vós fomentaram movimentos de evangelização para facilitar o agrupamento dos fiéis numa linha de ação. Nestes últimos anos quis nomear novos Pastores em algumas Dioceses, como as de Floresta, Guarabira, Palmares, por não citar outras, permitindo assim prosseguir a obra de evangelização naquelas regiões. O Sucessor de Pedro conta convosco para que vossa preparação se apoie sempre naquela espiritualidade de comunhão e de fidelidade à Sé de Pedro, a fim de garantir que a ação

do Espírito não seja vã. Com efeito, a *integridade da fé, junto à disciplina eclesial, é e será sempre tema que exigirá atenção e desvelo por parte de todos vós, sobretudo quando se trata de saber ponderar que existe « só uma fé e um só batismo »*.

3. Entre os vários documentos que se ocupam, como sabeis, da unidade dos cristãos, está o *Diretório para o ecumenismo* publicado pelo Pontifício Conselho para a Unidade dos Cristãos. Vários parágrafos deste Documento descrevem a « formação dos que se dedicam ao ministério pastoral » (n. 70-86), a « formação especializada » de agentes ecumênicos (n. 87-90) e a « formação permanente » de presbíteros e diáconos e outros agentes da pastoral « numa contínua atualização, tendo em vista que o movimento ecumênico está em evolução » (n. 91).

Estas normas poderão dar uma sadia orientação ao estudo teológico. O fundamento, o centro, o objetivo final da fé é Cristo, e a missão da Igreja consiste em anunciá-lo como nosso único Salvador. A ação da Igreja desenrola-se, em particular, mediante o ministério dos sacerdotes. Por isso, desejo renovar, uma vez mais, o apelo em considerar no vértice da vossa solicitude pastoral, a importância em promover vocações sacerdotais. Para atender à numerosa população de fiéis católicos, fazem falta sacerdotes possuídos de uma formação à altura, que lhes permita assumir a gravosa tarefa de representar a Pessoa de Cristo para as comunidades locais.

Por outro lado, uma adequada formação dos agentes da pastoral, como apoio da evangelização promovida pelos Bispos e presbíteros, revelar-se-á de grande utilidade para estimular a convivência e o testemunho da fé nos ambientes mais difíceis.

4. «Que todos sejam um; como Tu, ó Pai, estás em Mim e Eu em Ti, que também eles estejam em nós» (Jo 17, 21).

Aquele que foi, ao mesmo tempo, um apelo e uma prece, «revela-nos a unidade de Cristo com o Pai, como lugar fontal da unidade da Igreja e dom perene que ela receberá misteriosamente d'Ele até ao fim dos tempos» (*Novo Millennio Ineunte*, 48). Estas considerações feitas logo após o início do novo milênio, nos lembram a *importância de acolher e de fomentar decididamente o espírito ecumênico* com as demais Igrejas e comunidades eclesiais.

No limiar do ano 2000, tive a oportunidade de dar início à Campanha da Fraternidade, convidando a dialogar com os irmãos na fé, sendo corresponsáveis com a Igreja em sua missão pastoral e salvadora. A aproximação entre todos os cristãos na caminhada ecumênica promovida pelo Conselho Nacional das Igrejas Cristãs do Brasil, para que todos os homens creiam em Cristo, tem colaborado para um maior entendimento, numa busca comum da unidade querida pelo Senhor.

Trata-se porém de querer ver concretizada tal unidade em espírito e vida, não só em vossas regiões, mas em todo o país. Certamente o Brasil continua sendo uma nação prevalentemente católica, devendo no entanto conviver com diversas outras Igrejas e comunidades eclesiais, com as quais é importante cultivar boas relações para uma mais incisiva ação evangelizadora.

5. A perspectiva ecumênica da teologia apela ao assentimento da fé contida ou explicitada nas Sagradas Escrituras e na Tradição, e ensinada pelo Magistério da Igreja. Conheço o esforço de vossas Dioceses dirigido a fixar as bases de um sadio ecumenismo.

Mas, se o mesmo Diretório, antes citado, afirmava que «a diversidade é uma dimensão da catolicidade» (n. 16), isto não deve induzir a um certo *indiferentismo* que vá a nivelar, num falso irenismo, todas as opiniões.

Faço votos de que o esforço das Comunidades cristãs em alcançar a tão suspirada unidade, esteja sempre fundado na verdade «já manifestada por Deus à Igreja na sua realidade escatológica» pois «os elementos desta Igreja já realizada existem, reunidos na sua plenitude na Igreja Católica e, sem essa plenitude, nas demais Comunidades» (Carta Enc. *Ut unum sint*, 14).

Não há porém incompatibilidade entre a afirmação de uma adesão incondicionada à Verdade de Jesus Cristo e o respeito pelas consciências. Se a religião não é somente uma questão de consciência, mas também de *livre* adesão à Verdade, que pode ou não ser acolhida, não deve porém ser transigida no seu conteúdo; por isso, é preciso ilustrá-la, sem deixar passar os elementos contidos nos dados revelados. Tal é a importância do vosso empenho em constituir formadores aptos a garantir a máxima fidelidade no ensino teológico. Formar as consciências, na plena fidelidade ao plano da salvação revelado pelo Redentor dos homens, é tarefa de grande responsabilidade dos Pastores e dos seus presbíteros.

A *catequese* é, sem dúvida, outro campo que merece particular atenção, pois a existência de escolas, colégios, Universidades católicas ou não constitui a base cultural e educacional do povo dessa grande nação. O Brasil sempre foi berço de uma convivência serena entre os diversas concepções de pensamento, e não poderá deixar de sê-lo. Junto à típica atitude de acolhida e de convivência, capaz de abrir os braços a pessoas de tantas procedências, a alma do vosso po-

vo soube sempre cultivar os valores da liberdade e do respeito mútuo, como algo inserido na própria cultura e formação. Não será este aspecto de muita importância para a educação ao verdadeiro ecumenismo?

6. Não duvideis então, amados Irmãos no Episcopado, o melhor serviço prestado à causa do ecumenismo o oferecereis quando, na catequese para os adultos ou para os jovens, souberdes proporcionar uma profunda *educação à liberdade* porque «onde está o Espírito do Senhor há liberdade» (2 Cor 3, 17). O cristão, quando vive integralmente sua fé, é pólo de atração, inspira confiança e respeito; jamais impõe suas convicções religiosas, mas sabe transmitir a verdade sem iludir a confiança nele depositada. Transige com as pessoas, sem jamais transigir com o erro. Por essa razão o *Catecismo da Igreja Católica* pôde afirmar: «Afastando-se da lei moral, o homem atenta contra a sua própria liberdade, agrilhoa-se a si mesmo, quebra os laços da fraternidade com seus semelhantes e rebelá-se contra a vontade divina» (n. 1740).

Possa esse espírito refletir-se nas diversas pastorais que estareis empenhados a orientar a partir deste nosso encontro romano. Ensinar a verdadeira dignidade da pessoa no trabalho e no lar, no campo e na cidade. Habituar-se a respeitar e a conviver com quem pensa de outro modo; transmitir paz aos corações divididos; rezar por todos, para que a graça de Deus possa abrandar os ânimos endurecidos talvez pelo mau exemplo de conduta.

7. Para testemunhar a caridade que nos une, propus para o início deste século «fazer da Igreja *a casa e a escola da comunhão*: eis o grande desafio que nos espera

no milênio que começa, se quisermos ser fiéis ao desígnio de Deus e corresponder às expectativas mais profundas do mundo» (*Novo Millennio Ineunte*, 43).

O cristão nela inserido e imbuído deste espírito saberá colher toda ocasião para unir-se aos seus anseios e esperanças: sejam, pois, também vossas as alegrias e as dores da Igreja; procurai fomentar a solidariedade com os cristãos perseguidos por causa da própria fé em muitos países. Ao mesmo tempo, procurai estimular o clamor da oração para que o Senhor se digne apressar aquela tão almejada unidade de fé que todos aspiramos.

Queridos Irmãos, uma vez mais asseguro-vos minha profunda comunhão na oração, com uma firme esperança no futuro das vossas dioceses, nas quais se reflete um País sempre jovem, disposto a enfrentar os novos desafios deste início de século. Que o Senhor vos conceda a alegria de O servir, guiando em Seu nome as Igrejas particulares que vos foram confiadas. Que a Virgem Santíssima e os santos Padroeiros de cada lugar vos acompanhem e protejam sempre.

A vós, amados Irmãos no Episcopado, e aos vossos fiéis diocesanos, concedo de coração a Bênção Apostólica.

A los Obispos de Chile en visita « ad Limina »

15 de octubre de 2002

Queridos Hermanos en el Episcopado;

1. Os recibo con profundo gozo, Pastores de la Iglesia en Chile, durante esta visita *ad limina* en la que os acercáis a las tumbas de San Pedro y San Pablo, renovando la fe en Cristo Jesús transmitida por los Apóstoles, y que a vosotros os corresponde custodiar como sucesores suyos. Habéis venido a Roma para avivar también los vínculos de comunión con el Sucesor de Pedro y acrecentar vuestra «solicitud por todas las Iglesias» (*Christus Dominus*, 6).

Agradezco las cordiales palabras que me ha dirigido el Señor Cardenal Francisco Javier Errázuriz, Arzobispo de Santiago y Presidente de la Conferencia Episcopal, con las que se ha hecho portavoz de vuestros sentimientos de afecto y adhesión al Obispo de Roma, Sede «en la que siempre residió la primacía de la cátedra apostólica» (S. Agustín, *Ep.* 43, 3), participándome al mismo tiempo vuestras principales inquietudes y esperanzas pastorales.

Al encontrarme con vosotros y alentaros en el incansable trabajo pastoral que desarrolláis, tengo muy presente al pueblo chileno, al que siento siempre muy cercano, del que guardo vivo recuerdo de mis encuentros con él y al que he visitado en su propia tierra, comprobando el profundo arraigo de la fe cristiana en sus gentes y el afecto y fidelidad de Pas-

tores y fieles a la Sede Apostólica. Una hermosa expresión de ello son tantos frutos de santidad en vuestra tierra, como Santa Teresa de los Andes, la Beata Laura Vicuña o el Beato Padre Alberto Hurtado, de cuya santa muerte celebráis el quincuagésimo aniversario.

2. Dichos aspectos son fuente de inspiración y esperanza en vuestra labor pastoral en el momento actual, caracterizado en los comienzos de un nuevo milenio por rápidas transformaciones en tantos ámbitos de la vida humana y por el gran reto del fenómeno de la globalización. En él se perciben a veces serias amenazas para las naciones más débiles, desde un punto de vista económico, técnico y cultural, pero contiene también elementos que pueden ofrecer nuevas oportunidades de crecimiento.

Es de esperar que los esfuerzos del pueblo chileno para insertarse en el mundo global no lo lleven a perder su identidad cultural, evitando que todo se reduzca a un mero intercambio económico y ofreciendo por doquier los mejores valores de su alma patria, fuertemente vinculados a su tradición católica. Esto enriquecerá el ambiente pluricultural cada vez más difuso, mediante actitudes de mutuo respeto y el cultivo de un diálogo que busca apasionadamente la verdad, alejándose de la superficialidad y el relativismo, que promueven el desinterés y deterioran la convivencia.

A ello han de contribuir las Universidades y Escuelas católicas, que gracias a Dios son numerosas en Chile. Estoy seguro que los Obispos continuarán ocupándose de ellas con gran atención, porque están destinadas a llevar a la sociedad chilena el fermento saludable del Evangelio de Cristo.

3. Hoy es necesario iluminar el camino de los pueblos con los principios cristianos, aprovechando las oportunidades que la situación actual ofrece para desarrollar una auténtica evangelización que, con nuevo lenguaje y símbolos significativos, haga más comprensible el mensaje de Jesucristo para los hombres y mujeres de hoy. Por eso es importante, como vosotros mismos habéis indicado, que al inicio del nuevo milenio la Iglesia infunda esperanza, para que todos los cambios del momento actual se conviertan de verdad en un renovado encuentro con Cristo vivo, que impulse a vuestro pueblo a la conversión y la solidaridad.

Teniendo en cuenta que la Revelación cristiana conduce a una «comprensión más profunda de las leyes de la vida social que el Creador inscribió en la naturaleza espiritual y moral del hombre» (*Gaudium et spes*, 23), la Iglesia, desde su propia misión dentro de la sociedad, no debe eximirse de acompañar y orientar también los procesos que se llevan a cabo en vuestro País en la reforma de aspectos tan cruciales para el bien común, como son, entre otros, la educación, la salud o la administración de la justicia, velando para que sirvan a la promoción de los ciudadanos, particularmente de los más débiles y desfavorecidos.

4. Conozco y valoro cuanto estáis haciendo en favor de la familia, que afronta tantas dificultades de diversa índole y está sometida a insidias que atentan a aspectos esenciales según el proyecto de Dios, como es el matrimonio con carácter indisoluble. Estos esfuerzos, que son un servicio precioso a vuestra Patria, han de ir acompañados también por una pastoral familiar integral, que incluya una adecuada prepara-

ción de los cónyuges antes del matrimonio, les asista después, especialmente cuando se presenten las dificultades, y les oriente en la educación de los hijos.

En este aspecto, nada puede suplir una verdadera cultura de la vida, una experiencia profunda de fidelidad o un arraigado espíritu de entrega, sobre lo cual la Palabra de Dios y el Magisterio eclesial iluminan sobremanera la existencia humana. Evangelizar a las familias es presentar a los cónyuges el amor sin límites de Cristo por su Iglesia, que ellos han de reflejar en este mundo (cf. *Ef* 5, 31s). Se ha de inculcar también en sus miembros la vocación a la santidad a la que son llamados, sin temor a proponer ideales elevados que, si bien en ocasiones pueden parecer difíciles de alcanzar, son los que responden al plan divino de salvación.

5. La reciente experiencia vivida en la última Jornada Mundial de la Juventud celebrada en Toronto, me lleva también a evocar el Encuentro Continental de jóvenes que tuvo lugar hace unos años en Santiago. Vosotros fuisteis protagonistas de aquella magna convocatoria, seguros de la generosidad de su respuesta y del entusiasmo de su colaboración. En ellos, como les dije en mi mensaje, «late con fuerza un deseo de servicio al prójimo y de solidaridad» (*A los participantes en el primer Encuentro Continental Americano de jóvenes*, 10.10.1998), que requiere la orientación y la confianza de los Pastores para que se transforme en un encuentro vivo con Cristo, en un decidido proyecto de seguir fielmente su Evangelio y de propagarlo gozosamente en la sociedad chilena y en todo el mundo.

En efecto, no obstante tantos señuelos que invitan al hedonismo, a la mediocridad o al éxito inmediato, los jóvenes no se dejan amedrentar fácilmente por las dificultades y, por tanto, son particularmente

sensibles a las exigencias radicales y al compromiso sin reservas cuando se les presenta el verdadero sentido de la vida. No les asusta que éste sea un camino cuesta arriba si descubren a Cristo que lo recorrió primero y está dispuesto a recorrerlo de nuevo con ellos (cf. *Discurso en la fiesta de acogida*, Toronto, 25.7.2002, 3). Para ellos, llenos de iniciativa, lo más importante es hacerse constructores y artífices de la vida y del mundo al que se asoman. Por eso necesitan saber de vosotros, sin equívocos ni reservas sobre los valores evangélicos, los deberes morales o la necesidad de la gracia divina implorada en la oración y recibida en los sacramentos, cómo «poner piedra sobre piedra para edificar, en la ciudad del hombre, la ciudad de Dios» (*En la Vigilia de oración*, Toronto, 27.7.2002, 4).

6. Como en otras ocasiones, os encomiendo muy encarecidamente a los sacerdotes, vuestros principales colaboradores en el ministerio pastoral. Ellos necesitan programas bien articulados de formación permanente, sobre todo en los ámbitos de la teología, espiritualidad, pastoral, doctrina social de la Iglesia, que les permitan ser evangelizadores competentes y dignos ministros de la Iglesia en la sociedad de hoy. En efecto, para gran parte del Pueblo de Dios ellos son el cauce principal por el que les llega el Evangelio y también la imagen más inmediata a través de la cual perciben el misterio de la Iglesia.

Por ello, su preparación intelectual y doctrinal ha de ir siempre unida al testimonio de una vida ejemplar, a la estrecha comunión con los Obispos, a la fraternidad con sus hermanos sacerdotes, a la afabilidad en el trato con los demás, al espíritu de comunión con todos los sectores eclesiales de sus comunidades y a ese estilo de paz espiritual y de ardor

apostólico que sólo el trato constante con el Maestro puede proporcionar y mantener siempre vivo. Como los discípulos de los que habla el Evangelio de Lucas, han de sentir una alegría incontenible por las maravillas que Jesús hace por medio de ellos (cf. *Lc* 19, 7), añadiendo así el testimonio personal al anuncio, y el ejemplo de vida a la enseñanza.

Para que los sacerdotes sientan cercana vuestra presencia, es de suma importancia que tratéis con ellos asiduamente de manera personal, «dispuestos a escucharlos y tratarlos con confianza» (*Christus Dominus*, 16), prestando interés por las dificultades cotidianas que tantas veces les afligen y haciéndoles ver lo precioso que es a los ojos de Dios y de la Iglesia ese abnegado trabajo cotidiano «a menudo escondido que, si bien no aparece en las primeras páginas, hace avanzar el Reino de Dios en las conciencias» (*Carta a los Sacerdotes para el Jueves Santo de 2001*, 3).

Todo ello redundará también en beneficio de una pastoral vocacional, que ha de acometerse con decisión, continuidad y rigor, pero que tendrá un punto de apoyo insustituible en el atractivo que susciten en los jóvenes quienes muestran la dicha de haber consagrado enteramente su vida a Dios y al servicio de la Iglesia.

Por lo demás, el cultivo de las vocaciones ha de ser siempre un compromiso prioritario para cada Obispo en su diócesis, mediante la oración y la acción específicamente orientadas a ello, como yo mismo he destacado en la Exhortación apostólica *Pastores dabo vobis* y en tantas otras ocasiones.

7. Este comienzo de milenio, que acerca Chile al segundo centenario de su independencia, plantea a la Iglesia y a todos los ciudadanos el desafío crucial de alcanzar una convivencia plenamente reconciliada

en la que, sin ocultar la verdad, se ha de dar cabida al perdón, «que cura las heridas y restablece en profundidad la relaciones humanas truncadas» (*Mensaje para la celebración de la Jornada Mundial de la Paz*, 1.1.2002, 3).

La Iglesia, que tiene la misión de ser instrumento de reconciliación de los hombres con Dios y entre sí, ha de ser «la casa y la escuela de la comunión» (*Novo millennio ineunte*, 43), en la que se sabe apreciar y acoger lo positivo del otro y en la que nadie ha de sentirse excluido.

Precisamente la actitud de marginación, que hace pasar de largo para no encontrar al hermano en necesidad (cf. *Lc* 10, 31) por ser tal vez molesto e improductivo, es el aspecto negativo de ciertas pautas sociales de nuestro mundo, ante el cual la Iglesia ha de poner un especial empeño en recordar que, precisamente los más necesitados no deben ser considerados el residuo insignificante de un progreso que sólo tiene en cuenta aquello que comporta éxito, acumulación desmesurada de bienes y posición de privilegio.

8. Al terminar este encuentro, os ruego que transmitáis a vuestras comunidades eclesiales mi afecto y cercanía espiritual. Llevad mi agradecimiento a los sacerdotes y a las comunidades religiosas masculinas y femeninas, que con tanta generosidad trabajan por anunciar y dar testimonio del Reino de Dios en Chile, así como a los catequistas y demás colaboradores en las tareas de la evangelización. Comunicad el reconocimiento del Papa a las personas e instituciones dedicadas a la caridad y solidaridad con los más necesitados, pues éste es uno de los grandes desafíos para la vida de la Iglesia en el nuevo milenio (cf. *Novo millennio ineunte*, 49-50).

Confío vuestros desvelos pastorales a la Santísima Virgen María, bajo la advocación Nuestra Señora del Carmen de Maipú, a la que pido ardientemente que guíe a los queridos hijos e hijas de Chile a encontrarse con Cristo, fuente de vida y verdad, que les ayude a vivir en tan hermosa tierra como hermanos e interceda ante su Divino Hijo para que el País prospere, en paz y concordia, en consonancia con los mejores valores de su tradición cristiana.

A vosotros y a los fieles de cada una de las Iglesias particulares que presidís, imparto de corazón la Bendición Apostólica.

Aos Bispos do Brasil (VI)

(Regional Nordeste V)

19 outubro 2002

Venerados Irmãos no Episcopado!

1. «Cristo amou a Igreja e por ela Se entregou para a santificar» (Ef 5, 25).

Me é grato recordar esta afirmação da Carta aos Efésios ao receber-vos hoje, Bispos do Maranhão, aproveitando a ocasião para compartilharmos a riqueza do ministério pastoral que nos foi confiado por Cristo. Encontrando-me convosco pessoalmente nos dias passados, muito me alegrei pelo vosso zelo apostólico, cuja fonte e modelo é a entrega de Cristo referida por S. Paulo.

Abraço-vos com estima, amados Irmãos, e de modo especial quantos dentre vós iniciaram o serviço pastoral nestes últimos anos. Agradeço as palavras que me dirigiu, em vosso nome, *D. Affonso Felipe Gregory*, bispo de Imperatriz e presidente do Regional Nordeste 5, dando conta do estado atual das comunidades cristãs a vós confiadas e das quais conservo uma grata lembrança da minha segunda Visita pastoral à vossa Nação.

2. A missão fundamental do bispo é a evangelização, uma tarefa a desempenhar não apenas individualmente, mas como Igreja, e é missão que se desdobra no tríplice múnus de *ensinar, santificar e governar*.

Como vigários e legados de Cristo, sois chamados inicialmente a oferecer o anúncio claro e vigoroso do Evangelho, de tal modo que se exprima na inteira

existência do cristão em todas as situações. Anuncie-se com a palavra, sem a qual o valor apostólico das boas ações diminui ou se perde. Anuncie-se com as obras da caridade, testemunho vivo da fé, não esquecendo as obras de misericórdia espiritual ao lado das obras materiais. Não haja reservas no associar a palavra de Cristo às atividades caritativas, por um mal entendido sentido de respeito pelas convicções dos demais. Não é caridade suficiente deixar os irmãos ao obscuro da verdade; não é caridade nutrir os pobres ou visitar os doentes, levando-lhes recursos humanos e não lhes dizendo a Palavra que salva. «Tudo quanto fizerdes por palavra ou por obra, fazei-o em nome do Senhor Jesus, dando por Ele graças a Deus Pai» (Col 3, 17).

3. Como é sabido, o Maranhão participou do início da história da evangelização no Brasil pois, na segunda metade do século XVII, sua Igreja era sufragânea da Província eclesiástica da Bahia. Vosso Estado, desde cedo, tornou-se o centro irradiador da ação missionária de grandes famílias religiosas – jesuítas, capuchinhos, mercedários etc... – muitas das quais, ainda hoje, prestam sua colaboração na ação pastoral da maioria das vossas Dioceses. Vai, pois, aqui o sentimento de gratidão, elevado ao Todo Poderoso, pela obra evangelizadora aí realizada, e que o Sucessor de Pedro deseja estimular com «graça e paz da parte de Deus, nosso Pai, e da parte do Senhor Jesus Cristo»! (Rm 1, 7).

O Evangelho pregado com fidelidade pelos Pastores, como «mestres da fé» e defensores da Verdade que liberta, é algo que marcará sempre a pauta, como o denominador comum, de cada um dos nossos encontros. As dificuldades que encontrais no desempenho do vosso múnus pastoral não me são

desconhecidas: a falta de emprego, de habitação para tantas pessoas (penso, em concreto, nos problemas ligados à migração interna do campo às cidades); os problemas relativos à educação básica e da saúde de muitos segmentos da sociedade que, junto aos desequilíbrios sociais e à agressiva presença das seitas, são fatores geradores de incertezas para definir vossas prioridades pastorais.

Mesmo levando-se em conta os delicados problemas sociais existentes nas vossas regiões, é necessário não reduzir a ação pastoral à dimensão temporal e terrena. Não é possível pensar, por exemplo, nos desafios da Igreja no Brasil limitando-se a algumas questões, importantes mas circunstanciais, relativas à política local, à concentração da terra, questão do meio ambiente e assim por diante. Reivindicar para a Igreja um modelo participativo de caráter político, onde as decisões são votadas na «base», limitada aos pobres e excluídos da sociedade, mas abstraído da presença de todo os segmentos do Povo de Deus, desvirtuaria o sentido original redentor preconizado por Cristo.

4. O próprio Filho, enviado pelo Pai, confiou aos Apóstolos a missão de instruir «todas as nações, batizando-as em nome do Pai, do Filho e do Espírito Santo, ensinando-as a cumprir tudo quanto vos tenho mandado» (*Mt 28, 19-20*). Esta solene missão de Cristo de anunciar a Verdade salvadora foi transmitida pelos Apóstolos aos Bispos, seus sucessores, chamados a levá-la até aos extremos confins da terra (cf. *Act 1, 8*), «para a edificação do Corpo de Cristo» (*Ef 4, 12*) que é a Igreja.

Os Bispos são chamados pelo Espírito Santo a fazer as vezes dos Apóstolos, como Pastores das Igrejas particulares. Para isto estão revestidos de um

poder próprio, que « não é diminuído pela autoridade suprema e universal, mas pelo contrário, é por ela assegurado, fortificado e defendido » (*Lumen gentium*, 27). Juntamente com o Sumo Pontífice e sob a sua autoridade, os Bispos têm a missão de perpetuar a obra de Cristo, Pastor eterno. Com efeito, nosso Salvador deu aos Apóstolos e aos seus sucessores o mandato e o poder de *ensinar* todas as nações, *de santificar* os homens na verdade e de os *governar* (cf. *Christus Dominus*, 2).

Antes de refletir sobre a tríplice dimensão da missão pastoral, apraz-me primeiramente exaltar o centro para o qual todas as vossas atividades devem convergir: « O mistério de Cristo como fundamento da missão da Igreja » (Carta Enc. *Redemptor hominis*, 11). Aquele que, de algum modo, participa na missão da Igreja deve crescer na fiel adesão ao mandato recebido. Isto vale em primeiro lugar para os Bispos que foram, por assim dizer, « inseridos » de maneira muito especial no mistério de Cristo. Revestido da plenitude do sacramento da Ordem, o Bispo é chamado a propor e viver o mistério integral do Mestre (cf. *Christus Dominus*, 12) na Diocese a ele confiada. É mistério que contém « insondáveis riquezas » (*Ef 3, 8*). Conservemos este tesouro!

5. No tríplice ministério dos Bispos, como ensina o Concílio Vaticano II, sobressai a *pregação do Evangelho*. Os Pastores devem ser sobretudo « arautos da fé que para Deus conduzem novos discípulos » (*Lumen gentium*, 25). Como homens « que distribuem integralmente a palavra da verdade » (*2 Tim 2, 15*) devemos transmitir juntos aquilo que nós mesmos recebemos: não a nossa própria palavra, por mais douta que for,

porque não pregamos a nós mesmos, mas a Verdade revelada que deve ser transmitida com fidelidade, conforme o ensinamentos da Igreja.

Quanto ao ministério de *ensinar*, encontrais um clima cultural de difícil equacionamento devido ao analfabetismo adulto e infantil, mesmo quando os dados do último Censo revelaram o encorajador aumento da média de anos de estudos entre a população mais pobre.

Por outro lado, permanecem elevados os índices relativos à fragilidade do matrimônio, à violência infantil e à desnutrição; a estes, juntam-se os problemas de moradia, de falta de saneamento básico em muitos lugares e da evidente influência, às vezes negativa, dos meios de comunicação social; estes últimos, em particular, quando orientados por uma mentalidade, hoje muito difundida, de excluir da vida pública os interrogativos acerca das verdades últimas, confinam na esfera privada a fé religiosa e as convicções acerca dos valores morais. Corre-se assim o perigo da existência de leis que exercem uma forte influência sobre o pensamento e o comportamento dos homens, prescindindo do fundamento moral cristão da sociedade.

Caros Irmãos, vós sabeis que é dever fundamental do Bispo, como Pastor, convidar os membros das Igrejas particulares a ele confiadas, a aceitar em toda a sua plenitude o ensinamento da Igreja a respeito das questões de fé e moral. Não devemos desanimar se, às vezes, o anúncio da Palavra é acolhido somente em parte. Com a ajuda de Cristo, que venceu o mundo (cf. *Jo* 16, 33), o remédio mais eficaz é prosseguir, «oportuna e inoportunamente» (*2 Tim* 4, 2), na divulgação serena, mas corajosa, do Evangelho.

Exprimo estes votos especialmente pensando nos jovens do vosso Estado, que chegam a constituir, por exemplo, na capital, a metade da população. Ao

exercerdes o ministério eclesial de ensinar, em união com os vossos sacerdotes e com os colaboradores no serviço catequético, tende particular cuidado na *formação da consciência moral*, que deve ser respeitada como «santuário» do homem a sós com Deus, cuja voz ressoa na intimidade do coração (cf. *Gaudium et spes*, 16). Mas, com igual fervor, recordai aos vossos fiéis que a consciência é um tribunal exigente, cujo juízo deve sempre conformar-se às normas morais reveladas por Deus e propostas com autoridade pela Igreja, com a assistência do Espírito Santo.

Um claro e unívoco ensinamento a respeito dessas questões não deixará de influir de maneira positiva no necessário retorno ao sacramento da reconciliação, hoje infelizmente – também nas regiões católicas do vosso País – bastante abandonado.

6. Quanto ao exercício da missão de *santificar*, «o Bispo deve ser considerado como o sumo sacerdote do seu rebanho, de quem deriva e depende, de algum modo, a vida de seus fiéis em Cristo» (*Sacrosanctum Concilium*, 41). Por isso, ele é, por assim dizer, o primeiro liturgo da sua Diocese e o principal dispensador dos Mistérios de Deus, organizando, promovendo e defendendo a vida litúrgica na Igreja particular a ele confiada (cf. *Christus Dominus*, 15).

A este respeito, recomendo-vos vivamente os dois sacramentos fundamentais da vida cristã: *Batismo* e *Eucaristia*. Logo após ser elevado à Cátedra de Pedro, aprovei a *Instrução sobre o Batismo das crianças*, na qual a Igreja confirmou a praxe batismal das crianças, em uso desde o início. Justamente nas vossas Igrejas locais se insiste na exigência de só administrar o Batismo no caso em que se tenha a fundada esperança de que a criança seja educada na fé católica, de maneira que o sacramento possa frutificar (cf. *CIC*, cân.

868, 2). Às vezes, porém, as normas da Igreja são interpretadas de modo restritivo, descurando-se o bem mais profundo das almas. Acontece assim que, aos pais, é adiado ou até mesmo rejeitado, em determinadas circunstâncias, o batismo dos filhos. É justo que pais e padrinhos sejam preparados de modo adequado para o Batismo das crianças, mas também é importante que o primeiro sacramento da iniciação cristã seja visto sobretudo como um *dom gratuito de Deus-Pai*, pois «quem não renascer da água e do Espírito não poderá entrar no Reino de Deus» (Jo 3, 7).

Com a exigência, em si justificada, de preparar pais e padrinhos, não podem faltar a bondade e prudência pastorais. Não se pode exigir dos adultos de boa vontade, aquilo para o que não lhes foi dada adequada motivação. Quando for requerido o Batismo, pode-se aproveitar para iniciar uma catequese aos pais que os torne capazes de compreender melhor o Sacramento, e dar assim uma educação cristã ao novo membro da família. – De qualquer forma, não se deve jamais extinguir a mecha que ainda fumege, mas criar novos processos de evangelização adaptados ao mundo de hoje e às necessidades do povo. – O Bispo é o primeiro responsável para que todos os presbíteros, diáconos e agentes de pastoral tenham todo o zelo necessário, e toda a bondade e paciência com o povo menos instruído.

Outra tarefa primordial do vosso ministério sacerdotal consiste em reafirmar o papel vital da Eucaristia como «fonte e centro de toda a vida cristã» (*Lumen gentium*, 11). Na celebração do sacrifício eucarístico culmina não só o serviço dos Bispos e presbíteros, mas nele encontra o seu centro dinâmico a vida de todos os demais membros do Corpo de Cristo. A falta de sacerdotes e a sua distribuição desigual, por um lado e, por outro, a redução preocupante do

número de quantos regularmente frequentam a Santa Missa dominical constituem um constante desafio para as vossas Igrejas. É evidente que essa situação sugere uma solução provisória, para não deixar a comunidade no abandono, com o risco de um progressivo empobrecimento espiritual. Porém, o incompleto carácter sacramental dessas funções litúrgicas, levadas a cabo por pessoas não ordenadas (leigos ou religiosos), deveria induzir toda a comunidade paroquial a orar com maior fervor a fim de que o Senhor envie trabalhadores para a sua messe (cf. *Mt* 9, 38).

7. Por fim, uma palavra sobre a missão de *governar* a vós confiada. Ao exercerdes esta tarefa, tendes sem dúvida diante dos olhos a imagem do Bom Pastor, que não veio para ser servido, mas para servir (cf. *Mt* 20, 28).

Neste sentido, recomendo-vos vivamente sobretudo os presbíteros das vossas Igrejas locais, para os quais, como Bispos, constituís «o perpétuo e visível fundamento da unidade» (*Lumen gentium*, 23). Velar pelos vossos sacerdotes é um serviço muito exigente, sobretudo quando tardam os frutos do trabalho pastoral, com a possível tentação de esmorecimento e tristeza. Muitos pastores têm a impressão de trabalhar não numa vinha evangélica, mas numa estepe árida.

Conheço o peso dos empenhos diários ligados ao vosso ministério. Porém, com paterna solícitude recordo as palavras claras e repletas de sensibilidade do Concílio Vaticano II: «Por causa desta comunhão no mesmo sacerdócio e ministério, os Bispos devem estimar os presbíteros, como irmãos e amigos, e ter a peito o bem deles, quer o material, quer sobretudo o espiritual... Estejam dispostos a ouvi-los, consultem-nos e troquem com eles impressões sobre os proble-

mas pastorais e o bem da Diocese» (*Presbyterorum ordinis*, 7). «Tenham uma compaixão prática pelos sacerdotes que se encontram em algum perigo ou faltaram já a alguns dos seus deveres» (*Christus Dominus*, 16).

8. Ante a imensidade da missão que vos está confiada, venerados Irmãos, nunca vos deixeis vencer pelo cansaço ou pelo desânimo porque o Senhor ressuscitado caminha convosco e torna fecundos os vossos esforços. É verdade que são numerosas as urgências pastorais, mas notáveis são também os recursos humanos e espirituais, com os quais podeis contar. A vós cabe a tarefa de conduzir este povo de Deus à plenitude da resposta fiel ao desígnio divino.

Acompanhe-vos Maria neste árduo mas entusiástico caminho. A cada um de vós, bem como aos sacerdotes e consagrados e a todos os fiéis das vossa Comunidades, de todo o coração concedo a minha Bênção.

Aos Bispos do Brasil (VII)

(Regionais Nordeste I e IV)

26 outubro 2002

Amados Irmãos no Episcopado:

1. A liturgia destes dias tem vindo a recordar o nosso chamamento comum e a graça recebida por cada um «para a obra do ministério, para a edificação do Corpo de Cristo, até que cheguemos todos (...) à medida da estatura completa de Cristo» (*Ef* 4, 12.13). Tudo deverá tender para a edificação do Corpo de Cristo, valorizando a providencial riqueza dos carismas, que o Espírito Santo não cessa de fazer florescer na comunidade.

Tenho a grata satisfação de acolher-vos colegialmente, após o nosso encontro pessoal. Através das amáveis palavras de *D. Celso José Pinto da Silva*, Arcebispo de Teresina, pronunciadas em nome dos Regionais 1 e 4 da Conferência Nacional dos Bispos do Brasil, foi possível recolher as muitas esperanças que animam as comunidades cristãs confiadas pela divina Providência aos vossos cuidados pastorais, sem omitir as preocupações e problemas encontrados numa terra em vias de profundas transformações sociais.

2. A realidade cearense e piauiense, e do nordeste em geral, apresenta um quadro incontestado de modernização das estruturas criadas para o seu desenvolvimento, embora, em diversos aspectos, conviva com os rigores da marginalização de inteiras populações.

Nestas últimas décadas, o esforço por combater o analfabetismo, as doenças endêmicas e a mortalidade infantil; a coexistência com a pobreza e a miséria crônicas, relacionadas em boa parte com a migração do campo para as cidades; o problema da justa distribuição da terra e da atenção ao homem do mar e tantos outros itens, sem esquecer do binômio estia-gem-inundação, tem sido motivo de constante preocupação das autoridades locais, bem como das diversas Pastorais diocesanas.

Vossas Igrejas particulares datam do século passado, sendo assim relativamente jovens. Mas é próprio da juventude o dinamismo, o espírito de iniciativa e arrojo, que estão no âmago da nacionalidade brasileira, onde se encontra a força para enfrentar os desafios reinantes. Ambas Províncias defrontam-se com a falta de clero; deve ser potenciada a evangelização e a catequese, tanto dos adultos como dos jovens e das crianças, na zona rural e nas cidades, sem descuidar as classes de poder decisório e dos estudantes, a todos os níveis. Conheço vosso esforço pela pregação da justiça e da fraternidade numa das áreas mais pobres do País. O empenho em trabalhar nas Pastorais de forma coordenada, especialmente para promover vocações de seminaristas, com formadores qualificados, a fim de cuidar, inclusive, a formação permanente dos sacerdotes, é digno de elogio. Peço a Deus que atenda às vossas necessidades materiais, pois a carência de meios e o custo na formação dos seminaristas, não podem interromper essa obra de promoção de operários para a sua messe.

Mas precisamente dentro do dinamismo da fé, que nada faz desfalecer, desejo *estimular a obra evangelizadora das vossas Dioceses*, animando-vos a dedicar as melhores energias, num renovado ardor missionário, para o crescimento do Reino de Deus neste mundo.

3. Múltiplas são as iniciativas apostólicas que se estão difundindo nas vossas Igrejas Particulares. Sensível e encorajador é o despertar religioso, sobretudo entre os jovens; fonte de esperança é também a sensibilidade dos fiéis a uma prática cristã mais firme e coerente. O nordestino é muito religioso. Procura muito a vida da Igreja e está sempre aberto à dimensão transcendente da vida, embora deva ser bem orientado no que diz respeito às devoções populares e a uma inculturação condizente com o Evangelho.

Muitos obstáculos, porém, podem enfraquecer o entusiasmo dos cristãos, pelo influxo, nem sempre positivo, da cultura consumista dominante, ameaçando ofuscar a limpidez do próprio anúncio evangélico. É preciso formar os fiéis numa fé firme e coerente, pois somente a efetiva redescoberta de Cristo, como fundamento sobre o qual construir a vida da inteira sociedade, lhes permitirá não temer qualquer tipo de dificuldade: a casa não desaba sob o furor dos rios que engrossam com a chuva torrencial e dos ventos que sopram ameaçadores, quando está fundada sobre a sólida rocha (cf. *Mt* 7, 24-25).

É necessário um salto em qualidade na vivência cristã do povo, para que possa testemunhar sua fé de forma límpida e esclarecida. Essa fé, celebrada e participada na liturgia e na caridade, nutre e fortifica a comunidade dos discípulos do Senhor e os edifica como Igreja missionária e profética. Ninguém se sinta excluído deste desígnio apostólico!

4. Quando, no início do novo milênio, quis apontar algumas prioridades pastorais, nascidas da experiência do Grande Jubileu do ano 2000, não hesitei em assinalar, em primeiro lugar, que «o horizonte para o qual deve tender todo o caminho pastoral é a santidade» (*Novo Millennio Ineunte*, 30). À «*chamada universal*

à *santidade*», destacada pelo Concílio Vaticano II na Constituição dogmática *Lumen gentium*, correspondeu a Igreja de hoje e do passado com uma cadeia sem fim de santos, alguns mundialmente conhecidos, outros que permanecerão no anonimato. Todos souberam viver uma entrega incondicionada a Deus, abraçando-se à Cruz de Cristo, pela *contemptio mundi*, o afastamento do mundo que os distinguiu, ou pela *consecratio mundi*, que é própria dos leigos. São, contudo, «cristãos de qualquer estado ou ordem chamados à plenitude da vida cristã e à perfeição da caridade» (*Lumen gentium*, 40).

A Igreja necessita de *sacerdotes santos*; de *religiosos santos*, que se distingam pela consagração exclusiva, dentro do próprio carisma fundacional, a realizar a obra evangelizadora com generosidade e sacrifício na missão essencial que lhes foi confiada, à exemplo da Madre Paulina, Fundadora da Congregação das Irmãs da Imaculada Conceição, que teve a ocasião de canonizar no passado mês de maio. A Igreja necessita, hoje mais do que nunca, de *leigos santos* que possam receber a honra dos altares, após terem buscado a perfeição cristã no meio das realidades temporais, no exercício do próprio trabalho intelectual ou manual, todos eles gratos a Deus, quando se destinam para a sua honra e glória. Das suas fileiras surgem as vocações para o Seminário e para a Vida Religiosa.

5. Meu pensamento deseja dirigir-se hoje aos sacerdotes, religiosos e religiosas e leigos que se prodigalizam, muitas vezes com imensas dificuldades, para a difusão da verdade evangélica. Dentre eles, muitos colaboram ou participam ativamente nas Associações, nos Movimentos e em outras novas realidades que, em comunhão com seus Pastores e de conformidade com as iniciativas diocesanas, levam sua ri-

queza espiritual, educativa e missionária ao coração da Igreja, como preciosa experiência e proposta de vida cristã.

Nas diversas visitas pastorais e viagens apostólicas, pude apreciar os frutos desta presença em tantos campos da sociedade através do mundo do trabalho, da solidariedade internacional pelos mais necessitados, do empenho ecumênico, da fraternidade sacerdotal, do acompanhamento das famílias e da juventude e tantos outros. É uma realidade que representa a multiforme variedade de carismas, métodos educativos, modalidades e finalidades apostólicas, vivida na unidade da fé, da esperança e da caridade, em obediência a Cristo e aos Pastores da Igreja. Na prática, «devem atuar como verdadeiros instrumentos de comunhão no seio da Igreja, dando provas quer de uma sincera e efetiva colaboração mútua ao enfrentarem os desafios da nova evangelização, quer de uma indispensável sintonia com os objetivos indicados pelo Bispos, sucessores dos Apóstolos, nas diversas Igrejas locais» (Mensagem para o *Encontro nacional de Movimentos laicais*, Lisboa, 28 de março de 2000).

6. Tenho acompanhado o esforço das vossas Dioceses por alcançar estas metas. Um dos fatores a destacar no vosso *sentire cum Ecclesia* é que *a presença das novas realidades suscitadas pelo Espírito, os Movimentos e as Associações laicais em vossas Igrejas particulares* serve a «participar responsabilmente na missão da Igreja de levar o Evangelho de Cristo, qual fonte de esperança para o homem e de renovação para a sociedade» (*Christifidelis laici*, 29).

Às vezes pode-se correr o risco de um certo apoucamento ou miopia acerca do valor transcendente que o fenómeno agregativo vem assumindo hoje em dia na vida da Igreja. Já tive ocasião de afirmar

que há uma razão «eclesiológica, como abertamente reconhece o Concílio Vaticano II, ao apontar o apostolado associado como um *sinal de comunhão e de unidade da Igreja em Cristo*»; e não só: aquela grande Assembléia recalcou naquilo que chamou de verdadeiro e próprio «direito dos leigos de fundar associações, dirigi-las e dar nome às já existentes» (*ibid.*).

Naturalmente, os critérios de eclesialidade para um adequado inserimento dessas novas realidades vão sempre respeitados e examinados pela autoridade diocesana de acordo com as necessidades pastorais, não só da própria Igreja particular mas da Igreja universal (cf. *ibid.*, 30). A todas elas exige-se certamente uma comunhão sempre mais sólida com os seus Pastores, pois «nenhum carisma dispensa da referência e da submissão aos Pastores da Igreja» (*ibid.*, 24); a estes, por outro lado compete a capacidade de discernimento a fim de julgar a autenticidade do caminho que aquelas irão percorrer nos âmbitos diocesanos. Pode-se também pensar em estruturas pastorais complementárias que comportem uma convergência orgânica de padres e leigos.

Com isto, se busca concretizar os esforços em direção das metas que realmente estão inscritas na Pastoral diocesana e, em última análise, na mente do Sucessor de Pedro e do Magistério corretamente aplicado; mas evita-se também o perigo de dispersão das forças vivas em objetivos distintos da «solicitude por todas as igrejas» (2 *Cor* 11, 28). Neste sentido, gostaria de chamar à atenção acerca do desejo manifestado em certos setores de transformar em Conferência o *Conselho Nacional dos Leigos*, como instância paralela à Conferência Nacional dos Bispos do Brasil. Pretender criar um organismo autônomo, representativo dos leigos, sem referência à comunhão hierárquica com os Bispos, constitui um defeito eclesiológico

de graves implicações facilmente detectáveis. Confio, portanto, na vossa diligência em prevenir os fiéis contra tais iniciativas.

7. Por sua vez, o papel fundamental que os leigos desempenham na missão da Igreja foi posto, como sabemos, em evidência no Concílio Vaticano II e em numerosos Documentos pós-conciliares.

Eles, lê-se na *Lumen gentium*, «são chamados como membros vivos a contribuir com todas as suas forças (...) para o crescimento da Igreja» (n. 33), à sua expansão entre os homens e os povos. Ainda mais explícito e categórico é o Decreto sobre o apostolado dos leigos, que reafirma «a parte ativa que os leigos têm na vida e na missão da Igreja» (*Apostolicam actuositatem*, 10). Por isso, a sua atividade apostólica não é facultativa, mas um *dever* estrito que cabe a cada fiel, pelo simples fato de estar batizado. Todos «tenham uma consciência viva das suas responsabilidades para com o mundo, fomentem em si um espírito verdadeiramente católico, e ponham as suas forças ao serviço da obra da evangelização» (*Ad gentes*, 36).

A missão é única, mas o modo de a realizar é diferente, conforme os dons distribuídos pelo Espírito aos vários membros da Igreja. A ação dos leigos é indispensável para que a Igreja possa ser considerada realmente constituída, viva e operante em todos os seus setores, tornando-se plenamente sinal da presença de Cristo entre os homens. Mas isto supõe um laicato amadurecido, em comunhão plena com a hierarquia e comprometido a plasmar o Evangelho nas distintas situações em que se encontre.

A função dos Pastores se dirige a estimular e canalizar os esforços dos seus diocesanos, sempre quando se trate de verdadeira obra missionária evangelizadora, conforme foi transmitida pelo Redentor à

sua Igreja. Como mestres na fé, confirmam nos seus diocesanos o respeito pelas leis canônicas da Igreja, procurando orientá-los, inclusive, a fim de que cumpram as leis do Estado, pois « não se distinguem dos outros homens nem pelo país, nem pela língua, nem pela organização política » (*Carta a Diogneto*, 5: PG 2, 1173), distinguem-se, sim, pela fé e esperança cristãs e pela pureza de vida.

8. Por maior razão, cabe uma diligente e atenta Pastoral da Juventude, chamada a testemunhar os valores cristãos no novo milênio. Não é lugar comum afirmar novamente que os jovens são o futuro da humanidade. Preocupar-se pela sua maturação humana e cristã representa um precioso investimento para o bem da Igreja e da sociedade. Daqui parte a convicção de que « a Pastoral da Juventude deve estar sempre entre as preocupações primárias dos Pastores e das comunidades » (*Ecclesia in America*, 47).

Como sabemos, a juventude brasileira caracteriza a vida nacional não só numericamente mas, também, pela influência que exerce na vida social. A par do espinhoso problema do acompanhamento do menor privado da dignidade e da inocência, os problemas ligados à inserção no mercado de trabalho; o aumento da criminalidade juvenil condicionado, em boa parte, pela condição de pobreza endêmica e pela falta de estabilidade familiar, junto à ação, por vezes, deletéria de certos meios de comunicação social; a migração interna em busca de melhores condições de vida nas grandes cidades; o preocupante envolvimento dos jovens no mundo da droga e da prostituição constituem fatores que permanecem sempre na pauta das vossas atenções pastorais.

Os jovens não são indiferentes ao que a fé cristã ensina sobre o destino e o ser do homem. Ainda que

não faltem ideologias – e pessoas a sustentá-las – que permanecem fechadas, há em nossa época anseios elevados de mistura com atitudes rasteiras, heroísmos a par de covardias, idealismos ao lado de desilusões; criaturas que sonham com um mundo novo mais justo e mais humano. Por isso, «se Cristo for apresentado com o seu verdadeiro rosto, os jovens reconhecerem-no como resposta convincente e conseguem acolher sua mensagem, mesmo se exigente e marcada pela Cruz» (*Novo Millennio Ineunte*, 9).

9. Antes de terminar este encontro fraterno, expreso em atitude de oração um pensamento especial aos Bispos falecidos, para que o Deus de misericórdia possa recompensá-los com o prêmio eterno da sua glória. Ao mesmo tempo, dirijo uma palavra de profunda estima e fraternidade aos Bispos que deixaram o serviço ativo das Dioceses ao longo deste amplo quinquênio, renovando-lhes aqui a expressão da minha gratidão; com sua presença, seu exemplo de fé e de santidade continuam sendo uma verdadeira bênção para a Igreja peregrina. Possa o Espírito Santo saciar a todos com a abundância das suas consolações.

Maria Santíssima, nossa Mãe, vos proteja no caminho da vida e ampare nas dificuldades do ministério. Com estes votos, concedo de coração a cada um de vós a minha Bênção Apostólica, tornando-a extensiva aos vossos sacerdotes e colaboradores, aos diáconos e às famílias religiosas, aos seminaristas e a todos os fiéis dos vossos Regionais.

Aos Bispos do Brasil (VIII)

(Regional Leste II)

16 novembro 2002

Venerados Irmãos no Episcopado,

1. Saúdo todos vós afetuosamente com as palavras de São Pedro, o primeiro Papa: «A graça e a paz vos sejam dadas em abundância pelo conhecimento de Deus e de Nosso Senhor Jesus Cristo», tendo também vós recebido, «pela justiça do nosso Deus e de Jesus Cristo, nosso Salvador, uma fé tão preciosa como a nossa» (2 Pd 1, 1-2), para acender a esperança no coração dos homens e mulheres deste tempo.

Desejo agradecer as palavras e os sentimentos que, em nome de todo o Episcopado de Minas Gerais e do Espírito Santo, foram expressos pelo Senhor Cardeal *D. Serafim Fernandes de Araújo*, Arcebispo de Belo Horizonte, feliz por ver como o amor de Cristo vos estimula a um apostolado intenso e generoso em prol do crescimento do Reino de Deus nas comunidades que vos foram confiadas. Esta Visita *ad Limina*, deu-vos ocasião de expor com suficiente amplitude, quer mediante os relatórios que apresentastes quer durante os colóquios pessoais que tivestes comigo, os vossos anseios e preocupações pastorais. O meu encontro convosco hoje consente-me, em primeiro lugar, agradecer em nome da Igreja, vosso zelo pelo trabalho que realizais e, depois, confirmar-vos na missão comum de Bom Pastor que providencia ao Povo de Deus, especialmente às famílias, as pastagens onde encontrar a vida e encontrá-la em abundância.

2. Na Carta que dirigi às famílias em 1994, dizia que «a família se acha no centro do grande combate entre o bem e o mal, entre a vida e a morte, entre o amor e quanto a este se opõe. À família está confiado o dever de lutar sobretudo para libertar as forças do bem, cuja fonte se encontra em Cristo, Redentor do homem. É preciso fazer com que tais forças sejam assumidas por cada núcleo familiar, para que [...] a família seja *forte de Deus*» (23).

Célula originária da sociedade e «Igreja doméstica» (*Lumen gentium*, 11), a família sempre constituiu o primeiro âmbito natural da maturação humana e cristã das novas gerações, formando-as para os valores cristãos da honestidade e da fidelidade, da operosidade e da confiança na divina Providência, da hospitalidade e da solidariedade; hoje, porém, tem necessidade de um apoio particular para resistir às ameaças desagregadoras da cultura individualista.

3. Ao longo do Pontificado, tenho insistido sobre a importância do papel desempenhado pelo núcleo familiar na sociedade. Recordo, inclusive, que na minha primeira Viagem pastoral ao Brasil, destacava sua influência na formação da vossa cultura (cf. Homília no Rio de Janeiro, 1.7.1980, 4).

Existem valores que sinalizam uma tradição longamente adquirida pela gente brasileira, tais como o respeito, a solidariedade, a privacidade; valores que nascem de uma origem comum: a fé vivida pelos vossos antepassados. A mulher brasileira, de modo especial, teve sempre um lugar próprio, não intercambiável e fundamental, na origem e na duração de qualquer família. A esposa traz para o casamento e a mãe para a vida da família dotes peculiares ligados à sua fisiologia e psicologia, caráter, inteligência, sensibilidade, afeto, compreensão da vida e postura peran-

te ela mas, sobretudo, espiritualidade e relação com Deus, indispensáveis para forjar o homem e a mulher do amanhã. Ela constitui o elo fundamental de amor, paz e garantia do futuro de qualquer comunidade familiar.

É certo que existem fatores sociais que têm levado a desestabilizar o núcleo familiar nestas últimas décadas e que foram apontados no Documento de Puebla: alguns deles sociais (estruturas de injustiça), culturais (educação e meios de comunicação social), políticos (dominação e manipulação), econômicos (salários, desemprego, pluriemprego) e religiosos (secularismo) (572). Sem esquecer que, em algumas regiões do vosso País, a carência de moradia, de higiene, de saúde e de educação contribuem para desestruturar a família.

A estes fatores, une-se a falta de valores morais que abre as portas à infidelidade e à dissolução do matrimônio. As leis civis que favoreceram o divórcio e ameaçam a vida tentando introduzir oficialmente o aborto; as campanhas de controle da natalidade que, ao invés de convidar a uma procriação responsável, através dos ritmos naturais da fertilidade, levaram à esterilização de milhares de mulheres, sobretudo no nordeste, e propagaram o uso de meios anticoncepcionais, revelam agora seus resultados mais dramáticos. A mesma falta de uma informação objetiva e o desenraizamento geográfico prejudica o convívio social, dando origem a um processo desagregador do núcleo familiar nos seus elementos mais essenciais.

Esta situação, não obstante os esforços inegáveis de várias iniciativas pastorais ou de movimentos religiosos, visando a recuperação da visão cristã da família, parece continuar influenciando na realidade social brasileira.

4. Conheço o vosso empenho em defender e promover esta instituição, que tem a sua origem em Deus e no seu plano de salvação (cf. *Familiaris consortio*, 49). Hoje, assistimos a uma corrente muito difundida em algumas partes, que tende a debilitar sua verdadeira natureza. Com efeito, não faltam intentos, na opinião pública e na legislação civil, para equiparar a família a meras uniões de fato ou para reconhecer como tal a união de pessoas do mesmo sexo. Estas e outras anomalias leva-nos a proclamar, com firmeza pastoral, *a verdade sobre o matrimônio e a família*. Deixar de fazê-lo seria uma grave omissão pastoral, que induziria as pessoas ao erro, especialmente aquelas que têm a importante responsabilidade de tomar decisões sobre o bem comum da Nação.

É necessário dar uma resposta vigorosa a esta situação sobretudo através de uma *ação catequética e educativa mais incisiva* e constante, que permita incentivar o ideal cristão da comunhão conjugal fiel e indissolúvel, verdadeiro caminho de santidade e abertura à vida.

Neste contexto, volto aqui a recordar a necessidade de *respeitar a dignidade inalienável da mulher*, para fortalecer seu importante papel, tanto no âmbito do lar como no da sociedade em geral. Com efeito, é triste observar como «a mulher ainda é objeto de discriminações» (*Ecclesia in America*, 45), sobretudo quando é vítima de abusos sexuais e da prepotência masculina. Por isso, é necessário sensibilizar as instituições públicas a fim de promover ainda mais a vida familiar baseada no matrimônio e proteger a maternidade no respeito pela dignidade de todas as mulheres (cf. *ib.*). Além disso, nunca é demais insistir sobre o valor insubstituível da mulher no lar: ela, depois de ter dado à luz uma criança, é o constante ponto de referência para o crescimento humano e espiritual

deste novo ser. O amor da mãe no lar é um dom precioso, tesouro que se conserva para sempre no coração.

5. Não podemos esquecer que a família deve testemunhar *seus próprios valores* diante de si e da sociedade. As tarefas que Deus chama a desenvolver na história, brotam do próprio desígnio original e representam seu desenvolvimento dinâmico e existencial. Os casados devem ser os primeiros a testemunhar a grandeza da vida conjugal e familiar, fundada na fidelidade ao compromisso assumido diante de Deus. Graças ao sacramento do matrimônio, *o amor humano adquire valor sobrenatural*, capacitando os cônjuges a participarem do próprio amor redentor de Cristo e a viverem como parcela viva da santidade da Igreja. Este amor, de por si, assume a responsabilidade de contribuir para a geração de novos filhos de Deus.

Mas como aprender a amar e a dar-se generosamente? Nada impele tanto a amar, dizia Santo Tomás, como saber-se amado. E é precisamente a família – comunhão de pessoas onde reina o amor gratuito, desinteressado e generoso – o lugar em que se aprende a amar. O amor mútuo dos esposos prolonga-se no amor aos filhos. A família é com efeito – mais do que qualquer outra realidade humana – o ambiente em que o homem é amado por si mesmo e aprende a viver «o dom sincero de si». A família é, portanto, uma escola de amor, na medida em que persevera na própria identidade: a comunhão estável de amor entre um homem e uma mulher, fundada no matrimônio e aberta à vida.

Quis recordar estes princípios, venerados Irmãos no episcopado, pois quando desaparecem o amor, a fidelidade ou a generosidade perante os filhos, a família se desfigura. E as conseqüências não se fazem

esperar: para os adultos, solidão; para os filhos, desamparo; para todos a vida se torna território inóspito. O fiz, de certo modo, para convocar todas as forças da Pastoral diocesana a fim de não hesitar em atender aqueles casais que se encontram em dificuldades, animando-os oportunamente a serem fiéis à sua vocação de serviço à vida e à plena humanidade do homem e da mulher, fundamento da «civilização do amor». Aos que temem as exigências que tal fidelidade comporta, o Papa diz-lhes: Não tenham medo dos riscos! «Não existe uma situação difícil que não possa ser enfrentada de modo adequado quando se cultiva um clima de vida cristã coerente» (Discurso à Ass. Pl. do P. C. para a Família, 18.10.2002, 3). De resto, imensamente maior que o mal que opera no mundo é a eficácia do sacramento da Penitência, caminho de reconciliação com Deus e com o próximo.

6. Na Campanha da Fraternidade de 1994 voltei a observar, com certa apreensão, os rumos tomados pela instituição da família na vossa pátria. «O clima de hedonismo – dizia naquela ocasião – e de indiferentismo religioso, que está na base do esfacelamento da sociedade, propaga-se no seu interior e é a causa da desagregação de muitos lares».

Quisera, por isso, convidar os que se dedicam à Pastoral Familiar das vossas Dioceses a dar novo impulso na defesa e na promoção da instituição familiar, com uma adequada preparação deste Sacramento grande, «com referência a Cristo e à Igreja», como diz S. Paulo (*Ef* 5, 32). Através dos ensinamentos da Igreja, fornecidos em aulas, cursos de noivos, conversas particulares com algum casal idôneo ou um sacerdote experiente, o matrimônio reforçará a fé, a esperança e a caridade dos noivos face à nova situação social e religiosa que são chamados a assumir.

A ocasião também é propícia para uma reevangelização dos batizados, quando estes se aproximam da Igreja para pedir o sacramento do matrimônio. Neste sentido, chama à atenção a educação escolar e superior que, mesmo tendo dado em alguns lugares passos significativos, carece da correlativa evolução na vida cristã das jovens gerações. Neste setor, as comunidades eclesiais têm um papel importante a desempenhar pois deste modo, ao experimentar e testemunhar o amor de Deus, poderão manifestá-lo com eficácia e em profundidade àqueles que necessitam conhecê-lo. Uma proposta pastoral para a família em crise supõe, como exigência preliminar, uma clareza doutrinária, efetivamente ensinada no campo da Teologia Moral, sobre a sexualidade e a valorização da vida. As opiniões contrastantes de teólogos, sacerdotes e religiosos, divulgadas inclusive pela imprensa escrita e falada, sobre as relações pré-matrimoniais, o controle da natalidade, a admissão dos divorciados aos sacramentos, a homossexualidade e o lesbianismo, a fecundação artificial, o uso de práticas abortivas ou a eutanásia mostram o grau de incerteza e a confusão que perturbam e chegam a anestesiar a consciência de muitos fiéis.

Na base da crise, percebe-se a ruptura entre a antropologia e a ética, marcada por um relativismo moral segundo o qual valoriza-se o ato humano, não com referência a princípios permanentes e objetivos, próprios da natureza criada por Deus, mas conforme a uma ponderação meramente subjetiva acerca do que é mais conveniente ao projeto pessoal de vida. Produz-se então uma evolução semântica em que o homicídio se chama morte induzida, o infanticídio, aborto terapêutico e o adultério passa a ser uma simples aventura extramatrimonial. Não havendo mais

certeza absoluta nas questões morais, a lei divina torna-se uma proposta facultativa na oferta variegada das opiniões mais em voga.

Certamente, devemos dar graças a Deus porque estão bem enraizadas as tradições religiosas da família mineira, donde surgem muitas vocações religiosas e para o Seminário. Mas, sem descuidar as demais prioridades do trabalho pastoral – de modo especial a Pastoral vocacional e o acompanhamento e formação dos candidatos aos sacerdócio – é necessário um esforço generoso no amplo campo do apostolado da família através da catequese, das pregações, do aconselhamento pessoal. De resto, é neste sentido que as comunidades eclesiais capixabas vêm favorecendo o enriquecimento da vida eclesial no seu Estado. Também a elas desejo fazer constar meu louvor e estímulo pela obra evangelizadora que estão realizando.

7. Meu pensamento dirige-se, enfim, aos processos de nulidade matrimonial submetidos ao exame dos vossos Tribunais diocesanos e, quando for o caso, à Rota Romana.

Na sua fidelidade a Cristo, a Igreja não pode deixar de reafirmar com persuasão «o alegre anúncio da forma definitiva daquele amor conjugal, que tem em Jesus Cristo o seu fundamento e vigor (cf. *Ef* 5, 25)» (*Familiaris consortio*, 20). Por isso, «o juiz eclesástico, autêntico “*sacerdos iuris*” – como já o afirmei – não pode deixar de ser chamado a exercer um verdadeiro “*officium caritatis et unitatis*”. Sua tarefa é exigente e, ao mesmo tempo, de alta dimensão espiritual, fazendo dele artífice de uma singular diaconia para cada homem e, mais ainda, para o “*christifidelis*”» (Discurso à Rota Romana, 17.1.1998, 2). Na sua preocupação por aplicar autenticamente as normas processuais, está

em jogo não só a credibilidade da fé revelada, mas a paz das consciências. Em algumas das vossas Dioce-ses, tem havido um esforço organizativo dos Tribu-nais, reforçando aqueles Interdiocesanos. Faço votos de que, neste delicado processo interdisciplinar, a fidelidade à verdade revelada sobre o matrimônio e sobre a família, interpretada de maneira autêntica pelo Magistério da Igreja, constitua sempre o ponto de referência e o verdadeiro estímulo para uma profunda renovação deste setor da vida eclesial.

8. A Sagrada Família, ícone e modelo de cada famí-lia humana, ajude cada um a caminhar no espírito de Nazaré. Para isso, amados Irmãos no Episcopado, levai aos fiéis que vos foram confiados o estímulo de que «como estava em Caná da Galiléia, Esposo entre aqueles esposos que mutuamente se entregavam por toda a vida, o bom Pastor está hoje convosco como motivo de esperança, força dos corações, fonte de entusiasmo sempre novo e sinal da vitória da “ci-vilização do amor”. Jesus, o bom Pastor, repete-nos: Não tenhais medo. Eu estou convosco. “Estou convosco todos os dias até ao fim do mundo” (*Mt* 28, 20)» (*Carta às famílias*, 18). Esta certeza guie os cônjuges e quantos os ajudam a compreender e pôr em prática o ensinamento da Igreja sobre o matrimô-nio, e dela se nutra incessantemente o vosso ministé-rio episcopal, venerados Irmãos, na qual vos confir-mo com a Bênção Apostólica que de bom grado vos concedo, tornando-a extensiva a cada uma das vossas Comunidades diocesanas.

Aos Bispos do Brasil (IX)

(Regionais Sul III e IV)

26 novembro 2002

Venerados Irmãos no Episcopado:

1. Formados para uma fé adulta, os discípulos do Senhor são chamados a anunciar e promover no mundo, dominado hoje por crescentes incertezas e temores, as transcendentais realidades da vida nova em Cristo. Ao mesmo tempo eles devem sentir-se empenhados em contribuir ativamente para a promoção integral do homem, para a afirmação do diálogo e da compreensão entre os indivíduos e os povos, para o progresso da justiça e da paz. Como recorda a *Carta a Diogneto*, os cristãos são «a alma do mundo» (6, 1). Que todo fiel compreenda, com renovada consciência, a sua tarefa de ser alma do mundo!

Esta é a vossa preocupação prioritária, caríssimos Irmãos, Pastores das diletas Igrejas dos Regionais Sul-3 e 4. A ela voltais insistentemente nos vossos planos pastorais, vendo nisto um exigente desafio missionário pelo qual toda a comunidade se deve sentir seriamente interpelada. Enquanto vos exprimo apreço pelo vosso generoso trabalho apostólico, dirijo a cada um a minha fraterna e grata saudação. Agradeço em particular a *D. Dadeus Grings*, Arcebispo de Porto Alegre e Presidente do Regional Sul 3, os sentimentos cordiais que me expressou em vosso nome; envio um pensamento afetoso também aos

Bispos que já deixaram o direto ministério pastoral. O Senhor da messe, que vos chamou para trabalhar no seu campo, cumule todos vós da sua benevolência.

2. Num ambiente em que não raramente a liberdade de palavra é usada como arma para difundir mensagens contrárias aos ensinamentos da moral cristã, não falte a franca presença pública do pensamento católico. Fiel ao mandato de Cristo, a Igreja insiste em que a verdadeira e perene «novidade das coisas» provém do poder infinito de Deus: é Deus que faz novas todas as coisas (cf. *Ap* 21, 5). Os homens e mulheres redimidos por Cristo são participantes desta novidade e seus dinâmicos colaboradores. Uma fé socialmente insignificante já não seria a fé exaltada pelos Atos dos Apóstolos e pelos escritos de Paulo e de João.

A Igreja não pretende usurpar tarefas e prerrogativas do poder político; mas sabe que deve oferecer também à política sua contribuição específica de inspiração e de orientação acerca dos grandes valores morais. A imperiosa distinção entre Igreja e poderes públicos não deve fazer esquecer que uma e outros se dirigem para o homem; e a Igreja, «perita em humanidade», não pode renunciar de inspirar as atividades políticas a fim de orientá-las ao bem comum da sociedade. Uma missão tão comprometedora requer audácia, paciência e confiança; não é uma empresa fácil, não o é sobretudo nos dias de hoje, porque, como vós próprios notais, a sociedade moderna está marcada por uma evidente desorientação ideal e espiritual.

3. No n. 12 da Carta Apostólica *Tertio Millennio Adveniente*, destinada a preparar o Grande Jubileu do Ano 2000, quis recordar a tradição dos anos jubilares

de Israel, tempos dedicados especialmente a Deus, nos quais, ao mesmo tempo, previa-se a emancipação dos presos, a redistribuição das terras e o resgate das dívidas. Tratava-se da implementação de uma equidade e uma justiça, que fossem o reflexo da alegria de saber-se escolhidos e amados por Deus. Por isso, «na tradição do ano jubilar, encontra uma das suas raízes a doutrina social da Igreja» (*Ibid.* 13), isto é, esse conjunto de princípios e critérios que, como fruto da Revelação e da experiência histórica, foram decantando-se para facilitar a formação da consciência cristã e da implementação da justiça na convivência humana.

Estes princípios e critérios são das mais distintas formas. Por exemplo, o amor preferencial pelos pobres, com a finalidade de que alcancem um nível mais digno de vida; o cumprimento das obrigações assumidas em contratos e convênios; a proteção dos direitos fundamentais exigidos pela dignidade humana; o uso correto dos próprios bens, que redundem no benefício individual e coletivo, coerentemente com o objetivo social que corresponde à propriedade; o pagamento dos impostos; o desempenho adequado e honesto – com espírito de serviço – dos cargos e funções que se exercem; a veracidade, tanto na palavra dada quanto nos processos e juízos; o cumprimento do trabalho com competência e dedicação; o respeito pela liberdade das consciências; a universalização da educação e da cultura; a atenção aos inválidos e aos desempregados.

Porém, desde uma perspectiva negativa, pode-se assinalar entre as violações da justiça, a insuficiência salarial para a sustentação do trabalhador e da sua família; a injusta apropriação dos bens alheios; a discriminação no trabalho e os atentados contra a dignidade da mulher; a corrupção administrativa ou em-

presarial; o afã exagerado de riqueza e de lucro; os planos urbanísticos concretizados em moradias que, na prática, levam ao controle da natalidade devido às pressões econômicas; as campanhas que violam a intimidade, a honra ou o direito à informação; as tecnologias que degradam o ambiente, e assim por diante.

No exercício do tríptico múnus de santificar, ensinar e governar, os bispos ajudam os fiéis a ser autênticas testemunhas de Jesus ressuscitado. Nem sempre resulta fácil orientá-los na busca de respostas adequadas, segundo os ensinamentos de Jesus Cristo, aos desafios do contexto econômico e social.

4. Não é nenhuma novidade a constatação de que vosso País convive com um déficit histórico de desenvolvimento social, cujos traços extremos são o imenso contingente de brasileiros vivendo em situação de indigência e uma desigualdade na distribuição da renda que atinge patamares muito elevados. Mesmo assim, por seu volume total, a economia brasileira se coloca entre as dez primeiras do mundo e a renda média per capita é bem superior à dos países mais pobres. O Brasil apresenta, então, o paradoxo de possuir um grau de desenvolvimento industrial científico-tecnológico equiparável, em certos estágios, ao primeiro mundo, embora deva conviver com uma crônica marginalização econômica de grandes setores sociais, como a massa de trabalhadores rurais sem terra, os microproprietários rurais empobrecidos e endividados e os grandes contingentes de trabalhadores urbanos marginais, fruto das migrações internas e das rápidas mudanças na estrutura do emprego.

5. A pobreza e as injustiças sociais do Brasil têm início no período colonial e nos primeiros anos de vida independente. Os planos de desenvolvimento

aplicados durante o século XX asseguraram o conjunto do crescimento material do País, e o florescimento de uma economia urbano-industrial diversificada e a correspondente classe média, rica de criatividade e iniciativa. Todavia, eles não foram capazes de eliminar a pobreza e a miséria, nem de reduzir as desigualdades de riqueza e de renda, que vem acentuando-se no período mais recente.

Talvez a própria história econômica brasileira seja uma boa demonstração da ineficácia dos sistemas econômicos destinados a resolver por si só os problemas do desenvolvimento humano, quando não são acompanhados e corrigidos por um *forte compromisso ético* e pelo empenho constante de serviço à dignidade humana.

Faz alguns anos, a propósito da queda do muro de Berlim e do fracasso do marxismo, quis recordar que « não é possível compreender o homem a partir de uma visão econômica unilateral, e nem mesmo poderá ser definido de acordo com a divisão de classes » (*Centesimus Annus*, 24). Do mesmo modo, ele não pode ser julgado como um elemento a mais da economia de mercado, porque « antes da lógica da comercialização dos valores equivalentes e das formas de justiça, que lhe são próprias, existe *algo que é devido ao homem porque é homem*, com base na sua eminente dignidade. Esse *algo* que é devido comporta inseparavelmente a possibilidade de sobreviver e de dar uma contribuição ativa para o bem comum da humanidade » (*Ibid.*, 34).

As experiências econômicas registradas no Brasil a partir dos anos 40 do século passado – substituição das importações, industrialização protegida, ação empresarial do Estado, expansão subsidiada da fronteira agrícola, etc... –, procuraram combinar elementos técnicos dos grandes sistemas econômicos então vigen-

tes, favorecendo, sem dúvida, o crescimento global. Porém, elas não acertaram no objetivo fundamental de reduzir substancialmente a pobreza. Os recentes planos de estabilização monetária, modernização tecnológica e de abertura comercial, apesar da sua relativa eficácia, permitiram alcançar tal objetivo somente em parte.

Na verdade, a par de insuficientes medidas de proteção social e de redistribuição da renda, o que verdadeiramente pode ter faltado foi uma *concepção ética da vida social*. A simples instrumentação de planos e medidas a longo prazo, para corrigir os desequilíbrios existentes, não pode jamais prescindir do empenho de solidariedade institucional e pessoal de todos os brasileiros. A tal fim, os católicos, que constituem a maioria da população brasileira, podem dar uma contribuição fundamental.

6. O novo cenário internacional devido à globalização, impõe aos Estados importantes decisões quanto à sua capacidade de intervir na vida econômica também na tentativa de corrigir desequilíbrios e injustiças sociais.

Já em 1967 Meu venerado predecessor Paulo VI chamava a atenção sobre a crescente interdependência dos povos e sobre a impossibilidade dos países viverem isolados; ressaltava-se então que este processo de interdependência poderia ser equacionado por uma globalização solidária, na qual as nações mais fortes garantissem certas vantagens financeiras e comerciais aos mais débeis, a fim de ajudar a nivelar, na medida do possível, o marco internacional de referência, ou pelo contrário, poderia servir para acentuar as distorções (cf. *Populorum progressio*, 54-55). Infelizmente, ainda hoje a globalização age muitas vezes a

favor do mais forte, fazendo que as vantagens decorrentes do desenvolvimento tecnológico sejam vinculadas ao quadro normativo internacional.

Vosso País está também condicionado pelo entorno internacional como os demais Estados, mas possui uma economia suficientemente forte que, até hoje, permitiu enfrentar as recorrentes crises financeiras globais. A população, aliás, tem confiança na própria moeda e no funcionamento das instituições. Deve-se agradecer a Deus, portanto, que existam no conjunto da sociedade os elementos básicos para resolver os problemas sociais, à margem dos condicionamentos externos. E' possível trabalhar no Brasil por uma sociedade mais justa, e o compromisso nesse trabalho é parte das exigências derivadas da difusão da mensagem evangélica.

7. A vós, veneráveis Irmãos, como hierarquia do povo de Deus, vos compete promover a busca de soluções novas e cheias de espírito cristão. Uma visão da economia e dos problemas sociais, desde a perspectiva da doutrina social da Igreja, leva a considerar as coisas sempre do ponto de vista da dignidade do homem, que transcende o simples jogo dos fatores econômicos. Por outro lado, ajuda a compreender que, para alcançar a justiça social, se requer muito mais do que a simples aplicação de esquemas ideológicos originados pela luta de classes como, por exemplo, através da invasão de terras – já reprovada na minha Viagem Pastoral em 1991 – e de edifícios públicos ou privados, ou, por não citar outros, a adoção de medidas técnicas extremas, que podem ter conseqüências bem mais graves do que a injustiça que pretendiam resolver, como no caso de um incumprimento unilateral dos compromissos internacionais.

O mais importante, segundo a missão que Jesus Cristo confiou aos Bispos e, também, o mais eficaz é estimular toda a potencialidade e riqueza do povo de Deus, especialmente dos leigos, para que, na medida do possível, reine no Brasil uma autêntica justiça e solidariedade, que seja fruto de uma coerente vida cristã.

Numa democracia verdadeira sempre deve haver espaço legal para que grupos, longe de recorrerem à violência, possam fazer valer processos de justa pressão para se acelerar o estabelecimento da tão almejada equidade e justiça para todos.

8. Deve-se, por isso, trabalhar incansavelmente para a formação dos políticos, de todos os brasileiros que têm algum poder decisório, grande ou pequeno e, em geral, de todos os membros da sociedade, de modo que assumam plenamente as próprias responsabilidades e saibam dar um rosto humano e solidário à economia.

Ocorre formar nas classes políticas e empresariais um autêntico espírito de veracidade e de honestidade. Quem assume uma liderança na sociedade, deve procurar prever as conseqüências sociais, diretas e indiretas, a curto e a longo prazo, das próprias decisões, agindo segundo critérios de maximização do bem comum, ao invés de procurar ganâncias pessoais. Os cristãos devem estar dispostos a renunciar a qualquer vantagem econômica ou social se não for por meios absolutamente honestos, não somente de acordo com as leis civis, mas segundo o excelso padrão moral marcado pelo próprio nome de cristãos, que seguem o rasto de Cristo sobre a terra.

9. Viver coerentemente como cristãos significa converter a própria vida num constante e generoso serviço ao próximo.

Na minha Carta aos Sacerdotes por ocasião da Quinta-feira Santa de 2002, falando do sacramento da Penitência, procurei estimular nos meus irmãos sacerdotes aquela amizade de Jesús com Zaqueu: de homem que vivia da exploração dos seus irmãos, àquele que decide dar generosamente parte dos seus bens aos pobres e remediar as injustiças cometidas. O episódio de Zaqueu, narrado pelo evangelista Lucas, indica o caminho do exercício da opção preferencial pelos pobres. Ela não é uma opção classista, mas serve de base de aproximação a todos os cristãos e a todos os homens, ricos e pobres, de qualquer partido ou opinião política com o espírito de Cristo, para provocar neles o milagre da misericórdia. Conseguireis desse modo, veneráveis Irmãos, fazer que todos os brasileiros, façam como Zaqueu, uma opção de vida em favor de seus irmãos, e abrirei nos cristãos, e em todos os homens de boa vontade do Brasil, as infinitas potencialidades do amor de Deus.

No pensamento e na ação política e econômica, com a finalidade de zelar pelo bem comum, florescerão numerosas iniciativas – economia de comunhão e participação, iniciativas assistenciais e educacionais, formas inovadoras de auxílio à população carente, etc... – que expressarão a variedade do povo de Deus e a incomensurável riqueza humana e espiritual do povo dessa grande Nação.

10. Venerados Irmãos no Episcopado, os desafios do trabalho não esmoreçam nunca o vosso entusiasmo; sede antes apóstolos do otimismo e da esperança, infundindo confiança aos mais diretos colaboradores e à inteira sociedade da vossas Regiões episcopais.

Na exaltante fadiga da edificação do Reino de Deus assistam-vos os Santos e Bem-aventurados da Terra de Santa Cruz. Proteja-vos Nossa Senhora Aparecida, venerada com particular e intensa devoção pelo vosso povo. À sua vigilante e materna proteção, confio os vossos planos apostólicos e as necessidades materiais e espirituais das Dioceses de que sois Pastores. Recebam a minha Bênção Apostólica que, de bom grado, estendo a quantos vos estão confiados.

Aos Bispos do Brasil (X)

(Regional Nordeste III)

10 de diciembre de 2002

Venerados Irmãos no Episcopado:

1. É para mim motivo de grande alegria acolher-vos hoje, em conclusão do encontro pessoal que tive convosco. Saúdo-vos a todos com cordialidade fraterna e dou graças ao Senhor pela plena comunhão que vos liga às vossas Igrejas locais e ao Sucessor de Pedro.

A ainda recente divisão da Província Eclesiástica de Salvador, com a constituição de duas novas Províncias de Feira de Santana e Vitória da Conquista, destina-se a facilitar o trabalho organizativo e de acompanhamento desse território que, a par da Província Eclesiástica de Aracajú, interpela e representa um desafio à criatividade e à capacidade evangelizadora de toda a Igreja.

Tendes diante dos olhos, como um livro aberto, essa grande região, com toda a sua realidade histórica, social e religiosa. A fé do povo brasileiro teve origem prevalentemente nestas paragens. Em 1676 ficou constituída a Província Eclesiástica do Brasil, com a metrópole na Bahia, em torno a qual agruparam-se depois, como sufragâneas, as dioceses do Rio de Janeiro, Pernambuco, Maranhão e, no século seguinte, as do Grão-Pará, São Paulo e Mariana, com as Prelazias de Cuiabá e Goiás. O tempo não pode cancelar

a memória de tantos pastores originários dali e muitos vindos do exterior, que se dedicaram generosamente a plantar as Sementes do Verbo.

Agradeço a *D. Ricardo José Weberberger*, Bispo de Barreiras e Presidente do vosso Regional, por ter-se feito de intérprete dos vossos sentimentos ao descrever as esperanças e as dificuldades, os projetos e as expectativas das Dioceses que vos foram confiadas. Quero aproveitar esta circunstância para enviar a minha afetuosa recordação aos sacerdotes, religiosos, religiosas e a todo povo cristão das vossas Comunidades diocesanas, nas quais penso com estima e simpatia.

2. Um lugar especial está reservado no coração do Papa e – tenho a certeza – também no coração de todos vós, amados Bispos, *aos consagrados na Igreja*. O carisma de cada um é um sinal eloqüente de participação na multiforme riqueza de Cristo, cuja «largura, comprimento, altura e profundidade» (cf. *Ef* 3, 18) sempre ultrapassa em muito tudo quanto nós possamos sorver da sua plenitude. E a Igreja, que é o rosto visível de Cristo no tempo, acolhe e nutre no seu próprio seio Congregações e Institutos com estilos tão diferentes, porque todos contribuem para revelar a variegada presença e o polivalente dinamismo do Verbo de Deus encarnado e da Comunidade dos que nele crêem.

Num tempo em que se palpa o risco de construir o homem com uma só dimensão, que inevitavelmente acaba por ser a historicista e imanentista, os consagrados são chamados a manter de pé o valor e o sentido da oração adoradora, não separada mas unida ao compromisso vivo de um generoso serviço prestado aos homens, que precisamente daí recebe impulso e eficácia: oração e trabalho, ação e contemplação

são binômios que em Cristo nunca se deterioram em contraposições antitéticas, antes maturam em mútua complementaridade e fecunda integração.

A sociedade atual precisa de ver nos homens nas mulheres consagrados quanta harmonia existe entre o humano e o divino, entre as coisas visíveis e as invisíveis (cf. *2 Cor* 4, 18) e o quanto as segundas superaram as primeiras, sem nunca as banalizar nem humilhar, mas vivificando-as e elevando-as ao nível do plano eterno de salvação. Tal é o testemunho que eles devem dar hoje ao mundo: mostrar quanta bondade e amor estão contidos no mistério de Cristo (cf. *Tt* 3, 4) e simultaneamente quanto de transcendente e de sobrenatural se requer no empenho entre os homens.

3. Desejo fazer constar novamente o mérito de tantas Congregações religiosas, por terem enviado a fina flor das suas vocações para formar e educar esse povo com tanto amor e dedicação. Podemos acaso esquecer-nos dos franciscanos, dos dominicanos, dos agostinianos, dos beneditinos, dos jesuítas, dos salesianos, dos lazaristas, dos combonianos, dos presbíteros «*fidei donum*»? O que hoje vemos por toda a geografia nacional, é fruto do trabalho escondido, silencioso e benemérito de muitos leigos e leigas e de tantos religiosos e religiosas que contribuíram e contribuem para a edificação dessa alma cristã do brasileiro. Reconheça-mo-lo e demos graças a Deus, porque no silêncio e na entrega desinteressada a Cidade de Deus cresceu, e a árvore frondosa da Igreja deu os seus frutos de bem e de graça.

Constituem, sem dúvida, uma grande riqueza das Igrejas que presidis as numerosas Comunidades religiosas, de vida tanto ativa quanto contemplativa. Cada uma delas é um dom para a diocese, que contribui

para edificar, oferecendo a experiência do Espírito própria do seu carisma, e a atividade evangelizadora característica da sua missão. Precisamente por ser um dom inestimável para toda a Igreja, recomenda-se ao Bispo «apoiar e ajudar as pessoas consagradas, para que, em comunhão com a Igreja, se abram às perspectivas espirituais e pastorais que correspondam às exigências do nosso tempo, na fidelidade à inspiração originária» (*Vita consecrata*, 49). Nesta importante tarefa, o diálogo respeitoso e fraterno será o caminho privilegiado para unir esforços e assegurar a indispensável coerência pastoral em cada diocese, sob a guia do seu Pastor.

4. As Comunidades religiosas que se inserem na vida da própria Diocese merecem todo apoio e estímulo. É uma contribuição preciosa que oferecem pois, apesar da «diversidade de dons, o Espírito é o mesmo» (1 Cor 12, 4). Neste sentido o Concílio Vaticano II afirmava: «Procurem os religiosos com empenho que, por seu intermédio, a Igreja revele cada vez mais, Cristo orando sobre o monte, anunciando às multidões o Reino de Deus, curando os enfermos e feridos, convertendo os pecadores» (*Lumen gentium*, 46).

A Igreja não pode senão manifestar alegria e apreço por tudo aquilo que os Religiosos vêm realizando mediante Universidades, escolas, hospitais e outras obras e instituições. Este vasto serviço em favor do povo de Deus é fortalecido por todas as Comunidades religiosas que responderam de modo adequado à exortação do Concílio, mediante a fidelidade ao carisma fundacional e o empenho renovado no que se refere aos elementos essenciais da vida religiosa (cf. *Perfectae Caritatis*, 2). Peço a Deus que recompense abundantemente todas as Comunidades

religiosas pela colaboração que prestam na pastoral diocesana, tanto na vida escondida e silenciosa de um mosteiro, como no empenho em atender e formar na fé todos os segmentos da sociedade, inclusive as populações indígenas.

As atividades pastorais, sejam orientadas por um dinamismo sadio, em vista da expansão, por todos os ambientes, da fé revelada; aí estão também, por exemplo, os meios de comunicação social a interpelar por uma correta difusão da verdade. Os religiosos no mundo inteiro, e o Brasil não é exceção, fazem da imprensa escrita e falada um grande meio de difusão da Boa Nova. Daí a importância de uma boa orientação, a fim de que não se deixem arrastar por ideologias contrárias ao Magistério da Igreja, e se empenhem por manterem a unidade com a Sé de Pedro.

Na sua grande diversidade, a vida consagrada constitui uma riqueza da Igreja no vosso país. A qualidade espiritual dos seus membros, que beneficia os fiéis e é, inclusive, uma preciosa ajuda para os sacerdotes, torna cada vez mais presente na consciência do povo de Deus «a exigência de responder com a santidade de vida ao amor de Deus, derramado nos corações pelo Espírito Santo, refletindo na conduta a consagração sacramental realizada por obra de Deus no Batismo, na Confirmação ou na Ordem» (*Vita consecrata*, 33).

Na fidelidade ao carisma que lhes é próprio, em comunhão e em diálogo com os outros componentes da Igreja, em primeiro lugar com os Bispos, as Comunidades religiosas responderão com generosidade aos apelos do Espírito e terão a solicitude de buscar caminhos novos para a missão, a fim de que Cristo seja anunciado a todas as culturas, até às regiões mais longínquas.

5. Num ambiente profundamente secularizado é determinante a proclamação do Reino de Deus, mediante o testemunho dos religiosos e das religiosas. Por isso, desejo convidar-vos a prestar uma renovada atenção à *promoção* e ao *cuidado da vida consagrada* no vosso país. A prática dos conselhos evangélicos testifica «a vida nova e eterna adquirida pela redenção de Cristo, e preanuncia a ressurreição futura e a glória do Reino celeste» (*Lumen gentium*, 44). O papel distintivo da mensagem evangélica justifica plenamente o aumento de iniciativas, tanto no âmbito diocesano quanto através da Conferência Episcopal, a fim de *estimular ainda mais os jovens a responderem com generosidade à vocação para os Institutos de Vida Consagrada e as Sociedades de Vida Apostólica*.

Se levarmos em conta que, em menos de duas décadas, no Brasil as vocações sacerdotais de diocesanos superaram as de religiosos, compreenderemos o peso do esforço que deveria-se dispensar, também entre estes últimos, para promover novos operários para a messe do Senhor.

Trata-se de um problema de grande importância para a vida da Igreja em todo o mundo. É «urgente estruturar uma vasta e capilar *pastoral das vocações*, que envolva as paróquias, suscitando uma reflexão mais atenta sobre os valores essenciais da vida, cuja síntese decisiva está na resposta que cada um é convidado a dar ao chamamento de Deus, especialmente quando se pede a total doação de si mesmo e das próprias forças à causa do Reino» (*Novo Millennio Ineunte*, 46).

Encorajo os responsáveis das Congregações e Institutos presentes nas vossas Dioceses a oferecerem aos novícios e às novícias uma formação humana, intelectual e espiritual, que permita uma *conversão de todo o seu ser a Cristo*, a fim de que a consagração configure sempre mais sua oblação ao Pai.

As atividades e os programas da Conferência Nacional dos Religiosos devem, antes de tudo, «primar pelo reverente acatamento e pela especial obediência ao Sucessor de Pedro e às diretrizes» emanadas por esta Sé Apostólica. Mais ainda, volto a recordar aqui que «todas as iniciativas, tanto as que são promovidas pela Conferência Nacional dos Religiosos, como as demais, empreendidas pelas outras estruturas de coordenação regional ou local, devem estar sob a supervisão e a responsabilidade concreta dos Superiores Maiores e do Bispo Diocesano. Estes têm uma responsabilidade objetiva e devem ter a possibilidade de um controle e de um efetivo acompanhamento» (Discurso, 11.7.1995, n. 6).

Por outro lado, ouve-se falar, às vezes, de re-fundação de Congregações, descurando-se, porém, – para além da insegurança e do transtorno causado em muitas pessoas de boa fé –, que se trata sobretudo de partir de novo e integralmente de Cristo, e de examinar com humildade e generosidade o *sentire cum Ecclesia*. Em seguida, é urgente que, com o remanejamento, não se vise somente a competência humana, mas a explícita formação cristã e católica. Uma vida religiosa que não expressa a alegria de pertencer à Igreja e, com ela, a Jesus Cristo, já perdeu a primeira e fundamental oportunidade de uma pastoral vocacional.

6. Como Conferência e também como Pastores individualmente, examinareis sem dúvida, com objetividade e respeito, a crescente escassez de vocações, que se está verificando em muitos Institutos, enquanto outros florescem continuamente.

É parte constitutiva do vosso ministério apoiar e orientar a observância dos conselhos evangélicos,

mediante os quais os religiosos são consagrados a Deus, em Jesus Cristo, para Lhe pertencerem exclusivamente.

O cuidado da vida religiosa é particularmente urgente quando se discute acerca da *identidade vocacional*. Num espírito de profunda humildade, e tendo como ponto de referência Aquele «que, pela virtude que opera em nós, pode fazer infinitamente mais do que tudo quanto podemos ou entendemos» (*Ef* 3, 20), os religiosos e as religiosas interroguem-se sobre o renovamento proposto pelo Concílio Vaticano II: procuram seguir fielmente e foram produzidos os frutos de santidade e de zelo apostólico que se esperavam? Alguns documentos publicados em anos posteriores, com a minha aprovação, sobre a formação nos Institutos religiosos e sobre a vida contemplativa (v.g. a Instr. *Verbi sponsa* de 1999), foram postos em prática?

A renovação da vida religiosa dependerá do crescimento no amor de Deus, tendo sempre presente que «a contemplação das coisas divinas e a união com Deus pela oração assídua sejam o primeiro e principal dever de todos os Religiosos» (*C.I.C.*, can. 663,1). O único modo efetivo de descobrir sempre mais a própria identidade é o árduo, mas consolador, caminho da conversão sincera e pessoal, com um humilde reconhecimento das próprias imperfeições e pecados; e a confiança na força da ressurreição de Cristo (cf. *Fil* 3, 10) ajudará a superar toda aridez e fraqueza, ao eliminar o sentido de desilusão experimentado em certas ocasiões.

7. O homem e a mulher consagrados a Deus na *castidade perfeita*, defrontam-se às vezes com o abandono ou a indiferença dos que lhes rodeiam e, conseqüentemente, com a solidão no sentido amargo e

duro do vocábulo. Nesse momento, o desejo de apoio e consolo humanos podem levar a recordação daquilo que ficou para trás na vida: a natural ansia de perpetuação através dos filhos, o desejo do afeto de alguém e a consolação do calor familiar. São aspirações humanamente compreensíveis mas, na perspectiva da fé, é possível transcendê-las em vista do Reino de Deus.

Quem deu o passo decisivo para a consagração, o fez assegurado pela promessa de Cristo que « não há ninguém que tenha abandonado, por amor do Reino de Deus, sua casa, sua mulher, seus irmãos, seus pais, ou seus filhos, que não receba muito mais neste mundo e no mundo vindouro a vida eterna » (*Lc* 18, 29-30). Nas horas de provação é necessário imitar a Jesus que, na noite da Paixão, abandonou-se sem reservas à vontade do Pai, dando assim o exemplo de uma verdadeira *obediência*, que não é servil nem limitadora da própria autonomia, mas caminho da verdadeira liberdade dos filhos de Deus. Por isso, é preciso reafirmar a serena convicção de que Aquele que iniciou nos consagrados esta obra, a levará a cabo até o dia de Cristo Jesus (cf. *Fil* 1, 6).

A história ensina que certos casos de declínio no fervor e na vitalidade da vida religiosa estão ligados a um correspondente declínio na compreensão e na prática da *pobreza evangélica*, apesar de que o incumprimento dos demais conselhos evangélicos incida certamente, num grau maior ou menor, na fidelidade à vida consagrada. Ao imitarem a Cristo, que « se tornou pobre » pela nossa salvação (cf. *2 Cor* 8, 9), os religiosos são chamados a « fazer uma sincera revisão da própria vida, na perspectiva da solidariedade com os pobres » (*Redemptoris missio*, 60). Caso contrário, cairão na tentação de ser pregadores de uma pobreza que não encontra modelo na própria vida

quando reivindica a pobreza alheia, e não a própria. É fácil cair nas malhas de ideologias materialistas, quando o testemunho pessoal não serve de conduta para os demais.

Enfim, mediante o livre e total dom de si mesmos a Cristo e à Igreja, as religiosas e os religiosos podem testemunhar de modo surpreendente, que o espírito das Bem-aventuranças é caminho por excelência para a transformação do mundo e para a restauração de todas as coisas em Cristo (cf. *Lumen gentium*, 31).

8. Venerados Irmãos, ao concluir este meu colóquio fraterno convosco, quero reafirmar todo o afeto e estima que nutro por cada um. Ao escutar-vos, dei-me conta da dedicação com que guiais as vossas Dioceses e apreciei a comunhão que vos une uns aos outros. Maria, sublime modelo de consagração, sustenta o vosso empenho e unidade, que eu de todo o coração confirmo com uma ampla Bênção Apostólica, extensiva aos sacerdotes e seminaristas, aos consagrados, noviços e noviças e demais membros das vossas Comunidades cristãs.

Aos Bispos do Brasil (XI)

(Regional Sul I)

23 janeiro 2003

Senhores Cardeais,
Venerados Irmãos no Episcopado:

1. Depois de me ter encontrado pessoalmente com cada um de vós nos dias passados, me é grato agora saudar-vos conjuntamente e, por vosso intermédio, agradecer a Deus por esta ocasião de entrar em contato com as Comunidades cristãs que representais, a todas elas dirigindo neste momento uma saudação afetuosa e sincera.

Transmiti-lhes, amados Irmãos, os meus mais cordiais sentimentos, assegurando a minha solidariedade espiritual aos sacerdotes, aos religiosos e às religiosas, ao laicado cristão, aos jovens, aos doentes e a todas as componentes do Povo de Deus. A *D. Fernando Antônio Figueiredo*, Bispo de Santo Amaro e Presidente do Regional Sul 1, o meu agradecimento pela sua gentil atenção e pelas expressões de obséquio que há pouco me dirigiu também em vosso nome.

2. «A época em que vivemos – escrevi na encíclica *Redemptoris missio* – é ao mesmo tempo dramática e fascinante. Se por um lado parece que os homens vão no enalço da prosperidade material, mergulhando cada vez mais no consumismo materialista, por outro lado manifestam a angustiante procura de sentido, a necessidade de vida interior, o desejo de aprender

novas formas e meios de concentração e de oração. Não só nas culturas densas de religiosidade, mas também nas sociedades secularizadas, procura-se a dimensão espiritual da vida como antídoto à desumanização» (n. 38). É o chamado «ressurgimento religioso» que, embora não desprovido de ambiguidades, contém todavia fermentos e estímulos a não transcurar. Vós percebeis quão difundida é esta exigência de Deus entre a vossa gente, uma população tradicionalmente ancorada nos perenes princípios do cristianismo, mas submetida a influências negativas de vária ordem.

Porventura o fenômeno das seitas, que também nas vossas terras se está difundindo com incidência intermitente de zona para zona e com pontas acentuadas de proselitismo entre as pessoas mais fracas social e culturalmente, não é um sinal concreto de uma insatisfeita aspiração ao sobrenatural? Não constitui ele para vós, Pastores, um autêntico desafio a renovar o estilo do acolhimento dentro das comunidades eclesiais e um estímulo premente a uma nova e corajosa evangelização, que desenvolva formas adequadas de catequese, sobretudo para os adultos?

Bem sabeis que, na base dessa difusão, há também muitas vezes uma grande carência de formação religiosa com a conseqüente indecisão acerca da necessidade da fé em Cristo e da adesão à Igreja por Ele instituída. Tende-se a apresentar as religiões e as várias experiências espirituais como niveladas a um mínimo denominador comum, que as tornaria praticamente equivalentes, com o resultado de que toda a pessoa seria livre de percorrer indiferentemente um dos muitos caminhos propostos para alcançar a desejada salvação. Se a isto se acrescentar o proselitismo arrojado, que caracteriza algum grupo particularmente ativo e invadente destas seitas, compreende-se logo

como é urgente hoje sustentar a fé dos cristãos, dando-lhes a possibilidade de uma contínua formação religiosa, para aprofundarem cada vez melhor a relação pessoal com Cristo. O vosso esforço deve ser principalmente prevenir esse perigo, consolidando nos fiéis a prática da vida cristã e favorecendo o crescimento do espírito de autêntica fraternidade no seio de cada uma das comunidades eclesiais.

3. Desde Roma, acompanhei com especial interesse o desenrolar do XIV Congresso Eucarístico Nacional realizado em Campinas, que contou com a participação de uma multidão de brasileiros reunida à volta da Eucaristia, na presença do meu representante e Legado especial, o Cardeal José Saraiva Martins. Aquele foi, sobretudo, um momento de comunhão, de vitalidade e de esperançosa celebração da Igreja de hoje no Brasil. Faço votos de que este acontecimento tenha despertado a consciência cristã do povo fiel da vossa terra, encorajando-o para o compromisso de uma vida exemplar que estreite os vínculos de comunhão e reconciliação na fé e no amor, para ser também fermento daquela renovação interior a que antes me referia.

A Eucaristia é, com efeito, o supremo bem espiritual da Igreja porque contém o próprio Cristo, nossa Páscoa e Pão vivo, que com sua carne dá a vida ao mundo (cf. *Presbyterorum ordinis*, 5). Deste modo, assim como o coração leva a vitalidade a todas as partes do corpo humano, também a vida eucarística chegará – a partir do altar do sacrifício, da presença real e da comunhão – a todas as zonas do corpo eclesial, e fará sentir os seus efeitos salutareis também nos complexos tecidos da sociedade, por meio dos cristãos que prolongam hoje a ação de Redentor no mundo.

4. A Eucaristia deve estar, pois, no centro da Pastoral para irradiar a sua força sobrenatural em todos os ambientes cristãos tanto de evangelização, de catequese e da múltipla ação caritativa, quanto no compromisso de renovação social e de justiça em favor de todos, começando pelo respeito da vida e dos direitos de cada pessoa, e no empenho em favor da família, do ensino a todos os níveis, da reta ordem política e de promoção da moralidade pública e privada.

Mas para dar toda a sua eficácia à ação eucarística, deve-se cuidar sempre da digna e genuína celebração do mistério, segundo a doutrina e as diretrizes da Igreja, como recordei em diversas ocasiões (cf. Carta *Dominicae Cena*, 12).

Com efeito, a celebração da Eucaristia a Igreja, além de participar na eficácia redentora do mistério de Cristo, desempenha uma *pedagogia da fé e da vida* através da proclamação da Palavra, das orações, dos ritos e de todo o simbolismo eclesial da liturgia. Por isso, qualquer manipulação destes elementos incide negativamente na pedagogia da fé; por outro lado, a reta, ativa e conseqüente participação litúrgica, segundo as normas aprovadas pela Igreja, constrói a fé e a vida dos fiéis.

Quero, pois, exortar-vos a conservar a genuína celebração da liturgia, esforçando-vos para que sejam seguidas as indicações da Santa Sé e as que competem à vossa Conferência Episcopal. Recordai nisto o dever de os Bispos serem «moderadores, promotores e guardiães de toda a vida litúrgica» nas suas respectivas Dioceses (*C.I.C.*, cân. 835,1).

5. Na esteira deste serviço pastoral, desejaria submeter à vossa consideração alguns temas sobre os quais venho insistindo, para dar novo impulso à evangelização nas Comunidades que vos estão sujeitas.

Como não recordar, inicialmente, aquele meu apelo de dar «particular relevo à Eucaristia dominical e ao próprio domingo, considerado um dia especial de festa, dia do Senhor ressuscitado e dom do Espírito, verdadeira Páscoa da semana» (*Novo Millennio Ineunte*, 35). Numa época de grandes manifestações populares movidas, às vezes, por objetivos superficiais, faz-se necessário restaurar, pela ação da graça, o mundo interior das almas infinitamente mais rico de valores e de esperanças. «As nossas comunidades, amados irmãos e irmãs – dizia eu – devem tornar-se *autênticas “escolas” de oração*, onde o encontro com Cristo não se exprima apenas em pedidos de ajuda, mas também em ação de graças, louvor, adoração, contemplação» (*ibid.*, 33).

O que significa isto senão dar novo impulso aos valores da Eucaristia, tanto na Santa Missa quanto nas diferentes manifestações eucarísticas: Congressos, Procissões eucarísticas, Adorações do Santíssimo, Horas Santas e assim por diante? *É preciso ensinar a rezar pessoalmente, e não a coletivizar a oração*. E o encontro semanal do cristão com Deus, na Missa e nas outras manifestações litúrgicas, deve poder proporcionar uma maior intimidade com o seu Senhor, porque o «Reino de Deus está no meio de vós» (*Lc* 17, 21), assim como o sacerdote reza juntamente com o povo, pedindo a Deus no Pai-Nosso: “venha a nós o vosso Reino”».

Se a Liturgia da Palavra é um “diálogo de Deus com o seu povo”, este «sente-se chamado a corresponder a este diálogo de amor, agradecendo e louvando, mas, ao mesmo tempo, verificando a própria fidelidade no esforço por uma contínua conversão» (Carta ap. *Dies Domini*, 41). Os meios proporcionados para um correto entendimento da Eucaristia: a homília e a preparação catequética, os Folhetos do Do-

mingo etc... devem poder enriquecer a expectativa do povo por este dia. Caso contrário tendem a esvaziar o conteúdo do Sacramento e da mesma mensagem litúrgica. Por isso, a Celebração eucarística não pode e nem deve transformar-se numa ocasião para reivindicações de cunho político, como, às vezes, são sugeridas em publicações a caráter nacional editadas para as Missas do domingo.

6. Outro dos temas de considerável importância para as vossas Dioceses consiste na *religiosidade popular*.

O necessário crescimento na fé e o testemunho evangélico na transformação das realidades temporais segundo os desígnios de Deus, devem levar os fiéis da Igreja a uma participação ativa na vida litúrgica e sacramental. Com efeito, o Concílio recorda-nos que a liturgia é «a meta para a qual se encaminha a ação da Igreja e a fonte de onde promana toda a sua força. Na verdade, o trabalho apostólico ordena-se a que todos os que se tornaram filhos de Deus pela fé e pelo Batismo, ... participem no sacrifício e comam a Ceia do Senhor» (*Sacrosanctum Concilium*, 10).

Daí decorre que as ações litúrgicas enquanto «celebrações da Igreja, que é “sacramento da unidade”» (*ibid.*, 26) devem ser disciplinadas unicamente pela autoridade competente (*C.I.C.*, cân. 838,4) exigindo de todos grande e respeitosa fidelidade aos ritos e aos textos autênticos. Uma errada aplicação do valor da criatividade e da espontaneidade nas celebrações, mesmo se típica de tantas manifestações da vida do vosso povo, não deve alterar os ritos e os textos e, sobretudo, o sentido do mistério que se celebra na Liturgia.

7. Não me é desconhecido, todavia, que a vossa pastoral litúrgica convive com a presença de vários grupos culturais, que são uma manifestação a mais

da catolicidade da Igreja. Muitos destes grupos vivem nas áreas urbanas, um ao lado do outro, transformando a sua cultura em perfeita simbiose. Este fenômeno implica uma resposta particularmente sensível, confiada ao vosso critério e prudência pastoral.

Como compreenderão, o respeito pelas diversas culturas e a correspondente inculturação evangélica aborda questões que merecem um destaque a parte.

Certamente, não é possível descurar aqui a consideração da *cultura afro-brasileira* no quadro mais amplo da evangelização “*ad gentes*”, e que hoje é bem presente na vossa reflexão teológica e pastoral. Trata-se da delicada questão de aculturação, especialmente nos ritos litúrgicos, no vocabulário, e nas expressões musicais e corporais típicas da cultura afro-brasileira. É bem sabido que a interação do cristianismo com os costumes e as tradições africanas trouxe ao vocabulário, à sintaxe e à prosódia da língua portuguesa falada no Brasil uma feição própria. A presença do elemento negro na arte sacra barroca do período colonial, que deixou tão belos monumentos arquitetônicos e de escultura religiosa, e incorporou a música sacra e profana nos festejos da religiosidade popular, marcou, de modo inconfundível, as expressões culturais mais autênticas desta sociedade multi-racial que é o Brasil.

É evidente, porém, que se estaria distanciando da finalidade específica da evangelização, acentuar um destes elementos formadores da cultura brasileira, isolá-lo deste processo interativo tão enriquecedor, de modo quase a se tornar necessária a criação de uma nova liturgia própria para as pessoas de cor. Seria incompreensível dar ao rito litúrgico uma apresentação externa e uma estruturação – nas vestes, na linguagem, no canto, nas cerimônias e objetos litúrgicos – baseada nos assim chamados cultos afro-bra-

sileiros, sem a rigorosa aplicação de um *discernimento sério e profundo acerca da sua compatibilidade com a Verdade revelada por Jesus Cristo*. É necessário manter, por exemplo, uma adequada e prudente vigilância em certos ritos que inspiram a aproximação do augusto Mistério Trinitário ao panteão dos espíritos e divindades dos cultos africanos, pois corre-se o risco de modificar as fórmulas sacramentais em sua referência trinitária; mais ainda, deve-se assinalar, corrigindo oportunamente, a introdução no rito sacramental de ritos, cantos e objetos pertencentes explicitamente ao universo dos cultos afro-brasileiros.

A Igreja Católica vê com interesse estes cultos, mas considera nocivo o relativismo concreto de uma prática comum de ambos ou de uma mistura entre eles, como se tivessem o mesmo valor, pondo em perigo a identidade da fé católica. Ela sente-se no dever de afirmar que o sincretismo é danoso quando compromete a verdade do rito cristão e a expressão da fé, em detrimento de uma autêntica evangelização.

A tarefa de adaptação e de inculturação é importante para o futuro do renovamento da vida litúrgica. A Constituição conciliar sobre a Sagrada Liturgia estabeleceu os seus princípios (37-40). Por sua vez, a Instrução sobre a “Liturgia Romana e a inculturação” aprofundou o tema e precisou os procedimentos que devem ser seguidos por parte das Conferências Episcopais, à luz do Direito Canônico, depois da reforma litúrgica (cf. Ins. *Varietates legitimae*, 62 e 65-68).

8. Na vossa ação evangelizadora, um setor que merece toda atenção da solícitude pastoral é o das *comunidades indígenas*. No ano passado, vossa Conferência Episcopal propôs como tema da Campanha da Fraternidade: «A Fraternidade e os povos indígenas». Alegro-me saber que a Pastoral diocesana de algumas

Igrejas Particulares vem contribuindo decididamente para que as comunidades indígenas tomem maior consciência da sua própria identidade, dos valores das suas culturas e do lugar que devem ocupar no conjunto da população brasileira.

A celebração do V Centenário da Evangelização do Brasil propiciou também a ocasião para renovar o empenho na evangelização das comunidades indígenas do País. O Evangelho deve continuar penetrando na cultura indígena, e tornar possível a sua expressão na vida comunitária, na fé e na liturgia. Sirva-me a ocasião para reiterar aqui, que uma Igreja viva e unida à volta de seus Pastores será a melhor defesa, para rebater a obra desagregadora que certas seitas estão realizando entre os vossos fiéis, semeando entre eles a confusão e desvirtuando o conteúdo da mensagem cristã.

9. Ao terminar este encontro, desejo reiterar-vos, queridos Irmãos, a minha gratidão pelos esforços realizados nos diferentes campos da ação pastoral; pelo bom espírito com que guiais o Povo de Deus; pela decidida vontade de servir o homem, através do anúncio do Evangelho que salva todo aquele que crê em Jesus Cristo (*Rom 1, 16*). Ao encorajar-vos a prosseguir com renovado empenho na vossa missão, peço-vos que leveis a minha afetuosa saudação e bênção aos vossos sacerdotes, religiosos, religiosas e fiéis, em especial àqueles que estão doentes, são idosos ou sofrem por qualquer causa, os quais têm sempre um lugar particular no coração do Papa.

Que Nossa Senhora Aparecida, interceda diante do Senhor pela santidade de todos os fiéis do Brasil, pela prosperidade da Nação, pelo bem-estar de cada uma das suas famílias. Com estes ardentes votos, concedo-vos de coração a Bênção Apostólica.

Aos Bispos do Brasil (XII)

(Regionais Centro-Oeste e Norte II)

7 fevereiro 2003

Venerados Irmãos no Episcopado:

1. Sede bem-vindos à Casa do Sucessor de Pedro nesta vossa Visita *ad Limina Apostolorum*, testemunho visível da colegialidade episcopal da Igreja. Saúdo fraternalmente a cada um de vós e a *Dom Jayme Henrique Chemello*, Presidente da Conferência Nacional dos Bispos do Brasil.

Desejo agradecer de coração as palavras do Senhor Cardeal, Dom José Freire Falcão, Arcebispo de Brasília, por querer transmitir os bons sentimentos que vos animam e os desafios pastorais dos Regionais Centro-Oeste e Norte-2.

Ao observar num relance o mapa dos vossos Estados, desde Goiás até atingir as fronteiras internacionais do norte brasileiro, passando por Tocantins Pará e Amapá, posso imaginar as dificuldades que tendes para exercer vossa missão de pastores daquelas imensas regiões. Ser bispo nunca foi fácil, pois hoje supõe obrigações, compromissos e dificuldades que, por todo o lado, e em circunstâncias tantas vezes imprevisas, constituem obstáculos enormes, complexos e, às vezes, humanamente insuperáveis. Mas é Deus quem vos chama a servir, com sentido de responsabilidade, o povo que vos foi confiado e não cessará nunca de sustentar e acompanhar a quantos escolheu, na certeza de que os fiéis, «reconhecendo

este ministério, glorificarão a Deus pela vossa obediência na profissão do Evangelho de Cristo e pela sinceridade de vossa comunhão com eles e com todos» (2 Cor 9, 13).

2. Sem negar as diversidades específicas de cada diocese, existem situações e problemas que exigem uma ação pastoral concorde para exercer, na unidade e na caridade, «algumas funções pastorais (...) a fim de promover o maior bem que a Igreja oferece aos homens, (...) por formas e métodos de apostolado convenientemente ajustados às circunstâncias de tempo e de lugar, nos termos do direito» (Motu pr. *Apostolos suos*, 14). Conforta-me saber que esta é a vossa experiência, e que este é também o empenho da vossa Conferência Episcopal: *uma longa e profícua experiência de comunhão e de corresponsabilidade*, que vem ajudando vossas dioceses a unirem seus esforços em prol da evangelização, dando vida a um organismo de comunhão episcopal, para que os Pastores de um determinado território possam renovar seu *afeto colegial* no exercício de algumas funções, inspirados pela solicitude pastoral comum.

Desde o seu início, em 1952, a Conferência Nacional dos Bispos do Brasil vem realizando esta missão, com numerosas iniciativas destinadas não só para aprimorar a sua organização, mas também para *certificar a presença do Redentor, e sua mensagem salvadora, no meio dos homens*. Esta foi a constatação havida ao concluírem-se as celebrações do Jubileu de Ouro da entidade. A Conferência dos Bispos ajudou a Igreja que está no Brasil a permanecer ao lado do povo, compreendendo a sua situação e assumindo as suas causas.

Isto leva-nos também a recordar a importância de que, se a Igreja precisa estar perto do povo, como Jesus o fez ao colocar-se nos caminhos da Palestina para ir ao encontro das almas, ela deve, sobretudo, *aproximar Jesus ao povo*, dando-o a conhecer, fazendo que a graça, que brotou do seu lado aberto, como fonte de água viva, alcance os corações que anelam pela glória no Reino dos céus. A Igreja, como instrumento de salvação, recebeu de Cristo, através dos apóstolos, a missão vital de «ir por todo o mundo e pregar o Evangelho a toda a criatura» recordando que «quem crer e for batizado, será salvo, mas quem não crer, será condenado» (*Mc* 16, 16).

Vossa missão, venerados irmãos no Episcopado, assume então um caráter próprio e específico à hora de decidir os diversos enfoques da pastoral, e mais amplamente da evangelização. Como sucessores dos Apóstolos, recebestes a luz que vem do Alto, mediante a consagração episcopal. «O Senhor Jesus, depois de ter orado ao Pai, chamando a Si os que Ele quis, elegeu doze para estarem com Ele (...), constituiu-os em colégio ou grupo estável e deu-lhes como chefe a Pedro. Enviou-os primeiro aos filhos de Israel e, depois, a todos os povos, para que, participando do seu poder, fizessem de todas gentes discípulos seus e as santificassem e governassem e, deste modo propagassem e apascentassem a Igreja» (*Lumen gentium*, 19).

Pela consagração sacramental e a comunhão hierárquica com a Cabeça e os membros, o Bispo torna-se membro do Colégio Episcopal, e participa portanto da solicitude por todas as Igrejas (*ibid.*, 23), para ser mestre da doutrina, sacerdote do culto sagrado e ministro da governação (cf. *C.I.C.*, cân. 375). Sua tarefa primária é, com efeito, governar a diocese que lhe foi encomendada, consciente de que assim fazendo «concorre eficazmente para o bem de todo o

Corpo místico, que é também o corpo das Igrejas» (*Lumen gentium*, 23). Todos sabem, porém, que são bastantes as ocasiões nas quais os Bispos não conseguem realizar convenientemente sua missão, «se não tornam mais íntima e harmônica a colaboração com os outros Bispos» (Motu pr. *Apostolos suos*, 15).

Esta é a razão pela qual, hoje, as Conferências Episcopais cooperam com uma ajuda fecunda e diversificada para dar vida, de modo efetivo e concreto, a união colegial ou *collegialis affectus* entre os Bispos. A união com aqueles irmãos no Episcopado, com os quais cada um se encontra especialmente vinculado, muitas vezes pela proximidade geográfica e por bastantes problemas pastorais comuns, serve de veículo ao bem comum da diocese que lhe está encomendada, caso contrário seu Pastor ver-se-ia impossibilitado de cumprir eficazmente a sua missão. Penso, por exemplo, na importante questão da formação dos candidatos ao sacerdócio. A necessidade de encontrar vocações firmes e seguras tem exigido das vossas Igrejas particulares um renovado esforço e dispêndio de energias. Faço votos de que o *Ano Vocacional*, promovido pela Conferência Episcopal, seja coroado de sucesso, para o qual tendes, desde já, meu apoio e asseguradas minhas preces elevadas ao Todo Poderoso.

3. Pode-se afirmar, desta forma, que a tarefa pastoral do Bispo na sua diocese inclui necessariamente a participação ativa nos trabalhos da Conferência Episcopal, configurando, ao mesmo tempo, seus limites: limites por parte da Conferência, devendo esta ocupar-se daqueles assuntos que necessitam ser por ela conduzidos, de acordo com os seus Estatutos, para o bem do conjunto das dioceses; e limites, também, por parte da dedicação pessoal de cada Bispo, correspon-

dente à importância dos problemas que devem ser tratados na Conferência, ou seja, de acordo com os benefícios que redundarão para todas as dioceses.

Tenham em conta, porém, que o excesso de organismos e de reuniões, obrigando muitos Bispos a permanecerem frequentemente fora das próprias Igrejas particulares, além de ser contrário à «lei de residência» (C.I.C., cân. 395), tem consequências negativas tanto no acompanhamento do seu presbitério, quanto de outros aspectos pastorais, como poderia ser no caso da penetração das seitas.

Por isso, foi indicada explicitamente a necessidade de evitar, além da excessiva multiplicação de organismos, a burocratização de órgãos subsidiários e comissões que continuem ativos no período entre as reuniões plenárias; destarte, estes órgãos «existem para ajudar os Bispos, e não para ocupar o lugar deles» (Motu pr. *Apostolos suos*, 18).

4. No desempenho desta missão, ao dirigir-Me aos meus Irmãos no Episcopado, através da Carta apostólica sob forma de Motu próprio *Apostolos suos*, pus em evidência que a «união colegial do Episcopado» manifesta a natureza da Igreja, a qual, enquanto semente e início do Reino de Deus na terra, é – citando o Concílio Vaticano II (*Lumen gentium*, 9) – “para todo o gênero humano o mais firme germe de unidade, de esperança e de salvação”» (n. 8).

Quisera, pois, recordar aqui com satisfação o espírito que vem imbuindo a Conferência Episcopal dos Bispos do Brasil, como fruto também da recente revisão dos seus Estatutos. Ao empenhar-se em «fomentar uma sólida comunhão entre os Bispos (...) e promover sempre maior participação deles na Confe-

rência» (Cap. I, art. 2º), quisestes reafirmar a tradição apostólica mantida sempre ao longo da vida da Igreja, desde a sua constituição.

Não me é desconhecido o vulto da Igreja no Brasil, que se encontra entre as maiores do orbe católico. Os dezessete Regionais que a compõe, cada um deles com um numeroso grupo de Dioceses e, às vezes, de Prelazias, Eparquias, um Exarcado, Abadias territoriais, um Ordinariado Militar e outro para os fiéis de Rito Oriental, uma Administração Apostólica Pessoal, mostra-nos o imenso e exigente panorâma de trabalho que vos depara e a contínua preocupação por manter unido o processo evangelizador.

Tal estruturação deve estar à serviço da Conferência e de cada um dos Ordinários locais, para pôr em execução as decisões da Assembléia Geral e, quando for o caso, do Conselho Permanente como «órgão de orientação e acompanhamento da atuação da CNBB» (Cap. V, art. 46). Por isso, confio no vosso zelo pastoral, a fim de que seja evitada qualquer discrepância relativa às normas estatutárias aprovadas.

5. A dimensão continental do Brasil, requer uma atenção renovada, a fim de que a todos chegue a certeza pela qual Cristo instituiu o Povo de Deus «para ser comunhão de vida, de caridade e de verdade» (LG, 9). O Povo de Deus apresenta-se como uma comunidade, na medida em que os seus membros possuem e participam dos mesmos «bens», que servem para identificá-lo e distingui-lo dos demais grupos sociais. São Paulo resume quais são os bens que concorrem para a constituir o Povo de Deus, ao proclamar que para os seguidores de Cristo «há um só Senhor, uma só fé, um só batismo» (Ef 4,5).

A todos cabe o direito de receber de forma unitária e homogênea não só a verdade revelada, mas o pensamento comum do Episcopado nacional, através das declarações feitas em nome da Conferência dos Bispos. Apelo, portanto, ao vosso sentido de responsabilidade nos pronunciamentos realizados através dos meios de comunicação social, em representação da mesma Conferência. O fato de uma comunicação ser de inteira responsabilidade pessoal, conforme indicam vossos Estatutos (cf. Cap. IV, art. 131), não exime a coerência doutrinal e a fidelidade ao Magistério da Igreja.

6. Como Mestres na Fé e dispensadores dos mistérios de Deus, cabe uma sintonia ainda maior quando se trata de analisar, nas diversas instâncias da Conferência Episcopal, assuntos de dimensão nacional que repercutem nas diversas pastorais diocesanas.

A Conferência Episcopal tem a própria responsabilidade no âmbito da sua competência, mas «as suas decisões possuem reflexos inevitáveis na Igreja universal. O ministério petrino do Bispo de Roma permanece o garante da sincronização da atividade das Conferências com a vida e o ensinamento da Igreja universal» (*Audiência Geral* de 7 de outubro de 1992, n° 8). Por sua vez, no âmbito da competência de cada organismo que compõe vossa entidade, cabe ao bispo um diligente e atento exame das matérias que lhe são submetidas, não podendo isentar-se, por falta de tempo, da análise objetiva dos assuntos. Como «testemunhas da verdade divina e católica» os Bispos, «dotados da autoridade de Cristo, são doutores autênticos que pregam ao povo a eles confiado a fé que se deve crer e aplicar na vida prática» (*Lumen gentium*, 25).

A esta exigência, deve-se acrescentar também a correta aplicação, para cada caso, das normas do Direito da Igreja tanto ocidental como oriental. Se, de um lado, teoricamente, reina um acordo bastante entendido de conceber o Direito na Igreja à luz do mistério revelado, como foi indicado pelo Concílio Vaticano II (cf. *Optatam totius*, 16), ainda persiste a idéia de um certo legalismo que, na prática, reduz esse Direito a um conjunto de leis eclesiais pouco teológicas e pouco pastorais, contrárias em si à liberdade dos filhos de Deus. Tal visão é certamente inadequada, visto que, como já tive ocasião de dizer, até mesmo recentemente, «as normas canônicas baseiam-se numa realidade que as transcende» e compreende «aspectos essenciais e permanentes nos quais se concretiza o direito divino» (cf. *Discurso ao P. C. para os Textos Legislativos*, 24.1.2003, 2).

Por isso, é necessário considerar que a ação pastoral não pode reduzir-se a um certo *pastoralismo*, entendido no sentido de desconhecer ou atenuar outras dimensões essenciais do mistério cristão, entre elas a jurídica. Se a pastoral dilui qualquer obrigação jurídica, relativiza a obediência eclesial, esvaziando o sentido das normas canônicas. *A verdadeira pastoral jamais poderá ser contrária ao verdadeiro Direito da Igreja.*

7. Venerados Irmãos, é uma graça saber-se e sentir-se unidos, próximos uns dos outros, decididos a caminhar e trabalhar em conjunto, sobretudo quando se sente tantas forças que nos são contrárias, forças de divisão que procuram separar ou mesmo contrapor os irmãos entre si, chamados antes a viverem unidos. Prossegui o vosso caminho buscando sempre uma sintonia fraterna no âmbito da vossa Conferência Episcopal e com o Sucessor de Pedro que, neste momento, renova seu abraço de comunhão com to-

dos, inclusive com os que aqui estiveram, desde o ano passado, em Visita *ad Limina*. Por ser este o último grupo previsto do Episcopado brasileiro, deixo-vos os meus votos de paz e de fraternidade, na esperança de que *sigais construindo a unidade na verdade e na caridade* e para que possais, juntos, responder aos grandes desafios da hora atual.

Ao concluir este encontro dirijo o meu pensamento para a Virgem Aparecida, Mãe das vossas Comunidades cristãs e Padroeira da grande Nação brasileira. A Ela confio todos vós e vossos sacerdotes, religiosos e religiosas, e fiéis leigos das vossas Dioceses, ao conceder-vos de coração a minha Bênção Apostólica.

APÉNDICE

Discursos del Papa durante su Viaje Apostólico a Guatemala y México

29 de julio - 1º de agosto de 2002

**Discurso en la ceremonia de bienvenida,
Aeropuerto Internacional
de Ciudad de Guatemala,**

29 de julio de 2002

Señor Presidente,
Queridos Hermanos en el Episcopado,
Excelentísimas Autoridades,
Miembros del Cuerpo Diplomático,
Amadísimos hermanos y hermanas:

1. Ante todo quiero expresar mi gran alegría al venir por tercera vez como peregrino de amor y de esperanza a esta querida tierra guatemalteca. Doy gracias a Dios por haberme permitido volver aquí para celebrar la canonización de un personaje tan querido y admirado por vosotros, el Hermano Pedro de San José de Betancur, hijo de la isla canaria de Tenerife, el cual, impulsado por un gran espíritu misionero, vino a Guatemala, entregándose al servicio de los pobres y necesitados.

2. Me complace saludar, en primer lugar, al Presidente de la República, Excelentísimo Señor Alfonso Antonio Portillo Cabrera, al cual manifiesto mi más viva gratitud por las amables palabras que ha tenido a bien dirigirme dándome la cordial bienvenida. Aprecio mucho la presencia de los Presidentes de las otras Repúblicas hermanas de Centroamérica, de la República Dominicana y del Primer Ministro de Belice. Mi agradecimiento se hace extensivo al Gobierno de la Nación, a las demás Autoridades y al Cuerpo Diplomático, por su grata presencia en este acto y por su preciosa colaboración en los preparativos de mi Visita.

Saludo entrañablemente a mis Hermanos en el Episcopado, en particular al Señor Arzobispo de Guatemala y Presidente de la Conferencia Episcopal, así como a los demás Arzobispos y Obispos. Mi saludo fraterno se extiende también con gran afecto a los sacerdotes, diáconos, religiosos, religiosas, catequistas y fieles, a todos los guatemaltecos, dirigiéndome con afecto a las poblaciones indígenas, y también a las personas venidas de otros Países latinoamericanos y de España.

3. Mañana tendré la dicha de proclamar Santo al Hermano Pedro de Betancur, que fue expresión del amor de Dios a su pueblo. Esta celebración ha de ser un verdadero momento de gracia y renovación para Guatemala. En efecto, el ejemplo de su vida y la elocuencia de su mensaje son un valioso aporte a la construcción de la sociedad que se abre ahora a los desafíos del tercer milenio. Deseo fervientemente que el noble pueblo guatemalteco, sediento de Dios y de los valores espirituales, ansioso de paz y reconciliación, tanto en su seno como con los pueblos vecinos y hermanos, de solidaridad y justicia pueda vivir y disfrutar de la dignidad que le corresponde.

4. Encomendándome a la protección del Santo Cristo de Esquipulas, y sintiéndome muy unido a los amados hijos de toda Guatemala, inicio este Viaje Apostólico, mientras de corazón os bendigo a todos, de modo particular a los pobres, a los indígenas y campesinos, a los enfermos y a los marginados, y muy especialmente a cuantos sufren en el cuerpo o en el espíritu. A todos mi saludo cordial.

¡Alabado sea Jesucristo!

**Homilía en la Misa
de Canonización del Beato
Hermano Pedro de San José de Betancur,
Hipódromo de Ciudad de Guatemala,**

29 de julio de 2002

1. «*Venid vosotros, benditos de mi Padre; ...Os aseguro que cada vez que lo hicisteis con uno de estos mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis*» (Mt 25, 34.40). ¿Cómo no pensar que estas palabras de Jesús, con las que se concluirá la historia de la humanidad, puedan aplicarse también al Hermano Pedro, que con tanta generosidad se dedicó al servicio de los más pobres y abandonados?

Al inscribir hoy en el catálogo de los Santos al Hermano Pedro de San José de Betancur, lo hago convencido de la actualidad de su mensaje. El nuevo Santo, con el único equipaje de su fe y su confianza en Dios, surcó el Atlántico para atender a los pobres e indígenas de América: primero en Cuba, después en Honduras y, finalmente, en esta bendita tierra de Guatemala, su «tierra prometida».

2. Agradezco cordialmente las amables palabras que me ha dirigido Mons. Rodolfo Quezada, Arzobispo de Guatemala, presentándome a estas queridas comunidades eclesiales. Saludo a los Señores Cardenales, a los Obispos guatemaltecos, al Obispo de Tenerife y a los venidos de otras partes del Continente americano.

También saludo con gran estima a los sacerdotes y a los consagrados y consagradas así como a las religiosas de clausura. Un saludo especial y afectuoso

también a los Hermanos de la Orden de Belén y a las Hermanas Bethlemitas, fruto de la inspiración de la Madre Encarnación Rosal, primera Beata guatemalteca y reformadora del Beaterio donde fraguó la fundación para recuperar los valores fundamentales de los seguidores del Hermano Pedro.

Agradezco particularmente la presencia en esta celebración de los Presidentes de las Repúblicas de Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica, Panamá, República Dominicana, del Primer Ministro de Belice y demás Autoridades civiles. Aprecio también la participación en este acto de la Misión venida de España para esta feliz ocasión.

Deseo asimismo expresar mi aprecio y cercanía a los numerosos indígenas. El Papa no os olvida y, admirando los valores de vuestras culturas, os alienta a superar con esperanza las situaciones, a veces difíciles, que atravesáis. ¡Construid con responsabilidad el futuro, trabajad por el armónico progreso de vuestros pueblos! Merecéis todo respeto y tenéis derecho a realizaros plenamente en la justicia, el desarrollo integral y la paz.

3. «*Que su Espíritu los fortalezca interiormente y que Cristo habite en sus corazones. Así, arraigados y cimentados en el amor, podrán comprender [...] la profundidad del amor de Cristo*» (Ef 3, 16-19). Estas palabras de san Pablo que hemos escuchado hoy, manifiestan cómo el encuentro interior con Cristo transforma al ser humano, llenándole de misericordia para con el prójimo.

El Hermano Pedro fue hombre de profunda oración, ya en su tierra natal, Tenerife, y después en todas las etapas de su vida, hasta llegar aquí, donde, especialmente en la ermita del Calvario, buscaba asiduamente la voluntad de Dios en cada momento.

Por eso es un ejemplo eximio para los cristianos de hoy, a quienes recuerda que, para ser santo, «es necesario un cristianismo que se distinga ante todo en el arte de la oración» (*Novo millennio ineunte*, 32). Por tanto, renuevo mi exhortación a todas las comunidades cristianas, de Guatemala y de otros países, a ser auténticas escuelas de oración, donde orar sea parte central de toda actividad. Una intensa vida de piedad produce siempre frutos abundantes.

El Hermano Pedro forjó así su espiritualidad, particularmente en la contemplación de los misterios de Belén y de la Cruz. Si en el nacimiento e infancia de Jesús ahondó en el acontecimiento fundamental de la Encarnación del Verbo, que le lleva a descubrir casi con naturalidad el rostro de Dios en el hombre, en la meditación sobre la Cruz encontró la fuerza para practicar heroicamente la misericordia con los más pequeños y necesitados.

4. Hoy somos testigos de la profunda verdad de las palabras del Salmo que antes hemos recitado: el justo «no temerá. Distribuyó, dio a los pobres; su justicia permanece por los siglos de los siglos» (111, 8-9). La justicia que perdura es la que se practica con humildad, compartiendo cordialmente la suerte de los hermanos, sembrando por doquier el espíritu de perdón y misericordia.

Pedro de Betancur se distinguió precisamente por practicar la misericordia con espíritu humilde y vida austera. Sentía en su corazón de servidor la amonestación del Apóstol Pablo: «*Todo cuanto hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres*» (Col 3, 23). Por eso fue verdaderamente hermano de todo el que vive en el infortunio y se entregó con ternura e inmenso amor a su salvación. Así se pone de manifiesto en los acontecimientos de su vida, co-

mo su dedicación a los enfermos en el pequeño hospital de Nuestra Señora de Belén, cuna de la Orden Bethlemita.

El nuevo Santo es también hoy un apremiante llamado a practicar la misericordia en la sociedad actual, sobre todo cuando son tantos los que esperan una mano tendida que los socorra. Pensemos en los niños y jóvenes sin hogar o sin educación; en las mujeres abandonadas con muchas necesidades que remediar; en la multitud de marginados en las ciudades; en las víctimas de organizaciones del crimen organizado, de la prostitución o la droga; en los enfermos desatendidos o en los ancianos que viven en soledad.

5. El Hermano Pedro «es una herencia que no se ha de perder y que se ha de transmitir para un perenne deber de gratitud y un renovado propósito de imitación» (*Novo millennio ineunte*, 7). Esta herencia ha de suscitar en los cristianos y en todos los ciudadanos el deseo de transformar la comunidad humana en una gran familia, donde las relaciones sociales, políticas y económicas sean dignas del hombre, y se promueva la dignidad de la persona con el reconocimiento efectivo de sus derechos inalienables.

Quisiera concluir recordando cómo la devoción a la Santísima Virgen acompañó siempre la vida de piedad y misericordia del Hermano Pedro. Que Ella nos guíe también a nosotros para que, iluminados por los ejemplos del «hombre que fue caridad», como se conoce a Pedro de Betancur, podamos llegar hasta su hijo Jesús. Amén.

¡Alabado sea Jesucristo!

Antes de dejar este estupendo lugar, el lugar de la canonización del primer santo guatemalteco y tinerfeño, deseo decirles que me habéis conmovido una

vez más. Gracias, muchas gracias, Guatemala. Con esta fe, esta cordialidad, estas calles tan maravillosamente decoradas. Gracias porque sé que detrás de cada flor hay un corazón. Sed fieles a Dios, a la Iglesia, a vuestra tradición católica, iluminados por el ejemplo del santo Hermano Pedro. Guatemala siempre fiel, bajo la protección del Santo Cristo de Esquipulas. Guatemala, te llevo en mi corazón.

**Discurso en la ceremonia de bienvenida,
Aeropuerto Internacional
de Ciudad de México,**

30 de julio de 2002

Señor Presidente de los Estados Unidos Mexicanos,
Señor Cardenal Arzobispo de Ciudad del México,
Queridos Hermanos en el Episcopado,
Ilustres Autoridades
y Miembros del Cuerpo Diplomático,
Queridos mexicanos:

1. Es inmensa mi alegría al poder venir por quinta vez a esta hospitalaria tierra en la que inicié mi apostolado itinerante que, como Sucesor del apóstol Pedro, me ha llevado a tantas partes del mundo, acercándome así a muchos hombres y mujeres para confirmarles en la fe en Jesucristo salvador.

Después de haber celebrado en Toronto la XVII Jornada Mundial de la Juventud, he tenido hoy la dicha de agregar al número de los santos a un admirable evangelizador de este Continente: el Hermano Pedro de San José de Betancur. Mañana, con gran gozo, canonizaré a Juan Diego y, al día siguiente beatificaré a otros dos compatriotas vuestros: Juan Bautista y Jacinto de los Ángeles, que se unen así a los hermosos ejemplos de santidad en estas queridas tierras americanas, donde el mensaje cristiano ha sido acogido con corazón abierto, ha impregnado sus culturas y ha dado abundantes frutos.

2. Agradezco las amables palabras de bienvenida que, en nombre de todos los mexicanos, me ha dirigido el Señor Presidente de la República. A ellas

deseo corresponder renovando una vez más mis sentimientos de afecto y estima por este pueblo, rico de historia y de culturas ancestrales, y animando a todos a comprometerse en la construcción de una Patria siempre renovada y en constante progreso. Saludo con afecto a los Señores Cardenales y Obispos, a los queridos Sacerdotes, Religiosos y Religiosas, a todos los fieles que día a día se esfuerzan en practicar la fe cristiana y que con su vida hacen realidad la frase que es esperanza y programa de futuro: «México siempre fiel». Desde aquí, mando también un saludo afectuoso a los jóvenes reunidos en vigilia de oración en la Plaza del Zócalo de la Catedral Primada, y les digo que el Papa cuenta con ellos y les pide que sean verdaderos amigos de Jesús y testigos de su Evangelio.

3. Queridos mexicanos: Gracias por vuestra hospitalidad, por vuestro afecto constante, por vuestra fidelidad a la Iglesia. En ese camino, continuad siendo fieles, alentados por los maravillosos ejemplos de santidad surgidos en esta noble Nación. ¡Sed santos! Recordando cuanto ya dije en la Basílica de Guadalupe en 1990, servid a Dios, a la Iglesia y a la Nación, asumiendo cada cual la responsabilidad de transmitir el mensaje evangélico y de dar testimonio de una fe viva y operante en la sociedad.

A cada uno os bendigo de corazón, utilizando para ello la fórmula con la que vuestros antepasados se dirigían a sus seres más queridos: «Que Dios os haga como Juan Diego».

¡México siempre fiel!

**Homilía en la Misa de Canonización
del Beato Juan Diego Cuauhtlatoatzin,
Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe,
Ciudad de México,**

31 de julio de 2002

1. « *¡Yo te alabo, Padre, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y las has revelado a la gente sencilla! ¡Gracias, Padre, porque así te ha parecido bien!*» (Mt 11, 25).

Queridos hermanos y hermanas: Estas palabras de Jesús en el evangelio de hoy son para nosotros una invitación especial a alabar y dar gracias a Dios por el don del primer santo indígena del Continente americano.

Con gran gozo he peregrinado hasta esta Basílica de Guadalupe, corazón mariano de México y de América, para proclamar la santidad de Juan Diego Cuauhtlatoatzin, el indio sencillo y humilde que contempló el rostro dulce y sereno de la Virgen del Tepeyac, tan querido por los pueblos de México.

2. Agradezco las amables palabras que me ha dirigido el Señor Cardenal Norberto Rivera Carrera, Arzobispo de México, así como la calurosa hospitalidad de los hombres y mujeres de esta Arquidiócesis Primada: para todos mi saludo cordial. Saludo también con afecto al Cardenal Ernesto Corripio Ahumada, Arzobispo emérito de México y a los demás Cardenales, a los Obispos mexicanos, de América, de Filipinas y de otros lugares del mundo. Asimismo, agradezco particularmente al Señor Presidente y a las Autoridades civiles su presencia en esta celebración.

Dirijo hoy un saludo muy entrañable a los numerosos indígenas venidos de las diferentes regiones del País, representantes de las diversas etnias y culturas que integran la rica y pluriforme realidad mexicana. El Papa les expresa su cercanía, su profundo respeto y admiración, y los recibe fraternalmente en el nombre del Señor.

3. ¿Cómo era Juan Diego? ¿Por qué Dios se fijó en él? El libro del Eclesiástico, como hemos escuchado, nos enseña que sólo Dios « *es poderoso y sólo los humildes le dan gloria* » (3, 20). También las palabras de San Pablo proclamadas en esta celebración iluminan este modo divino de actuar la salvación: « *Dios ha elegido a los insignificantes y despreciados del mundo; de manera que nadie pueda presumir delante de Dios* » (1 Co 1, 28.29).

Es conmovedor leer los relatos guadalupanos, escritos con delicadeza y empapados de ternura. En ellos la Virgen María, la esclava « *que glorifica al Señor* » (Lc 1, 46), se manifiesta a Juan Diego como la Madre del verdadero Dios. Ella le regala, como señal, unas rosas preciosas y él, al mostrarlas al Obispo, descubre grabada en su tilma la bendita imagen de Nuestra Señora.

«El Acontecimiento Guadalupano – como ha señalado el Episcopado Mexicano – significó el comienzo de la evangelización con una vitalidad que rebasó toda expectativa. El mensaje de Cristo a través de su Madre tomó los elementos centrales de la cultura indígena, los purificó y les dio el definitivo sentido de salvación » (14.05.2002, n. 8). Así pues, Guadalupe y Juan Diego tienen un hondo sentido eclesial y misionero y son un modelo de evangelización perfectamente inculturada.

4. «Desde el cielo el Señor, atentamente, mira a todos los hombres» (Sal 32, 13), hemos recitado con el salmista, confesando una vez más nuestra fe en Dios, que no repara en distinciones de raza o de cultura. Juan Diego, al acoger el mensaje cristiano sin renunciar a su identidad indígena, descubrió la profunda verdad de la nueva humanidad, en la que todos están llamados a ser hijos de Dios en Cristo. Así facilitó el encuentro fecundo de dos mundos y se convirtió en protagonista de la nueva identidad mexicana, íntimamente unida a la Virgen de Guadalupe, cuyo rostro mestizo expresa su maternidad espiritual que abraza a todos los mexicanos. Por ello, el testimonio de su vida debe seguir impulsando la construcción de la nación mexicana, promover la fraternidad entre todos sus hijos y favorecer cada vez más la reconciliación de México con sus orígenes, sus valores y tradiciones.

Esta noble tarea de edificar un México mejor, más justo y solidario, requiere la colaboración de todos. En particular es necesario apoyar hoy a los indígenas en sus legítimas aspiraciones, respetando y defendiendo los auténticos valores de cada grupo étnico. ¡México necesita a sus indígenas y los indígenas necesitan a México!

Amados hermanos y hermanas de todas las etnias de México y América, al ensalzar hoy la figura del indio Juan Diego, deseo expresarles la cercanía de la Iglesia y del Papa hacia todos ustedes, abrazándolos con amor y animándolos a superar con esperanza las difíciles situaciones que atraviesan.

5. En este momento decisivo de la historia de México, cruzado ya el umbral del nuevo milenio, encomiendo a la valiosa intercesión de San Juan Diego los

gozos y esperanzas, los temores y angustias del querido pueblo mexicano, que llevo tan adentro de mi corazón.

¡Bendito Juan Diego, indio bueno y cristiano, a quien el pueblo sencillo ha tenido siempre por varón santo! Te pedimos que acompañes a la Iglesia que peregrina en México, para que cada día sea más evangelizadora y misionera. Alienta a los Obispos, sostén a los sacerdotes, suscita nuevas y santas vocaciones, ayuda a todos los que entregan su vida a la causa de Cristo y a la extensión de su Reino.

¡Dichoso Juan Diego, hombre fiel y verdadero! Te encomendamos a nuestros hermanos y hermanas laicos, para que, sintiéndose llamados a la santidad, impregnen todos los ámbitos de la vida social con el espíritu evangélico. Bendice a las familias, fortalece a los esposos en su matrimonio, apoya los desvelos de los padres por educar cristianamente a sus hijos. Mira propicio el dolor de los que sufren en su cuerpo o en su espíritu, de cuantos padecen pobreza, soledad, marginación o ignorancia. Que todos, gobernantes y súbditos, actúen siempre según las exigencias de la justicia y el respeto de la dignidad de cada hombre, para que así se consolide la paz.

¡Amado Juan Diego, «el águila que habla»! Enséñanos el camino que lleva a la Virgen Morena del Tepeyac, para que Ella nos reciba en lo íntimo de su corazón, pues Ella es la Madre amorosa y compasiva que nos guía hasta el verdadero Dios. Amén.

Al concluir esta canonización de Juan Diego, deseo renovar el saludo a todos los que habéis podido participar, algunos desde esta basílica, otros desde los alrededores y muchos más a través de la radio y la televisión. Agradezco de corazón el afecto de cuantos he encontrado en las calles que he recorrido. En el nuevo santo tenéis el maravilloso ejemplo de un hombre

de bien, recto de costumbres, leal hijo de la Iglesia, dócil a los pastores, amante de la Virgen, buen discípulo de Jesús. Que sea modelo para vosotros que tanto lo amáis, y que él interceda por México para que sea siempre fiel. Llevad a todos el mensaje de esta celebración y el saludo y el afecto del Papa a todos los mexicanos.

**Homilía en la Beatificación
de los mártires Juan Bautista
y Jacinto de los Ángeles
Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe,
Ciudad de México,**

1 de agosto de 2002

Queridos hermanos y hermanas:

1. «*Dichosos los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los cielos*» (Mt 5, 10). En el evangelio de las bienaventuranzas, esta última invita a no desalentarse ante las persecuciones que la Iglesia ha afrontado desde el inicio. En el Sermón de la Montaña Jesús promete la felicidad auténtica a quienes son pobres de espíritu, lloran o son mansos; también a los que buscan la justicia y la paz, actúan con misericordia o son limpios de corazón.

Ante el sufrimiento humano que acompaña el camino en la fe, san Pedro exhorta: «*Alégrense de compartir ahora los padecimientos de Cristo, para que, cuando se manifieste su gloria, el júbilo de ustedes sea desbordante*» (1 Pe 4, 13). Con esta convicción Juan Bautista y Jacinto de los Ángeles afrontaron el martirio manteniéndose fieles al culto del Dios vivo y verdadero y rechazando los ídolos.

Mientras sufrían el tormento, al proponerles renunciar a la fe católica y salvarse, contestaron con valentía: «*Una vez que hemos profesado el Bautismo seguiremos siempre la religión verdadera*». Hermoso ejemplo de cómo no se debe anteponer nada, ni siquiera la propia vida, al compromiso bautismal, como hacían los pri-

meros cristianos que, regenerados por el bautismo, abandonaban toda forma de idolatría (cf. Tertuliano, *De bautismo*, 12, 15).

2. Saludo con afecto a los Señores Cardenales y Obispos congregados en esta Basílica. En particular al Arzobispo de Oaxaca, Monseñor Héctor González Martínez, a los sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles laicos, especialmente a los venidos desde Oaxaca, tierra natal de los nuevos Beatos, donde su recuerdo sigue tan vivo.

Vuestra tierra es una rica amalgama de culturas. Allí llegó el Evangelio en 1529 con los Padres Dominicos, sirviéndose de las lenguas nativas y los usos y costumbres de las comunidades locales. Entre los frutos de esta semilla cristiana destacan estos dos grandes mártires.

3. En la segunda lectura San Pedro nos ha recordado que si alguno «*sufre por ser cristiano, que le dé gracias a Dios por llevar ese nombre*» (1 Pe 4, 16). Juan Bautista y Jacinto de los Ángeles, derramando su sangre por Cristo, son auténticos mártires de la fe. Como el apóstol Pablo, podrían preguntarse en su interior: «*¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿los peligros?, ¿la espada?*» (Rm 8, 35).

Estos dos cristianos indígenas, intachables en su vida personal y familiar, sufrieron el martirio por su fidelidad a la fe católica, contentos de ser bautizados. Ellos son ejemplo para los fieles laicos, llamados a santificarse en las circunstancias ordinarias de la vida.

4. Con esta beatificación, la Iglesia pone de relieve su misión de anunciar el Evangelio a todas las gentes. Los nuevos Beatos, fruto de santidad de la primera

Evangelización entre los indios zapotecas, animan a los indígenas de hoy a apreciar sus culturas y sus lenguas y, sobre todo, su dignidad de hijos de Dios que los demás deben respetar en el contexto de la nación mexicana, plural en el origen de sus gentes y dispuesta a construir una familia común en la solidaridad y la justicia.

Los dos Beatos son un ejemplo de cómo, sin mitificar sus costumbres ancestrales, se puede llegar a Dios sin renunciar a la propia cultura, pero dejándose iluminar por la luz de Cristo, que renueva el espíritu religioso de las mejores tradiciones de los pueblos.

5. «*Estábamos alegres, pues ha hecho cosas grandes por su pueblo el Señor*» (*Sal 125, 3*). Con estas palabras del salmista nuestro corazón se llena de gozo, porque Dios ha bendecido a la Iglesia de Oaxaca y al pueblo mexicano con dos hijos suyos que hoy suben a la gloria de los altares. Ellos, con ejemplar cumplimiento de sus encargos públicos, son modelo para quienes, en las pequeñas aldeas o en las grandes estructuras sociales, tienen el deber de favorecer el bien común con esmero y desinterés personal.

Juan Bautista y Jacinto de los Ángeles, esposos y padres de familia de conducta intachable, como fue reconocido entonces por sus conciudadanos, recuerdan a las familias mexicanas de hoy la grandeza de su vocación, el valor de la fidelidad en el amor y de la aceptación generosa de la vida.

Se alegra, pues, la Iglesia porque con estos nuevos Beatos ha recibido muestras evidentes del amor que Dios nos tiene (cf. *Prefacio II de los Santos*). Se alegra también la comunidad cristiana de Oaxaca y de México entero porque el Todopoderoso ha puesto sus ojos en dos de sus hijos.

6. Ante el dulce rostro de la Virgen de Guadalupe, que ha dado aliento constante a la fe de sus hijos mexicanos, renovemos el compromiso evangelizador que distinguió también a Juan Bautista y a Jacinto de los Ángeles. Hagamos partícipes de esta tarea a todas las comunidades cristianas para que proclamen con entusiasmo su fe y la trasmitan íntegra a las nuevas generaciones. ¡Evangelizad estrechando los lazos de comunión fraterna y dando testimonio de la fe con una vida ejemplar en la familia, en el trabajo y en las relaciones sociales! ¡Buscad el Reino de Dios y su justicia ya aquí en la tierra mediante una solidaridad efectiva y fraterna con los más desfavorecidos o marginados! (cf. *Mt* 25, 34-35) ¡Sed artífices de esperanza para toda la sociedad!

A nuestra Madre del cielo expresamos el gozo que nos embarga por ver subir a los altares a dos hijos suyos pidiéndole al mismo tiempo que bendiga, consuele y auxilie, como siempre ha hecho desde este Santuario del Tepeyac, al querido pueblo mexicano y a toda América.

Me recuerdo que durante mi primera visita, en el 1979, he podido visitar Oaxaca. Me alegro que hoy he podido beatificar a dos hijos suyos. ¡Gracias a Dios!

Aquí he palpado vuestra estima, y volver me ha causado una profunda alegría espiritual de la que doy gracias a Dios y a su Santísima Madre.

Gracias también a todos los que habéis preparado mi visita cuidando todos los detalles. Gracias a los que, con tanto cariño, me habéis recibido en las calles de esta ciudad, a los que habéis venido desde lejos, a los que habéis escuchado y acogeréis el mensaje que os dejo, a los que rezáis tanto por mi ministerio de Sucesor de San Pedro.

Al disponerme a dejar esta tierra bendita me sale de muy dentro lo que dice la canción popular en lengua española: «*Me voy, pero no me voy. Me voy, pero no me ausento, pues, aunque me voy, de corazón me quedo*».

¡México, México, México lindo, que Dios te bendiga!

ÍNDICES

Estos índices han sido elaborados por un grupo de sacerdotes del Pontificio Colegio Mexicano y del Convictorio de la Arquidiócesis de Medellín en Roma, bajo la dirección de Mons. Víctor Manuel Ocboa Cadavid

ÍNDICE DE CITAS BÍBLICAS

<i>Antiguo Testamento</i>		13, 31-32	159
Génesis		13, 46	115
1, 26	36	14, 27	82
Salmos		18, 19	132
32, 13	276	19, 21	92
125, 3	281	20, 28	205
Isaías		22, 22.33	81
59, 1	170	25, 34.40	267
Joel		25, 34-35	282
10, 15	153	25, 40	148
<i>Nuevo Testamento</i>		28, 6	171
Mateo		28, 19-20	120, 200
5, 10	279	28, 20	74, 87, 224
5, 13.14	38	28, 28	103
5, 16	154	Marcos	
7, 24-25	209	10, 9	153
8, 27	144	16, 15	60, 71,81
9, 37	140	16, 16	256
9, 37-38	160	Lucas	
9, 38	36, 37, 72, 92, 114, 205	2, 34	33
10, 9-10	113	3, 10.12.14	127
11, 25	274	4, 32	118
		5, 4	32
		5, 4-5	128
		5, 6	113
		6, 68	34
		10, 31	196
		10, 33-35	141
		15, 4-5	11

16, 21	44
17, 21	249
18, 29-30	243
19, 7	195
19, 9	118
22, 32	14, 77, 143, 150

Juan

1, 37	114
3, 7	204
6, 68	15, 70, 146
8, 32	126
8, 46	118
10, 3	91
10, 10	71, 107
10, 11	11
16, 33	135, 202
17, 21	45, 186
20, 19	107

Hechos de los Apóstoles

1, 8	200
5, 28-29	60
20, 28	26

Romanos

1, 5	172
1, 7	86
1, 7	199
1, 9	184
1, 16	253
5, 5	135
8, 35	280
8, 38-39	184

I Corintios

1, 17	127
1, 23	133
1, 28.29	275
3, 7	18
4, 1	63
4, 13	7
6-7	77
9, 22	133
10, 4	23
10, 16-17	169
11, 1	73
12, 4	238
12, 6	92
12, 26	138
12, 27	80

II Corintios

3, 17	145, 188
4, 18	237
5, 14	16
8, 9	243
9, 13	255
11, 28	14, 152, 212
12, 15	68, 115

Gálatas

2, 20	121
3, 28	143
5, 1	66

Efesios

2, 19	133
2, 20	77

3, 8	201	Filemon	
3, 16-19	268	1, 6	243
3, 18	236	3, 10	242
3, 20	242	Hebros	
4, 5	259	4, 20	140
4, 12	200	12, 2	128
4, 12.13	207	13, 8	32
4, 15	175	13, 20	113
5, 25	198, 223	22, 15	140
5, 32	74, 147, 193, 221	Santiago	
Filipenses		1, 17	153
4, 13	160	3, 18	69, 98
Colosenses		I Pedro	
1, 15	169	2, 5	20
3, 17	199	3, 15	81, 103, 125
3, 23	269	4, 16	280
4, 3	175	II Pedro	
I Tesalonicenses		1, 1-2	216
1, 3	49	3, 13	5
5, 19-21	20, 29	I Juan	
I Timoteo		4, 7	147
1, 2	95	Apocalipsis	
1, 12	49	2, 7	23, 174
II Timoteo		12, 11	28
2, 15	201	21, 5	226
4, 2	202	Tito	
Tito		3, 4	237

ÍNDICE DE TEXTOS CITADOS

Catecismo de la Iglesia Católica

1069	179
1071	179
1116	21
1141	179
1273	179
1571	181
1591	179
1740	188
2177	107

Código de Derecho canónico

1063	109
1064	109
212	181
228.1	180
375	256
385	84
395	258
395	91
512,2	181
586	84
586, 2	25
586, 2	18
663, 1	242
835, 1	248
838, 4	250
868, 2	203

Constitución Apostólica
*De Sanctissima Eucharistia
promiscuo ritu sumenda*
(AAS 1912, 615);

s. n. 170

Concilio Vaticano II

Ad gentes

36 213

39 165

Apostolicam actuositatem

7 65

7 82

10 213

13 131

24 176

Christus Dominus

2 201

2 34

6 190

11 23

12 201

12 70

15 203

16 79

16 91

16 117

16 195

16 206

30 107
36 138

Gaudium et spes

1 86
11 141
16 203
22 42
23 192
40 19
45 15
48 108

Perfectae caritatis

2 238

Lumen gentium

2 177
3 176
4 165
8 258
9 258
9 259
10 179
10 93
11 169
11 204
11 217
17 43
18 112
18 129
18 137
19 256
21 96
22 77
22 143

23 129
23 138
23 144
23 168
23 205
23 256
23 257
24 80
25 201
25 260
27 11
27 201
28 16
28 105
31 34
31 116
31 117
31 122
31 177
31 244
33 213
40 210
46 238

Optatam totius

5 63
16 165
16 261

Presbyterorum ordinis

5 247
7 17
7 206
8 64
14 115
16 162
17 115

Sacrosanctum Concilium

7	178
7	179
7	71
10	250
14	178
26	250
41	203
42	91
47	170

Paolo VI

Ecclesiam suam, Encíclica
(6 de agosto 1964)

81	126
83	127

Evangelii nuntiandi,
Exhortación Apostólica
(8 de diciembre 1975)

19	64
20	1
22	1
69	8

Populorum progressio,
Encíclica
(26 de marzo 1967)

54	230
55	230

Juan Pablo II

Apostolos suos, Motu Proprio
(21 de mayo 1998)

15	257
18	258

Carta a las familias

(2 de febrero 1994)

18	224
23	217

Carta del Santo Padre
a los sacerdotes del ocasión
del Jueves Santo, 2001

3	17
3	24
3	113
3	195

Centesimus annus,
Encíclica (1 de mayo 1991)

24	229
34	229

Christifideles laici,
Exhortación Apostólica
Post-Sinodal
(30 diciembre 1988)

2	117
10	176
22	93
23	26
23	180
29	211
29	212
30	117
30	212
34	66
59	66

Dies Domini,
Carta Apostólica
(31 de mayo 1998)

33	107
----	-----

35	106	54	28
41	249	58	88
81	107	67	20
Cap II	73	67	28
<i>Dominicae cenae,</i>		70	124
Carta Apostólica sobre		71	54
el Misterio y culto		73	29
de la Eucaristía		73	81
(24 de febrero 1980)		73	125
12	248	73	156
		73	169
<i>Ecclesia in America,</i>		<i>Evangelium vitae,</i> Encíclica	
Exhortación Apostólica		(25 de marzo 1995)	
Post-Sinodal		94	89
(22 de enero 1999)		<i>Familiaris consortio,</i>	
5	8	Exhortación Apostólica	
10	8	Post-Sinodal	
15	27	(22 de noviembre 1981)	
28	145	17	46
33	144	20	223
33	151	37	53
36	23	49	219
37	168	49	108
39	24	<i>Fidei depositum,</i>	
40	79	Constitución Apostólica	
40	114	(11 octubre 1992)	
40	173	1	29
43	92	<i>Fides et ratio,</i> Encíclica	
44	123	(14 de septiembre 1998)	
45	11	71	14
45	219	72	15
47	82	73	64
47	214		
54	19		

<i>Mulieris dignitatem,</i>		40	154
Carta Apostólica		42	18
(15 de agosto 1988)		42	26
3	18	42	90
		43	79
<i>Novo Millennio ineunte,</i>		43	91
Carta Apostólica		43	115
(6 de enero 2001)		43	120
1	113	43	138
1	104	43	143
3	8	43	144
5	135	43	196
9	215	44	13
15	113	44	169
15	139	45	13
15	41	45	51
16	11	45	120
29	8	45	143
29	15	46	45
29	42	46	46
29	104	46	82
29	130	46	92
30	79	46	114
30	209	46	155
32	269	46	240
32	72	47	74
33	10	47	83
33	18	47	146
33	25	48	186
33	117	49	52
33	249	49	128
35	73	49	196
35	108	50	12
35	249	50	196
40	132	52	47
40	139	57	41

57	121		
58	30		
s. n.	94		
<i>Pastor Bonus,</i>			
Constitución Apostólica,			
(28 de junio 1988)			
48-55	173		
<i>Pastores dabo vobis,</i>			
Exhortación Apostólica			
Post-Sinodal			
(25 de marzo 1992)			
36	56		
41	9		
51	164		
70	44		
74	64		
s. n.	195		
<i>Redemptor hominis,</i> Encíclica			
(4 de marzo 1979)			
2	42		
5	41		
11	201		
17	41		
20	43		
37	64		
38	246		
42	16		
45	60		
60	243		
92	61		
<i>Redemptoris Missio,</i> Encíclica			
(7 de diciembre 1990)			
51	55		
52	51		
		<i>Sollicitudo rei socialis,</i>	
		Encíclica	
		(30 de diciembre 1987)	
		10	8
		41	8
		41	9
		47	4
		<i>Tertio Millennio adveniente,</i>	
		Carta Apostólica	
		(10 de noviembre 1994)	
		12	226
		13	227
		s. n.	104
		<i>Ut unum sint,</i> Encíclica	
		(25 de mayo 1995)	
		14	187
		<i>Veritatis splendor,</i> Encíclica	
		(6 de agosto 1993)	
		88	60
		88	80
		<i>Vita consecrata,</i> Exhortación	
		Apostólica Post-Sinodal	
		(25 de marzo 1996)	
		32	84
		33	239
		37	18
		39	18
		39	26
		48	18
		48	25
		49	238
		49	92
		64	84
		82	148

94	18	Discurso al Tribunal de la Rota Romana, 17 de enero 1988
<i>Alocución</i> del 31 de marzo 1987		2
3	41	115
<i>Alocución</i> en la Catedral Metropolitana de Quito, 29 de enero 1985		Discurso en Bolivia, 14 de mayo 1988
2	130	2
<i>Alocución</i> en la Audiencia General del 7 de octubre 1992		119
8	42	Discurso en el encuentro con el Laicado católico, Campo Grande, 1991
<i>Alocución</i> en la Vigilia de oración, Toronto, 27.7.2002		1
4	194	177
Discurso a los Obispos de América Central, Costa Rica, 2 de marzo 1983		Discurso Inaugural de la IV Conferencia General del Episcopado Lationamericano, 12 de octubre 1992
1	78	13
3	81	89
Discurso de despedida, Caracas, Venezuela, 29 de enero 1985		26
s. n.	27	160
Discurso a los Obispos de Paraguay, 16 de mayo 1988		26
3	16	63
		Discurso a los Obispos de Brasil, región Nordeste 2, 11 de julio 1995
		6
		241
		Discurso a un grupo de Obispos Argentinos, 11 de noviembre 1995
		4
		97
		Discurso en el Aeropuerto de San Salvador, 8 de febrero 1996
		5
		69

Discurso de despedida, (Cuba), 25 de enero 1998 4 36	Homilía en en Santuario de Nuestra Señora de Coromoto (Venezuela), 10 de febrero 1996 6 142
Discurso a los Gobernantes, Parlamentarios y Políticos, 4 de noviembre 2000 4 47	Homilía en la ciudad de Camagüey (Cuba), 23 de enero 1998 3 35
Discurso al Cuerpo Diplomático, 10 de enero 2002 2 142	Homilia en la ciudad de La Habana (Cuba), 25 de enero 1998 7 32
Discurso a la Pontificia Comisión para la Interpretación de los Textos Legislativos, 24 de enero 2002 2 261	Homilía en la ciudad de Santiago de Cuba 6 39
Discurso a la Plenaria del Pontificio Consejo para la Familia, 18 de octubre 2002 3 221	Homilía en la Clausura del Sínodo de los Obispos, 1999 4 41
Homilía en Rio de Janeiro, 1 de julio 1980 4 217	Homilía en la Clausura del Sínodo de los Obispos, 27 de octubre 2001 3 152
Homilía, Misa para las Familias, Panamá, 5 de marzo 1983 4 10	Mensaje del Santo Padre para la XXIII Jornada mundial de las Comunicaciones sociales, 7 de mayo 1989 5 44

Mensaje del Santo Padre para la XVII Jornada mundial de la Juventud, (25 de julio 2001)	3	54
Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz, 1 de enero 1994	5	62
Mensaje del Santo Padre para la Jornada Mundial de la Paz, 1 de enero 2002	3	196
Mensaje a los Obispos de Cuba, 25 de enero 1998	7	38
Mensaje a los participantes en el primer Encuentro Continental Americano de Jóvenes, (10 de octubre 1998)	s. n.	193
Mensaje para la Jornada mundial de la Paz, 1 de enero 1999	8	90

Documentos de la Curia Romana		
Congregación para la Doctrina de la fe		
<i>Carta a los Obispos de la Iglesia Católica sobre algunos aspectos de la Iglesia entendida como Comunión</i>	14	172
Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos		
<i>Inestimabile Donum,</i> Instrucción Sobre algunas normas relativas al culto eucarístico, (3 de abril 1980)	Premissa	178
<i>Varietates Legitimae,</i> Instrucción, (24 de enero 1994)	62, 65-68	252
Congregación para el Clero et al.		
<i>Instrucción sobre la colaboración de los fieles laicos en el Sagrado Ministerio de los Sacerdotes,</i> (15 de agosto 1997)	Premissa	176
	51	80

**Congregación para los
Institutos de Vida
Consagrada y las
Sociedades de Vida
Apostólica**

*Verbi Sponsa,
Instrucción, Congregación
para los Institutos
de Vida Consagrada
y las Sociedades de Vida
Apostólica (13 de mayo 1999)*
s. n. 242

**Pontificio
Consejo
para la
Unidad
de los Cristianos**

*Directorio para el
Ecumenismo,
(25 marzo 1993)*

70-86 185
87-90 185
91 185

ÍNDICE DE MATERIAS

Aborto 222

Acción pastoral

— encuentra en la economía y la sociedad desafíos para la acción de la Iglesia 228

Acciones litúrgicas

— deben seguir la disciplina de la Iglesia 250

Agentes de pastoral

— darles una adecuada formación 185

Alberto Hurtado, Beato, 191

Amoris officium 138

Analfabetismo 54

Apostolado 212

Asociaciones de fieles

— criterios de eclesialidad 212
— se les exige una comunión sólida 212

Bautismo

— fidelidad a los compromisos 279

Beata Encarnación Rosal 268

Beatos Juan Bautista y Jacinto de los Ángeles 272, 279

Bien común 229

300

Campaña de fraternidad 221

Caridad

- unida siempre a la promoción humana 36
- pastoral 51, 52

Casas de oración 33

Catecismo de la Iglesia Católica

- guía para una catequesis renovada 139

Catequesis

- colaboradores preciosos, su misión es irremplazable 52

formación de los catequistas

- para la formación de las conciencias por una catequesis sistemática y continua 16

objetivos

- deben anunciar a Cristo Salvador 52
- da razón de su esperanza a los cristianos 81
- es necesaria, bien articulada 81
- necesidad de renovación, para responder a una cultura laicista 139
- todos los fieles tienen derecho a una formación profunda en la fe católica 94
- el contexto de su apostolado 81
- formación espiritual y teológica 81
- necesitan nuevo ardor 139
- Testigos del Evangelio 52, 53

Celibato 55, 181, 182

Civilización del amor 221, 224

Clase política

- es necesario hacer un esfuerzo por evangelizar la administración pública 19

- los laicos deben participar como católicos en las decisiones políticas 66

Clericalismo 123

Colegialidad

- comunión entre Obispos, manifestación de su unidad 207
- necesidad de ejercerla entre los Obispos 254

Comunidad

- de testimonio ante el mundo 13
- misionera, es su identidad 55

Comunidades cristianas

- escuelas de oración 269
- misioneras 51

Comunidades indígenas 252

Comunión

- importancia de la 143
- mensaje imperativo para el mundo 143
- crear una espiritualidad de comunión 51, 64, 90

Concilio Plenario de Venezuela 138

Concilio Vaticano II

- aplicación, frutos del Espíritu Santo 121

Conferencia Episcopal

- necesidad de presentarse unida ante el Pueblo de Dios 260
- no excederse en la multiplicación de organismos, burocratización y reuniones 258
- propicien el afecto entre los Obispos y la colegialidad 23, 257

Conferencia Nacional de Religiosos 241

Consejo pastoral 181

Consejo pastoral diocesano 180

Consejo pastoral parroquial 180

Consejo Presbiteral 180

Conselho Nacional dos Leigos 212

Control de la natalidad 228

Convivencia

- es necesario basarla en los valores de la justicia, la solidaridad y la libertad 19

Corrupción 227

Cristología

- el misterio de Cristo esclarece el misterio del hombre 42

Cuba, hora histórica 33

Cuba, Plan pastoral de la Iglesia de 32

Cultura

evangelización de la cultura

- transmitir la integridad de los valores 64
- aporte de las instituciones católicas 44
- aporte de los medios de comunicación social 44
- «Es el “aerópago moderno” para mostrar allí todo el valor del Evangelio de Cristo» 64
- es necesario transformarla desde los valores del evangelio 64
- muchos fenómenos denotan la crisis que vive 83
- respeto por la cultura 133
- riqueza en la multiplicidad 133

Delegados de la palabra

- catequistas, necesitan de acompañamiento de los, permite que surjan nuevos apóstoles 61
- deben recibir una sólida preparación teológica 93
- deben valorarse sus actividades 93
- no deben sustituir a los ministros ordenados 93

Democracia

- debe trabajar con el establecimiento de la equidad, la justicia 232

Derecho a la información 228**Derechos del hombre**

- deben ser integralmente considerados, reclaman la justicia 35
- derecho a la alimentación, a la educación, a la salud 35
- el niño tiene el derecho a la vida 35
- en el ejercicio de las libertades, de la expresión de la asociación 35
- inalienables, individuales y sociales 35
- originados en la especial dignidad del hombre 35, 51, 52
- hacerlos valer en cualquier proyecto de sociedad 142
- respeto a la libertad de conciencia 227

Desafíos pastorales 135**Desarrollo social 228****Diaconado permanente 181****Dignidad de la mujer 227****Dignidad de la persona humana 35**

- debe defenderla la Iglesia 12

- el hombre posee su dignidad por ser imagen y semejanza de Dios 35

Doctrina social de la Iglesia

en lo referente a su acción

- presencia de la Iglesia en los barrios marginados 47
- lucha contra nuevas pobreza 47

su contenido

- debe iluminar la realidad política y económica de la sociedad 65, 192
- presentar claramente sus enseñanzas 35
- sus contenidos inspirados en los valores morales 226
- es necesario construir un orden social más justo, pacífico 141
- es una respuesta a los problemas del orden social 47
- es una verdadera prioridad pastoral 19

finés de la doctrina social de la Iglesia

- tiene que promover la cultura de la solidaridad 47
- unida a la dignidad humana 35

formación de la

- es necesario orientar la actuación de los laicos en la vida civil 19
- formación sistemática 2, 232

Eclesiología de comunión

- es necesario conservar el depósito de la fe, la unidad del Colegio de los Obispos, bajo la autoridad del Papa 151

Economía

- el hombre y su realidad superan los factores económicos 231
- presenta retos para la acción pastoral 228

Economía de comunión y participación 233

Ecumenismo

- transmitir valores de libertad y respeto mutuo en ecumenismo 188
- dar una perspectiva ecuménica a la teología 186
- diálogo con los hermanos separados 155, 184, 187
- estimular la oración ecuménica 189
- formación de agentes ecuménicos 185

Educación

- base del desarrollo de los individuos 90
- buscar una educación plena y efectiva para todos 132
- derecho para toda persona 90
- esfuerzo de todos 90
- los maestros den testimonio 90
- terreno irremplazable para el crecimiento de los jóvenes 54

Emigrantes

- atención de los emigrantes 156
- la pastoral con los emigrantes, 134
- que no pierdan el contacto con su familia, asistencia religiosa 134

Enfermos

- nos llaman a practicar la misericordia 270

Escuelas católicas

- fomentar en ellas la solidaridad y el desarrollo, 65, 84
- fermento del Evangelio 191
- promover civilización del amor 65

Espíritu de comunión

- fomentarlo entre los Obispos 115

Espíritu Santo

- fuente de esperanza para la evangelización 135

Espiritualidad

- el mundo presenta una difusa exigencia de espiritualidad 18, 79

Espiritualidad de comunión 51, 79

Estrella de la Evangelización, 48, 149, 157, 174

Ética

- debe ser sustentada por la fe cristiana 35

Eucaristía

- dimensión plena y significado esencial 42
- expresa la comunión con Pedro y con toda la Iglesia 172
- fermento de renovación interior 247
- la más profunda revelación y celebración de la fraternidad 42

devoción eucarística

- devoción a la eucaristía 204
- celebración dominical 205, 249

Eucaristía y evangelización

- centro de la evangelización 248
- esencial para el apostolado 120

Eucaristía y liturgia

- peligro en la manipulación de elementos litúrgico y eucarístico 248
- respetar la plena dimensión del misterio divino, el sentido pleno de este signo sacramental 43
- responsabilidad del Obispo, su celebración 248
- sacrificio 121

Eucaristía y sacerdocio

- culmen del servicio sacerdotal y episcopal 204
- unidad 120, 170

Eucaristía dominical 106, 107

Evangelio

- fuerza pacificadora 78
- inagotable capacidad del mensaje de Cristo 135
- La Iglesia anunciando el Evangelio busca la salvación del ser humano 19
- promueve su anuncio una humanidad renovada 50

Evangelización

- auténtica, desde Cristo, 192
- su centro es Cristo 15, 61
- la promoción humana hace parte de la evangelización 89, 99
- con nuevo lenguaje y símbolos significativos, 192
- esperanza del hombre y renovación para la sociedad 211
- los laicos al servicio de la actividad apostólica y de la evangelización 213

dificultades para la evangelización

- encuentra hoy dificultades 9
- se manifiestan obstáculos 209

objetivos de la evangelización

- imitar, conocer, amar a Cristo 42
- primer servicio que la Iglesia puede prestar a cada hombre 42
- debe alcanzar todos los sectores de la sociedad 80
- un nuevo impulso para colmar con el mensaje de Cristo los anhelos del pueblo de Dios 84
- promover los recursos más fundamentales que propicien la acción evangelizadora 130
- el mensaje de Cristo se debe proponer con confianza a los diversos grupos étnicos y culturales 132
- renovar el compromiso evangelizador 282

evangelización y los religiosos

- dan una valiosa contribución a la evangelización 17

— apostolado intenso y generoso en favor de la construcción del Reino de Dios 216

Evangelizador

— su modelo se encuentra en Jesucristo 9

Evangelizadores

— sacerdotes, doctos, santos, sabios 146

Facultades e Institutos de Teología

— dar una adecuada visión eclesiológica 164

— responsabilidad de los Obispos 165

Familia

— debe ser una comunidad viva de fe 62

crisis que afecta a las familias 11, 63, 82, 89, 192

— algunas formas alternativas de unión afectan la institución familiar 46, 82

— esfuerzo pastoral por recomponer los núcleos familiares 134

— factores sociales que la desestabilizan 218

familia y educación

— las familias tienen el derecho fundamental a educar a sus hijos según la propia fe 132

familia lugar privilegiado para la vivencia de la fe 10

familia y los hijos

— hijos, don de Dios y primavera de la sociedad 38

— abierta a los hijos 38

— el amor de los esposos se prolonga en el amor a los hijos 220

familia y las leyes

— algunas leyes ponen a la familia, en crisis porque no son conformes al derecho divino 46

— el estado debe cumplir con sus obligaciones para con la familia 62

pastoral familiar

— evangelizar la familia 193

— la pastoral familiar es obligación de los Obispos diócesanos 46

retos pastorales de la familia

— reto para la pastoral eclesial 11

— amenazas contra la familia 74

la Santidad y la familia

— el proyecto cristiano de santidad debe impregnar el amor humano y la familia 147

— camino de santidad 219

la familia y la sociedad

— la familia es la célula fundamental de la sociedad 10, 217

— es necesario proclamar al mundo con fuerza las enseñanzas sobre la familia 38

— escuela de la vida social 53

— fragua el futuro de la humanidad 62

la familia y los valores

— tiene la misión de custodiar, revelar, comunicar, el amor a la vida 46

— es el ámbito donde nace la persona y lugar de preparación a los valores morales y espirituales 62

— los medios de comunicación social deben defender la familia 7

— testimonio de fidelidad, como modelos de caridad con su entrega generosa 109

— formarla en los valores cristianos 217

— fidelidad al amor 281

— es un valor, es necesario defenderla de proyectos políticos antinatalistas 148

— es necesario recuperar la visión cristiana de la familia 218

Fe

- es necesario garantizar la transmisión de las verdades de la fe y de los grandes valores morales 226
- necesidad de la familia para promover una nueva vida en Cristo 225
- no debe faltar la manifestación pública de la fe 226

Fenómeno Guadalupano 275

Formación permanente

- necesidad de la formación permanente de los sacerdotes 24, 44, 173
- necesita programas bien articulados 194

Formación sacerdotal

- realizada con espíritu de colaboración entre las diócesis 146

Globalización

- cultura masificada e informe 32
- interdependencia de los pueblos 230
- lectura pastoral del problema 230
- rápidas transformaciones 191
- serias amenazas para las naciones más jóvenes 191

Gran Jubileo del Año 2000

- llamado a las comunidades para abrirse a Dios 8, 11, 32, 40, 41, 104, 112, 138, 209, 226

Hermano Pedro de San José de Betancur 265, 267, 269, 270, 272

Hombre

- creado libre 36
- debe ser defendido en toda opresión 36
- no puede ser juzgado desde una economía de mercado 229
- vive un momento dramático y fascinante 80

Idolatría 280

Iglesia

la Iglesia y su misión

- debe transformar la sociedad desde Cristo 100, 124, 126
- defiende la dignidad humana 12
- tiene un deber en la promoción humana 12

fundamentos teológicos

- anunciando el Evangelio, busca la salvación del ser humano 19
- tiene como misión llevar el evangelio a todos los ámbitos de la existencia humana 80
- participación de todos 176
- cuerpo místico de Cristo 178
- no es algo político o un modelo participativo 200
- su fundamento en el anuncio de Cristo 201
- manifestación de la riqueza de sus carismas 207
- instrumento de salvación 256

unidad de la Iglesia

- conservar su unidad 169, 177

Iglesias particulares, 208

Inculturación del Evangelio

- acción ante las nuevas culturas 124
- en diálogo con la cultura 51, 124, 133
- en diálogo con las cultura del Caribe, siempre en la universalidad del Evangelio 125

Inculturación en la liturgia 251

Indiferencia religiosa 139, 221

Indígenas

- apreciar sus culturas y sus lenguas 268, 275, 281

- es necesario apoyarlos en sus legítimas aspiraciones, respetando sus valores 276

Jesucristo

- centro de la evangelización 61
- enseña la disponibilidad del evangelizador 9
- es necesario tener un conocimiento de Cristo, personal 60
- modelo de sacerdote 11
- modelo de todo proyecto apostólico 102, 153
- propuesta para el nuevo milenio 132
- Único Redentor 178
- es la seguridad de la doctrina de la Iglesia 171
- único mediador entre Dios y los hombres 41
- recomenzar desde Cristo, para encontrar la fecundidad misionera 55

Jornada mundial de la Juventud, Canadá 32, 272

Jóvenes

- descubran la belleza del verdadero amor 147

jóvenes y la catequesis

- es necesario un acercamiento a los jóvenes 10
- prepararse a la vocación de ser dadores de la vida 147
- preocuparse por la formación humana y cristiana 214

jóvenes y la liturgia

- es necesario un acercamiento de los jóvenes a la liturgia 10

jóvenes y oración

- es necesario acercar los jóvenes a la oración 10

pastoral vocacional

- la evangelización de los jóvenes debe estar acompañada de la pastoral vocacional 145

Jueces eclesiásticos 223

Justicia

- es necesaria la promoción de las relaciones entre los hombres 36, 227
- es necesario reclamar la jóvenes 36
- es necesario un orden social inspirado en la 132
- para sembrar perdón y misericordia 269
- promueve las relaciones entre los hombres 36

Justicia social

- para alcanzarla es necesario superar las ideologías 232

Laicos

asociaciones y movimientos apostólicos

- asociaciones y movimientos, fenómeno esperanzador 20, 82, 117, 210
- sus asociaciones deben llevar a la santidad 117

la catequesis para los laicos

- necesidad de la catequesis 28, 71
- armarse con la luz del Evangelio 128
- animarlos en los preceptos y opciones cristianas 37

formación de los laicos

- es necesario propiciar una formación generalizada y sistemática 19
- fidelidad al Evangelio 128
- formación 116, 131
- conservar su identidad de miembros de la Iglesia 176

los laicos y la liturgia

- en la liturgia no realicen funciones propias del sacerdote 180
- participan del sacerdocio de Cristo, por la liturgia 179

— son muy importantes donde no hay sacerdotes, 116

la misión de los laicos

— compromiso misionero 51, 104
— es conveniente su organización 20

los laicos y la santidad

— búsqueda de la santidad 131
— deben iluminar los valores humanos y cristianos de la sociedad 20, 65, 66, 117, 123

los laicos y la sociedad

— transformación de las realidades humanas 177
— deben buscar la auténtica solidaridad, en la caridad 232
— deben colaborar en la catequesis de primera comunión y confirmación, así como en la preparación al matrimonio 93
— deben luchar contra la corrupción con su honestidad 65
— entregados, coherentes con la fe, 37

los laicos y sus tareas

— es necesario acompañar su crecimiento en la fe 19, 52
— es necesario fomentar el compromiso de los laicos en la vida pública 19
— es necesario impulsar a los bautizados a tomar conciencia de la propia responsabilidad en la vida eclesial 45
— los laicos comprometidos son signo de vitalidad de la Iglesia 116
— llamados a contribuir al crecimiento de la Iglesia 213
— no abandonen sus responsabilidades en el mundo profesional, social, económico y político 52, 117
— objeto de especial atención pastoral 13, 29, 177
— siempre en comunión con la jerarquía 213
— su empeño debe ayudar a los sacerdotes 122

su misión y testimonio 12, 13, 75, 125, 156

— trabajen en el servicio de la caridad 52, 99

— trabajo silencioso 237

— vida coherente 123, 232

la vocación de los laicos

— vocación laical 52, 122

— vocación misionera 123

— colaborar en la vida diocesana 176

Laura Vicuña, Beata 191

Libertad del hombre

— debe ser defendida en nombre de Cristo, es propia de los hijos de Dios 36

Liturgia

— diferenciar claramente las funciones 179

— inculturación de las celebraciones 251

— no al sincretismo 252

— ejercicio de la función sacerdotal de Cristo 178

— no confundir las funciones y la participación 178

— participación de todos en las celebraciones 125, 133

— presta a Dios el culto público integral 178

— reforma litúrgica 178

— realiza la santificación de los hombres 178

— por medio de ella actúa todo el Cuerpo Místico de Cristo 179

— por medio de ella Cristo asocia a la Iglesia, como esposa 179

— por medio de ella Cristo continúa su obra de redención 179

— promueve la comunión 133

Martirio 121

Marxismo

— visión unilateral y económica del hombre 229

Matrimonio

- abiertos a la generación de la vida 220
- el amor humano alcanza un valor sobrenatural 220
- es necesario tener presentes los factores culturales que afectan a la familia y al matrimonio 146, 222
- indisolubilidad 224
- llamados a la santidad 220
- necesidad de la fidelidad conyugal 221
- preparación del matrimonio por catequistas laicos 93
- su preparación es oportunidad de reevangelización 222

Medio ambiente 228

Medios de comunicación social

- aprovecharlos para la amplia difusión del Evangelio 65
- no puede prescindir de ellos para la evangelización 65

Ministerio episcopal

- munus docendi 41
- los Obispos vivan la acción profética, propongan principios de carácter moral 27

Misión ad gentes

- exigencias de un desafío misionero 37, 225
- necesidad de un espíritu misionero 36, 280

Misioneros

- agradecimiento a los misioneros que vienen de otros países 140, 148
- comunidad misionera 51
- Obispos misioneros, testigos de Cristo para elevar la moral del Pueblo de Dios 38
- urgencia para las comunidades de disponer de 127

- es necesario un celo pastoral intenso y un esfuerzo misionero 170
- vocación laical a las misiones 123

Movimientos laicales

- fenómeno esperanzador, siempre en comunión con los Obispos 20
- particular atención de los Obispos a los 29
- en comunión con el Obispo, presbíteros y religiosos, 51

Mujer

- es necesario salvaguardar la maternidad 219
- su espiritualidad 217
- su valor, su dignidad 219
- tiene un lugar propio en la familia 217

Mundo global 191

Niños

- acompañamiento pastoral 214
- es fundamental la educación de los niños 90
- problemas de los niños de la calle 90

Nueva Evangelización

- respuesta a un nuevo contexto de la sociedad 8
- es la oportunidad de proclamar la persona de Cristo 41
- proclamar la verdad completa y auténtica sobre el hombre 41
- proclamar la verdad completa y auténtica sobre el mundo 41
- exigencias 151
- sirve para activar el celo apostólico 154

Nuevo milenio

- santidad de vida en el nuevo milenio, como clave de todo proyecto apostólico 15

— se manifiesta una difusa exigencia de espiritualidad 18

Obispo

— actúa *in persona Christi capitis* 96

caridad

— deben favorecer y fomentar la acción caritativa y asistencial 99, 199

— tenga nueva imaginación y creatividad para la caridad 12

la colegialidad

— cooperación pastoral 168

— comunión con los Obispos de otras regiones 100, 152

— comunión con los sacerdotes 105

— comunión, sean ejemplo de 143

— conservar la unidad, como la eucaristía es una, así el episcopado 172

— conserven la comunión con el Papa 100, 151

— espíritu de comunión 13, 80, 91

— necesidad de la colegialidad 258

— trabajen activamente en su Conferencia Episcopal 257

el Obispo y la custodia de la doctrina

— atención hacia las facultades e institutos de teología 167

el Obispo como evangelizador

— tarea de evangelizar 8

el Obispo y la familia

— promoción de la familia como institución 108

El Obispo y su responsabilidad en la formación

— formación de los laicos 105

el Obispo y el ejercicio de su ministerio episcopal

— animación de la comunidad 33

- cumplir con el ministerio de la proclamación del Evangelio 34, 70
- debe edificar la comunidad sobre Cristo, 23
- enseñar la verdad evangélica 173
- llamados a la prudencia, pero al servicio de la verdad, por el poder de la Palabra de Dios 127
- maestro de la verdad 199
- ministro de la reconciliación 69
- *munus docendi, munus sanctificandi, munus regendi* 23, 34, 61, 96, 198, 205, 256, 257
- promotor de valores auténticos 34
- promover la práctica de la eucaristía dominical 73
- sus tareas no se pueden reducir a lo temporal y terreno 200
- vigilen el cumplimiento de las normas eclesíásticas 180
- favorecer misión ad gentes 129, 152, 155, 157

el Obispo y los movimientos laicales

- deben prestar atención a los movimientos laicales, siempre en comunión con el Obispo 20

planes pastorales

- plan pastoral 180
- usar la creatividad en la pastoral ordinaria 104

obligación de la residencia del Obispo

- necesidad su residencia en la diócesis 91, 259

el Obispo y los sacramentos

- deben estimular el retorno a la práctica del sacramento de la reconciliación 203
- favorecer la vida sacramental de los fieles 155
- ministros de la reconciliación 98

las tareas del Obispo

- apóstoles del optimismo y de la esperanza 233
- confirmar a sus fieles en el respeto de las normas canónicas 214
- corrección paternal de sus sacerdotes 80

- caridad 96
- animación de los laicos 75
- ayudar a los padres a ser buenos pastores de la Iglesia doméstica 46
- cuidado de los jóvenes 202
- debe predicar la dignidad de la persona humana 69, 98
- debe, por su ministerio, ilustrar la situación social 34
- deben usar los medios de comunicación social 71
- favorecen la concordia 98
- preocupación por los que sufren 99
- promover a los laicos y fomentar su participación en la vida de la Iglesia 29
- voz profética 12

dificultades en el ejercicio del ministerio episcopal

- dificultades para el ejercicio del ministerio episcopal 199, 202
- hacen las veces de los apóstoles 200
- Nueva Evangelización 104

el Obispo y la pastoral de las vocaciones

- animador de la pastoral vocacional, del seminario, atención a los futuros sacerdotes, padre y maestro de los seminaristas 45, 72, 101, 146,
- debe fomentar las vocaciones 9
- su tarea es el discernimiento de las vocaciones 180
- pastoral vocacional y pastoral de las vocaciones 44, 100, 127, 157, 181

su relación con los sacerdotes

- animación de los sacerdotes 9
- afectivamente y efectivamente unidos a sus sacerdotes 17
- atiendan al clero joven, es grave responsabilidad 17
- comunión entre Obispos y presbíteros 9, 45, 72, 150, 152
- promover el camino de santidad personal 29
- debe fomentar la espiritualidad sacerdotal 64

- acompañar a los sacerdotes 106
- animador de las actividades pastorales de los presbíteros 64, 71
- constantes de su ministerio episcopal 155

el Obispo y la santidad

- alienten la vida espiritual y el anhelo de santidad 140
- particular atención hacia el camino de santidad de los presbíteros 24
- sean testimonio de santidad 153
- su figura ideal, el Buen Pastor 152
- urgencia de una sólida formación en la vida espiritual 82

Obispos Eméritos

- gratitud a su servicio 215

Orden social 141

Palabra de Dios

- enaltece los valores de las personas 16
- ennoblece la cultura de cada pueblo 16
- ilumina y purifica llevando a plenitud los valores peculiares de la cultura 16

Parresía

- anuncio explícito y profético del Señor resucitado 60

Parroquia

- su acción debe llevar a la formación sistemática en la fe católica 94

Pastoral

- impulso de la pastoral de conjunto en la acción eclesial 78
- su centro y punto de partida es Cristo 15

Pastoral de los emigrantes 134

Pastoral familiar

- al servicio de la vida y de la vocación al amor 53
- debe comportar una formación doctrinal, espiritual y apostólica 26
- revitalización 83
- promoción de la familia como institución 109
- animar a los jóvenes en los ideales del evangelio 110, 145
- debe integrar la acción de otros laicos 147
- es necesario estudiar las condiciones de desarrollo de la familia 147
- necesita ayuda de muchas disciplinas 147, 192
- preocupación primaria de los pastores 214
- cursos de novios, preparación adecuada al matrimonio 221
- supone la claridad doctrinal en el campo de la teología moral 222

Pastoral juvenil

- desarrollar la vida interior y la vida eclesial 53

Pastoral sacerdotal 64

Pastoral social

- necesidad de una pastoral concreta, tangible y organizada 26, 148
- responder a las situaciones de pobreza 148

Pastoral vocacional

- atención de los candidatos 37, 223
- promoción de las vocaciones 37, 45, 195
- oración por las vocaciones, 37
- establecer formas de pastoral vocacional 84
- debe suscitar en los jóvenes inquietudes profundas 92

- audacia para ser mediadores de la llamada del Señor 114
- que llegue a todos los jóvenes 114
- también en el contexto indígena 131
- el llamado del Señor se efectúa de modo personal 26, 114
- la estructura debe incluir a las parroquias 240

Pensamiento católico 226

Persona humana

- buscar su bien integral 132, 141

Piedad popular

- es necesario purificarla 156

Plan global de pastoral

- es necesario poner en marcha actividades efectivas, continuas y coordinadas que dinamicen la pastoral 130
- meta última e irrenunciable la santidad 130

Plan pastoral

- para realizar una atención personal, formando comunidades que sean vigorosas y dinámicas 33
- objetivo primordial es la santidad 79
- necesidad de iniciativas apostólicas 209
- orientar las actividades pastorales 239

Pobreza

- el rostro de Cristo sufriente 140
- Iglesia al servicio de los pobres 141, 227
- renovación de la vida religiosa 243

en el contexto social

- déficit histórico de desarrollo social 88, 226
- es necesario mejorar el orden social 88
- es necesario valorar cuanto hace la Iglesia para resolver el problema de la 141

- relación con los procesos históricos 228
- sus claves de lectura, sin ideologización 89, 229
- opción por los pobres, milagro de misericordia, 233

Políticos

- formación de la clase política 232

Presbiterio

- es necesario reforzar los lazos de caridad y fraternidad sacramental, en una espiritualidad de comunión 64

Problemas sociales

- analfabetismo, mortalidad infantil, pobreza, miseria, distribución de la tierra 208

Promoción humana

- hace parte de la evangelización 89
- unida a la caridad 36

Reconciliación

- alcanzar una convivencia plenamente reconciliada 195
- diálogo perseverante 33, 276
- la Iglesia es instrumento de reconciliación 196

Reducciones jesuíticas y franciscanas 15

Relativismo moral

- no existe la certeza absoluta de las verdades morales 222
- ruptura entre ética y antropología 222

Religiosas de clausura 267

Religiosidad popular 250

- no confundirla con superficialidad en la fe 118

- promover su capacidad expresiva y profundizar en la fe por medio de la r, p. 20
- tiene raíces profundas, 20

Religiosos

- armonía entre lo humano y lo divino 237
- conciencia del propio carisma 116
- el Obispo tiene responsabilidad de conservar y defender el patrimonio de la vida consagrada 18
- en espíritu de conversión 91
- es necesaria su renovación 242
- mantener la unidad con la Sede de Pedro 239
- oración de adoración 236
- radicalidad desde el Evangelio 84

Los religiosos y su carisma

- conservar su carisma 91, 116
- deben conservar el espíritu fundacional 91
- defender el patrimonio espiritual propio de los religiosos 24
- vivencia de los carismas propios 45
- vivir en el espíritu de comunión 91

consagrados en el contexto de la Iglesia local

- dan un aporte especial a la Iglesia particular 18
- particular atención del Obispo hacia los consagrados 17
- contribuyen a la evangelización 183
- colaboración de los Institutos de Vida consagrada en la pastoral diocesana 24, 45, 91
- relación con el presbiterio diocesano 45
- son un medio privilegiado para la evangelización 18
- valiosa contribución a la evangelización 17

vida contemplativa

- vocaciones a la vida contemplativa 134

Residencia del Obispo

- necesidad su residencia en la diócesis 258

Sacerdote

- colaboradores de los Obispos 16, 24
- tienen que ser fieles en sus compromisos 48
- cualidades del sacerdote 105

el sacerdote y sus ministerio

- debe manifestar su figura de Pastor 11
- deben tener un particular estilo de vida, testimonio de pobreza, austeridad, disponibilidad pastoral 24
- encuentran su modelo en Jesucristo 11, 71, 72
- ministro de Jesucristo 72
- ministro ordenado para presidir la comunidad en la liturgia 122
- por el sacramento del orden, hacen las veces de Cristo 179
- recomenzar desde Cristo, para encontrar fecundidad misionera 55
- renovación espiritual y pastoral 79
- signo y expresión de la caridad de Cristo 105
- vida de oración, liturgia de las horas, meditación de la Palabra de Dios, devoción a la Virgen 106

el sacerdote y las dificultades para su ministerio

- escasa estima provoca desaliento en los sacerdotes jóvenes 17

elementos que deben resaltarse para el sacerdote

- formación permanente 44, 79, 131
- la caridad pastoral 11, 16
- santidad del sacerdote 140
- manifieste su solicitud por los débiles en la fe 12
- deben dar testimonio con su vida 9, 27, 73, 122

Sacramento de la reconciliación

- el Obispo debe estimular la práctica del sacramento 203

Sacramento del bautismo 203

San Juan Diego 272, 274, 276, 277

San Roque de Santa Cruz (Padre) 16

Santa María de Guadalupe 276

Santidad

- el Obispo debe alentarla en los fieles 140
- el Obispo debe alentarla en sus sacerdotes 56
- en la liturgia encuentra un medio para alcanzarla 178
- meta última e irrenunciable la santidad 130
- no contentarse con una vida mediocre y una religiosidad superficial 130
- presente siempre en la Iglesia, 210

santidad en el ámbito familiar

- el proyecto cristiano de santidad debe impregnar el amor humano y la familia 147

promoción de la vida de santidad en el pueblo de Dios

- el Obispo debe promover el camino de santidad personal 29
- comprometer a los laicos en el camino de santidad personal 20
- las asociaciones de laicos deben llevarlos a la santidad 117
- modelo de todo proyecto apostólico 15
- prioridad pastoral 209
- generoso sacrificio de los santos 210
- vocación universal a la santidad 80
- los santos comprendieron la plenitud de la llamada 131, 144, 210

Santísima Virgen María

- Esposa de Cristo 157, 174
- Estrella de la Evangelización 48, 149, 157, 174
- Madre de la Iglesia 30
- Madre del verdadero Dios 275

- María, Madre del Redentor 128, 166
- María, nuestra Madre 215
- Modelo sùblime de consagración 244
- Nuestra Señora de Aparecida 182, 234, 253, 262
- Nuestra Señora de Copacabana 119
- Nuestra Señora de Coromoto 142
- Nuestra Señora de Guadalupe 274, 282
- Nuestra Señora de la Presentación del Quinche 135
- Nuestra Señora de los Ángeles 84
- Nuestra Señora Reina de la Paz 76
- Protección en el ministerio pastoral 13, 21
- Pura y limpia Concepción de Caacupé 21
- Purísima Concepción 67
- Virgen de la Caridad, Madre y Reina de Cuba 39
- Virgen de los Treinta y tres 48
- Virgen de Luján 111
- Virgen de Suyapa 94

Santo Cristo de Esquípulas 266, 271

Sectas

- fenómeno doloroso 118
- favorecidas por el sincretismo religioso 50
- de frente al fenómeno es necesario sustentar la fe de los fieles con formación religiosa 247

necesidad de dar formación a los fieles

- manifiesta carencia en la formación de las comunidades 246
- problema pastoral 118
- desafío pastoral 168, 246
- es necesario inspirar apropiadas acciones pastorales como respuesta 118
- las Conferencias Episcopales deben tener particular atención por este fenómeno 125, 156, 168, 269

Secularización

- se presentan sus síntomas 61

Seminario

- el seminario y la pastoral diocesana, corazón de la diócesis 63

a cerca de la formación de los seminaristas

- adecuados contenidos y relación con la sociedad contemporánea 164
- atención a la formación que se imparte 63, 114, 146, 160
- formar los seminaristas en sana doctrina 164
- formar para asumir las exigencias del compromiso sacerdotal 114
- importancia de la cristología y la eclesiología 164
- los seminaristas deben ser formados afectiva y efectivamente para asumir los empeños del sacerdocio 146
- para facilitar la preparación espiritual e intelectual del seminarista 37

la formación específica para la misión sacerdotal

- formación para la misión 159
- para preparar servidores del Evangelio 37

el Obispo y el seminario

- responsabilidad personal del Obispo, debe tener trato personal con todos los vocacionados 114

sobre los formadores y los profesores

- estén preparados, en comunión con las enseñanzas de la Iglesia, 56, 163

sobre la selección de los seminaristas

- debe hacer el discernimiento sobre la idoneidad cristiana y humana de los seminaristas 63
- compromiso del Obispo en la selección 162, 163
- algunos tienen precaria situación económica 161

Seminarios interdiocesanos 160

Seminarios Menores

- es necesario crear los seminarios menores 37
- formar en los principios morales a los seminaristas 37
- para acoger a los jóvenes con vocación 37

Seminaristas

- acompañarlos y guiarlos a la madurez afectiva 79
- intensificar la formación 79
- sólida formación espiritual, humana, intelectual 16, 162

Sínodo diocesano

- oportunidad de una catequesis renovada 60
- para fomentar una vivencia litúrgica 60
- sirve a impulsar la Nueva Evangelización 60
- tiene que impulsar la formación cristiana de todos los fieles 60
- las diócesis tienen que tomar conciencia del estado de misión 60
- para caminar hacia la santidad 60

Sínodo para América (Asamblea especial para América del Sínodo de los Obispos) 8, 151, 152, 154

Sociedad

- buscar una sociedad justa, reconciliada y solidaria, 53
- marginalización de enteras poblaciones 207
- su lectura debe hacerse desde la doctrina social de la Iglesia 227
- sufre profundas transformaciones 139, 207
- vive profundas transformaciones sociales que condicionan la actividad evangelizadora 139

Solidaridad

- el Obispo debe participar en la promoción de la solidaridad y la justicia 119, 266

Sucesor de Pedro

- *en quien siempre residió la primacía de la cátedra apostólica* 190
- fundamento y principio, perpetuo y visible de la unidad de la fe y de la comunión 137
- le incumbe la solicitud por todas las Iglesias 14

Teología moral

- se presupone en la pastoral familiar 222

Teresa de los Andes, Santa 191**Tierra de la Santa Cruz** 234**Tribunales diocesanos** 223**Tribunales interdiocesanos** 223**V Centenario de la primera Misa en Honduras** 87**Vida**

- cultura de la vida 193
- don de Dios, 83
- defensa de don de la vida 219
- salvaguardarla, sensibilizar sobre su valor 219

Violencia

- los cristianos sean ajenos a toda violencia, a la falta de respeto por los derechos humanos 119
- marginalización 53

Visita Ad Limina Apostolorum

- visita a las tumbas de los Apóstoles Pedro y Pablo, 7, 49
- el Espíritu Santo la hace fecunda, 49
- el encuentro con el Papa es expresión de la comunión del Colegio Episcopal con la cabeza 7, 22, 49
- manifiesta la comunión en la fe y la caridad con el Sucesor de Pedro 14

- oportunidad de renovación de los vínculos con el Obispo de Roma 68
- para renovar la comunión con el Sucesor de Pedro 40
- comunión con el corazón de la Iglesia 120
- fidelidad a las tradiciones apostólicas 120
- renovación de la fe recibida 77
- encuentro con los colaboradores del Papa 49, 103
- oportunidad de visita a los Dicasterios 7, 129, 150, 175, 216, 254

Vocaciones

acompañamiento de las vocaciones

- cultivar dimensiones humana-afectiva, espiritual, intelectual y pastoral 114, 162
- invitación concreta a seguir a Jesús 114
- son motivo de esperanza 36, 37
- con decisión, continuidad, rigor 195

formación de las vocaciones 173

oración por las vocaciones

- oración por las vocaciones 92, 114, 140, 160

promoción y pastoral de las vocaciones

- promoción de las vocaciones 37, 45, 185

selección de las vocaciones

- discernimiento 79, 92
- el llamado del Señor se efectúa de modo personal 26
- es necesario cuidar la selección y la formación 16
- su escasez no exime del adecuado examen de los candidatos 92

el Obispo y las vocaciones

- atender a las necesidades de las vocaciones 36
- cuidado de las vocaciones 223
- prioridad pastoral 63

ÍNDICE GENERAL

<i>Presentación</i>	5
A los Obispos de Panamá	7
A los Obispos de Paraguay	14
A los Obispos de Guatemala	22
A los Obispos de Cuba	31
A los Obispos de Uruguay	40
A los Obispos de Haïti.	49
A los Obispos de Nicaragua.	59
A los Obispos de El Salvador	68
A los Obispos de Costa Rica	77
A los Obispos de Honduras.	86
A los Obispos de Argentina <i>(primer grupo)</i>	95
A los Obispos de Argentina <i>(segundo grupo)</i>	103
A los Obispos de Bolivia	112
A los Obispos de las Antillas	120
A los Obispos de Ecuador	129
A los Obispos de Venezuela.	137
A los Obispos del Perú	143

Aos Bispos do Brasil (I)	
<i>(Regional Sul II)</i>	150
Aos Bispos do Brasil (II)	
<i>(Regional Leste/I)</i>	158
Aos Bispos do Brasil (III)	
<i>(Regionais Norte I e Noroeste)</i>	167
Aos Bispos do Brasil (IV)	
<i>(Regionais Oeste I e II)</i>	175
Aos Bispos do Brasil (V)	
<i>(Regional Nordeste II)</i>	183
A los Obispos de Chile	190
Aos Bispos do Brasil (VI)	
<i>(Regional Nordeste V)</i>	198
Aos Bispos do Brasil (VII)	
<i>(Regionais Nordeste I e IV)</i>	207
Aos Bispos do Brasil (VIII)	
<i>(Regional Leste II)</i>	216
Aos Bispos do Brasil (IX)	
<i>(Regionais Sul III e IV)</i>	225
Aos Bispos do Brasil (X)	
<i>(Regional Nordeste III)</i>	235
Aos Bispos do Brasil (XI)	
<i>(Regional Sul I)</i>	245
Aos Bispos do Brasil (XII)	
<i>(Regionais Centro-Oeste e Norte II)</i>	254

Apéndice

Discursos del Papa durante su Viaje Apostólico a Guatemala y México (29 de julio - 1º de agosto 2002)

Discurso en la ceremonia de bienvenida, Aero- puerto Internacional de Ciudad de Guate- mala	265
Homilía en la Misa de Canonización del Beato Hermano Pedro de San José de Betancur .	267
Discurso en la ceremonia de bienvenida, Aero- puerto Internacional de Ciudad de México .	272
Homilía en la Misa de Canonización del Beato Juan Diego Cuauhtlatoatzin	274
Homilía en la Beatificación de los mártires Juan Bautista y Jacinto de los Ángeles	279
ÍNDICES	285
– Índice de citas bíblicas	287
– Índice de textos citados	290
– Índice de materias.	300
– Índice general	335

*Este libro se terminó de imprimir
e la Tipografía Vaticana
el día 19 de marzo de 2003
Solemnidad de San José,
Esposo de la Santísima Virgen María,
Patrono de la Iglesia Universal*

TIPOGRAFÍA VATICANA

